

José López Mazz
Mónica Berón
editores

Indicadores
arqueológicos
de violencia, guerra
y conflicto
en Sudamérica



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



bibliotecaplural

Indicadores arqueológicos
de violencia, guerra y conflicto
en Sudamérica

José López Mazz • Mónica Berón
(editores)

Indicadores arqueológicos
de violencia, guerra y conflicto
en Sudamérica



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



CSIC

bibliotecaplural

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo
de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la
República.

El trabajo que se presenta fue seleccionado por el Comité de Referato de Publicaciones
de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación integrado por Luis E. Behares,
Jorge Baeza, Robert Calabria, Nelly Da Cunha, Carlos Demasi,
Roger Mirza y Susana Rostagnol.

Tiene el aval de la Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la CSIC,
integrada por Luis Bértola, Carlos Demasi y Liliana Carmona.

© Los autores, 2012

© Universidad de la República, 2014

Secretaría de edición: Federica Moreno

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)

Montevideo, CP 11200, Uruguay

Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906

Telefax: (+598) 2409 7720

Correo electrónico: <infoed@edic.edu.uy>

<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/dpto_publicaciones.htm>

ISBN: 978-9974-0-1062-8

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL, <i>Rodrigo Arocena</i>	11
PRÓLOGO.....	13
CAPÍTULO 1. EL CAMBIO SOCIAL EN LA PREHISTORIA DE LAS TIERRAS BAJAS DEL ESTE DE URUGUAY: LA VISIBILIDAD ARQUEOLÓGICA DEL CONFLICTO, <i>José López Mazz y Federica Moreno</i>	
Resumen.....	19
Abstract.....	20
Introducción.....	21
La información etnohistórica y etnográfica.....	22
La información de la arqueología regional.....	27
Las tierras bajas de la cuenca de la laguna Merín.....	27
Conclusiones.....	31
Bibliografía.....	33
CAPÍTULO 2. SEÑALES DE MUERTE VIOLENTA EN UN ENTERRAMIENTO EN MONTÍCULO EN EL ESTE DEL URUGUAY, <i>Leonel Cabrera Pérez, Alicia Lusiardo, Gonzalo Figueiro y Mónica Sans</i>	
Resumen.....	37
Abstract.....	38
Introducción.....	39
Contactos interétnicos.....	39
El sitio CGI4E01.....	40
El individuo CGI4E01-9.....	44
Conclusiones.....	50
Bibliografía.....	52
CAPÍTULO 3. ESTRATÉGIAS DE SUBSISTÊNCIA, COMPLEXIDADE SOCIAL E VIOLÊNCIA ENTRE GRUPOS SAMBAQUEIROS DO LITORAL BRASILEIRO, <i>Andrea Lessa y María Dulce Gaspar</i>	
Resumo.....	55
Abstract.....	56
Introdução.....	57
Definindo violência no contexto paleoepidemiológico.....	59
As marcas de violência nos restos esqueléticos.....	60
Os estudos sobre violência entre grupos sambaqueiros.....	62
Modo de vida e violência entre grupos sambaqueiros.....	66
Conclusões.....	75
Bibliografia.....	76

CAPÍTULO 4. PATRONES DE VIOLENCIA EN SOCIEDADES PREESTATALES:	
TIPIFICACIÓN DE EVENTOS A PARTIR DE DIFERENTES CASOS	
ENTRE CAZADORES-RECOLECTORES DE LA PAMPA OCCIDENTAL ARGENTINA.	
UNA PROPUESTA, <i>Mónica Alejandra Berón</i>	81
Resumen	81
Abstract	82
Introducción	83
Violencia en el registro arqueológico	
de cazadores-recolectores en Argentina.....	85
Violencia en el pasado. Diferentes tipos y escalas.....	88
Referencias etnohistóricas y etnográficas de violencia y guerra.	
Una lectura crítica.....	91
Indicadores de violencia entre sociedades	
de cazadores-recolectores de la Pampa occidental argentina.....	94
Discusión	101
Conclusiones.....	106
Agradecimientos.....	109
Bibliografía	110

CAPÍTULO 5. APROXIMACIONES TEÓRICAS PARA EL ESTUDIO	
DE LA VIOLENCIA INTERPERSONAL EN SOCIEDADES DE PEQUEÑA ESCALA.	
EL NORESTE DE PATAGONIA (ARGENTINA) DURANTE EL HOLOCENO TARDÍO,	
<i>Florencia Gordón</i>	117
Resumen	117
Abstract	118
Introducción	119
Perspectivas históricas para el estudio de la violencia	120
Las causas de la violencia.....	121
Lesiones traumáticas en el noreste de Patagonia.....	124
Discusión	130
Conclusiones.....	132
Agradecimientos.....	133
Bibliografía	134

CAPÍTULO 6. EL FENÓMENO DE LA VIOLENCIA	
EN SOCIEDADES CAZADORAS-RECOLECTORAS DEL SEMIÁRIDO CHILENO	
Y SU ARTICULACIÓN AL DESARROLLO DE IDENTIDADES CULTURALES,	
<i>José Castelleti Dellepiane, María Antonieta Campano Núñez,</i>	
<i>Violeta Abarca Labra y María José Herrera Soto</i>	
	139
Resumen	139
Abstract	140
Introducción	141
El sitio Museo del Desierto-Conaf.....	141
Organización tecnoeconómica y conflicto.....	147
Conflicto, identidad y simbolismo.....	149
Conclusiones.....	151
Bibliografía	153

CAPÍTULO 7. VIOLENCIA Y CONFLICTO EN EL INTERMEDIO TARDÍO TARAPAQUEÑO DE CHILE, REFLEXIONES A PARTIR DE INDICADORES OSTEOLÓGICOS Y ARQUEOLÓGICOS, <i>Aryel Pacheco y Rodrigo Retamal</i>		155
Resumen		155
Abstract		156
Introducción		157
Material y método.....		159
Resultados.....		160
Discusión.....		163
Conclusiones.....		171
Agradecimientos.....		172
Bibliografía.....		173
CAPÍTULO 8. LA MATERIA DE LA VIOLENCIA: APUNTES PARA LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA DE LA VIOLENCIA, <i>Henry Tantaleán</i> <i>y Alex Gonzales Panta</i>		177
Resumen		177
Abstract		178
Introducción		179
La esencia de la violencia: buscando un concepto útil para la arqueología		181
La materialidad de la violencia: una propuesta para su investigación en arqueología.....		185
Un panorama de la violencia en los Andes prehispánicos.....		188
Conclusiones.....		197
Agradecimientos.....		198
Bibliografía		199
CAPÍTULO 9. INDICADORES ANTROPOLÓGICOS Y ARQUEOLÓGICOS DE VIOLENCIA POLÍTICA EN URUGUAY (1973-1985), <i>José María López Mazz, Alicia Lusiardo</i> <i>y Ximena Salvo</i>		203
Resumen		203
Abstract		204
Introducción		205
La antropología forense.....		206
Los indicadores antropológicos y arqueológicos de violencia.....		207
Los enterramientos clandestinos.....		208
Las fosas.....		210
Discusión y conclusiones.....		216
Bibliografía		218

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

La universidad promueve la investigación en todas las áreas del conocimiento. Esa investigación constituye una dimensión relevante de la creación cultural, un componente insoslayable de la enseñanza superior, un aporte potencialmente fundamental para la mejora de la calidad de vida individual y colectiva.

La enseñanza universitaria se define como educación en un ambiente de creación. Estudien con espíritu de investigación: ese es uno de los mejores consejos que los profesores podemos darles a los estudiantes, sobre todo si se refleja en nuestra labor docente cotidiana. Aprender es ante todo desarrollar las capacidades para resolver problemas, usando el conocimiento existente, adaptándolo y aun transformándolo. Para eso hay que estudiar en profundidad, cuestionando sin temor pero con rigor, sin olvidar que la transformación del saber solo tiene lugar cuando la crítica va acompañada de nuevas propuestas. Eso es lo propio de la investigación. Por eso la mayor revolución en la larga historia de la universidad fue la que se definió por el propósito de vincular enseñanza e investigación.

Dicha revolución no solo abrió caminos nuevos para la enseñanza activa sino que convirtió a las universidades en sedes mayores de la investigación, pues en ellas se multiplican los encuentros de investigadores eruditos y fogueados con jóvenes estudiosos e iconoclastas. Esa conjunción, tan conflictiva como creativa, signa la expansión de todas las áreas del conocimiento. Las capacidades para comprender y transformar el mundo suelen conocer avances mayores en los terrenos de encuentro entre disciplinas diferentes. Ello realza el papel en la investigación de la universidad, cuando es capaz de promover tanto la generación de conocimientos en todas las áreas como la colaboración creativa por encima de fronteras disciplinarias.

Así entendida, la investigación universitaria puede colaborar grandemente a otra revolución, por la que mucho se ha hecho pero que aún está lejos de triunfar: la que vincule estrechamente enseñanza, investigación y uso socialmente valioso del conocimiento, con atención prioritaria a los problemas de los sectores más postergados.

La Universidad de la República promueve la investigación en el conjunto de las tecnologías, las ciencias, las humanidades y las artes. Contribuye así a la creación de cultura; esta se manifiesta en la vocación por conocer, hacer y expresarse de maneras nuevas y variadas, cultivando a la vez la originalidad, la tenacidad y el respeto a la diversidad; ello caracteriza a la investigación —a la mejor investigación— que es pues una de las grandes manifestaciones de la creatividad humana.

Investigación de creciente calidad en todos los campos, ligada a la expansión de la cultura, la mejora de la enseñanza y el uso socialmente útil del conocimiento: todo ello exige pluralismo. Bien escogido está el título de la colección a la que este libro hace su aporte.

La universidad pública debe practicar una sistemática Rendición Social de Cuentas acerca de cómo usa sus recursos, para qué y con cuáles resultados. ¿Qué investiga y qué publica la Universidad de la República? Una de las varias respuestas la constituye la Colección Biblioteca Plural de la CSIC.

Rodrigo Arocena

Prólogo

Durante mucho tiempo, en relación con la prehistoria, primó una postura idealista y romántica que subrayaba la ausencia de conflictos en épocas del ‘buen salvaje’. Esta posición fue discutida, en primer lugar, por la corriente arqueológica materialista representada por Gordon Childe (1973). Desde esta perspectiva, el conflicto social provocado por los términos desiguales del desarrollo económico (las revoluciones) era el motor real del cambio histórico.

Con el advenimiento de una arqueología cada vez más científica se multiplicaron los desarrollos técnicos que focalizaron, poco a poco, a los muertos al reconocerles una renovada expresividad. Los muertos fueron, son y serán un problema de los vivos. Nadie se entierra solo, señalan Lull y Picazo (1989) al tiempo que llaman la atención sobre el protagonismo de los grupos de iguales en los funerales. Desde esa perspectiva, la arqueología ha desarrollado un cuerpo teórico y metodológico singular, preocupado en reconocer la identidad y los aspectos sociales involucrados en las actividades fúnebres (Saxe 1970; Binford 1971; O’Shea 1984).

Focalizando el tema a escala mesoamericana Flannery y Marcus (2000), a partir del ejemplo olmeca, interpretan que los indicadores de violencia y los cementerios se consolidan con la aparición de la vida aldeana. Además de los traumas óseos y las armas, los acondicionamientos defensivos completan el escenario violento preurbano. Tom Dillehay (1994), con la mirada en lo andino, afirma que las tumbas «son para los vivos» que se disputan protagonismos, exclusividades, beneficios y hegemonías derivadas de la ausencia del muerto. A su turno los paisajes culturales, poseen una clara dimensión simbólica derivada de la territorialización de los muertos y de las batallas. Los muertos marcan aspectos logísticos y militares que aún son de utilidad para la defensa del territorio.

En la década de los noventa, trabajos como los de Keeley (1996), *War before civilization. The myth of the peaceful savage* o de Kelly (2000), *Warless Societies and the Origin of War*, producen un impulso en el interés de los arqueólogos por analizar las diferentes formas de conflicto. A partir de entonces y desde hace ya veinte años se han difundido en el mundo numerosas propuestas acerca de las diversas formas y patrones que tuvieron las manifestaciones de violencia en las sociedades del pasado.

Se han realizado tipologías de las contiendas intra e intergrupales, de las cuales depende la magnitud del conflicto: represalia o venganza, *raid* o ataque sorpresivo, invasión, emboscada y hasta guerra planificada. Las causas y consecuencias de distintos tipos de conflictos y de guerra han sido evaluadas desde diversos puntos de vista, enfoques teóricos y vías de abordaje: análisis de detonadores sociales o paleoambientales, complejización, crecimiento demográfico, competencia inter o intraétnica, necesidad de fisión, búsqueda de nuevos territorios, contiendas por poder o prestigio, resistencia a la expansión colonialista,

entre muchos otros. Asimismo han despertado interés los tipos de armas utilizadas: uso de lanzas, *atlatl* o propulsores, arco y flecha, cerbatanas, mazas, bolas erizadas. Ello conlleva, a su vez, a plantear las posibles estrategias de lucha. Por ende, de ello se desprenden las formas de combate desarrolladas: luchas a distancia, enfrentamientos cuerpo a cuerpo o una combinación de ambos.

Las lecturas antropológicas de más largo aliento muestran que la historia de la humanidad está marcada por la violencia, la que, con el tiempo, adquiere diferentes formas y deja correlatos arqueológicos variados. En las épocas más antiguas, huesos con trazas (de combates, ejecuciones, sacrificios, masacres, etcétera), luego las armas y los sistemas defensivos, que innovan regularmente tecnologías y materiales, hasta llegar al arte rupestre y la estatuaria, que expresan en detalle combates y de manera emergente, la figura del guerrero (Guilaine y Zammit 2002).

Los editores del presente volumen llegan a este tema de interés común, como es el estudio arqueológico de la violencia y del conflicto social, por caminos independientes. Cada uno posee una trayectoria profesional en torno al estudio de grupos cazadores-recolectores en áreas diferentes y distantes del Cono Sur. No obstante, la problemática que enfrentan es la misma: interpretar arqueológica y antropológicamente los testimonios materiales del registro mortuario, de manera de poder identificar el tipo de conducta violenta y comprender la circunstancia social e histórica que la contextualiza.

En Mendoza, en octubre de 2010, durante el XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina tuvo lugar el Simposio n.º 18 «Indicadores arqueológicos de violencia, guerra y conflicto en sociedades prehispánicas», coordinado por los editores de este volumen, que reunió a investigadores de Argentina, Brasil, Chile, Perú y Uruguay. En esta oportunidad los participantes pudieron observar diferentes desarrollos históricos regionales y apreciar sus singularidades, al tiempo de comparar y reconocer además los aspectos culturales que son comunes.

En este volumen se concentran varios de los trabajos presentados en aquel simposio, además de otros solicitados a investigadores que han tratado la temática en espacios y circunstancias variables. Estos escenarios singulares incluyen no solo un amplio espectro de la geografía continental, sino también temporal, alcanzando el presente a partir de la indagación arqueológico-antropológica de la violencia del Estado uruguayo contemporáneo.

Si bien los estudios del conflicto humano han avanzado mucho con el desarrollo de esta línea de trabajo, algunas áreas y algunos períodos históricos quedaban aún pendientes. Por un lado, nos interesa conocer y reconocer diversos indicadores arqueológicos y antropológicos que permiten inferir la violencia y el conflicto social. Por otro lado, resulta necesario entender mejor los diferentes modos de violencia y las relaciones sociales, económicas y políticas de la que el conflicto es función.

El conjunto de trabajos que comprende este volumen constituye una muestra válida de los desarrollos prehistóricos para varias regiones del Cono Sur

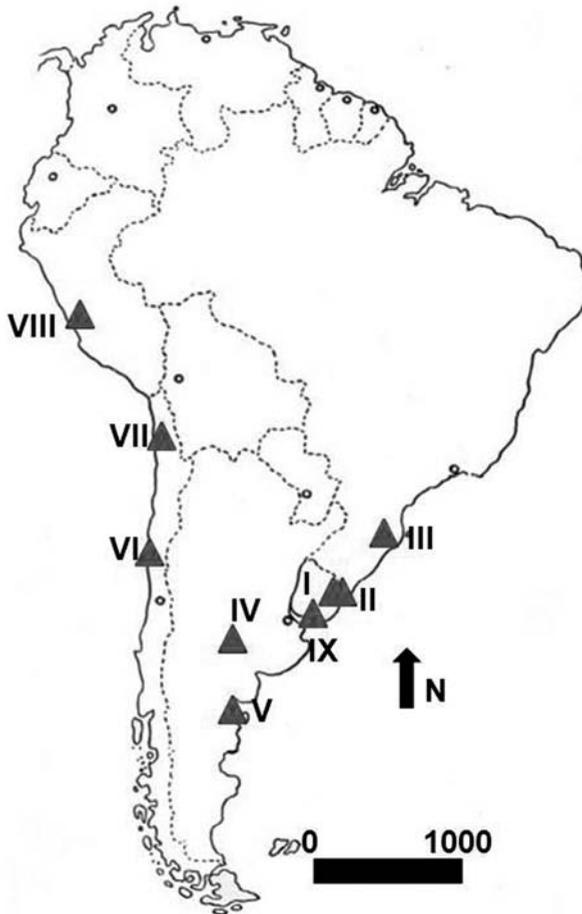
americano durante el fin del Holoceno Medio y el Holoceno Tardío (ca. 3500 a 300 años AP). Al mismo tiempo, la muestra posee un valor representativo, al constituir un ejemplo de desarrollos históricos singulares ubicados en ambientes y ecosistemas diferentes, pero conectados.

Para las tierras bajas del este de Uruguay y sur de Brasil, hay dos capítulos. El capítulo 1, de López Mazz y Moreno, discute el valor de los diversos indicadores de violencia, como elementos que permiten reconocer el conflicto en el seno de sociedades prehistóricas complejas. El capítulo 2, de Cabrera, Lusiardo, Figueiro y Sans, presenta un interesante ejemplo que ilustra violencia intercultural en el momento de contacto europeo-indígena.

El capítulo 3, de Lessa y Gaspar, trata sobre los indicadores de violencia entre sociedades de relativa complejidad social que habitaban la costa atlántica brasilera desde el Holoceno Medio. Para la región pampeana, el capítulo 4, de Berón, expone un complicado escenario de violencia que involucra a los cazadores-recolectores del Holoceno Tardío. El capítulo 5, de Gordón, se ocupa de los indicadores de violencia identificados para un conjunto diacrónico de cráneos del Holoceno Tardío en el noreste de Patagonia, a partir de colecciones de museos. Para el semiárido de la costa del océano Pacífico, el capítulo 6, de Castelleti, Campano, Abarca y Herrera, analiza las formas de legitimación de la identidad de los grupos cazadores-recolectores-pescadores costeros del desierto durante el Arcaico Tardío. Por su parte, en el capítulo 7, Pacheco y Retamal analizan una colección del período Intermedio Tardío del Norte Grande de Chile para discutir los grados de conflicto en las relaciones sociales entre los grupos que poblaron la región.

Además de los ejemplos relativos a los desarrollos prehistóricos regionales, otros dos capítulos completan este libro. En el capítulo 8, desde una perspectiva teórica, Tantaleán y Gonzales Panta discuten la materialización histórica de la violencia y su abordaje arqueológico a partir de diversos ejemplos de los Andes centrales. Por otro lado, y para ilustrar el valor metodológico de una arqueología de la violencia y el conflicto, el libro finaliza con un ejemplo contemporáneo. En el capítulo 9, López Mazz, Lusiardo y Salvo muestran cómo, a falta de documentación oral o histórica, arqueólogos y antropólogos hacen frente al problema de dilucidar el destino de los detenidos desaparecidos de las dictaduras militares del Cono Sur durante los años setenta y ochenta.

Figura 1. Mapa con la ubicación de las regiones abordadas en cada capítulo



Fuente: elaboración de los editores

Los editores tenemos el deseo de que el presente libro pueda ser de utilidad para estudiantes y colegas. Pero, al mismo tiempo, la expectativa de que sea capaz de dinamizar y estimular una línea de trabajo preocupada por lo social en lo arqueológico.

Queremos manifestar nuestro profundo agradecimiento a los colegas que nos confiaron sus manuscritos. Ellos nos han dejado compartir un poco de sus trayectorias profesionales.

Un agradecimiento especial a nuestra colega, Federica Moreno, quien enriqueció el conjunto con su trabajo desde la Secretaría de Edición. Su lectura atenta y crítica ha resultado invaluable para un proyecto de esta naturaleza.

José López Mazz y Mónica Berón

Bibliografía

- Binford, L. (1971) «Mortuary Practices. Their study and their potential». En James Brown (ed.). *Approaches of social dimension of mortuary practices*. SAA. 26: 6-29.
- Childe, G. (1973) *La evolución social*. Madrid. Alianza Editorial.
- Dillehay, T. (1994) *Tombs for the living. Andean mortuary practices*. Washington. Dumbarton Oaks.
- Flannery, K. y Marcus, J. (2000) «Formative Mexican Chiefdoms and the Myth of the Mother Culture». *Journal of Anthropological Archaeology*, 19: 1-37.
- Guilaine, J. y Zammit, J. (2002) *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*. Barcelona. Arien.
- Keeley, L. H. (1996) *War before civilization. The myth of the peaceful savage*. Oxford. Oxford University Press.
- Kelly, R. C. (2000) *Warless Societies and the Origin of War*. Ann Arbor. The University of Michigan Press.
- Lull, V. y Picazo, M. (1989) «Arqueología de la muerte y estructura social». *Archivo español de arqueología*, Barcelona 62: 5-20.
- O'Shea, J. M. (1984) *Mortuary variability: an archaeological investigation*. Orlando. Academic Press.
- Saxe, A. (1970) *Social dimension of mortuary practices*. Tesis doctoral. Ann Arbor. Department of Anthropology, Michigan University.

El cambio social en la prehistoria de las tierras bajas del este de Uruguay: la visibilidad arqueológica del conflicto

JOSÉ LÓPEZ MAZZ¹
FEDERICA MORENO²

Resumen

El estudio del conflicto social en las tierras bajas del este de Uruguay recoge descripciones históricas y etnográficas de prácticas violentas entre los siglos XVI y XX. En la misma región, el registro arqueológico exhibe rasgos que sugieren violencia y conflicto social, y remontan un conjunto de estas prácticas al tercer milenio AP. Este trabajo analiza diversas circunstancias del conflicto social y de la violencia interpersonal, vinculándolas con patrones culturales expresados en los asentamientos humanos, el manejo del paisaje, la producción de armas, la completitud de los esqueletos humanos y otros rasgos complementarios (huellas, fracturas, daño térmico) en los restos óseos. El reconocimiento de la violencia permite identificar arqueológicamente aspectos de las dialécticas sociales prehistóricas, responsables de conflictos políticos y de procesos de transformación social. Además, constituye un desarrollo metodológico útil para formular y testear hipótesis, enmarcado en una arqueología social de la prehistoria de las tierras bajas.

Palabras clave: arqueología de las tierras bajas; arqueología del conflicto social.

1 Departamento de Arqueología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE), Universidad de la República (Udelar); investigador nivel II del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII), <lopezmazz@yahoo.com.ar>

2 Museo Nacional de Antropología, Ministerio de Educación y Cultura (MEC); candidata a investigadora (SNI, ANII), <federica.moreno@gmail.com>

Abstract

The study of social conflict in the eastern lowlands of Uruguay provides historical and ethnographic descriptions of violent practices, from the sixteenth and twentieth century's. In the same region the archaeological record shows features that indicate violence and social conflict, and that goes back a number of these practices to the IIIrd millennium BP. This paper analyzes various circumstances of social conflict and interpersonal violence, while linked to the cultural patterns expressed in human settlements, landscape management, production of weapons, the completeness of human skeletons and other complementary features (traces, fractures, heat damage, and etcetera) in skeletal remains. On the one hand, there cognition of violence allows identifying archaeological aspects of pre-historic social dialectics, responsible for political conflicts and cultural change processes. On the other hand, is a useful methodological development and demonstration of hypothesis formulation, as part of a social archaeological approach to the prehistory of the lowlands.

Keywords: Lowland archaeology, archaeology of the social conflict.

Introducción

A pesar de estar presente en diferentes y particulares contextos históricos y sociales, el conflicto y la violencia siempre aparecen como hechos singulares y le corresponde a la investigación establecer, para cada caso concreto, el alcance social y político de las prácticas violentas. Cuando el objeto de estudio se focaliza en sociedades prehistóricas, es la arqueología la que debe establecer los parámetros dentro de los cuales se visualiza e interpreta la violencia y el conflicto en términos sociales. La identificación arqueológica del conflicto se ha apoyado tradicionalmente en diferentes grupos de indicadores: las armas, los sistemas defensivos de los asentamientos y los propios restos óseos humanos, con indicios directos o indirectos de violencia. Para el caso particular de la antropofagia, existe un desarrollo metodológico específico que ha permitido establecer con claridad las evidencias para identificar esta práctica, generalmente vinculada a conflictos (Vila *et al.* 1986; Turner y Turner 1995; Hillson 2000; Hurlblut 2000).

El conflicto intergrupar ocurre al interior de un sistema de violencia, donde se disputa el control de los individuos, el territorio, los recursos y el acceso a determinados lugares ideológicamente significativos. El registro arqueológico de la violencia social ilustra asentamientos permanentes o semipermanentes con sistemas defensivos, sociedades segmentarias y cementerios con individuos que exhiben diferentes traumas (Buikstra 1995). Pruebas de violencia social y prácticas antropofágicas se reportan desde el Paleolítico (Leroi Gourham 1967) y adquieren importante desarrollo a partir del Neolítico y de la Edad del Bronce (Fylligen 2003). En América, se hacen frecuentes en el Arcaico (Fiedel 1996) y se instalan con el Formativo (Flannery y Marcus 2003).

La reconstrucción de las prácticas violentas tiene problemas de visibilidad arqueológica y demanda, entre otros, relevamientos detallados de los asentamientos, análisis ergológicos, estudios tafonómicos y reconstrucción de los procesos de formación de sitio. Por otro lado, y de forma más indirecta, los propios procesos sociales que se ponen de relieve durante la investigación arqueológica son altamente significativos como indicadores de potenciales escenarios de conflicto. Nos referimos a procesos tales como: mayor concentración territorial, junto a un menor radio de captación de recursos, cambios hacia una dieta menos variada, mayor visibilidad de los asentamientos, cambios en las formas de propiedad, disputas por los lugares sagrados, raptos de mujeres y otros. Son indicadores de que la sociedad atravesó un proceso de transformación que, por su propia naturaleza de cambio, puede haber traído aparejado un escenario de conflicto y violencia.

Este trabajo busca analizar algunos principios y procedimientos para el estudio del conflicto en contextos arqueológicos de las tierras bajas sudamericanas, y discutir, a la luz de estos, las evidencias locales. Nos aproximamos al tema por dos vías paralelas y complementarias: la información etnográfica y etnohistórica referida, para este caso en particular, a la cuenca del Plata, y la

información arqueológica proveniente de sitios de las tierras bajas del este de Uruguay, correspondientes a los grupos llamados «constructores de cerritos» (López Mazz 2001).

Partimos de una serie de principios que, a la vez, sugieren o delimitan un conjunto de vías de aproximación:

- a. que las mejores condiciones para el estudio de la violencia social en el contexto sudamericano resultan de aproximaciones que complementan información etnográfica y arqueológica;
- b. que la violencia posee un fuerte componente simbólico, pero antes que nada resuelve problemas prácticos de índole social y política;
- c. que la ocurrencia de las prácticas violentas expresa una aceleración de la dialéctica social y refuerza identidades políticas y territoriales;
- d. que el estudio arqueológico de la violencia se beneficia de los estudios tafonómicos y arqueozoológicos previos, pero demanda también un estudio cualitativo, contextual y distribucional específico;
- e. finalmente, que la explicación de la violencia en términos de proceso debe discriminar el tipo de relaciones sociales que caracterizan las diferentes etapas involucradas. Estas van desde cambios en los asentamientos, desarrollo de tecnologías ofensivas y defensivas, estrategias de combate, así como apropiación de cuerpos humanos y su procesamiento (distribución, consumo y disposición final de los residuos).

Este trabajo buscará distinguir entre el problema del reconocimiento arqueológico del conflicto violento y otro, de naturaleza diferente, que es la explicación de la significación social de su ocurrencia. En el caso que nos ocupa, el conflicto se presenta como un indicador de cambio cultural asociado a aumento demográfico, menor movilidad, cambio económico y transformación del sistema sociopolítico.

La información etnohistórica y etnográfica

La información regional, oral y escrita, del momento de la conquista, relata diferentes episodios de violencia entre los pueblos nativos y entre estos y los conquistadores (Barco Centenera 1602; Schmidel 1986, entre otros). Entre las prácticas violentas se menciona recurrentemente el rapto de mujeres y niños entre grupos guaycurúes, chanaes, charrúas, bohanes, minuanes y guaraníes (Susnik 1983; Bracco 1998).

Un capítulo especial lo representan algunos grupos chaqueños como los guaycurúes (aparentemente vinculados a los grupos charrúas y minuanes), ya que a ellos se les atribuye una predisposición a resolver (o crear) conflictos a través de una exacerbada práctica violenta que incluía el rapto, el botín, la muerte de enemigos y la práctica de cortar cabezas para ser usadas en forma disuasoria y en contextos simbólicos (Susnik 1983).

El historiador Francisco Javier Miranda señala, a propósito del peligro que, en 1749, significan los indios ecuestres que amenazaban desde la Patagonia al Chaco:

Los pampas, los minuanos, los charrúas, los guaicurús, los abipones, los mocobies, los tobas, los chiriguano, los mataguayos y otras naciones bárbaras, corrían libremente por las comarcas de las ciudades españolas y aún se presentaban a la vista en aire de provocación y desafío. Talaban sus campos y sementeras, pegaban fuego a las mieses, mataban o cautivaban a toda la gente de la campaña, reducían a ceniza todas las habitaciones campestres; robaban los ganados y los arrebatan a sus bosques; se apoderaban de cuanto trajinaban los comerciantes, cortando la cabeza a toda la gente del convoy y llevándolas por trofeos sobre la punta de las lanzas o de dardos: en una palabra tenían acorralados a los españoles en sus ciudades, fuera de las cuales no se veía sino un perpetuo desierto y soledad (en Vidart 1969: 169).

La extracción ritual del cuero cabelludo (*scalping*) como trofeo de guerra entre pueblos amerindios está documentada a lo largo de las tres Américas, pero posee particular ocurrencia en el Cono Sur y en los grupos llamados chaqueños (abipones, guaycurúes, tobas, maticos) (Barco Centenera 1602; Susnik 1983; López Mazz y Bracco 2010). Pierre Clastres (1980: 223) reporta haber visto a mediados del siglo XX cueros cabelludos de enemigos, cuidadosamente guardados por guerreros chulupís que habían peleado por Paraguay en la guerra del Chaco. Barco Centenera (1602) describe, a orillas del río San Salvador y para el último cuarto del siglo XVI, la extracción del cuero cabelludo como práctica de guerra *post mortem* de fuerte simbolismo y efecto disuasivo.

Más no por eso deja de quitarle
Al cuerpo del que mata algún despojo
No solo se contenta con llevarle
Las armas o vestidos a que echa el ojo,
Que el pellejo acostumbra desollarle
Del rostro, que maldito y crudo antojo
Que en muestra de que sale con victoria
La piel lleva, y la guarda por memoria.

Esta práctica aparece descrita en otras circunstancias durante la guerra de charrúas y minuanos con los conquistadores y, luego, con las tropas del joven estado uruguayo (siglos XVIII y XIX) (Acosta y Lara 1989): «Consumado el sacrificio, el cacique Sepé envenenó con algunos nervios de B. Rivera la moha-rra de su lanza, la que mostraba como un trofeo de su bárbara cruenta hazaña» (Figueira 1978: 25).

Un elemento sobresaliente en las crónicas tempranas son las descripciones de algunos asentamientos humanos de jerarquía regional que poseen acondicionamientos defensivos. Estas aldeas están ubicadas en una colina con buena visibilidad y rodeadas por empalizadas. Hablando de los carios (guaraníes del Paraguay), Schmidel (1986: 45) dice que son excelentes guerreros en tierra y

que sus poblados y ciudades se encuentran en parajes altos. Cerca de Asunción describe que:

El poblado fortificado estaba rodeado de tres órdenes de empalizadas, a modo de muralla, con maderos del grosor de un hombre, y de altura de tres brazas sobre el suelo, hincados en la tierra tanto como la altura de un hombre. Asimismo tenían preparados unos fosos, como los anteriormente descritos, y en cada foso estaban clavadas cinco o seis estacas pequeñas y aguzadas como agujas puntiagudas. Este lugar estaba muy bien fortificado y en el mismo había gran número de guerreros (Schmidel 1986: 79).

De un poblado maygenno dice Schmidel: «Su poblado estaba en un cerro rodeado por un espinal, que era espeso y ancho y tan alto como un hombre puede alcanzar con la espada» (Schmidel 1986: 93).

Los asentamientos humanos de los vivos (aldeas), y a menudo de los muertos (cementeros), cumplen con estas características defensivo-territoriales de estar emplazados en lugares de buena visibilidad. También existen, como parte de esta misma estrategia territorial, estructuras en piedra denominadas localmente como *vichaderos*. Los vichaderos son un acondicionamiento estratégico y especializado (para ver y no ser vistos) vinculado al conflicto y asociado a la actividad de centinelas indígenas, denominados en la época colonial como *bomberos* y *vichadores* (Femenías 1983).

Estos vichaderos poseen un patrón de distribución espacial específico, asociado a las cumbres de las serranías que sobresalen en el paisaje circundante, actitud congruente con el perfil de las sociedades cazadoras-recolectoras que desde fin del Pleistoceno ocupaban la fachada atlántica de Sudamérica. En cada caso, muestran patrones regionales específicos que tienen en común el hecho de percibir de lejos a los enemigos sin ser vistos y facilitar la comunicación a lo largo de grandes distancias. Esta logística para el control territorial fue usada para comunicarse y convocar a otras comunidades territoriales, a través de fuegos, humos y brillos, como dicen las crónicas del siglo XVI y XVII (López Mazz y Bracco 2010).

Para inicios del siglo XIX, las guerras regionales contra Portugal, España, Buenos Aires muestran que el rol de *vicheador* o *bombero* indígena se ha institucionalizado en los ejércitos argentino y uruguayo. La visibilidad que existe desde estos lugares es congruente con el uso dado por indios minuanes y charrúas a las serranías en donde hacían los vichaderos para observar al enemigo (o a la presa), pero también otras estructuras en piedra llamadas *cairnes*, que eran dirigidas a los muertos y a los dioses (figura 1) (Barrios Pintos 1971; López Mazz y Bracco 2010).

Para las guerras civiles de 1897 y 1904 la actividad de los bomberos continúa en uso en Uruguay (Archivo Artigas) y en Argentina en 1887 (de Jong y Satas 2011). Esta estrategia de control visual y las comunicaciones a distancia (fuegos, resplandores) para enfrentar el conflicto en este territorio solo se verán superadas con la tecnificación (arma a repetición, ferrocarril y telégrafo).

Figura 1. Cairne ubicado en cerro Charrúa, departamento de Tacuarembó



Fuente: Tomado y modificado de Sotelo 2009

En otro orden de instancias vinculadas al conflicto, la práctica del canibalismo ritual asociado a violencia (exocanibalismo) ha sido ampliamente documentada para varias comunidades sudamericanas. Desde las crónicas de los primeros viajeros, con sus indudables sesgos, hasta las etnografías contemporáneas, el canibalismo aparece como una conducta muy extendida geográficamente en el litoral atlántico. Étnicamente, las crónicas de los primeros siglos de la conquista refieren fundamentalmente a grupos tupíes, distribuidos en todo el territorio brasilero, y grupos guaraníes, también llamados *carios*, con una fuerte presencia en lo que es hoy el territorio uruguayo.

En 1550 y 1555 Thevet realiza dos viajes a Brasil, durante los cuales interroga a numerosos indígenas, y describe el exocanibalismo tupinambá sobre prisioneros tapuyas:

Porque los comen con gran pompa y solemnidad, en cuanto han tomado algunos prisioneros, envían inmediatamente a las poblaciones de los que están en guerra a advertir sobre lo que han hecho. Hacen entrar los prisioneros a la aldea, y los dejan conversar libremente entre ellos, hasta el tiempo en que los deben matar. En ocasiones los guardan más de quince o veinte años, en otras no los conservan mucho tiempo (Thevet 1928, en Villalta 1948).

Para el Río de la Plata, las crónicas sobre canibalismo refieren exclusivamente a parcialidades guaraníes. De los carios (guaraníes) dice Francisco de Villalta en una carta del año 1556: «he obieron de se descender a esta tierra de los Indios Carios que en otras tierras llaman caribes; estos comen carne humana».

También Ulrico Schmidl, en el relato de su viaje al Río de la Plata, describe el canibalismo cario:

los Carios han comido carne humana cuando nosotros vinimos a ellos. Cuando estos Carios hacen la guerra contra sus enemigos, entonces a quien de estos enemigos agarran o lo logran, sea hombre o mujer, sea joven o vieja, sean niños, los ceban como aquí en esta tierra se ceba un cerdo, pero si la mujer es algo linda, la conserva un año o tres. Cuando entonces esta mujer en un poco no vive a gusto de él, entonces la mata y la come; él hace una fiesta o gran función al igual como se hace allá afuera (Villalta 1948: 50).

Álvar Núñez Cabeza de Vaca ofrece una completa descripción de un festín caníbal entre los guaraníes del Paraguay:

y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generación, si los captivan en las guerras, tráenlos a sus pueblos, y con ellos hacen grandes regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el captivo está gordo, porque luego que lo captivan lo ponen a engordar y le dan todo cuanto quiere a comer, y a sus mismas mujeres y hijas para que haya con ellas sus placeres (Villalta 1948: 51).

Hernández dice, a propósito de esto, en sus *Comentarios*: «Para valerse los oficiales y Domingo de Irala con los indios naturales de la tierra, les dieron licencia para que matasen y comiesen a los indios enemigos de ellos».

En su carta de 1545 Hernando de Ribera refiere el castigo que Irala dio a las hordas agaces (payaguás), grupos de la margen occidental del río Paraguay: «Se hicieron muy grandes crueldades de niños, criaturas y mujeres, y los indios carios los comían cocidos y asados (a los agaces), en presencia del dicho capitán Vergara y los oficiales de vuestra majestad» (Villalta 1948: 52-53).

A partir de estas crónicas se ve que las prácticas antropofágicas, cuando refieren a situaciones de guerra, se realizan en un marco festivo, con un gran involucramiento de la sociedad. Este carácter de fiesta colectiva puede funcionar como un mecanismo de refuerzo de la identidad propia en contraste con el enemigo y, sin duda, sirve para retroalimentar el conflicto, manteniéndolo activo.

El valor heurístico de estas fuentes etnográficas e históricas para el estudio de la violencia es de carácter analógico, sugiriendo a la interpretación arqueológica relaciones concretas entre conductas humanas y productos materiales (Schiffer 1972). En este sentido, las hipótesis de trabajo arqueológicas deberán de ser confrontadas a pruebas y escenarios arqueológicos. Un elemento favorece los escenarios en los que estudiamos la violencia y es su alto ritualismo y simbolismo; esferas culturales estratégicas de la reproducción social que actúan en procesos de larga duración.

La información de la arqueología regional

Una revisión detallada de los sitios excavados en los valles del río Uruguay y Paraná en la primera mitad del siglo XX describe, para varios sitios, atributos y rasgos tafonómicos que podrían atribuirse a prácticas antropofágicas (Gascue 2003 y 2009). Si bien llama la atención de los investigadores la recurrencia de este tipo de contextos (Greslebín 1931; González 1947; Gaspari 1950; Pereyra 1989), el tema nunca fue planteado como evidencias de antropofagia. En el sitio Los Marinos (Gaspari 1950:14) se recuperaron restos humanos quebrados, quemados y en asociación con restos faunísticos. En el sitio de Paraná Pavón (González 1947: 27) los huesos fragmentados y quemados presentan estrías de descarnado y fracturas perimortales. Hallazgos similares fueron reportados en el bajo y medio Río Uruguay en el sitio Lucuix y para la región de Salto Grande (Greslebín 1931: 30).

En el sur de Brasil, las referencias a prácticas antropofágicas inferidas a partir del registro arqueológico no abundan y esto probablemente se deba a las limitaciones técnicas y metodológicas de las investigaciones arqueológicas de aquella época. No obstante, existen varias referencias que constatan esta problemática en el registro óseo. Schmitz (1990: 94 y 95) comunica los resultados de la excavación de la aldea tupí-guaraní de Candelaria, donde los restos óseos humanos aparecen fracturados y quemados, asociados a restos faunísticos. Schmitz (1990: 95) apoya su interpretación de que se trata de antropofagia con referentes etnohistóricos regionales. Por su parte, Gazzaneo (en Schmitz 1990: 131) también reporta, para una aldea guaraní del río Guaíba, restos humanos quebrados y quemados.

En la región, han sido localizados cementerios con restos humanos con puntas de proyectil clavadas (Berón 2003) y en el Museo del Hombre del Sambaquí de Florianópolis se puede apreciar una vértebra con una punta de proyectil que, por el ángulo, permite inferir una emboscada (Rohr s/d).

De esta manera, vemos que, a pesar de no haberse abordado su estudio de forma sistemática, las evidencias de la antropofagia y de tratamientos violentos en general, se van abriendo paso a medida que las investigaciones se desarrollan y tienden a confirmar las crónicas históricas, a la vez que muestran un aspecto de estas sociedades que las alejan cada vez más del mito del *buen salvaje* y sitúan la tensión y el conflicto como elementos importantes en su devenir histórico.

Las tierras bajas de la cuenca de la laguna Merín

Los pueblos constructores de cerritos (ca. 4500-600 AP) desarrollaron sistemas de producción especializados en el marco de procesos de intensificación social asociados al control creciente de concentraciones de recursos naturales (palmares, lagunas, puntas rocosas) (López Mazz 2001, 2011). Estos grupos evolucionaron desde su herencia cazadora-recolectora más antigua y, poco a poco, domesticaron el paisaje y reorganizaron el sistema económico y social de explotación de los recursos. A partir del Holoceno Medio las manifestaciones

arqueológicas de esta región ilustran una serie de transformaciones sociales significativas que, si se observan desde la perspectiva del conflicto social, configuran un escenario donde las tensiones sociales afloran y se resuelven a través de mecanismos variados que incluyen, entre otras cosas, la antropofagia.

A nivel arqueológico, el conflicto se hace visible en tres órdenes del registro: los patrones de asentamiento y su estructura interna, los restos óseos humanos con evidencias de violencia y, en tercer lugar, el repertorio ergológico.

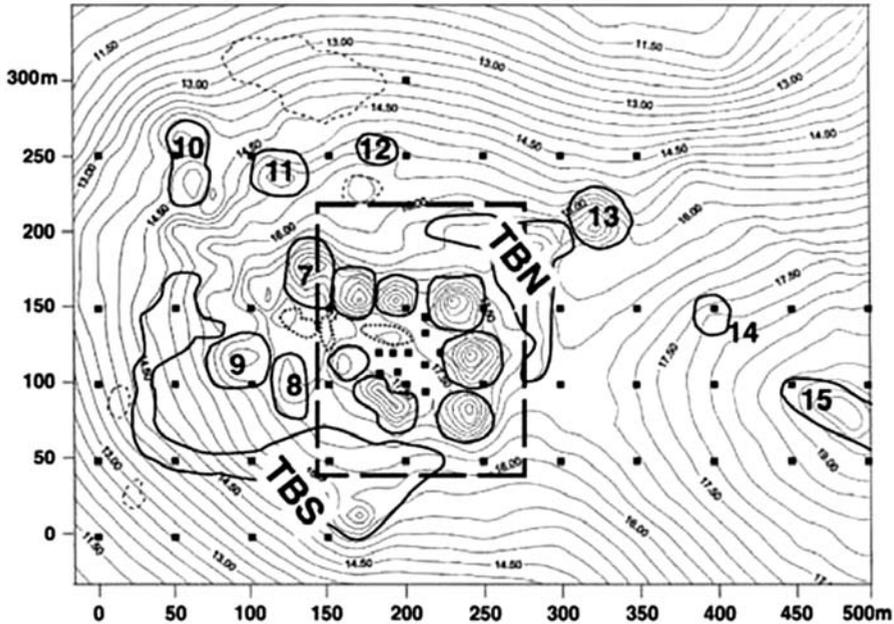
Al respecto de los patrones de asentamiento se destaca el emplazamiento de los asentamientos en puntos estratégicos de las tierras inundables, en lugares con problemas de accesibilidad y circulación. Este rasgo parece reafirmado por crónicas coloniales y aparenta obedecer a una conducta defensivamente orientada o, por lo menos, a un mayor control territorial. Por otro lado, la ubicación de los asentamientos en estos puntos topográficamente estratégicos asegura un dominio visual regional que, a su vez, consagra la gestión defensiva del territorio a través de la deliberada voluntad de controlar extensas áreas. Relevamientos arqueológicos en la laguna Negra (López Mazz y Pintos, 2000; 2005), en la zona de San Gregorio de Polanco y en las cuchillas de Arerunguá, de Las Cañas (Capdepont *et al.* 2010) y de los Arapeyses (cerro Minuano) (López Mazz y Bracco 2010; López Mazz y Sotelo 2011) reportan numerosas estructuras de este tipo a lo largo de extensas serranías. La correlación no aleatoria entre estructuras en tierra y áreas de significación económica (palmares, lagunas) (Bracco y López Mazz 1987; López Mazz y Pintos 2000 y 2005) sugiere la lógica económico-territorial que sustenta el patrón de distribución geográfico.

En relación con la estructura interna de los asentamientos humanos prehistóricos, al menos dos elementos podrían ser interpretados como decisiones relacionadas con defensa y conflicto: empalizadas defensivas y áreas funerarias formales. El primero se aprecia en el sitio Los Ajos, que constituye el testimonio de una aldea (*ca.* 4000 AP) representada por un círculo de montículos y rodeada periféricamente por una estructura sedimentaria, interpretada como el testimonio de una estructura defensiva (Iriarte 2003) (figura 2).

El otro elemento es la consolidación de áreas formales para los muertos, a través de la emergencia de cementerios, en asentamientos más extensos, más complejos o ocupados más tiempo (López Mazz 2001). La aparición de áreas funerarias formales sugiere la voluntad social de permanecer en un mismo territorio a través de las generaciones. La visibilidad de los antepasados (montículos funerarios) sirve como un reclamador y un recordatorio de la propiedad del lugar. Si bien en sí mismo no es evidencia de violencia, sí es un indicador del surgimiento de conflictos territoriales que buscan asegurar el acceso exclusivo y el uso (económico y ritual) de determinados territorios. Una forma de hacerlo es ubicando allí a los muertos y haciéndolos visibles. Este es, dentro de los rasgos indicadores de conflicto social, el más abundante en la región. De los aproximadamente 20 montículos excavados hasta el momento, en 18 de ellos se recuperaron enterramientos humanos. Al mismo tiempo, estos enterramientos

son variables tanto en número (se han identificado más de 30 individuos en el montículo de isla Larga), como en tipo de enterramiento, ajuar asociado y sexo y edad de los individuos (Cabrera 1999; López Mazz 1992, 2001, 2011; Pintos y Bracco 1999). En muchos casos, la utilización y reutilización de los montículos ocurre durante lapsos de tiempo muy largos, que pueden llegar a cubrir 3000 años. Este uso tan dilatado en el tiempo indica la consolidación de esta práctica. La distribución y redundancia refuerza aún más la idea de que se trata de una forma de reclamación territorial a través de la presencia de los antepasados, en ese singular cruce de la geografía con la historia.

Figura 2. Topografía del sitio Los Ajos, con ubicación de estructuras de tierra



Fuente: Iriarte 2003

Al respecto de las armas, el repertorio ergológico de los grupos incluye arcos y flechas, lanzas, macanas, boleadoras, bolas perdidas, mazas y también bolas erizadas o rompecabezas. La etnografía describe el uso de estos elementos en los diferentes conflictos coloniales; sobresale la peculiaridad del «rompecabezas», un artefacto siempre envuelto en debate sobre su función (Schmidel 1986) (figura 3).

El registro óseo humano, por su parte, muestra una variedad de características que, sin ser muy abundantes, sí son claramente indicativas de la presencia de violencia. Existen traumas óseos que no pueden atribuirse estrictamente a trabajo, sino más bien a violencia interpersonal (ver Cabrera *et al.* en este libro).

Figura 3. Rompecabezas de siete puntas



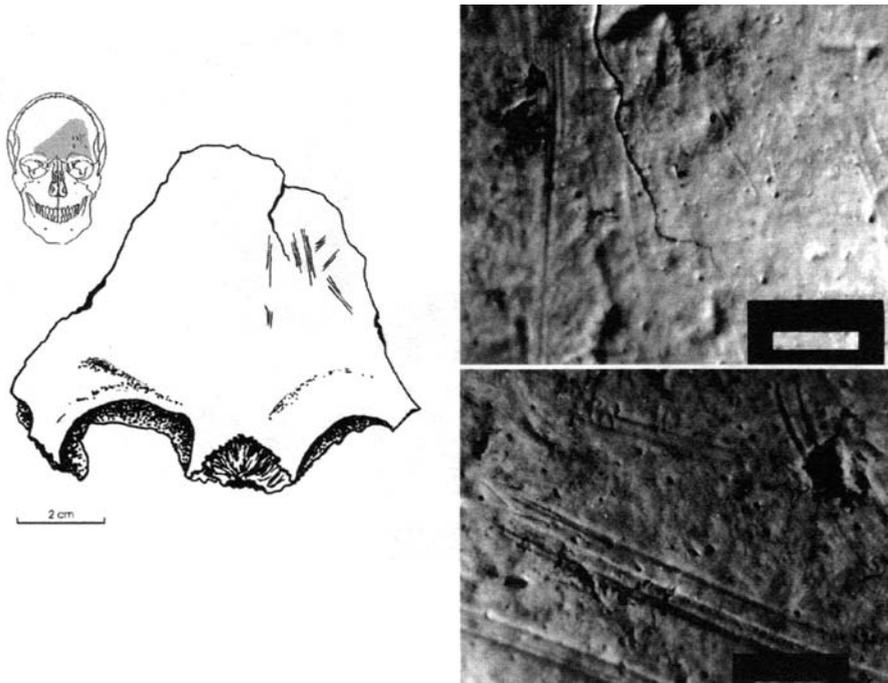
Fuente: Acervo del Museo Nacional de Antropología, Montevideo, Uruguay

La presencia de huellas claras de *scalping* fue reportada para cráneos recuperados en los sitios de Paso Barrancas (Pintos y Bracco 1999) y Rincón de los Indios (Gianotti y López Mazz 2009) en las tierras bajas del este de Uruguay (figura 4). En el sitio Rincón de los Indios (ca. 2000 AP) las evidencias de extracción de cuero cabelludo se combinan con testimonios de antropofagia y cabezas trofeos, reafirmando el origen conflictivo de estos patrones de patologías óseas *peri mortem*.

Otro elemento que merece una consideración propia lo constituyen los sugestivos cráneos aislados, interpretados como «cabezas trofeos» (Pintos y Bracco 1999). Evidencias de este tipo están presentes en el sitio Paso Barrancas con fechas próximas al tercer milenio AP (Pintos y Bracco 1999) y, para el arroyo San Miguel (sitio CH2D01), cerca del siglo XV (López Mazz 1992). Los estudios etnoarqueológicos sugieren que la instalación de estos patrones funerarios está asociada a la emergencia de nuevos sistemas políticos, orientados a centralizar el poder en «cacicazgos» de tipo hereditario (López Mazz 1999).

Entre los testimonios arqueológicos de violencia, un lugar especial lo ocupan las pruebas óseas de antropofagia, estudiadas en detalle para el sitio Rincón de Los Indios (Gianotti y López Mazz 2009; Moreno 2003, 2007), que combinan termoalteraciones con trazas de corte y descarné. La presencia de antropofagia está limitada, por ahora, a las evidencias relevadas en este lugar (figura 4); sin embargo, una revisión detallada de los testimonios óseos humanos de otros sitios similares puede deparar sorpresas.

Figura 4. Fragmento de hueso frontal con huellas de descarnar coincidentes con *scalping* del sitio Los Indios



Fuente: tomado y modificado de Gianotti y López Mazz 2009

Los testimonios de antropofagia del Rincón de los Indios son congruentes con las evidencias reportadas en el sur de Brasil y en el este de Argentina, lo que refuerza el escenario regional de conflicto preconquista. A medida que se desarrollen nuevas investigaciones, es esperable que comiencen a surgir cada vez más evidencias de esta práctica en otros sitios del este de Uruguay.

Conclusiones

El conjunto de elementos del registro arqueológico expuesto, sumado al escenario de cambio social, coinciden y se retroalimentan conformando un contexto que permite identificar el conflicto en tanto conducta social significativa.

El registro arqueológico de las tierras bajas de hace poco más de dos mil años atrás permite apreciar una serie de variados y profundos cambios sociales, que parecen haber actuado como factores coadyuvantes a nivel de los patrones de ocupación del espacio (y construcción de paisajes culturales), las condiciones ambientales de las tierras bajas y la circunscripción espacial de sus recursos críticos, la estructura defensiva del asentamiento, la emergencia de cementerios formales, las pruebas óseas de violencia interpersonal (antropofagia, cabezas trofeo y *scalping*) y la emergencia de nuevos sistemas políticos. La investigación etnohistórico-arqueológica consigue darle aún mayor resolución a este proceso

de conflicto regional, tal vez estimulado por la llegada de grupos amazónicos (Brochado 1973 y 1984) en una fecha próxima al inicio de la era.

Los acondicionamientos defensivos (empalizadas) de los que se dotan las aldeas olmecas (*ca.* 3000 AP) son vistos por Flannery y Marcus (2003) como la prueba de la institucionalización de la violencia, vinculada socialmente y, en proporción directa, al proceso de sedentarización. Un proceso similar puede estar ocurriendo en las tierras bajas de la laguna Merín hace unos 2000 años.

Se han podido identificar armas de caza, circunstancialmente en cuerpos humanos, y también producción de algunos artefactos especializados, que deliberadamente sugieren su empleo en eventos violentos interpersonales (escudos, bolas erizadas, macanas o rompecabezas). De manera complementaria, algunos traumas óseos presentan patrones de recurrencia que apuntan a conductas también recurrentes, propias de contextos violentos (antropofagia, *scalping*, cabezas trofeos). Las crónicas etnohistóricas cumplen en advertir al arqueólogo del alto grado de ritualización de estas prácticas, algo que puede confundir la interpretación de algunos contextos con restos humanos óseos.

El estudio económico muestra, también, ajustes en la gestión de los recursos animales y vegetales, que covarían positivamente con los indicadores de violencia. En este sentido, evidencias arqueológicas que *a priori* podría considerarse que no guardan relación con la violencia y la tensión social, como los cambios en los patrones de asentamientos (con cerritos y vichaderos), son indicadores indirectos, si no de su presencia, sí de la disputa territorial que aumenta la probabilidad de su ocurrencia. Lo expuesto constituye un conjunto de elementos de fuerte valor metodológico e inspiradores de investigaciones orientadas a nuevos temas, que no necesariamente están en la primera agenda de objetivos de un proyecto de investigación. Estos estudios parecen reafirmar la dialéctica social a través de la cual se pueden entender y explicar mejor el cambio y la evolución de estas sociedades americanas en su peculiar escenario de tierras bajas.

Bibliografía

- Acosta y Lara, E. (1989) *La guerra de los Charrúas*. Montevideo, Linardi y Risso.
- Barco Centenera, M. (1602) *La Argentina y conquista del Río de la Plata*. Lisboa, Pedro Crasbek.
- Barrios Pintos, A. (1971) *Historia de los pueblos orientales*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- Berón, M. (2003) *Dinámica poblacional y estrategias de subsistencia de poblaciones prehispánicas de la Cuenca Atuel-Salado-Chadileuvú-Curacó, Provincia de la Pampa*. Tesis doctoral inédita, 2 tomos. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Bracco, D. (1998) *Guenoas*. Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura.
- Bracco, R. y López Mazz, J. M. (1987) «Prospección arqueológica en la cuenca de la Laguna Merín». *I Jornadas de Ciencias Antropológicas en el Uruguay*. Montevideo, MEC, pp. 11-22
- Brochado, J. (1973) «Migraciones que difundieron la tradición alfarera Tupí-Guaraní». *Relaciones* VII: 7-39.
- (1984) *An ecological model of the spread of pottery and agriculture into eastern South America*. Tesis doctoral. Illinois, University of Illinois.
- Buikstra, J. (1995) «Tombs for the living or for the dead: the Osmore ancestors». En T. Dillehay (ed.) *Tombs for the living*. Washington, Dumbarton Oaks: 229-269.
- Cabrera, L. (1999) «Funeraria y sociedad entre los “constructores de cerritos” del este uruguayo». En J. M. López Mazz y M. Sans (comps.) *Arqueología y bioantropología de las Tierras Bajas*. Montevideo, FHCE, Udelar: 63-80.
- Capdepon, I.; Marozzi, O.; Villarmarzo, E.; Gianotti, C.; Sotelo, M. y Carve F. (2010) *Catalogación del patrimonio cultural del área Laureles-Cañas (Dpto. de Tacuarembó) y Rivera*. Memoria técnica. Convenio entre LAPPU (FHCE), unidad asociada a CURE (Udelar) y SNAP. Depositado en el SNAP (Dinama, MVOTMA) y LAPPU (FHCE, Udelar). Publicada en digital: CSIC <<http://hdl.handle.net/10261/26643>>, con acceso en febrero 2012.
- Clastres, P. (1980) *Arqueología da violencia*. San Pablo, Brasiliense.
- de Jong, I. y Satas, V. (2011) *Teófilo Gomila, memorias de la frontera y otros escritos*. Buenos Aires, Elefante Blanco.
- Femenías, J. (1983) «Amontonamientos artificiales de piedras en cerros y elevaciones de nuestro territorio». *Revista Antropológica* 1: 13-16.
- Fiedel, S. (1996) *Prehistoria de América*. Barcelona, Crítica.
- Figueira, J. J. (1978) *De las «memorias» del Brigadier General Don Antonio Díaz*. Montevideo, Dpto. de Estudios Históricos, Estado Mayor del Ejército.
- Flannery, K. y Marcus, J. (2003) «The origin of war: New 14C dates from ancient Mexico». *PNAS*, 100: 11801-11805.
- Fyllingen, H. (2003) «Society and violence in the early bronze Age: An analysis of Human Skeletons from Nord-Trøndeg, Norway». *Norwegian Archaeological Review* 36 (1): 27-43.
- Gascue, A. (2003) *Análisis y clasificación de los enterramientos humanos prehistóricos del litoral del río Uruguay*. Monografía de grado. FHCE, Udelar.
- (2009) «Prácticas violentas entre los habitantes prehistóricos de la Cuenca del Plata: la evidencia arqueológica de los valles de los ríos Paraná y Uruguay». En L. Beovide, C. Erchini y G. Figueiro (comps.) *La arqueología como profesión: los*

primeros 30 años. XI Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya. Montevideo, Asociación Uruguaya de Arqueología: 392-407.

- Gaspari, F. (1950) «Investigaciones arqueológicas y antropológicas en un cerrito de la Isla Los marinos, Pcia. de Entre Ríos». *Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore Dr. Pablo Cabrera*, T. XXIII. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Gianotti, C. y López Mazz, J. M. (2009) «Prácticas mortuorias en la localidad arqueológica Rincón de los Indios, Rocha, Uruguay». En J. M. López Mazz y A. Gascue (comps.) *Arqueología prehistórica en el siglo XXI*. Montevideo, Biblioteca Nacional-Facultad de Humanidades, Universidad de la República: 151-196.
- González, A. R. (1947) «Investigaciones arqueológicas en las nacientes del Paraná Pavón». *Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore Dr. Pablo Cabrera*, T. XVII. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Greslebín, H. (1931) «La estructura de los túmulos indígenas prehispánicos del Departamento de Gualeguaychú (Provincia de Entre Ríos, Argentina)». Montevideo. Apartado de la *Revista Sociedad Amigos de la Arqueología* v.
- Hillson, S. (2000) «Editorial: cannibalism and violence». *International Journal of Osteoarchaeology* 10: 1-3.
- Hurlblut, S. (2000) «The taphonomy of cannibalism: a review of anthropogenic bone modification in the American Southwest». *International Journal of Osteoarchaeology* 10: 4-26.
- Iriarte, J. (2003) *Mid Holocene Emergent Complexity and Landscape Transformation: The Social Construction of Early Formative Communities in Uruguay, La Plata Basin*. Tesis doctoral inédita. Lexington, Department of Anthropology, University of Kentucky.
- ; Holst, I.; Marozzi, O.; Listopad, C.; Alonso, E.; Rinderknecht, A. y Montaña, J. (2004) «Evidence of cultivar adoption and emerging complexity during the mid-Holocene in the La Plata Basin». *Nature* 432: 614-617.
- Leroi Gourham, A. (1967) *Les religions de la Préhistoire*. París, Albin Michel.
- López Mazz, J. M. (1992) «Aproximación a la génesis y desarrollo de los cerritos de indios de la zona de san Miguel (Dpto. de Rocha)». López Mazz, J. M. y Sans, M. (comps.). *Ediciones del Quinto Centenario*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República: 60-80.
- (2001) «Las estructuras tumulares (cerritos) del litoral atlántico uruguayo». *Latin American Antiquity* 12 (1): 1-25.
- (2011) «La préhistoire et la protohistoire dans les basses terres de l'est de Uruguay et le sud du Brésil». En D. Vialou (ed.) *Peuplements et préhistoire en Amériques*. París, CTHS: 381-392.
- y Pintos, S. (2000) «Distribución espacial de estructuras monticulares en la Cuenca de la Laguna Negra». En A. Durán y D. Bracco (eds.) *Arqueología de las Tierras Bajas*. Montevideo, MEC: 49-58.
- y Pintos, S. (2005) «El paisaje arqueológico de la Laguna Negra». En *Arqueología Uruguaya hacia el fin del milenio*. Montevideo. Asociación Uruguaya de Arqueología: 175-193.
- y Bracco, D. (2010) *Minuanos*. Montevideo, Linardi y Risso.
- y Sotelo, M. (2011) «Paisaje vertical y horizontal de las tierras bajas del este de Uruguay». Trabajo presentado en la *XVI Reunión de la Sociedad de Arqueología Brasileña*. Florianópolis.

- Moreno, F. (2003) *Análisis arqueofaunístico del sitio Rincón de los Indios. Procesos de formación y ritual funerario*. Monografía de grado, Departamento de Arqueología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- Moreno, F. (2007) «Arqueología y etnografía del canibalismo en Sudamérica». En Mameli L. y Muntañola E. (eds.) *América Latina, realidades diversas*. Barcelona, Casa America-Catalunya, Universitat Autònoma de Barcelona: 137-155.
- Pintos, S. y Bracco, R. (1999) «Modalidades de enterramiento y huellas de origen antrópico en especímenes óseos humanos. Tierras bajas del Este de Uruguay». En J. M. López Mazz y M. Sans (comps.) *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas*. Montevideo, FHCE, Udelar: 81-106.
- Rohr, J. A. (s/d) *Museu do Hommen do Sambaqui*, Florianópolis.
- Schiffer, M. (1972) «Archaeological context and systemic context». *American Antiquity* 37: 156-165.
- Schmidel, U. (1986) *Relatos de la Conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554*. Madrid, Alianza.
- Schmitz, P. (1990) «Excavacoes Arqueologicas do Pe. João Alfredo Rhor. O sitio arqueológico da Praia da Tapera: um assentamento Itararé e Tupiguaraní». *Pesquisa, Antropologia*, 45.
- Sotelo, M. (2009) *Elaboración de modelos predictivos con base SIG para la ubicación de sitios arqueológicos. Su aplicación en el departamento de Tacuarembó*. (CSIC, Iniciación a la Investigación-LAPPU, FHCE, Udelar).
- Suárez, R. (1995) «Revaloración e importancia de las colecciones arqueológicas: estudio de la Colección Carlos Seijo (Maldonado)». En M. Consens, J.M. López Mazz y C. Curbelo (eds.) *Arqueología en el Uruguay. VIII Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya*. Montevideo, Surcos: 442-451.
- Susnik, B. (1983) *Los aborígenes del Paraguay*. Asunción, Museo Etnográfico Andrés Barbero.
- Turner, C. G. y Turner, J. (1995) «Cannibalism in the prehistoric American South West: occurrence, taphonomy, explanation and suggestions of standardized World definition». *Anthropological Science* 103: 1-22.
- Vidart, D. (1969) *Caballos y jinetes*. Montevideo, Bolsilibros de Arca.
- Vila, P.; Bouville, C.; Courtin, J.; Helmer, D.; Mahieu, E.; Shipman, P.; Belloumini, G. y Branca, M. (1986) «Cannibalism in the Neolithic». *Science* 233: 431-437.
- Villalta, B. (1948) *Antropofagia ritual americana*. Colección Buen Aire, Buenos Aires, Emecé Editores.

Señales de muerte violenta en un enterramiento en montículo en el este del Uruguay

LEONEL CABRERA PÉREZ¹

ALICIA LUSIARDO²

GONZALO FIGUEIRO³

MÓNICA SANS⁴

Resumen

El registro arqueológico de las estructuras monticulares del este del Uruguay presenta evidencias de procesos socioculturales complejos, interrumpidos en forma relativamente abrupta por la llegada del europeo. Las crónicas tempranas refieren a situaciones de contactos diversos que involucran tanto a las distintas parcialidades indígenas del área entre sí, como a estas con el elemento europeo que irrumpe en la región. En este contexto dinámico y de alta conflictividad interétnica, presentamos el análisis de un esqueleto recuperado en un sitio con montículo, denominado CG14E01 Isla Larga (Rocha, Uruguay). El individuo, de sexo femenino y características físicas que lo apartan de las poblaciones nativas del área, fue recuperado en la proximidad de dos urnas de tipo tupí-guaraní, una de las cuales presenta cuentas de vidrio europeas. Su esqueleto muestra evidencias de una muerte violenta, tratándose de un posible caso de violencia interpoblacional, lo que refuerza los lazos entre el registro arqueológico y el etnohistórico.

Palabras clave: restos humanos; violencia; ancestralidad; contactos interétnicos.

1 Departamento de Arqueología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE), Universidad de la República, <leonelcabreraperez@gmail.com>.

2 Grupo de Investigación en Arqueología Forense del Uruguay (GIAF), Departamento de Arqueología, FHCE, Universidad de la República, <nibya@yahoo.com>.

3 Departamento de Antropología Biológica, FHCE, Universidad de la República, <gfigueiro@fhuce.edu.uy>.

4 Departamento de Antropología Biológica, FHCE, Universidad de la República, <msans@fhuce.edu.uy>.

Abstract

The archaeological record of the mounds of Eastern Uruguay shows evidence of complex socio-cultural processes that were interrupted rather abruptly with European contact. Early chronicles refer to groups with different inter-ethnic contacts among groups inhabiting the area, as well as with the Europeans that irrupt in the region. In this context, reflecting data on inter-ethnic dynamics which would surely involve episodes of violent conflict, we present the analysis of a skeleton recovered from a site with earthwork, CG14E01 «Isla Larga» (Rocha, Uruguay). The individual was discovered in the proximity of two Tupiguarani urns, from one of which several European glass beads were recovered. The individual, a female with physical traits different from the Native populations of the area, shows evidences of a violent death, therefore being a possible case of inter-population violence, reinforcing the ties between the archaeological and ethno-historic record.

Keywords: human remains, violence, ancestry, interethnic contacts.

Introducción

Desde 1985 a 2001 se desarrollaron en el área de San Miguel (departamento de Rocha, Uruguay) trabajos de investigación que han permitido el acceso a diferentes aspectos de la prehistoria de la región este del Uruguay. Se relevaron cientos de sitios, en su mayoría estructuras monticulares (cerritos de indios) que muestran complejos procesos socioculturales que involucran a las poblaciones locales durante los últimos cuatro mil años. Su registro arqueológico rompe el estereotipo de las sociedades prehistóricas cazadoras-recolectoras, pero igualmente indica que se trataba de una sociedad basada en la caza y la colecta, donde la domesticación de plantas, si bien está presente, aparentemente no jugó un papel dominante en la dieta, identificándose, por ejemplo, fitolitos pertenecientes a *Cannanáceas* (achira), *Cyperáceas* (juncos), *Cucurbitáceas* (zapallo) y *Zea mays* (maíz) (Iriarte *et al.* 2001).

Las estructuras monticulares, construcciones de tierra que se caracterizan por poseer diámetros de entre 30 y 40 m y alturas variables que pueden alcanzar los 7 m, y por presentarse en forma aislada o conformando agrupaciones muy numerosas, evidencian una planificada acción que persiguió el acondicionamiento de lugares específicos en el espacio geográfico. Dentro de estas construcciones monumentales, es constante la presencia de enterramientos humanos, de hombres, mujeres y niños, y con diversidad de tratamientos (Bracco *et al.* 2000; López Mazz 2001; Iriarte 2003; Bracco 2006; Cabrera Pérez 2007a). Los objetivos a desarrollar comprenden el análisis de los indicadores de violencia presentes en el marco del sitio CG14E01 y las características biológicas relacionadas, orígenes genéticos, perfiles biológicos e historias de vida recuperadas.

Contactos interétnicos

La última fase de desarrollo de los *constructores de cerritos* muestra la irrupción de un proceso múltiple de relacionamiento indígena-indígena e indígena-europeo. Dada su cronología posterior al siglo XVI, este período está acotado tanto por el testimonio escrito como por el dato arqueológico. Tradicionalmente, los elementos culturales considerados como diagnósticos de la presencia de grupos tupí-guaraní se han interpretado como el producto testimonial de su expansión. Sin embargo, los datos disponibles, muestran procesos socioculturales particularmente complejos, los que, encontrándose en pleno desarrollo hacia el siglo XVI, se alteran radicalmente con la presencia del europeo. Los testimonios localizados a la fecha en la región, más o menos aislados y siempre relacionados con sitios no tupí-guaraní (Cabrera Pérez 1999a), llevan a preguntarnos respecto de las instancias de relacionamiento y modalidades de contacto cumplidas en la región. En el ámbito de las crónicas históricas tempranas, sabemos que a la llegada del europeo la región sur de Brasil y este del territorio uruguayo mostraban modalidades culturales que se presentan a los ojos del conquistador como fuertemente guaranizadas, encontrándose en desarrollo estrategias de intercambios comerciales

múltiples. Estas redes de intercambio involucraron al propio indígena como mercancía mediante la implementación del sistema de rescates, desarrollado a lo largo de la costa atlántica. Este fenómeno involucró asimismo, en diferentes formas, a sociedades costeras, guaraníes o guaranizadas, que se desempeñaron como intermediarias, desarrollando un contacto más prolongado e intenso con sociedades cada vez más alejadas. Los múltiples procesos generados debieron implicar situaciones de particular violencia (Cabrera Pérez 1998, 2007b).

Las revisiones etnohistóricas recientes han proporcionado elementos que colaboran en la reconstrucción del panorama y la dinámica social de la región. A partir de estas se puede señalar que en el sur del Brasil y hasta la desembocadura del Río de la Plata vivían, para los momentos tempranos del período histórico, grupos que fueron denominados genéricamente como *tapias* por los informantes tupí-guaraníes y que mostraban una estructura sociocultural no demasiado diferente a la de sus vecinos tupí-guaraníes en sus aspectos económicos y políticos (Cabrera Pérez 1998). Se observa una coincidencia entre los ambientes de tierras bajas y la distribución de sociedades que exhiben niveles de integración que podemos caracterizar como tribales, con asentamiento en aldeas permanentes o semipermanentes, mostrando una marcada agregación en su patrón demográfico, intensificación económica y una vida social ordenada por el parentesco. Por otra parte, las causas que se advierten como principales en la temprana desaparición de estos grupos, como la acción de los *bandeirantes* y la mortandad ocasionada por las nuevas enfermedades traídas por el europeo, también pueden interpretarse como indicios claros de los niveles de integración sociocultural alcanzados por estas poblaciones. En el transcurso de pocas generaciones y antes de que se produjera la ocupación directa del europeo en los territorios de la región, desaparecen en forma total las sociedades que durante los últimos cuatro milenios habían controlado eficazmente el ecosistema de las tierras bajas. Sus vecinos, los *cazadores nómades*, redimensionados tecnológicamente y con los beneficios del caballo, se extienden rápidamente por los antiguos territorios de los *constructores de cerritos*.

El sitio CG14E01

El sitio arqueológico CG14E01 (Isla Larga) se encuentra ubicado en la parte alta de la sierra de San Miguel, en su extremo occidental, dentro de un área de monte nativo denso. Incluye una estructura monticular y áreas circundantes con una extensión de más de 200 m a ambos lados de la estructura monticular y muestra características típicas de «áreas domésticas». Los trabajos de excavación, en más de 70 m², involucraron las distintas áreas (Cabrera Pérez 2010).

La estructura monticular está conformada por la acumulación intencional de diversos elementos constructivos (limo, arcilla, roca, tierra quemada, materia orgánica diversa, ceniza, restos culturales y otros) que se disponen en forma aparentemente anárquica. La gran mayoría de los vestigios culturales, a excepción

de los enterramientos humanos, participan de la misma falta de organización, pudiéndose suponer que se encuentran en posición secundaria, por haber sido transportados junto con el sustrato, y en la que se observan perturbaciones pos-deposicionales naturales y antrópicas. Muestra una ocupación recurrente de más de tres mil años, determinándose un episodio inicial hace 3600 años, que consistió en la realización de una gran hoguera y el procesamiento de varios cérvidos, con fines alimenticios, habiéndose recuperado parte del instrumental lítico utilizado. Por encima se levanta la estructura del cerrito, alcanzando los últimos niveles de la construcción, los tiempos históricos (siglos XVI a XVII). En la parte superior de la estructura y de forma intrusiva, se han localizado dos urnas de tipo tupí-guaraní, que estarían indicando situaciones de contacto interétnico. Este hecho ubica al sitio como uno de los mejor dotados para el análisis de tales procesos, en particular cuando una de estas urnas contiene elementos europeos (cuentas venecianas), permitiendo ubicar dicho episodio dentro de una época reciente —comienzos del siglo XVII— y en el marco de las complejas situaciones de contactos indígena-indígena e indígena-europeo de la región.

Enterramientos humanos en el sitio CG14E01

Entre los elementos a destacar del sitio CG14E01 se encuentra la localización de diferentes restos humanos, desde enterramientos secundarios en urnas o en paquetes hasta primarios con diversas maneras de disposición de los cuerpos: semiflexionados o extendidos, en decúbito dorsal o lateral y otros. Incluyen un rango variado de edades, desde niños menores de un año hasta adultos de avanzada edad (Cabrera y Marozzi 2001). En algunos casos, se incluyen distintos tipos de ofrendas, encontrándose hemimandíbulas de zorro de monte (*Cerdocyon thous*) y zorro gris (*Dusicyon gymnocercus*), coipo (*Myocastor coypus*), valvas de moluscos (*Diplodon sp*), artefactos líticos formatizados, etcétera. A la fecha se han recuperado más de veinte individuos, los que, en general, muestran un muy buen estado de conservación. A nivel de población, el sexo femenino aparece representado con una frecuencia mucho más baja que el masculino (25% versus 75%), lo cual ha sido observado también en otros sitios de la región. Este hecho podría indicar que los individuos enterrados en cerritos no representan la totalidad de la población, sino que responderían a un segmento de la misma (Cabrera Pérez 1999b; Sans 1999; Sans y Femenías 2000). La cronología de los enterramientos es siempre menor a la de los sedimentos en que se encuentran, lo cual también ha sido observado en otros sitios de la región. Los restos humanos más antiguos datan de menos de dos mil años y en su mayoría ocupan los niveles superiores del cerrito (Bracco 2006).

Los indicadores recientes del sitio CG14E01

Dentro de la estructura monticular se han localizado, a la fecha, dos urnas que involucran claros elementos diagnósticos asociables a rasgos tupí-guaraní. La primera de estas fue encontrada en forma fortuita en 1975 por un lugareño mientras desarrollaba trabajos agrícolas. En su interior se encontraba un individuo de sexo masculino de edad entre 39 y 51 años (Cabrera Pérez 1999b). La estimación de este rango de edades se basó en la aplicación del método de Meindl y Lovejoy (1985), que considera el grado de sinostosis de las suturas craneales según dos sistemas, el de la calota y el lateral-anterior. Otros métodos permitieron corroborar que se trataba de un individuo adulto a adulto maduro.

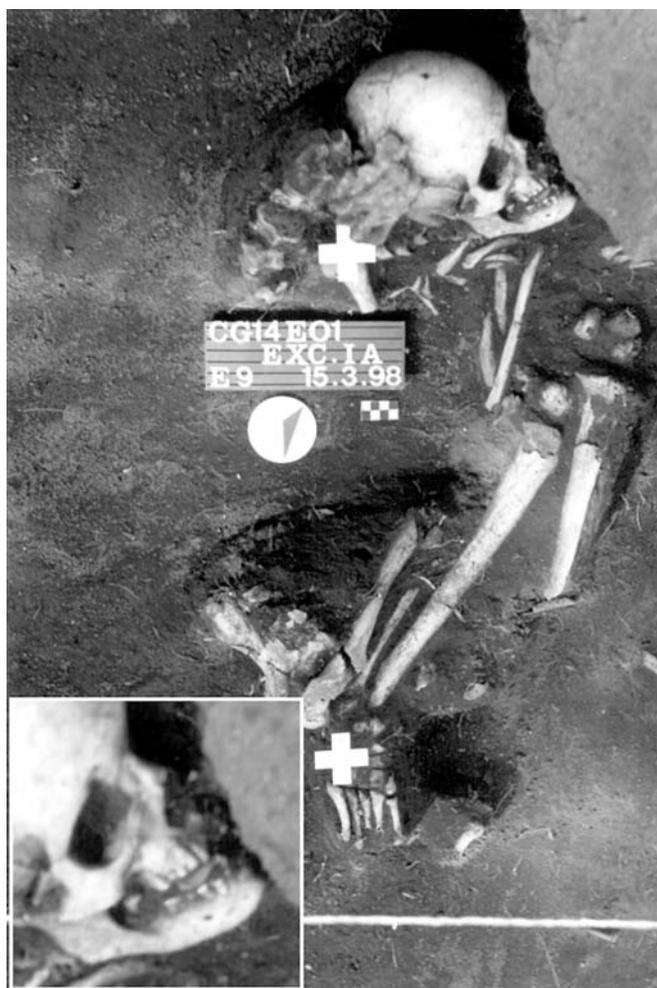
El segundo hallazgo fue localizado a escasa distancia del anterior, pero a diferencia de este, mostraba una alta tasa de fragmentación. En su interior se encontraban huesos en muy mal estado de conservación, correspondientes a dos individuos: un adulto joven (edad estimada entre 25 y 29 años de acuerdo al método antes mencionado), de sexo masculino y un subadulto; se caracteriza por la presencia de unas pocas piezas, muy fragmentadas, por lo cual no se determinó edad ni sexo. Dentro de esta urna funeraria y en un enterramiento próximo de un individuo de sexo masculino, se ubicaron 21 cuentas de vidrio, cuentas venecianas, de origen europeo. Comprenden básicamente tres tipos: esféricas —de tamaño mediano (de 4 a 6 mm) y de color turquesa, ovals y ovals muy grandes (más de 10 mm), azul cobalto y alargadas. Cronológicamente, fueron facturadas entre 1580 y 1620 A. D. Dichas cuentas se ubican entre la segunda mitad del siglo XVI y los primeros años del siglo XVII (*sensu* Deagan 1987: 1: 161). La urna originalmente no fue enterrada, habiéndose rodeado su base con piedras a efectos de lograr su estabilidad. Posteriormente, sobrevino el deterioro y la ruptura de la parte superior, desperdigándose sus fragmentos. Un episodio constructivo posterior acrecentó el cerrito, sepultando definitivamente el conjunto (Cabrera Pérez 2004).

A poco más de un metro al sur de la urna depositada en último término y a una profundidad de entre 60 y 44 cm de la superficie, orientado sur-norte y con su rostro mirando al oeste, se encontró un esqueleto que fue identificado con el número 9. Estaba en posición muy flexionada y en su cavidad bucal se encontraba una lasca de riolita. Si bien no contamos con cronologías absolutas para el mismo, el contexto en el cual se encuentra lo ubica dentro de la época histórica. Encima del enterramiento se habían depositado piedras, algunas de gran tamaño, que permiten calcular que la profundidad de la fosa era muy exigua, de no más de 30 cm, apoyándose las rocas prácticamente sobre el individuo (figura 1). Presenta marcados signos de violencia en su cráneo que lo diferencian de otros enterramientos analizados hasta el presente en el Uruguay. Es de notar que otros enterramientos en el mismo montículo, si bien presentan fracturas y traumas entre otras patologías óseas, en ningún caso muestran evidencias de violencia que pudieran determinar la muerte, como en el caso estudiado.

El análisis de los restos de este individuo y de los indicadores de violencia, en el marco del sitio CG14E01 y de la región del este del Uruguay, constituye

el objetivo del presente estudio. En particular se investiga si este individuo, que se destaca de los otros del sitio estudiado y de otros sitios investigados hasta el presente por el hecho de presentar evidencias de haber sido objeto de violencia en grado tal que causó su muerte, puede considerarse como parte de la población o presenta características que lo hacen extraño a esta. En este sentido, se analizan características biológicas relacionadas con su origen genético y su perfil biológico e historia de vida.

Figura 1. Fotografía *in situ* del esqueleto 9, con detalle de la lasca de riolita entre los dientes del individuo



Fotografía de Leonel Cabrera Pérez

El individuo CG14E01-9

A fin de determinar el perfil biológico del individuo (edad, sexo, estatura y ancestralidad así como para analizar de los traumatismos y las patologías que pudieran haber dejado una huella en el esqueleto, se llevó a cabo un análisis osteológico y dental mediante métodos antroposcópicos y métricos.

Número de individuos

A pesar de que se trataba de un solo enterramiento, una vez desplegados los restos en posición anatómica se constató la presencia de dos sacros, dos cuneiformes mediales derechos y una diáfisis de metacarpo extra, arrojando estas duplicaciones un número mínimo de dos individuos. Dada la fragmentación de los restos no fue posible una reasociación clara de los mismos, pero teniendo en cuenta los diarios de campo y las fotografías de excavación, así como las características de forma, tamaño, articulación de algunas piezas y textura de los huesos, se pudo descartar uno de los cuneiformes y el metacarpo extra. En cuanto al sacro, no fue claro establecer cuál correspondía al individuo en cuestión; en un caso, estaba asociado a las cinco vértebras lumbares, pero sin correspondencia anatómica con los miembros inferiores.

Sexo, edad al morir, estatura

La determinación del sexo se llevó a cabo según métodos métricos y no métricos (Dwight 1904-1905; Pearson y Bell 1917-1919; Steyn e Iscan 1999). Se analizaron el cráneo, la mandíbula, la pelvis y los huesos largos. Todos los indicadores analizados en el cráneo y la mandíbula son consistentes con una morfología femenina, con la excepción de la presencia de eversión en gonion. En cuanto a las características de la pelvis y a las medidas de los huesos largos, también son consistentes con la morfología femenina.

Para estimar la edad del individuo se realizó, en primer lugar, un análisis general de los restos, observándose que se todas sus epífisis estaban fusionadas y que había evidencias de la emergencia de sus terceros molares. Además, presentaba cambios degenerativos propios de individuos adultos. Para la determinación de la edad se observaron los cambios degenerativos en la superficie auricular del ilion y en la sínfisis púbica (Lovejoy *et al.* 1985; Katz y Suchey 1986). El análisis de la superficie auricular arrojó un resultado con características que colocan a este individuo en la fase 8, con una edad de más de 60 años. En el análisis de la sínfisis púbica solo se pudo utilizar la cara sinfisial derecha por ser la única presente, determinándose características de la fase 6, con un rango de edad de 42 a 87 años con un promedio de 60 años. En resumen, se trata de un individuo adulto, en un rango de edad que abarca entre 42 a 87 años, con un promedio de 64,5 años.

Lamentablemente, ninguno de los fémures se encontraba completo como para determinar la estatura midiéndolos. La determinación de la estatura se realizó aplicando el método de Meadows y Jantz (1992) para individuos caucásicos,

utilizando el primer, segundo, tercer y cuarto metacarpo izquierdo cuyas estimaciones en centímetros fueron M1: $152,72 \pm 5,52$; M2: $158,57 \pm 5,15$; M3: $161,45 \pm 5,36$ y M4: $160,41 \pm 5,67$. La estatura promedio para este individuo es de 158 cm, coincidente con la estatura media de los individuos encontrados en montículos de Rocha (Sans 1999).

Ancestralidad

Para la determinación de la ancestralidad del individuo a partir de su morfología craneal, se utilizaron los indicadores desarrollados por Rhine (1990). Estos registran las frecuencias en las que un rasgo se encuentra dentro de cada grupo ancestral (europeo, africano y asiático). Si bien los rasgos se pueden llegar a encontrar en los tres grupos ancestrales, su elevada frecuencia dentro de uno de los tres es lo que le otorga un poder clasificatorio. La ponderación de todos los rasgos arroja una determinación de ancestralidad. La observación de la apertura nasal en forma de gota, el piso nasal con borde, las suturas de tipo simple, la escasa prominencia de los cigomáticos y el reducido prognatismo son consistentes con un individuo de ancestralidad europea. Por otra parte, la observación de la forma del caballete nasal intermedio, la arcada dental elíptica, el borde orbital inferior con proyección anterior, el gran desarrollo del tubérculo malar y la rotación de los incisivos son indicadores consistentes con un individuo asiático o indígena. Por lo tanto, el análisis morfológico del cráneo es congruente con un individuo con una ancestralidad mixta (europea y asiático/indígena).

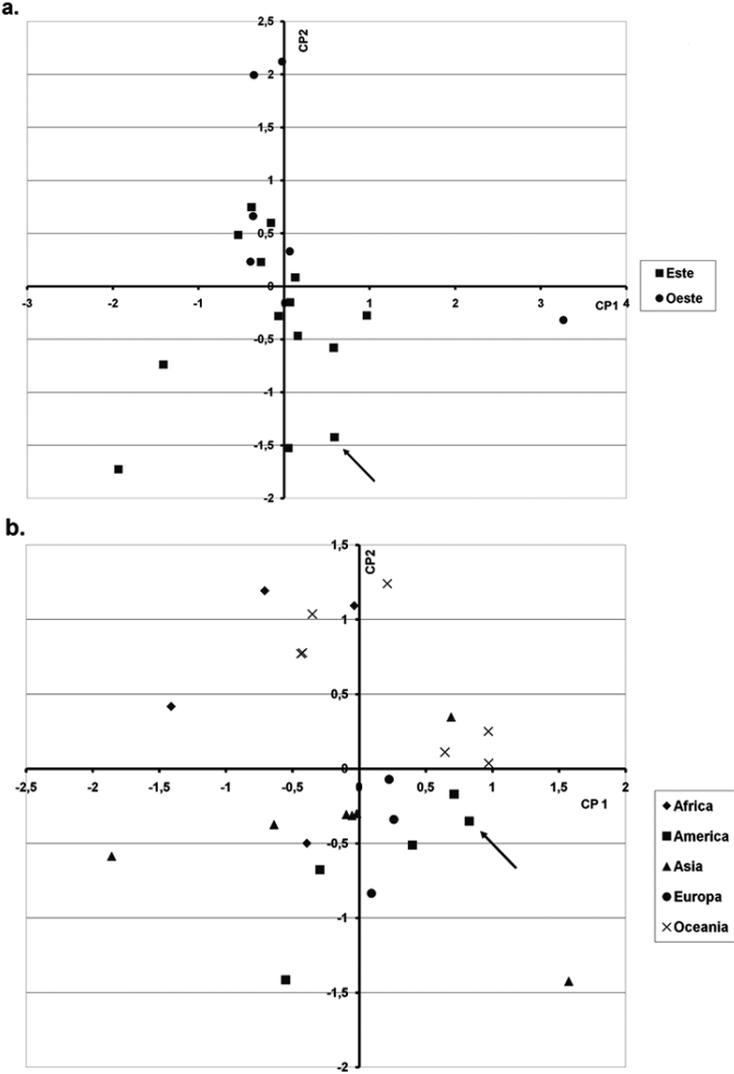
A nivel de aspecto general, se observaron diferencias en el cráneo del individuo 9 respecto a otros cráneos recuperados en el mismo cerrito, así como de los cráneos hallados normalmente en contextos arqueológicos del este de Uruguay. Para profundizar en este aspecto, se realizaron dos análisis de afinidad morfológica, uno a escala local y otro a escala global, mediante Análisis de Componentes Principales (ACP) (Manly 1994) de variables métricas del cráneo.

El análisis de la afinidad del individuo 9 con individuos de sexo femenino pertenecientes a poblaciones locales se basó en un ACP empleando 14 variables craneométricas tomadas mediante instrumental tradicional en cráneos recuperados en contextos arqueológicos del Uruguay. El ACP resultante acumula el 62,1% de la varianza total en los tres primeros ejes (eje 1: 26,8%; eje 2: 19,7%; eje 3: 15,6%). Este grado de varianza explicada, aunque reducida, es frecuente en análisis multivariados basados en craneometría (por ejemplo, Powell y Neves 1999; González-José *et al.* 2005, 2008; Hubbe *et al.* 2007).

La gráfica de distancias morfológicas del individuo 9 y de los 19 individuos considerados en el análisis puede verse en la figura 2a. Análisis realizados previamente en restos prehistóricos del Uruguay (Bertoni *et al.* 2000) con fechados que se extienden de 1900 a 250 AP aproximadamente (Bracco y Ures 1999; Castillo 2004), señalan la diferenciación morfológica de las poblaciones prehistóricas del este y el oeste del Uruguay, diferenciación que se observa asimismo —aunque con cierto solapamiento— en la gráfica. El individuo 9, por

su parte, se encuentra en una posición marginal, pero no exterior, al rango de variación de la región este.

Figura 2. Gráficas de los dos primeros ejes del análisis de componentes principales del individuo 9



(a) respecto a restos prehistóricos del Uruguay; (b) respecto a la base de datos de W. W. Howells. El individuo 9 se señala con una flecha.

Análisis de los autores

Con relación a poblaciones fuera del territorio uruguayo, el análisis se basó en la comparación, sobre la base de las mismas variables empleadas en el análisis local, del individuo 9 con la base de datos de poblaciones recientes de Howells

(1989), que incluye mediciones de más de 2500 cráneos pertenecientes a veinticinco poblaciones de todos los continentes. Los primeros tres ejes del ACP resultantes representan el 61,9% de la variación total (eje 1: 35,2%; eje 2: 15,2%; eje 3: 11,5%). En la representación de las puntuaciones promedio de las poblaciones consideradas (figura 3a), el individuo 9 se encuentra agrupado mayormente con poblaciones de América y, en segundo término, con Europa y Oceanía. En este sentido, la morfología del individuo 9 estaría, a grandes rasgos, en el contexto de la variabilidad hallada en el continente americano.

La ancestralidad genética se investigó por métodos moleculares. Dadas las características del ADN, muy deteriorado, se analizó solamente la ancestría materna empleando el ADN mitocondrial (ADNmt). Se realizaron dos aproximaciones: la secuenciación de la región hipervariable I (HVRI) y el estudio de polimorfismos del largo de los fragmentos de restricción (RFLPs), buscando las mutaciones correspondientes a los haplogrupos indígenas fundadores (conocidos como A, B, C y D, Torroni *et al.* 1993). Para esto, se realizaron dos extracciones independientes de ADN del esqueleto 9. La primera fue realizada en la Universidad de Michigan, a partir de la cual fue inicialmente secuenciado un segmento corto (90 bases) de la HVRI (Bertoni *et al.* 2004). Posteriormente, se analizó por RFLPs su pertenencia a uno de los cuatro haplogrupos mencionados más arriba y se secuenciaron otros segmentos de la HVRI que unidos alcanzan a cubrir 325 bases. La segunda extracción fue realizada en la Universidad de Utah. De este extracto se obtuvieron nuevas secuencias en un segmento que abarca 220 bases, que fueron comparadas con las obtenidas anteriormente. En todos los casos, los estudios fueron realizados en instalaciones adecuadas y tomando las debidas precauciones para evitar su contaminación con ADN moderno.

Los estudios de ADN no dieron resultados concluyentes. Aun así, parece poco probable que el ADN corresponda a un haplogrupo indígena. Entre las mutaciones en la HVRI que se consideran como indicadoras para esos haplogrupos, en la primera extracción los segmentos analizados mostraron tanto 16223T como 16223C. Debe notarse que los haplogrupos fundadores indígenas A, C y D se caracterizan por 16223T, mientras que el B, por 16223C, pero no ambos conjuntamente. Sin embargo, otras mutaciones que se asocian a los haplogrupos señalados dieron negativo para esos cuatro haplogrupos; lo mismo sucedió con el análisis por RFLPs. Estos resultados llevarían, en primera instancia, a descartar la ancestría indígena. En cuanto a la segunda extracción, todos los segmentos mostraron coherencia en cuanto a 16223T, pero en ningún caso se observaron las mutaciones que, asociadas a esta, caracterizan los haplogrupos A, C y D. Debe mencionarse que 16223T es común a gran cantidad de haplogrupos, tanto africanos (L) como sus derivados asiáticos (M, N) y algunos europeos (I, X, HV*) (Lee *et al.* 2008). En conjunto, si bien no ha podido concluirse acerca de la ancestralidad genética de CG14E01-9, la mayoría de los indicadores parecerían mostrar que no es indígena. Sin embargo, esto debe ser tomado con extremo cuidado, en primer lugar, por la posibilidad de contaminación cruzada (con otros restos analizados en la misma etapa) y, también, porque aun si se tratara de una

mujer mestiza (por ejemplo, padre/madre europeo/a y madre/padre indígena) debe destacarse que, por regla general, el mestizaje ocurrió entre mujeres indígenas y hombres europeos (Sans 2000); si fuera esta la circunstancia, el ADNmt debiera ser de origen indígena.

Como conclusión acerca de la ancestralidad, los distintos indicadores no permiten asegurar ni rechazar la ancestría indígena, si bien las diferencias morfológicas podrían indicar una etnia diferente a la de los demás individuos del cerrito. Por otra parte, es también posible que se trate de una mujer mestiza, por la unión de europeo/a con nativa/o americana/o, por lo cual su ADNmt solo representaría parte de su origen y su morfología podría ser intermedia a ambos.

Análisis de traumatismos y patologías del individuo CG14E01-9

Las patologías óseas y dentales analizadas fueron clasificadas de acuerdo a categorías que incluyen patologías infecciosas, osteoarticulares, metabólicas, nutricionales y traumáticas. Además, se observaron marcadores de estrés ocupacional y variaciones anatómicas poco frecuentes.

Traumatismos antemortem y patologías

Algunos huesos presentan lesiones que pueden señalarse como posibles fracturas. El nasal izquierdo presenta una fractura de larga data con reparación ósea total, pero que provocó una discontinuidad con hundimiento de la lámina ósea. Una falange intermedia de la mano presenta una pérdida de sustancia ósea con cicatrización completa en la epífisis distal que podría ser el producto de una fractura o lesión cortante ocurrida en vida de la persona. Una costilla izquierda presenta fractura *ante mortem* con presencia de callo óseo. Este está ubicado en el cuerpo de la costilla a 4 cm de la cabeza, indicativo de la supervivencia; al estar muy fragmentada y no contar con la totalidad de las costillas no podemos aventurar de qué costilla se trata. Estas fracturas podrían ser producto de traumatismos accidentales o de acción violenta; si este fuese el caso, estas fracturas y las lesiones *peri mortem* pasarían a formar parte de un conjunto significativo.

La tibia derecha presenta una periostitis que provocó un engrosamiento de la diáfisis. Esta reacción se encuentra en la cara medial de todo el tercio superior, extendiéndose hasta pasada la mitad de la diáfisis. En su cara lateral, presenta periostitis en tercio inferior extendiéndose hasta la epífisis distal. Esta inflamación del periostio puede ser provocada por trauma o infección (Aufderheide *et al.* 1998).

Por último, varios huesos presentan características relacionadas con la elevación del brazo, flexión del codo, pronación y flexión del antebrazo. El radio derecho muestra un mayor desarrollo del supinador y del pronador con respecto al radio izquierdo, mientras que el cúbito derecho exhibe un mayor desarrollo del supinador. La clavícula derecha presenta una mayor longitud que la izquierda y sus inserciones musculares son más marcadas. La actividad realizada por este individuo implicaba un uso mayor de su miembro superior derecho para este tipo de movimientos.

Ambos huesos ganchosos carecen de apófisis unciforme, en su lugar presentan un pequeño tubérculo. La apófisis unciforme es el sitio de inserción del cubital. La hipoplasia de la apófisis unciforme es muy poco frecuente y en la literatura se han reportado pocos casos (Anderson 1988; Timins 1999; Pierre-Jerome *et al.* 2011).

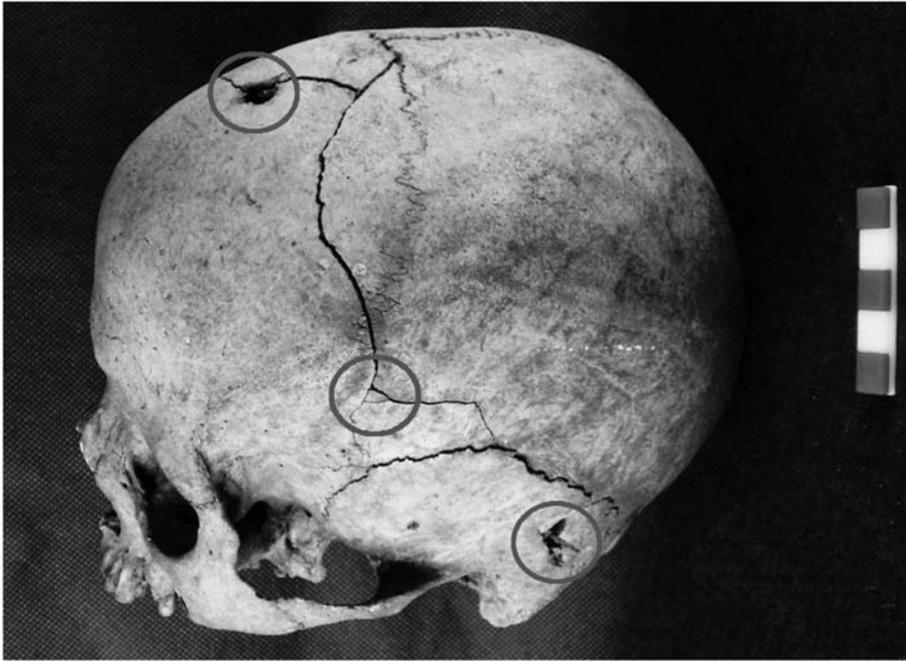
El segmento cervical presenta un acúñamiento anterior de los cuerpos vertebrales propio de individuos de edad avanzada. Las vértebras dorsales presentan abundante porosidad, con el anillo óseo sobresaliendo y el cuerpo vertebral hundido, mientras que el segmento lumbar (que se unía a uno de los sacros) presenta hernias discales profundas en las vértebras lumbares 2 y 4.

Traumatismos perimortem

Se observaron tres lesiones sin tiempo vital para la reparación ósea, todas en el cráneo (figura 3). Estas responden a un mecanismo de tipo contundente de acuerdo al tipo de patrón de lesiones, fracturas radiales y biselado interno (Katzenberg y Saunders 2008; Kimmerle y Baraybar 2008; Black y Ferguson 2011). Se contabiliza un número mínimo de tres impactos. Se detallan a continuación las lesiones observadas de acuerdo a su orden de ocurrencia, siguiendo el principio establecido por I. Puppe (Madeaa y Staaka 1988).

Un impacto denominado *A* en parietal izquierdo, en el ángulo esfenoidal a pocos milímetros de la sutura coronal. Esta lesión generó fracturas radiales y concéntricas, pero no implicó desprendimiento de fragmentos óseos. Hacia la parte superior, la energía provocó una fractura radial que avanzó por el frontal para terminar en la sutura coronal izquierda a pocos centímetros del punto osteométrico bregma. Hacia la parte inferior provocó fracturas concéntricas y radiales que se detienen cerca de la sutura ttemporo-parietal. Un segundo o tercer impacto, denominado *B*, se produjo en el temporal izquierdo, encima del proceso mastoideo y a pocos milímetros de la sutura ttemporo-parietal. Provocó pérdida de sustancia ósea y aún se puede observar un fragmento unido que no se desprendió. La energía de este impacto se disipó a través de la sutura ttemporo-parietal deteniéndose en la fractura radial generada por el impacto denominado *A*. Hacia la parte inferior la energía generó una fractura radial que quebró la base del cráneo, continuó hacia el lado derecho y atravesó la sutura ttemporo-parietal del temporal derecho (provocando que esa sutura y la coronal del lado derecho se abrieran) terminando en la sutura coronal derecha. El otro (segundo o tercer) impacto, denominado *C*, se localizó en el frontal, hacia la izquierda de bregma, a varios centímetros de la sutura sagital. El impacto provocó una fractura radial que se detuvo en la fractura proveniente del impacto *A* y otra fractura radial hacia el área derecha del frontal. No es posible establecer qué objeto causó los impactos.

Figura 3. Vista lateral del cráneo del individuo 9



Se observan tres lesiones *peri mortem* (señaladas con círculos)

Fotografía de A. Luisiardo

Conclusiones

El montículo CG14E01 presenta, en su nivel superior, de contacto europeo, el enterramiento de un individuo de sexo femenino de aproximadamente sesenta años al morir, con huellas evidentes de violencia que deben haber ocasionado su muerte (tres golpes en su cráneo), más otros traumas que muestran que su vida estuvo sujeta a violencia o a accidentes. A esta circunstancia se agrega otra característica peculiar; la presencia de una lasca de riolita en su cavidad bucal, que parece haber sido colocada tras su muerte sin que se hayan encontrado recurrencias de esta costumbre en otros restos encontrados en el territorio uruguayo. Esta mujer presentaba características morfológicas, moleculares, marcas de actividad y desgaste dentario que apuntan a que se trata de una mujer perteneciente a un grupo étnico diferente al de los otros individuos enterrados en el sitio, por lo que se postula la existencia de contactos interétnicos. Esta hipótesis está apoyada por la presencia de elementos de la cultura material de otras poblaciones (los tupí-guaraníes, evidenciados por las urnas y los europeos, por las cuentas venecianas) distintas a la que construyeron el sitio, si bien no es claro que haya pobladores de dichos grupos enterrados allí. Otro elemento que podría apoyar esta hipótesis es que los hechos de violencia como consecuencia de contactos

interpersonales e interétnicos son frecuentes en distintas sociedades (ver, por ejemplo, Walker 2001, para una revisión). No queda claro, sin embargo, si ese contacto involucra etnias indígenas o de otro origen, lo que deberá ser objeto de estudios posteriores. Al respecto, es de interés continuar con la determinación del haplogrupo del ADNmt, así como del de otros individuos del mismo sitio. Por otra parte, es importante continuar con el análisis de posibles marcas de violencia en el mismo montículo o en otros de la región, que puedan mostrar conductas reiteradas en contra de individuos peculiares.

Bibliografía

- Anderson, T. (1998) «Two cases of Hypoplastic Hamulus from Iron Age and Roman Northamptonshire». *Journal of Palaeopathology* 10 (1): 31-35.
- Aufderheide, A. C.; Rodríguez-Martín, C.; Langsjoen, O. (1998) *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Bertoni, B.; Figueiro, G.; Cabanas, G.; McDonough, J. E.; Bluteau, C.; Merriwether, D. y Sans, M. (2004) «Primeras secuencias de ADN mitocondrial de indígenas prehistóricos del Uruguay». En Beovide, L.; Barreto, I. y Curbelo, C. (eds.): *X Congreso Uruguayo de Arqueología: La Arqueología uruguaya ante los desafíos del nuevo siglo*. Montevideo, Asociación Uruguaya de Arqueología. Edición en CD-ROM.
- ; Portas, M. y Sans, M. (2000) «Relaciones morfológicas de las poblaciones prehistóricas del Uruguay: análisis de restos esqueléticos humanos». En Durán Coirolo, A. y Bracco Boksar, R. (eds.): *Arqueología de las Tierras Bajas*. Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura: 369-384.
- Black, S. M. y Ferguson, E. (2011) *Forensic anthropology: 2000 to 2010*. Boca Raton, CRC Press.
- Bracco, R. (2006) «Montículos de la cuenca de la Laguna Merín: tiempo, espacio y sociedad». *Latin American Antiquity* 17 (4): 511-540.
- y Ures, C. (1999) «Ritmos y dinámica constructiva de las estructuras monticulares. Sector sur de la cuenca de la Laguna Merín, Uruguay». En López, J. y Sans, M. (eds.): *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas*. Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República: 19-33.
- ; Cabrera Pérez, L. y López Mazz, J. M. (2000) «La prehistoria de las Tierras Bajas de la cuenca de la Laguna Merín». En Durán, A. y Bracco Boksar, R. (eds.): *Arqueología de las Tierras Bajas*. Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura: 13-38.
- Byers, S. (2002) *Introduction to Forensic Anthropology: A Textbook*. Boston. Allyn and Bacon.
- Cabrera Pérez, L. (1998) «Antecedentes tempranos del bandeirismo en las áreas atlánticas del sur del Brasil y sus consecuencias socioculturales». En: VI Jornadas Internacionales sobre Estudios Misioneros. Paraná Universidade Estadual do Oeste do Paraná: 77-102.
- (1999a) «Transformaciones sociodemográficas de las poblaciones indígenas del sur del Brasil y este uruguayo: siglos XVI y XVII». En Gadelha, R. A. (ed.): *Missões Guarani: Impacto na sociedade contemporânea*. San Pablo, FAPESP: 193-204.
- (1999b) «Funebria y sociedad entre los “constructores de cerritos” del este uruguayo». En López Mazz, J. M. y Sans, M. (eds.): *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas*. Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República: 63-80.
- (2004) «Cerritos de Indios, transformaciones tecnológicas y mecanismos de construcción: Sitio CG14E01, Isla Larga». En Beovide, L.; Barreto, I. y Curbelo, C. (eds.): *X Congreso Uruguayo de Arqueología: La Arqueología uruguaya ante los desafíos del nuevo siglo*. Montevideo, Asociación Uruguaya de Arqueología. Edición en CD-ROM.
- (2007a) «Patrimonio y Arqueología en el sur de Brasil y región este de Uruguay: los “cerritos de indios”». *Salduie* 5 (2005): 221-254.
- (2007b) «Transformaciones socioculturales de las poblaciones del sur de Brasil y Río de la Plata durante los siglos XVI y XVII». En Olmedo, E. y Ribero, F. (eds.): *Debates actuales en Arqueología y Etnohistoria. Foro Pueblos Originarios-Arqueólogos*. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto: 73-88.

- Cabrera Pérez, L. (2010) «Arqueología de la región de San Miguel: Sitio CG14E01». En Oliva, F.; de Grandis, N. y Rodríguez, J. (eds): *Arqueología argentina en los inicios del nuevo siglo. XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Tomo III*. Rosario, Laborde Editor: 443-457.
- y Marozzi, O. (2001) «Las áreas domésticas de los “constructores de cerritos”: El sitio CG14E01». En *Arqueología uruguaya hacia el fin del milenio: IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya*. Vol. 1. Montevideo, Gráficos del Sur: 55-68.
- Castillo, A. (2004) «Excavaciones y museo: Profundizando en el conocimiento de los grupos “ceramistas” del litoral (Río Negro, Uruguay)». En Beovide, L.; Barreto, I. y Curbelo, C. (eds): *X Congreso Uruguayo de Arqueología: La Arqueología uruguaya ante los desafíos del nuevo siglo*. Montevideo, Asociación Uruguaya de Arqueología. Edición en CD-ROM.
- Deagan, K. (1987) *Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800. Vol. 1*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- Dwight, T. (1904-1905) «The size of articular surfaces of the long bones as characteristic of sex: an anthropological study». *American Journal of Anatomy*, 4: 19-31.
- González-José, R., Bortolini, M. C.; Santos, F. R. y Bonatto, S. L. (2008) «The peopling of America: Craniofacial shape variation on a continental scale and its interpretation from an interdisciplinary view». *American Journal Of Physical Anthropology*, 137 (2): 175-187.
- ; Neves, W.; Lahr, M. M.; González, S.; Pucciarelli, H.; Martínez, M. H. y Correal, G. (2005) «Late Pleistocene/Holocene craniofacial morphology in Mesoamerican Paleoindians: Implications for the peopling of the New World». *American Journal Of Physical Anthropology* 128 (4): 772-780.
- Howells, W. W. (1989) «Skull shapes and the map». *Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* 79. Cambridge. Harvard University Press.
- Hubbe, M.; Neves, W. A.; do Amaral, H. L. y Guidon, N. (2007) «“Zuzu” strikes again — Morphological affinities of the early holocene human skeleton from Toca dos Coqueiros, Piauí, Brazil». *American Journal Of Physical Anthropology* 134 (2): 285-291.
- Iriarte, J. (2003) *Mid-Holocene emergent complexity and landscape transformation: The social construction of early formative communities in Uruguay, La Plata basin*. Tesis de doctorado, Lexington, University of Kentucky.
- ; Holst, I.; López Mazz, J. M. y Cabrera Pérez, L. (2001) «Subtropical wetland adaptations in Uruguay during the Mid-Holocene: An archaeobotanical perspective». En Purdy, B. A. (ed.): *Enduring Records: The Environmental and Cultural Heritage of Wetlands*. Oxford, Oxbow Books: 61-70.
- Katz, D. y Suchey, J. M. (1986) «Age determination of the male os pubis». *American Journal of Physical Anthropology* 69: 427-435.
- Katzenberg, M. A. y Saunders, S. R. (2008) *Biological Anthropology of the Human Skeleton*. Hoboken, John Wiley & Sons.
- Kimmerle, E. H. y Baraybar, J. P. (2008) *Skeletal Trauma: Identification of Injuries Resulting from Human Rights Abuse and Armed Conflict*. Boca Raton, CRC Press.
- Krenzer, U. (2006) *Compendio de métodos antropológico forenses para la reconstrucción del perfil osteo-biológico*. Serie de Antropología Forense. Guatemala. CAFCA (Centro de Análisis Forense y Ciencias Aplicadas).
- Lee, H. Y.; Song, I.; Ha, E.; Cho, S.-B.; Yang, W. I. y Shin, K.-J. (2008) «MtDNA manager: A web-based tool for the management and quality analysis of mitochondrial DNA control-region sequences». *BioMed Central Bioinformatics* 9: 483.

- López Mazz, J. M. (2001) «Las estructuras tumulares (cerritos) del litoral atlántico uruguayo». *Latin American Antiquity* 12 (3): 231-255.
- Lovejoy, C. O.; Meindl, R.; Pryzbeck, T. R. y Mensforth, R. P. (1985) «Chronological metamorphosis of the auricular surface of the ilium: a new method for the determination of adult skeletal age at death». *American Journal of Physical Anthropology* 68 (1): 15-28.
- Madeaa, B. y Staaka, M. (1988) «Determination of the sequence of gunshot wounds of the skull». *Journal of the Forensic Science Society* 28 (5-6): 321-328.
- Manly, B. F. (1994) *Multivariate statistical methods: A Primer. Second Edition*. Londres-Nueva York, Chapman & Hall/CRC.
- Meadows, L. y Jantz, R. L. (1992) «Estimation of stature from metacarpal lengths». *Journal of forensic sciences* 37 (1): 147-154.
- Meindl, R. y Lovejoy, L. O. (1985) «Ectocranial Suture Closure: A revised method for the determination of skeletal age at death base on the lateral-anterior sutures». *American Journal of Physical Anthropology* 68 (1): 57-66.
- Pearson, K. y Bell, J. (1917-1919) «A study of the long bones of the English skeleton. Draper's Co Research Memoire, University of London». *Biometric Series* 1019: 1-224.
- Pierre-Jerome, C.; Moncayo, V. y Terk, M. (2011) «The Guyon's canal in perspective: 3-T MRI assessment of the normal anatomy, the anatomical variations and the Guyon's canal syndrome». *Surgical and Radiologic Anatomy*: 1-7.
- Powell, J. F. y Neves, W. A. (1999) «Craniofacial morphology of the first Americans: Pattern and process in the peopling of the New World». *American Journal of Physical Anthropology* Suppl 29: 153-188.
- Rhine, S. (1990) «Non-metric skull racing». En Gill, G. W. y Rhine, S. (eds): *The Skeletal Attribution of Race*. Albuquerque. Maxwell Museum of Anthropology: 9-20.
- Sans, M. (1999) «Pautas de adaptación en el este del Uruguay a partir de los restos esqueléticos humanos». En López Mazz, J. M. y Sans, M. (eds): *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas*. Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República: 107-126.
- (2000) «Admixture studies in Latin America: from the 20th to the 21st century». *Human Biology* 72 (1): 155-177.
- y Femenías, J. (2000) «Subsistencia, movilidad y organización social en el sitio monticular CH2DO1-A (Rocha, Uruguay): Inferencias a partir de las pautas de enterramientos y los restos esqueléticos». En Durán Coirolo, A. y Bracco Boksar, R. (eds): *Arqueología de las Tierras Bajas*. Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura: 383-394.
- Steyna, M. e İşcan, M. Y. (1999) «Osteometric variation in the humerus: sexual dimorphism in South Africans». *Forensic Science International* 106 (2): 77-85.
- Timins, M. E. (1999) «Osseous anatomic variants of the wrist: Findings on MR imaging». *American Journal of Roentgenology* 173 (2): 339-344.
- Torroni, A.; Schurr, T. G.; Cabell, M. F.; Brown, M. D.; Neel, J. V.; Larsen, M.; Smith, D. G.; Vullo, C. M. y Wallace, D. C. (1993) «Asian affinities and continental radiation of the four founding Native American mtDNAs». *American Journal of Human Genetics* 53 (3): 563-590.
- Walker, P. L. (2001) «A bioarchaeological perspective on the history of violence». *Annual Review of Anthropology* 30: 573-596.

Estratégias de subsistência, complexidade social e violência entre grupos sambaquieiros do litoral brasileiro

ANDREA LESSA
MARÍA DULCE GASPAR¹

Resumo

Apesar de seu inegável potencial informativo, ainda são escassos os estudos específicos sobre violência em séries esqueléticas pré-coloniais litorâneas brasileiras, especialmente entre populações sambaquieiras. Do ponto de vista paleoepidemiológico, esses estudos são realizados através do exame dos traumatismos agudos causados por ações intencionais relacionadas a episódios de agressão física. Embora a agressividade humana pareça ser um comportamento inerente à espécie, estudos realizados com grupos sambaquieiros demonstram, até o momento, baixos níveis de tensão social intergrupala. Em um total de 227 adultos examinados, apenas 3,1% apresentaram lesões associadas à violência. Estes resultados podem ser interpretados a partir da conjugação de fatores socioculturais, econômicos e ambientais ou, ainda, devido a fatores extrínsecos de ordem metodológica. De qualquer forma, aponta-se mais uma vez para a possibilidade de que padrões socioculturais e ideológicos específicos, mais complexos e sofisticados do que inicialmente propostos para esses grupos, possam ter atuado na manutenção do seu estilo de vida e equilíbrio social interno e externo durante milênios, mesmo na ausência de coerção ou violência física.

Palavras-chave: violência, traumas agudos, sambaqui, Brasil.

1 Departamento de Antropologia, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), <lessa.mn@gmail.com>, <madugaspar@terra.com.br>.

Abstract

Despite its undoubted potential of information, there are yet few specific studies on violence in skeletal pre-colonial coastal series from Brazil, particularly among shellmound (sambaqui) builders. In a paleoepidemiological perspective, these studies are carried out by examining acute trauma caused by intentional actions related to episodes of physical aggression. Although human aggression appears to be an inherent behavior of the species, studies with sambaqui groups show, until now, low levels of intergroup social tension. Out of the 227 adults examined, only 3.1% had injuries related to violence. These results can be interpreted from the combination of sociocultural, economic and environmental factors, or even due to extrinsic methodological factors. Anyway, it is pointed out once again to the possibility that specific ideological and sociocultural patterns, more sophisticated and complex than originally proposed for these groups, may have played in maintaining their lifestyle and internal and external social balance over thousands of years, even in the absence of coercion or physical violence.

Keywords: violence, acute trauma, sambaqui, Brazil.

Introdução

O litoral do Brasil foi colonizado por grupos pescadores-coletores denominados *construtores de sambaquis* em decorrência do tipo de intervenção que fizeram na paisagem, ou seja, devido ao costume característico de construir *mounds* ou sambaquis. *Sambaqui* é uma palavra de etimologia Tupi, língua falada pelos ceramistas horticultores que ocuparam parte significativa das terras baixas da América Sul e que estavam na costa brasileira quando os europeus iniciaram a colonização. Os termos *tamba* (conchas) e *ki* (amontoado) definem as características mais marcantes desse tipo de sítio, tratando-se de denominação amplamente utilizada pelos pesquisadores e que denota a capacidade de observação e síntese dos falantes Tupi.

Os sambaquis caracterizam-se basicamente por uma elevação de forma arredondada podendo alcançar mais de 35 m de altura na região sul do Brasil (figura 1), embora apresentem mais comumente uma média de 5 m de pacote arqueológico (figura 2). O registro arqueológico é constituído predominantemente por conchas, ossos de peixes e de mamíferos, e estruturas funerárias. Conta igualmente com inúmeros artefatos de pedra e de osso, marcas de estacas e estruturas de combustão, compondo uma intrincada estratigrafia. Os restos faunísticos que mais se sobressaem na composição destes sítios são de berbigões (*Anomalocardia brasiliana*), almejoas (*Lucina pectinata*), mexilhões (*Mytilus perna*) e de diferentes espécies de ostras. Alguns sítios constituíram-se em espaços dedicados ao ritual funerário em sua totalidade, tendo sido sepultados homens, mulheres e crianças de diferentes idades (figura 3). Devido ao seu destaque na paisagem, e por ser o local dos mortos, os sambaquis têm sido considerados espaços diferenciados que se distinguem de todos os demais sítios arqueológicos.

As datações mais antigas indicam que por volta de 7.000 anos AP algumas áreas do litoral brasileiro já estavam ocupadas por estes grupos de pescadores-coletores. Por volta de 5000 anos AP é recorrente a presença de sambaquis em várias regiões do país, e por volta de 4000 a 3000 AP a costa já estava intensamente ocupada. Esse modo de vida foi soberano no litoral brasileiro até cerca de 2.000 anos atrás, período que começa o deslocamento de grupos ceramistas originários da região amazônica e do Brasil Central em direção à costa. Por volta do ano 1.000 da era cristã é a vez dos grupos ceramistas do planalto catarinense deslocarem-se para a região. Quando o território brasileiro foi conquistado por europeus no início do século XVI, o modo de vida dos construtores de sambaquis já havia sido desarticulado há alguns séculos.

Figura 1. Sambaqui Figueirinha



Atualmente com 18 metros de altura, Santa Catarina
Fotografia de Madu Gaspar

Figura 2. Perfil do sambaqui Jabuticabeira II



Fotografia de Madu Gaspar

O colapso de um sistema sócio-cultural e econômico bem adaptado, e que permaneceu ativo durante pelo menos 5 milênios, tem sido uma questão bastante discutida na arqueologia brasileira. Entre os vários aspectos potencialmente associáveis a este fenômeno, a violência certamente constitui-se um dos mais relevantes para a compreensão não apenas dos momentos finais do sistema sambaquieiro, mas também de aspectos relacionados à sua vida social e à sua subsistência.

Do ponto de vista das evidências materiais associadas aos construtores de sambaquis, especificamente, o principal meio de investigação da violência interpessoal são os sinais observados nos restos esqueléticos, recuperados em abundância em muitos dos sítios escavados. Diferentemente do que ocorre com sítios de outros grupos da América do Sul, ou sítios do período de contato

com os europeus, não existem registros iconográficos ou etno-históricos para os sambaquis. As reflexões sobre o sistema de assentamento, por sua vez, também apontam para a existência de estruturas que poderiam ser decorrentes de estratégias associadas à defesa ou proteção. Ao contrário, os princípios que nortearam a construção dos sambaquis denotam a intenção de garantir ampla visibilidade para os assentamentos, os quais em decorrência de suas dimensões e implantação são considerados como marcos paisagísticos (DeBlasis *et al.* 2007). A paleoepidemiologia tem sido, portanto, a única ferramenta disponível para a investigação dos níveis de tensão nas relações sociais intra e intergrupais dos mais antigos habitantes da costa brasileira.

Figura 3. Detalhe da área funerária no sambaqui Jabuticabeira II



Fotografia de Madu Gaspar

Definindo violência no contexto paleoepidemiológico

Apesar de sua persistência ao longo do tempo, as motivações, o impacto, o entendimento e a aplicação da violência mudaram muito no decorrer da trajetória humana, estando sempre intimamente relacionados ao contexto sócio-cultural e geográfico dos grupos sociais (Lessa 2004).

Existe, portanto, uma grande diferença entre as formas de violência física estudadas pelos epidemiologistas e pelos paleoepidemiologistas, o que concede ao conceito uma delimitação bastante abrangente e até mesmo divergente em alguns pontos. Nos estudos sobre violência na atualidade, por exemplo, os perfis de morbimortalidade são construídos a partir da categoria denominada «causas

externas», a qual inclui, além dos homicídios e suicídios, os ferimentos e mortes acidentais (Souza e Minayo 1995). Nos estudos sobre violência no passado, por sua vez, os acidentes são relacionados a atividades cotidianas sendo, portanto, incluídos em outra categoria, associada a estilos de vida.

Do ponto de vista paleoepidemiológico, portanto, são considerados apenas os traumatismos agudos causados por ações intencionais relacionadas a episódios de agressão física. A presença destes elementos caracteriza, a princípio, a forma de agressão física mais comumente observada nos remanescentes esqueléticos arqueológicos, a violência interpessoal. Este tipo de violência pode ser revelado através das evidências de combates de longa distância, como as flechadas, e de curta distância, como os golpes provocados durante lutas corpo-a-corpo. Estas evidências diretas podem estar relacionadas a atividades de natureza bélica, intergrupais, ou a brigas domésticas de diversas naturezas, intragrupoais (Lessa 2004).

Cabe enfatizar que o estudo da violência no passado está embasado em conceitos formulados dentro do arcabouço teórico das Ciências Sociais e Humanas, e que o tema não escapa a uma subjetividade que levanta certas questões passíveis de reflexão. O pesquisador, portanto, deve sempre ter em mente que o que está sendo considerado por ele como um ato de agressão, nem sempre era visto desta forma a partir do ethos da sociedade estudada (Lessa 2004).

Um exemplo são as marcas, ou lesões, associadas às lutas rituais, as quais, embora estejam revestidas de um caráter cerimonial, também têm sido analisadas e interpretadas dentro da esfera dos comportamentos violentos². Embora o simbolismo que reveste estas práticas não expresse necessariamente hostilidade entre grupos, normalmente motivada por disputas políticas, econômicas ou pessoais, não é necessária a caracterização da violência nas ações praticadas dentro deste contexto, mas obriga a uma reflexão do seu significado dentro da sociedade estudada (Lessa 2004).

As marcas de violência nos restos esqueléticos³

A identificação de sinais de violência interpessoal em restos esqueléticos tem sido realizada com relativa facilidade a través de indicadores específicos, sugeridos a partir de estudos clínicos e em material arqueológico. As principais lesões consideradas são as fraturas em depressão nos crânios, as fraturas na face, principalmente nos ossos nasais, as fraturas transversas nos terços médio e distal das ulnas e a presença de pontas de projétil encravadas nos ossos (por exemplo Steinbock 1976; Ortner e Putschar 1985; Merbs 1989; Walker 1989; Lessa e Mendonça de Souza 2004, 2006).

Apesar da aparente facilidade de diagnóstico, algumas críticas podem ser feitas quanto ao uso de metodologias simplistas e equivocadas, algumas vezes

2 Para uma discussão mais extensa sobre o tema consultar Lessa 2007.

3 Para uma discussão extensa sobre o tema consultar Lessa 2004.

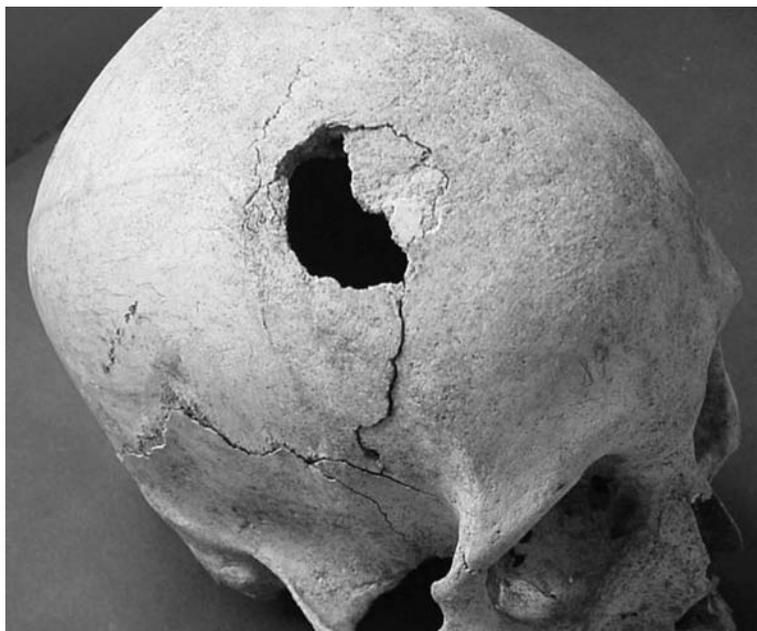
observadas em trabalhos sobre o tema (Lessa e Scherer 2008). A associação entre traumas agudos e episódios de agressão deve ser feita com cautela principalmente no que se refere às pequenas depressões no crânio, com superfície irregular e sem um padrão morfológico ou de localização específico, as quais podem estar associadas a processos não traumáticos, sendo necessário um exame radiológico para a comprovação do diagnóstico. Outro diagnóstico problemático refere-se às tão mencionadas fraturas nas epífises distais das ulnas, denominadas *parryfractures* por estarem associadas à defesa de um golpe, cujo diagnóstico muitas vezes não leva em consideração a localização e o tipo de fratura, assim como a direção da força incidente. Fraturas espiraladas e fraturas oblíquas, por exemplo, dificilmente podem ser associadas a traumas diretos, uma vez que resultam de uma pronação forçada do membro, como acontece durante uma queda (Lovell 1997). As fraturas transversas, por sua vez, embora possam ser facilmente associadas a traumas diretos, também podem ter sua etiologia relacionada a um estresse repetitivo (Kitchin e Lancaster 1948; Orava *et al.* 1978; Tanabe *et al.* 1991). Em resumo, mesmo estes indicadores específicos, classicamente associados à violência, devem ser considerados com cautela e interpretados dentro do contexto sócio-cultural do grupo. A presença de vestígios arqueológicos que remetam a contextos de tensão social ou de violência, assim como as evidências de flechadas nos ossos, indicador inequívoco de agressão interpessoal, devem atuar como balizadores para uma configuração do perfil geral de belicosidade.

Embora outros tipos de lesões, com localização anatômica variada, possam estar associados à violência, seu diagnóstico apresenta ainda mais dificuldades, devendo ser analisadas de forma sistêmica e considerando-se possíveis interpretações biomecânicas que possibilitem a sua associação a episódios de agressão. As fraturas *peri-mortem*, que não apresentam sinais de cicatrização, também devem ser consideradas com cautela, uma vez que podem ter sido causadas após a morte do indivíduo ou devido a processos tafonômicos. Entre as fraturas *peri-mortem* normalmente associadas à violência estão as fraturas em depressão no crânio com formato circular ou oval, apresentando fragmentos ósseos aderidos e deslocados internamente (figura 4), o que indica que ocorreram enquanto o perióstio ou outro tecido mole encontrava-se intacto, sendo provavelmente a causa da morte do indivíduo (Ortner e Putschar 1985; Byers 2002). Estas lesões são reconhecidamente associadas a um golpe produzido por instrumento rombudo (Lessa 2005).

Também são considerados sinalizadores de violência os traumas provocados por decapitação, escalpo, canibalismo e desmembramento, ainda que não sejam comuns no registro osteológico. Diferentemente das lesões anteriormente citadas, que têm sido associadas a guerras e confrontos relativos a assuntos como rapto de mulheres, domínio sobre territórios e recursos e ainda conflitos domésticos, estes sinalizadores de violência estão normalmente relacionados a aspectos rituais. A vítima, para sofrer qualquer dessas agressões, provavelmente já se encontrava totalmente imobilizada ou até mesmo morta, o que indica que o ato de violência não ocorreu por reflexo instintivo de defesa da própria vida ou

devido à necessidade de resolução de um conflito, mas estava revestido de uma importância simbólica (Lessa 2004).

Figura 4. Indivíduo masculino apresentando fratura *peri mortem* no parietal direito



Sítio Praia da Tapera (SC). Acervo: Museu do Homem do Sambaqui
Fotografia de Andrea Lessa

A menos que o grupo tenha sido vítima de um massacre generalizado, as lesões ocasionadas por violência devem apresentar padrões tipológicos, morfológicos e de localização anatômica, além de um padrão sexual e etário, dependendo da situação que motivou a atitude agressiva (Lessa 2004). A captura de escravas e parceiras, por exemplo, deve revelar uma alta frequência de lesões entre mulheres em idade reprodutiva (Wilkinson 1997). As disputas por território e recursos, por sua vez, tendem a atingir com maior frequência os homens adultos, uma vez que são eles, normalmente, os responsáveis pelas rixas intergrupais (Wrangham e Peterson 1996).

Os estudos sobre violência entre grupos sambaquieiros

Apesar do seu potencial informativo, ainda são escassos os estudos específicos sobre o tema em séries esqueléticas litorâneas brasileiras. Uma primeira abordagem foi realizada por Lessa e Medeiros (2001) para populações construtoras de sambaquis, e por Lessa (2005) e Lessa e Scherer (2008) para grupos pescadores-caçadores-coletores.

É possível que o pouco interesse dos bioarqueólogos brasileiros sobre o tema violência esteja associado ao estado de preservação inadequado e consequente

baixa representatividade das séries esqueléticas, fatores que acabam por tornar os dados relativos a agressões físicas pouco consistentes. Vale ressaltar que, diferentemente de outras condições biológicas ou patologias, as marcas de violência podem ocorrer em qualquer parte do esqueleto, sendo necessário, portanto, o exame de indivíduos os mais completos possíveis (Lessa e Scherer 2008). Buscando-se contornar este obstáculo, uma metodologia com base na agregação das séries segundo parâmetros regionais foi proposta por Lessa (Rodrigues-Carvalho *et al.* 2009), abordagem que não privilegia aspectos próprios de cada grupo, contemplando apenas a elaboração de um quadro muito geral sobre a questão.

Por outro lado, e apesar de todas as especificidades relacionadas com esse campo de reflexão, é preciso considerar, também, que o tema não tenha se constituído como um campo de saber em decorrência do número restrito de indícios de violência no registro arqueológico dos sambaqueiros.

No presente artigo serão apresentados os resultados relacionados com grupos sambaqueiros, obtidos a partir de exame direto de lesões associadas à violência, e de uma revisão bibliográfica dos poucos trabalhos não específicos sobre traumas agudos publicados antes do artigo de Lessa e Medeiros (2001) e dos raros relatos de pontas de projétil observadas no âmbito de contextos funerários, as quais foram associadas à violência.

Quadro 1. Frequência de traumas agudos associados à violência em grupos sambaqueiros

Sítio	N	A	%	Análises específicas para violência	Referências bibliográficas
Arapuan (RJ)	11	0	0,0	Lessa e Medeiros 2001	-
Cabeçuda (SC)	62	3	4,8	Lessa e Medeiros 2001 (para crânios)	Castro Faria 1952; Mendonça de Souza 1995 (para pós-crânio)
Beirada (RJ)	32	2	6,2	Weska e Lessa (inédito)	Kneip 1994
Saquarema (RJ)	9	0	0,0	-	Kneip <i>et al.</i> 1995
F. Marechal Luz (SC)	10	0	0,0	-	Silva & Mendonça de Souza 1999
Zé Espinho (RJ)	15	1	6,6	Lessa (inédito)	Kneip 1987
Tarioba (RJ)	17	0	0,0	-	Machado e Sene 2001
Jaboticabeira II (SC)	37	0	0,0	-	Storto <i>et al.</i> 1999
Rio Vermelho II (SC)	15	0	0,0	-	Hubbe 2006
Piaçaguera (SP)	19	1	5,2	Lessa (inédito)	-
Total	227	7	3,1	-	-

N: Número de indivíduos adultos analisados ou recuperados. A: Número de indivíduos com lesão associada à violência. Análises específicas: exame de traumas agudos associados à violência realizados pela primeira autora e colaboradores. Referências bibliográficas: artigos com resultados de análises não específicas para traumas agudos e relatos de pontas de projétil localizadas em contextos aparentemente compatíveis com violência.

Além das lesões clássicas associadas à violência, foram analisados os demais traumas agudos (exame direto e avaliação osteobiográfica/biomecânica das descrições presentes nas referências bibliográficas consultadas) buscando-se identificar possíveis padrões que pudessem inseri-los em um contexto de agressão interpessoal ritual, os quais, no entanto, não foram observados.

Apenas indivíduos adultos foram considerados, admitindo-se que a expressão da violência sobre crianças e adolescentes só seria observada em casos muito específicos de violência doméstica contra estes segmentos ou em casos de guerra ou massacre.

Os valores aqui apresentados para a frequência de traumatismos associados à violência podem ser considerados baixos, indicando que os grupos sambaquieiros não pautavam suas relações sociais intra e intergrupais a partir de rixas e disputas relacionadas com o embate corporal. Em um total de 227 indivíduos examinados, apenas 3,1% apresentaram lesões associadas à violência.

O significado biocultural destes valores é enfatizado ao serem comparados com valores para outros grupos litorâneos pré-coloniais que ocuparam a costa do Brasil. É o caso dos pescadores-caçadores-coletores, os quais ocuparam sítios rasos localizados no atual estado de Santa Catarina, a partir de aproximadamente 800 AD. Em um total de noventa e oito indivíduos adultos, 13,2% apresentaram marcas inequívocas de violência intergrupar (figura 5). Quando as séries foram segmentadas por sexo, os homens, responsáveis pelos episódios de agressão intergrupar, apresentaram percentual de 17,8%. Entre as mulheres, geralmente vítimas de violência doméstica ou de raptos, menos da metade (7,1%) apresentaram marcas de violência (Lessa e Scherer 2008). Esses valores reforçam a ideia de que uma conduta pouco violenta não era um atributo comum às populações litorâneas pré-coloniais em geral, mas sim uma condição diretamente relacionada com o modo de vida dos grupos sambaquieiros.

Considerando-se as críticas apresentadas por Lessa e Scherer (2008) com relação aos diagnósticos equivocados, alguns valores apresentados no quadro 1 para grupos sambaquieiros podem, ainda, ser questionados. É o caso das duas lesões no crânio observadas na série de Cabeçuda, cuja morfologia (pequenas áreas com depressão de formatos variados e sem padrão de distribuição) e baixo grau de letalidade (lesões superficiais, sem comprometimento da tábua interna e com total recuperação) não permitem um diagnóstico seguro de agressão interpessoal. Cabe destacar que tampouco foram observadas, nesta série, pontas de projétil aderidas aos ossos ou ainda vestígios arqueológicos indicativos de violência ou tensão social.

Caso as lesões observadas na série de Cabeçadas tenham sido efetivamente causadas por agressões, os golpes teriam atingido a vítima apenas de raspão, ou teriam sido desferidos com instrumentos rombudos pouco pesados, como bastões de madeira ou osso, ou com pequenos seixos. No entanto, bastões de osso são raros nos registros arqueológicos, com alguns exemplares encontrados em sítios de Joinville (SC), como Conquista, Morro do Ouro e Rio Velho,

interpretados como propulsores (Prous 1992). Os artefatos próprios para o arremesso de pedras a longa distância, por outro lado, são desconhecidos para as populações litorâneas. De qualquer forma, as lesões observadas seriam compatíveis apenas com brigas domésticas ou intragrupais.

Figura 6. Ponta de esporão de arraia



Encontrada entre a 1^a e a 2^a costelas do sepultamento 1
no sambaqui Zé Espinho (RJ)

Acervo do Museu Nacional/UFRJ. Foto: Lina Kneip

As pontas de projétil, por sua vez, são universalmente reconhecidas pelos arqueólogos como parte integrante de uma arma e associadas à violência intergrupar. Embora um número expressivo de pontas ósseas seja encontrado em sambaquis, marcas inequívocas de flechadas não foram observadas até o momento nas séries estudadas. Embora duas pontas ósseas tenham sido observadas em contexto aparentemente compatível com episódio de violência, esta associação também deve ser vista com cautela, mesmo considerando-se a grande experiência de campo de Lina Kneip, arqueóloga responsável pela escavação dos sepultamentos. Trata-se de dois indivíduos femininos adultos dos sambaquis da Beirada (RJ) e Zé Espinho (RJ), cada um com uma ponta serrilhada confeccionada sobre esporão de arraia localizada entre as costelas (Kneip 1994; 1987).⁴ Existem apenas duas fotos do indivíduo oriundo do sambaqui Zé Espinho (figura 6), a través das quais é possível observar perturbação tafonômica na região das costelas, além da localização e posição duvidosas em relação a um diagnóstico de

4 Cabe mencionar que pontas confeccionadas com esporão de raia são recorrentes entre os materiais recuperados em sambaquis (Beltrão *et al.* 1978).

violência. Considerando-se a inexistência de descrições e imagens detalhadas de evidências inequívocas de flechadas em outros indivíduos, mais uma vez nos deparamos com diagnósticos de agressão interpessoal inconclusivos.

No entanto, se for considerada a hipótese de episódios de agressão, é interessante notar que os dois indivíduos afetados eram do sexo feminino, sugerindo que os ataques ocorreram dentro ou perto dos limites do núcleo habitacional, considerando-se a teoria tradicional de que os homens exploravam áreas mais distantes em busca da caça. Segundo Carneiro (1992), baseado em estudos etnográficos, a violência proveniente do uso de arco e flecha é mais frequentemente observada em confrontos ou guerras entre grupos com parentesco distante, sugerindo, neste caso, uma rixa intergrupala. Por outro lado, uma vez que as duas pontas foram confeccionadas sobre material marinho, é natural supor que os ataqueteriam partido de outros grupos litorâneos, ficando praticamente descartada a possibilidade de ataques por parte de grupos do interior.

Com relação às fraturas nos terços médio e distal da ulna, foi observado um indivíduo afetado nas séries de Cabeçuda, Zé Espinho, Beirada e Piaçaguera. Uma vez que se trata de uma fratura ocorrida durante um movimento de defesa com o antebraço, a partir de uma agressão com qualquer objeto, e considerando-se o diagnóstico inconclusivo para violência intergrupala, estes quatro episódios mais uma vez são compatíveis com violência doméstica.

Apesar de todos os marcadores osteológicos tradicionalmente associados à violência apontarem para raros episódios de agressão em nível leve a moderado entre grupos sambaquieiros, não podemos deixar de discutir a representatividade das lesões observadas. Neste sentido, a literatura clínica moderna sobre traumatismos agudos mais uma vez serve como base para os estudos bioarqueológicos, demonstrando que, nos EUA, apenas 16,6% dos ferimentos de causa violenta são classificados como «muscular/esquelético» (Walker 2001), muitos deles, portanto, impossíveis de serem observados nos remanescentes arqueológicos. Segundo Walker (2001), em posição frontal, o esqueleto humano ocupa cerca de 60% da área alvo em potencial durante um ataque. Isso significa que um projétil arremessado aleatoriamente não irá atingir o esqueleto da vítima em cerca de 40% dos casos. Por isso, os percentuais estimados para traumatismos agudos violentos devem ser vistos como o número mínimo de lesões ocorridas nos indivíduos observados.

Modo de vida e violência entre grupos sambaquieiros

A tensão social nas populações pré-coloniais pode apresentar diferentes motivações e manifestar-se sob circunstâncias diversas, uma vez que sua ocorrência está intimamente relacionada ao modo de vida dos grupos envolvidos.

A frequência, a intensidade e a forma dos conflitos entre estas sociedades, analisados de forma mais sistemática a partir da década de 80, têm sido relacionadas principalmente aos processos de produção de bens e a outras exigências

relativas à subsistência. Esta abordagem, chamada materialista, consequentemente direciona sua atenção para a interação entre o ambiente, a organização econômica, e suas correlações com os aspectos sociais, políticos e militares (Ferguson 1984).

Com relação aos grupos sambaqueiros, seu modo de vida se caracterizava pela intensa exploração dos recursos aquáticos através da pesca e da coleta de recursos dos ambientes marinhos, lagunares, estuarinos e de mangue, principalmente moluscos (Bandeira 1992; Figuti 1993; Figuti e Klökler 1996; Gaspar 1991; De Masi 2001; Klökler 2001). Estes recursos se apresentam tanto de maneira constante ao longo do ano, como os moluscos, quanto sazonal. É o caso de algumas espécies de peixes, as quais em determinadas épocas do ano constituem-se recursos abundantes e concentrados, características adequadas à exploração conjunta (Gaspar *et al.* 2011). A exploração de recursos aquáticos era complementada pela coleta e manejo de vegetais como indicam os estudos de antracologia e de cálculos dentários (Scheel-Ybert *et al.* 2009; Wesolowski 2007).

Klökler (2001), através de estudos zooarqueológicos sistemáticos dos sedimentos que compõem o sambaqui Jabuticabeira II, não apenas aponta para a pesca como atividade principal de subsistência dos sambaqueiros desta região, como também mostra a predominância de espécies que provavelmente foram capturadas através de estratégias de pesca desenvolvidas no interior da laguna. As características tipológicas da indústria lítica presente nestes sítios também parecem indicar uma economia predominantemente pesqueira, com o uso de redes e canoas.

Segundo Lessa e Medeiros (2001), os estudos ecológicos de Yesner (1980) e Perlman (1980) corroboram a abundância e concentração de espécies em áreas reduzidas nos ambientes litorâneos, que não só eram extremamente ricos em recursos protéicos, como também ofereciam alimentos cuja estabilidade poderia influenciar de maneira decisiva na mobilidade e na densidade populacional dos grupos humanos. A coleta de vegetais, acrescida de produtos marinhos garantiria um alto grau de previsibilidade do alimento, com recursos altamente concentrados, facilmente coletáveis por todos os segmentos humanos com um mínimo de gasto energético. Além disso, os locais escolhidos para assentamento tendem a ser próximos a correntes ascendentes ou estuários, os quais são altamente produtivos em termos de pesca.

Uma vez que os grupos sambaqueiros ocuparam esses ambientes altamente produtivos e que permitiam a exploração simultânea de vários nichos ecológicos, dificilmente a aquisição de recursos, fator muitas vezes discutido nas interpretações sobre violência em populações pré-coloniais, seria um motivo para intensos e frequentes combates (Lessa e Medeiros 2001).

As disputas por território e recursos entre sambaqueiros e grupos interiores, por sua vez, parece pouco provável em função da limitação geográfica imposta pela Serra do Mar, com relevo escarpado e coberta por uma vegetação tropical exuberante, a qual teria atuado como uma barreira poderosa para

o deslocamento desses grupos em sentido transversal à costa (idem). Gaspar (2001) propõe que os sambaquieiros eram os «soberanos da costa» e sugere que o território dos pescadores-coletores, durante muitos séculos, não foi ameaçado por outros grupos culturais.

Em apenas três pontos uma topografia mais suave ao longo de vales facilita a transposição dessa barreira, e eles certamente funcionaram como vias de comunicação entre o litoral e o interior: os vales dos rios Jacuí, Itajaí e Ribeira. As evidências disponíveis, no entanto, parecem sugerir muito mais estratégias oportunistas de penetração nesses vales por parte de grupos que já estavam bem estabelecidos e com um sistema de subsistência consolidado em ambientes costeiros, do que propriamente deslocamentos sistemáticos ligando diferentes zonas ecológicas para fins de exploração sazonal (Lima 1999-2000). O mesmo raciocínio parece correto no sentido inverso, sendo pouco prováveis as investidas dos grupos interioranos até o litoral para a exploração sazonal de recursos marinhos.

Parece, portanto, que o modo de vida dos sambaquieiros foi implantado e desenvolvido sem que existisse intensa relação social com outros grupos até cerca de mil anos atrás. Referimo-nos ao período que corresponde à colonização da faixa costeira, por volta de 7.000 anos, ou ao auge deste modo de vida, por volta de 4.000 anos, momento em que esses grupos eram os soberanos da costa e o seu território não era ocupado ou até mesmo ameaçado por outros grupos sociais. O «outro», aqui entendido como grupo social organizado segundo princípios distintos dos que regiam a sociedade sambaquieira, estava distante geograficamente e não há indícios de interação social cotidiana. Dessa maneira, durante 5.000 anos a rede de relações sociais envolveu principalmente os próprios sambaquieiros. No caso de ocorrerem embates corporais, estes ocorreriam entre membros que compartilhavam os mesmos princípios tais como solidariedade e cooperação.

Desfocando um pouco a abordagem materialista, alguns aspectos sociais podem ser destacados enquanto possíveis mediadores do fenômeno da violência entre grupos sambaquieiros. A questão da complexidade do sistema sócio-cultural destes grupos vem ganhando destaque nas discussões mais recentes, onde não há mais espaço para as antigas perspectivas teóricas onde os construtores de sambaquis eram vistos como pequenos grupos coletores-caçadores que ocupavam estes sítios apenas sazonalmente.

Gaspar (1991), em um estudo realizado com sambaquis da região do Rio de Janeiro, relacionou as diferentes classes de tamanho observadas com as características ambientais consideradas significativas para sua estratégia de implantação (altura, visibilidade, distância de água potável, proteção contra o vento), constatando a existência de dois conjuntos de sítios bem definidos. Essa ordenação dos sítios em classes de tamanho evidenciaria uma dimensão socio-lógica ordenadora do sistema sócio-cultural, a qual aponta para a existência de hierarquia entre sítios.

Lima (1999-2000), por sua vez, refere-se à expansão populacional dos grupos sambaquieiros, a qual teria se traduzido na diminuição da distância entre os

assentamentos, determinando uma alta densidade de sítios nas áreas lagunares. Esta distribuição no ambiente teria atendido a hierarquias⁵ intergrupais, cabendo àqueles com maior prestígio as implantações mais estratégicas para fins de controle territorial, bem como os locais mais favorecidos em recursos alimentares, hídricos e minerais.

Referindo-se aos monumentais sambaquis localizados na região de Santa Catarina, com dezenas de metros de altura, a mesma autora coloca que as motivações em geral aventadas para a sua construção, como a procura por lugares mais arejados e protegidos contra insetos, são evidentemente simplistas, ou mesmo ingênuas. A magnitude do fenômeno envolveria hierarquia, prestígio e não-igualitarismo, demonstrando o controle de uma elite sobre os recursos e sobre o trabalho. Essas construções monumentais não teriam sido feitas de forma aleatória, mas teriam obedecido a um projeto ideologicamente determinado.

Diante deste quadro que sugere a existência de lideranças institucionalizadas, faz-se necessário supor que um sistema sócio-cultural e ideológico mais integrativo possa ter atuado como regulador das diferenças e dos conflitos interpopulacionais, sem que os indivíduos tivessem que recorrer sistematicamente ao uso da violência física (Lessa e Medeiros 2001).

Estudos com basenas áreas de captação de recurso, distribuição e implantação dos sambaquis na paisagem dão apoio a esta hipótese de um sistema sócio-cultural complexo e não pautado pela afirmação da individualidade e agressividade. Podem ser citados os trabalhos de Gaspar (1991) e DeBlasis *et al.* (2007) (figuras 7a-7d) em sítios situados na região dos Lagos (RJ) e na paleolaguna de Santa Marta (SC) respectivamente, os quais indicam que esses grupos implantavam seus assentamentos nas proximidades de grandes corpos de água, ocorrendo uma sobreposição de áreas de captação de recursos.

Ainda segundo DeBlasis *et al.* (2007) o qual se apoiou no estudo de implantação dos sítios arqueológicos, bem como em mapas de visibilidade elaborados por Kneip (2004) para a área da paleolaguna de Santa Marta, havia um padrão de interação e articulação das comunidades em um âmbito regional, padrão este que permaneceu ativo por vários milênios. Esta interação se daria em torno das atividades econômicas mais importantes, elas próprias focadas na laguna. O estudo aponta para uma ampla superposição territorial, com padrões de *interação* e *articulação* destas comunidades no entorno da laguna, lugar central do universo econômico e social sambaqueiro. A contemporaneidade, disposição e grande homogeneidade cultural dos agrupamentos de sambaquis evidencia um sistema de

5 Ressaltamos que o termo *hierarquia* deve ser visto com cautela quando empregado para populações construtoras de sambaquis, uma vez que não dispomos, até o momento, de dados arqueológicos que comprovem a existência de uma estratificação social bem definida ou um sistema político centralizado, tal como nas «chefias» e nos «estados». Os processos de estratificação social e centralização política, inclusive, são apontados na literatura especializada como um dos fatores que promovem conflitos e guerras entre populações pré-coloniais. A mesma ressalva deve ser feita para o termo *elite*, o qual, no presente texto, é entendido como *liderança*.

partilha do território da laguna por comunidades que aparentemente o utilizavam de maneira integrada, e mesmo associativa, padrão este de ocupação que perdurou por vários milênios. Este estudo na paleolaguna de Santa Marta corrobora os resultados da pesquisa com sambaquis da região dos Lagos (RJ) e também aponta para uma exploração conjunta das áreas de captação de recursos, sugerindo, portanto, relações intergrupais pautadas pela cooperação, e não pela competição, apesar da sobreposição de territórios (Gaspar 1991; 1996).

A mesma perspectiva pode ser observada a partir de trabalho recente com os conteúdos provenientes de diferentes episódios de banquetes funerários no sambaqui Jabuticabeira II. Segundo Klökler (2003; 2008) os pescados servidos durante estas celebrações eram geralmente da mesma espécie e com frequência similar, o que sugere a utilização das mesmas técnicas e compartilhamento de locais específicos de pesca entre os grupos. Ações cooperativas e recíprocas, portanto, podem ter atuado no equilíbrio de tensões e disputas inter e intragrupoais. Mais ainda, parece que estes grupos compartilhavam os sentimentos e o entendimento da morte, assim como as formas de tratamento dos mortos. Estas cerimônias, nas quais eram ingeridos alimentos adquiridos de forma integrada, poderiam atuar como elementos para reafirmar os laços de solidariedade e cooperação entre os grupos vizinhos (Klökler 2003; 2008; Klökler *et al.* 2009).

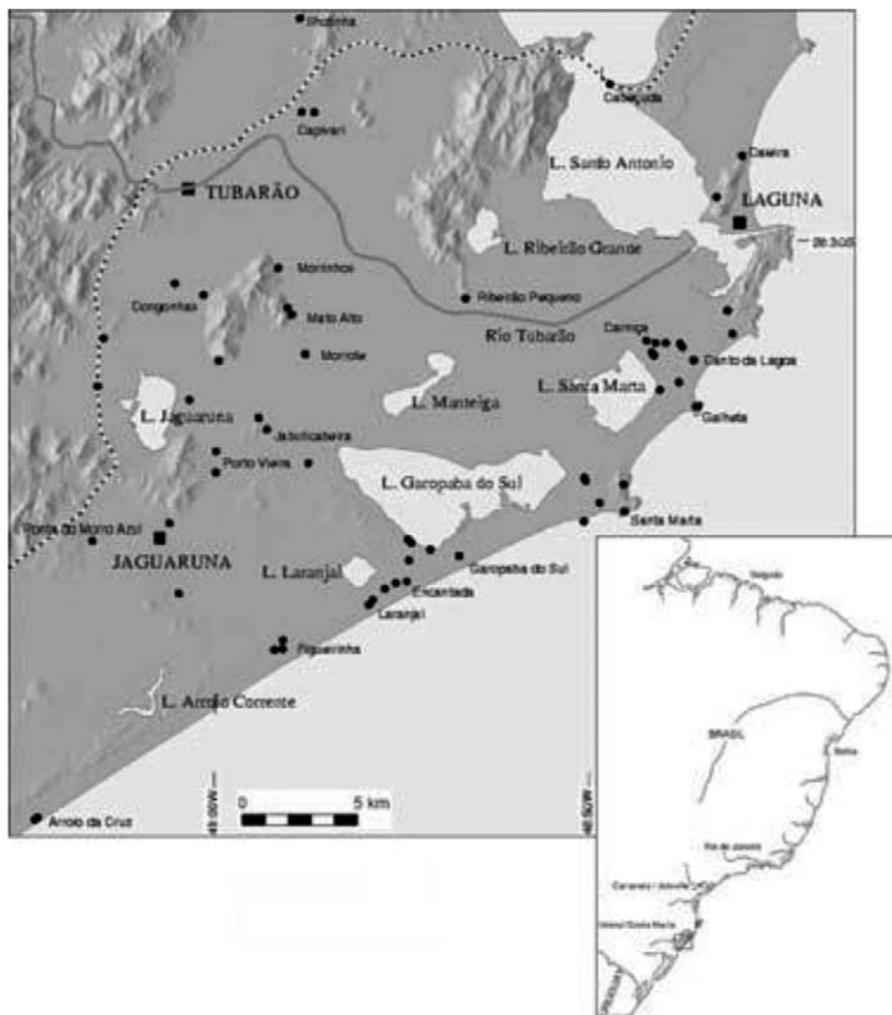
Solidariedade e cooperação são princípios que parecem estar na base da própria formação do registro arqueológico dos grupos sambaquieiros. Estudos mais recentes, voltados para o entendimento do processo de construção dos sambaquis, consideram o próprio sítio como um artefato e sua construção decorrente de trabalho social conjunto (Gaspar e DeBlasis, 1992). Pressupõe, portanto, a cooperação para construção e manutenção desses marcos paisagísticos. Nessa linha de pesquisa, Fish *et al.* (2000) consideram que o incremento do próprio sambaqui é decorrente da repetição de cerimônias fúnebres, ritual que reforçava laços de solidariedade entre os sambaquieiros de uma determinada região.

No que se refere ao domínio das relações pessoais intergrupais, a partir da análise do tratamento atribuído aos mortos, cabe destacar que os sepultamentos representam populações naturais, compostas por indivíduos de ambos os sexos e de todas as faixas etárias, distribuídos de maneira coerente com a estrutura populacional de um grupo não agrícola. Não há, portanto, indícios da existência de diferenciação de qualquer segmento social no local de sepultamento. Ao contrário, parece ter sido uma regra sepultar corpos próximos uns dos outros confirmando o que Gaspar denominou de área funerária⁶ (DeBlasis 2004). O sambaqui de Jabuticabeira II é um excelente exemplo dessa prática (Fish *et al.* 2000; Klökler 2008), embora também corroborem essa afirmativa os

6 *Área funerária* é uma evidência arqueológica e se refere à concentração de sepultamentos em um espaço e tempo delimitados. Em termos sociológicos corresponde a um *grupo de afinidade*, unidade sociológica definida por relações de parentesco, clânicas, políticas ou de outra natureza (DeBlasis 2004).

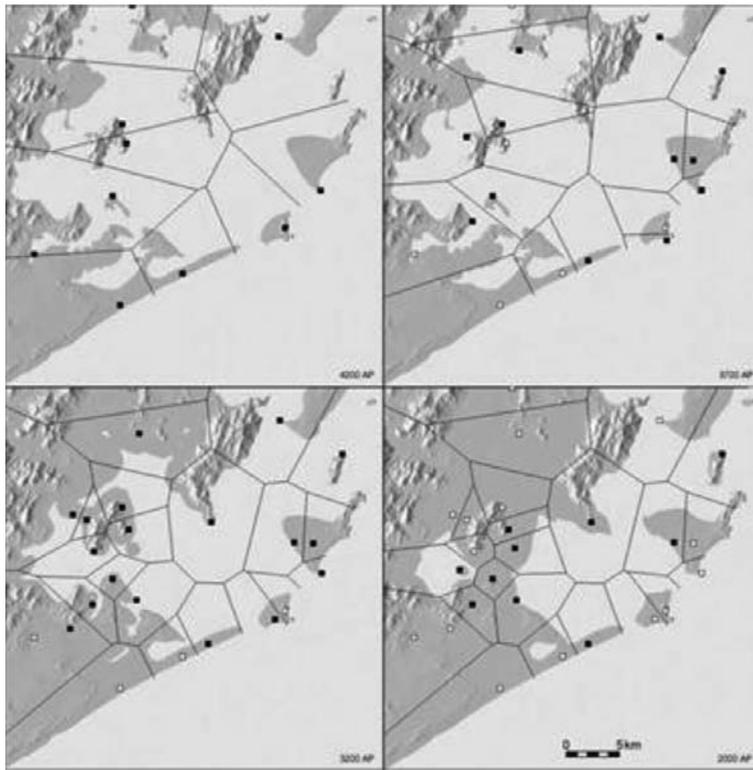
estudos realizados no sambaqui de Cabeçadas (Scheel-Ybert *et al.* 2011), Vale do Ribeira (Plens 2008) e Amourins (Gaspar e Klöckler 2011).

Figura 7a. Localização da área de pesquisa em Santa Catarina



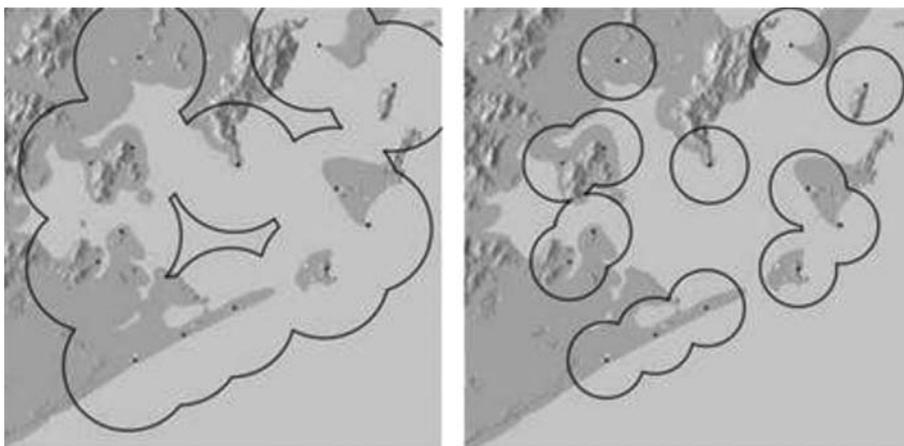
Com a distribuição espacial dos Sambaquis
DeBlasis et al. 2007: 32

Figura 7b: Evolução da Paleolaguna de Santa Marta



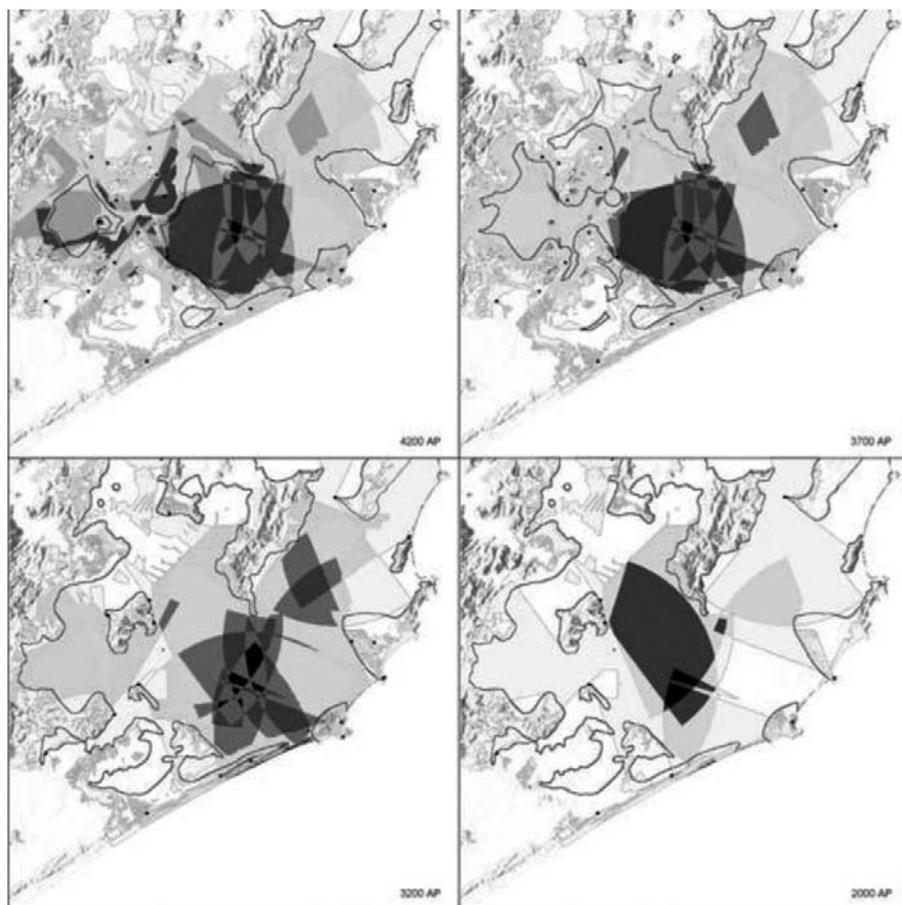
Em 4 períodos: 4200 AP, 3700 AP, 3200 AP e 2000 AP
DeBlasis et al. 2007: 47

Figura 7c. Superposição territorial e o padrão circular em torno de 3000 AP



DeBlasis et al. 2007: 48

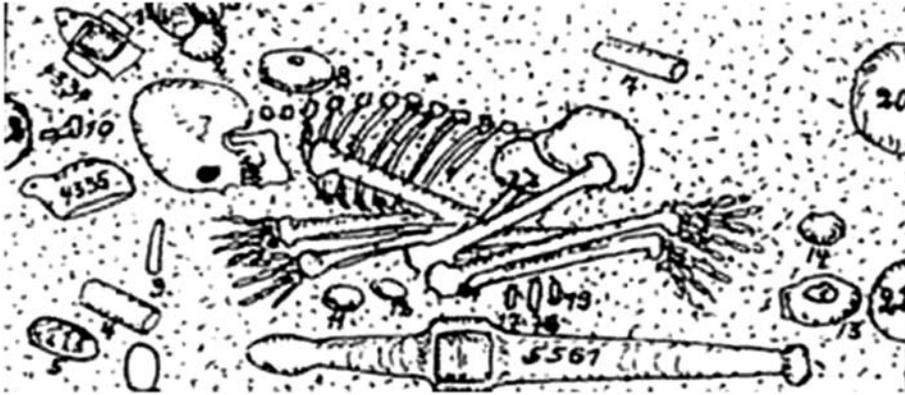
Figura 7d. Mapa de visibilidade produzido a partir de 14 sambaquis principais



Mostrando como a região lagunar configura o epicentro das comunidades em seu entorno: áreas onde todos podem ver e de onde são vistos
DeBlasis et al. 2007: 50

Por outro lado, é evidente que alguns corpos receberam tratamento especial. É o caso do clássico exemplo registrado por Tiburtius (1962) no sambaqui de Morro do Ouro (SC), no qual uma única pessoa foi sepultada com três esculturas de pedra (figura 8), objetos raros e de confecção minuciosa e detalhada, os quais certamente denunciam a importância social daquele sambaquieiro e/ou do grupo que conduziu as exéquias. Este não é um exemplo único uma vez que foi recuperada, em outro sambaqui de Santa Catarina, uma enorme placa concrecionada e decorada em setores listrados nas cores branco e preto, preparada para receber um corpo. São exemplos provenientes do sul do Brasil, região onde estão localizados os sambaquis monumentais, nos quais a vida e a morte de seus membros eram, sem dúvida, pautadas por complexas relações sociais.

Figura 8. Croqui feito pelo arqueólogo Guilherme Tiburtius da estrutura funerária escavada no sambaqui Morro do Ouro (SC)



A oferenda mortuária era composta de três zoólitos, três seixos polidos, quatro batedores cilíndricos, oito quebra-cocos, noventes de capivara, dez polidores, duas pedras corantes e três ossos apontados de mamífero

Tiburtius 1996: 82

Não parece haver dúvidas, como em qualquer sociedade, que determinados indivíduos ocupavam posições de liderança, porém não há indicadores inquestionáveis da presença de um segmento social que se destacasse na estrutura social em termos de manejo dos bens e da força de trabalho. Nos moldes de Arnold (1996) referimo-nos a inexistência de uma organização social com hierarquia institucionalizada e que pressupõe a existência de segmento social que controla pessoas não vinculadas por laços de parentesco na produção de recursos.

A ampla circulação de idéias e pessoas parece ser outro aspecto importante no âmbito das relações sociais entre sambaquieiros. Prous (1991) ao estudar as esculturas em pedra denominadas zoólitos, destaca os princípios rígidos de fabricação desses artefatos e sugere a existência de uma unidade supra-regional. São pouco mais de duzentas e quarenta estatuetas polidas com dimensões entre 10 cm e 43 cm, recuperadas em quarenta sítios. A quase totalidade dos exemplares apresenta uma pequena cavidade de forma oval na parte ventral do objeto. Para o autor, a análise desses artefatos indica que existiu unidade ideológica na área compreendida entre São Paulo e o Uruguai, evidenciada pela repetição dos temas geométricos e a obediência às regras estilísticas rígidas. Exemplifica sua constatação com a comparação de duas esculturas do mesmo tipo, encontradas a mais de mil quilômetros de distância e que parecem cópia uma da outra.

Um estudo sobre a tecnologia dos sambaquieiros empreendido entre a Ilha Grande e o delta do Paraíba do Sul, Rio de Janeiro, também sugere a intensa circulação de pessoas e idéias entre os grupos sambaquieiros, a partir da constatação de similaridade entre a maneira de fazer e usar artefatos ósseos, líticos e conchíferos (Gaspar 1991).

As evidências parecem apontar, portanto, para a existência de um sistema social que compartilhava princípios e costumes e tornou-se bastante eficiente enquanto regulador das tensões sociais entre os grupos. No que se refere à violência propriamente dita, e aqui entendida como violação do corpo, cabe destacar que no universo simbólico dos sambaquieiros havia enorme investimento em ritualizar a morte e em preservar o corpo.

Como propõe Gaspar (2004), a preservação dos esqueletos teria sido o motivo que norteou a escolha das conchas como o principal material construtivo dos sambaquis. Esse mesmo cuidado com os corpos teria levado à construção de cercas no seu entorno, uma vez que a profundidade, espessura e qualidade das estacas⁷ impediriam a ação de animais carniceiros e resultariam na preservação dos esqueletos em posição anatômica. O cerne desta sociedade parece ter sido, portanto, garantir a preservação dos corpos, parecendo pouco provável que uma sociedade norteadada por esse princípio tenha resolvido conflitos inerentes à vida social através da violação dos corpos de seus «iguais», os seja, de membros da própria sociedade sambaquieira.

Conclusões

Os resultados observados neste estudo podem ser interpretados a partir da conjugação de fatores sócio-culturais, econômicos e ambientais ou, ainda, de fatores extrínsecos de ordem metodológica. O estado de preservação inadequado de algumas séries para as análises de traumatismos, além da maior parte delas serem numericamente pouco representativas, pode ter subestimado os resultados encontrados. Apenas mediante a análise futura de outras coleções, além de uma revisão nas séries já estudadas, buscando-se específica e minuciosamente os sinais de violência, poderemos confirmar a situação de equilíbrio das tensões sociais que parece prevalecer entre esses grupos.

De qualquer forma, aponta-se mais uma vez para a possibilidade de que padrões sócio-culturais e ideológicos específicos, mais complexos e sofisticados do que inicialmente propostos para os grupos construtores de sambaquis, possam ter atuado na manutenção do seu estilo de vida e o equilíbrio social interno e externodurante milênios, mesmo na ausência de coerção ou violência física.

7 Bianchini *et al.* (2007) identificou fragmentos de madeira de uma estaca que era feita de *Lauraceae*, madeira que integra a espécie que se caracteriza pela resistência e pela característica de exalar odor quando aquecida.

Bibliografia

- Arnold, J. E. (1996) «The Archaeology of Complex Hunter-Gatherers». *Journal of Archaeological Method and Theory* 3 (2): 77-126.
- Bandeira, D. R. (1992) *Mudança na estratégia de subsistência do sítio arqueológico Enseada I-Um estudo de caso*. Dissertação de Mestrado. Santa Catarina. Universidade Federal de Santa Catarina.
- Beltrão, M. C. M.; Herédia, O. R.; Neme, S. e Gaspar, M. D. (1978) «Os Coletores de Moluscos Litoraneos e sua adaptação ambiental. O sambaqui de Sernambetiba». *Arquivos do Museu de História Natural* II: 97-116.
- Bianchini, G. F.; Scheel-Ybert, R. e Gaspar, M. D. (2007) «Estaca de Lauraceae em contexto funerário-sítio Jabuticabeira II, Santa Catarina». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 17: 223-229.
- Byers, S. (2002). *Introduction to Forensic Anthropology*. Boston, Allyn & Bacon.
- Carneiro, R. (1992) «War and Peace: Alternating Realities in Human History». En S. P. Reyna y R. E. Downs (eds.) *Studying War-Anthropological Perspectives*. New York, Gordon and Breach Publishers: 3-64.
- Castro Faria, L. (1952) «Le problème des sambaquis du Brésil: récentes excavations du gisement de Cabeçuda (Laguna, Santa Catarina)». Documento apresentado no 30th International Congress of Americanist (Proceedings). Cambridge.
- DeBlasis, P. (2004) *Projeto Arqueológico do Camacho-Processos Formativos no Litoral do Camacho, SC: Padrões Funerários e Atividades Cotidianas*. Relatório Final, Processo FAPESP-03/02059-0. Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo.
- ; Kneip, A.; Scheel-Ybert, R.; Giannini, P. C. e Gaspar, M. D. (2007) «Sambaquis e paisagem: Dinâmica natural e arqueologia regional no litoral do sul do Brasil». *Arqueologia Suramericana* 3: 29-61.
- ; Fish, S. K.; Gaspar, M. D. e Fish, P. R. (1998) «Some references for the discussion of complexity among the sambaqui moundbuilders from the southern shores of Brazil». *Revista de Arqueologia Americana* 15: 75-105.
- De Masi, M. A. N. (2001) «Pescadores coletores da Costa sul do Brasil». *Pesquisas. Série Antropologia* 57: 135.
- Ferguson, R. B. (1984) «Introduction: Studying War». En R. B. Ferguson (ed.), *Warfare, Culture, and Environment*. Berkeley, Academic Press: 1-80.
- Figuti, L. (1993) «O homem pré-histórico, o molusco e o sambaqui: considerações sobre a subsistência dos povos sambaquieiros». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 3: 67-80.
- e Klökler, D. M. (1996) «Resultados preliminares dos vestígios zooarqueológicos do Sambaqui Espinheiros II (Joinville, SC)». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 6: 169-187.
- Fish, S.; DeBlasis, P.; Gaspar, M. D. e Fish, P. R. (2000) «Eventos incrementais na construção de sambaquis, litoral sul do Estado de Santa Catarina». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 10: 69-87.
- Gaspar, M. D. (1991) *Aspectos da Organização de um Grupo de Pescadores, Coletores e Caçadores: Região Compreendida entre a Ilha Grande e o Delta do Paraíba do Sul, Estado do Rio de Janeiro*. Tese de doutoramento, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo.

- Gaspar, M. D. (1994) «Espaço, rito e identidade pré-histórica». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 8 (2): 221-237.
- (1996). «Análise da bibliografia sobre Pescadores, Caçadores e Coletores que ocorreram o Estado do Rio de Janeiro». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Universidade de São Paulo, pp. 337-369.
- (1995) «Zoolitos, peces y moluscos, cultura material y identidad social». *Artesanías de América* 47: 80-96.
- (1998) «Considerations about the sambaquis of the Brazilian coast». *Antiquity* 72 (227): 592-615.
- (2000) *Sambaquis. Arqueologia do litoral Brasileiro*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editora.
- (2001) «Soberanos da Costa». *Anais da Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira* 1: 1-18.
- (2004). «Cultura: Comunicação, Arte, Oralidade na Pré-História do Brasil». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia/USP*. São Paulo, vol. 14, pp. 153-168 (ISSN 0103-9709).
- (2005) «Sustainable Productivity and Complexity: Insights from contemporary Fishermen». Documento apresentado no International Workshop Anthropogenic Landscapes: Social and Environmental Complexity in Lowland South America, Florianópolis. 2005.
- e P. DeBlasis (1992) «Construção de sambaquis». *Anais da VI Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira* 2. Rio de Janeiro: 811-820.
- e Klökler, D. M. (2011) «Amourins: same site, different perspectives. Sambaqui archaeology: 30 years later». Documento apresentado no 76th Annual Meeting SAA Society for American Archaeology. California. 2011.
- ; Klökler, D. M. e DeBlasis, P. (2011) «Traditional Fishing, Mollusk Gathering, and the Shell Mound Builders of Santa Catarina, Brazil». *Journal of ethnobiology* 31(2): 188-210.
- Hubbe, M. (2006) *Análise biocultural dos remanescentes ósseos humanos de Porto do Rio Vermelho 02 (SC-PRV-02) e suas implicações para a colonização da costa brasileira*. Tese de doutoramento. São Paulo, Instituto de Biociências, Universidade de São Paulo.
- Kitchin, I. e Lancaster, E. (1948) «Fatigue fracture of the ulna». *The Journal of Bone and Joint Surgery* 30: 622-623.
- Klökler, D. M. (2001) *Construindo ou deixando um sambaqui? Análise de sedimentos de um sambaqui do litoral meridional brasileiro—processos formativos, região de Laguna, SC*. Dissertação de Mestrado, Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo.
- (2003) «Vida Ritual dos Sambaqueiros». Documento apresentado na XII Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira. São Paulo.
- (2006) «Eating With the Dead. Funerary Feasting and Shell Mound Construction Along the Southern Brazilian Coast». Documento apresentado no ICAZ International Conference. México DF.
- (2008) *Food for Body and Soul: Mortuary Ritual in Shell Mounds (Laguna-Brazil)*. Tese de doutoramento, University of Arizona.
- (2010) «Comida para o corpo e alma: ritual funerário em sambaquis (Laguna-Brasil)». *Revista de Arqueologia* 23: 112-115.

- Klökler, D. M.; Gaspar, M. D. y DeBlasis, P. (2009) «Cemitérios e/ou Palcos: Sambaquis e o Teatro da Morte». Documento apresentado na XV Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira. Belém. 2009.
- Kneip, A. (2004) *O Povo da Lagoa: uso do SIG para modelamento e simulação na área arqueológica do Camacho*. Tese de doutoramento. Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo.
- Kneip, L. M. (1987) *Coletores e pescadores pré-históricos de Guaratiba, RJ. Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro. Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Kneip, L. M. (1994) «Cultura material e subsistência das populações pré-históricas de Saquarema, RJ». Documento de Trabalho, Série Arqueologia, n.º 2. Rio de Janeiro, Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- ; Machado, L. C. e Crancio, F. (1995) «Ossos humanos trabalhados e biologia esquelética do Sambaqui de Saquarema, RJ». En L. M. Kneip (ed.), Documento de Trabalho, Série Arqueologia, n.º 3. Rio de Janeiro, Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Lessa, A. (2004) «Arqueologia da agressividade humana: a violência sob uma perspectiva paleoepidemiológica». *História, Ciências, Saúde-Manguinhos* 11(2): 279-296.
- (2005) «Reflexões preliminares sobre paleoepidemiologia da violência em grupos ceramistas litorâneos: (I) Sítio Praia da Tapera, SC». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 15: 199-207.
- (2007) «Rituais de sacrifício: a sobrevivência de uma antiga dimensão do corpo humano». *História, Ciências, Saúde-Manguinhos* 14 (3): 907-919.
- e Medeiros, J. C. (2001) «Reflexões preliminares sobre a questão da violência em populações construtoras de sambaquis: análise dos sítios Arapuá (RJ) e Cabeçuda (SC)». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 11: 77-93.
- e Mendonça de Souza, S. (2004) «Violence in the Atacama Desert during the Tiwanaku period: social tension?» *International Journal of Osteoarchaeology* 14 (5): 374-388.
- e Mendonça de Souza, S. (2006) «Broken noses for the gods: ritual battles in the Atacama desert during the Tiwanaku period». *Memórias do Instituto Oswald Cruz* 101 (11): 133-138.
- e Scherer, L. Z. (2008) «O outro lado do paraíso: novos dados e reflexões sobre violência entre pescadores-coletores pré-coloniais». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 18: 89-100.
- Lima, T. A. (1999-2000) «Em busca dos frutos do Mar: os pescadores-coletores do litoral centro-sul do Brasil». *Revista da Universidade de São Paulo* 44: 270-327.
- e López Mazz, J. M. (1999) «La emergencia de complejidad entre los cazadores recolectores de la costa atlántica meridional sudamericana». *Revista de Arqueología Americana* 17/18/19: 129-175.
- Lovell, N. (1997) «Trauma analysis in Paleopathology». *Yearbook of Physical Anthropology* 40: 139-170.
- Machado, L. C. e Sene, G. M. (2001) «Simbolismo, identidade cultural e análise biológica: os remanentes esqueléticos humanos do Sambaqui da Tarioba». En O. Dias, J. Decco e M. Fróes (orgs.) *A pré-história de Rio das Ostras: sítio arqueológico Sambaqui da Tarioba*. Rio das Ostras. Fundação Rio das Ostras de Cultura: 51-87.
- Mendonça de Souza, S. (1995) *Estresse, doença e adaptabilidade: estudo comparativo de dois grupos pré-históricos em perspectiva biocultural*. Tese de doutoramento, Escola Nacional de Saúde Pública/FIOCRUZ.

- Merbs, C. (1989) «Trauma». En M. Y. Iscan e K. A. R. Kennedy (eds.) *Reconstruction of life from the skeleton*. New York, Alan Liss Press: 161-189.
- Orava, S.; Puranen, J. e Ala-Ketola, L. (1978) «Stress fractures caused by physical exercise». *Acta Orthopaedica* 49 (1): 19-27.
- Ortner, D. e Putschar, W. (1985) *Identification of pathological conditions in human skeletal remains*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- Perlman, S. (1980) «An optimum diet model, coastal variability and hunter-gatherer behavior». En M. B. Schiffer (ed.) *Advances in Archaeological Method and Theory* 3. New York. Academic Press: 257-310.
- Plens, C. R. (2008) *Sítio Moraes, uma biografia não autorizada: análise do processo de formação de um sambaqui fluvial*. Tese de doutoramento, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo.
- Prous, A. (1972). «Os objetos zoomorfos do litoral do sul do Brasil e do Uruguai». *Anais do Museu de Antropologia*, n.º 5. Florianópolis, UFSC.
- (1992). *Arqueologia Brasileira*. Brasília, Editora UnB.
- Rodrigues-Carvalho, C.; Lessa, A. e Mendonça de Souza, S. (2009) «Bioarchaeology of the sambaqui groups: skeletal morphology, physical stress and trauma». En L. Oosterbeek (ed.) *Bioarchaeology from the Midst of Shells-Proceedings of the XV World Congress of the International Union for Prehistoric and Protohistoric Sciences 22*. Lisboa. BAR International Series: 15-20.
- Scheel-Ybert, R.; Eggers, S.; Wesolowski, V.; Petronilho, C.; Boyadjian, C.; Gaspar, M. D.; Tenório, M. C. e DeBlasis, P. (2009) «Subsistence and lifeway of coastal Brazilian moundbuilders». *Treballs d'Etnoarqueologia* 7: 37-53.
- ; Rodrigues-Carvalho, C.; Bianchini, G. e Silva, E. C. (2011) «Sambaqui Cabeçuda (Lagoa, SC, Brazil): new archaeological data from a funerary monument». Documento apresentado no XVI Congresso da Sociedade de Arqueologia Brasileira (SAB) /XVI Congress of the Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques (UISPP). Florianópolis, Brasil. 2011.
- Silva, E. e Mendonça de Souza, S. (1999) «Paleopatologia da população pré-histórica do sambaqui de Forte Marechal Luz: reabertura de arquivo». Anais da X Reunião da Sociedade de Arqueologia Brasileira. Recife, Brasil. 1999 CD-Room.
- Souza, E. R. e Minayo, M. C. S. (1995) «O impacto da violência social na saúde pública do Brasil: década de 80». En M. C. S. Minayo (org.) *Os muitos Brasís-Saúde e População*. Rio de Janeiro, Ed. Hucite-Abrasco.
- Steinbock, R. T. (1976). *Paleopathological diagnosis and interpretation*. Springfield, Thomas Publisher.
- Storto, C.; Eggers, S. e Lahr, M. M. (1999) «Estudo preliminar das paleopatologias da população do Sambaqui Jabuticabeira II, Jaguaruna, SC». *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 9: 61-71.
- Tanabe, S.; Nakahira, J.; Bando, E.; Yamaguchi, H.; Miyamoto, H. e Yamamoto, A. (1991) «Fatigue fracture of the ulna occurring in pitchers of fast-pitch softball». *The American Journal of Sports Medicine* 19: 317-321.
- Tiburtius, G. (1996) *Arquivos de Guilherme Tiburtius*. Joinville, Museu Arqueológico do Sambaqui de Joinville.
- Walker, P. (1989) «Cranial Injuries as Evidence of Violence in Prehistoric Southern California». *American Journal of Physical Anthropology* 80: 313-323.
- (2001) «A bioarchaeological perspective on the history of violence». *Annual Review in Anthropology* 30: 573-96.

- Wilkinson, R. (1997) «Violence against women: *raiding* and abduction in prehistoric Michigan». En Martin, D. L. e Frayer, D. W. (orgs.) *Troubled times-Violence and warfare in the past*. Amsterdam, Gordon and Breach Publishers: 21-44.
- Wesolowski, V. (2007) *Cáries, desgaste, cálculos dentários e microrresíduos da dieta entre grupos pré-históricos do litoral do Norte de Santa Catarina: é possível comer amido sem ter cárie?* Tese de doutoramento, Escola Nacional de Saúde Pública/Fundação Oswaldo Cruz.
- Wrangham, R. e Peterson, D. (1996) *O macho demoníaco-As Origens da Agressividade Humana*. Rio de Janeiro, Ed. Objetiva.
- Yesner, D. R. (1980) «Maritime hunters-gatherers: ecology and prehistory». *Current Anthropology* 21(6): 727-750.

Patrones de violencia en sociedades preestatales: tipificación de eventos a partir de diferentes casos entre cazadores-recolectores de la Pampa Occidental argentina. Una propuesta

MÓNICA ALEJANDRA BERÓN¹

Resumen

En este trabajo se analizan propuestas sobre tipos de violencia a diferentes escalas y en contextos diversos. Se recopila información etnohistórica sobre acontecimientos de guerra y conflicto en Norpatagonia. Se desarrolla el análisis de dos casos de entierros múltiples con abundantes señales de violencia que corresponden al sitio Chenque I (Lihué Calel, La Pampa, Argentina) y se los compara con otros casos del mismo sitio, con características diferentes. Se hace una propuesta acerca de la significación y el tipo de conflicto que representa cada uno en el contexto local y regional. El objetivo general de este trabajo es contribuir a la sistematización de estos acontecimientos a escala regional y macrorregional en el marco de los procesos sociohistóricos pre y poshispánicos. Para ello, se considerarán principalmente los datos del registro arqueológico y de las fuentes documentales, así como los análisis realizados desde la etnohistoria y la antropología histórica.

Palabras clave: cazadores-recolectores; tipos de conflicto; región pampeana y Norpatagonia; registro arqueológico y documental; procesos sociohistóricos.

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, UBA, Unicen, <monberon@retina.ar>.

Abstract

This paper deals with proposals about types of violence at different scales and in different contexts. It collects ethnohistorical information on events of war and conflict in Northern Patagonia. It develops the analysis of two cases of multiple burials with abundant signs of violence that correspond to the site Chenque I (Lihue Calel, La Pampa, Argentina) that are compared with other cases from the same site, with different characteristics. A proposal is made, based on this analysis and on literature about the subject, referred to the significance and type of conflict that represents everyone in the local and regional context. The overall objective of this paper is to contribute to the systematization of these kind of events at regional and macro-regional scale in the context of pre and post-Hispanic socio-historical processes. To achieve this goal were considered, mainly, archaeological data and documentary sources, as well as analyzes from ethnohistory and historical anthropology.

Keywords: hunter-gatherers, types of conflict, Pampas and Northern Patagonia, archaeological and documentary record, socio-historical processes.

Introducción

El interés de los arqueólogos por el estudio de las manifestaciones de violencia y conflicto en sociedades de distinto rango de complejidad se ha incrementado en las dos últimas décadas, dando lugar a numerosos simposios, publicaciones, propuestas y teorizaciones acerca de las diferentes formas, momentos y patrones en que se manifiestan estas conductas en las sociedades del pasado (Keeley 1996; Kelly 2000; Parker Pearson y Thorpe 2005; Thorpe 2003, 2005; Neil y Crerar 2010; Elder 2010; Grgurich 2010). Se han presentado y discutido casos en los que las evidencias arqueológicas van desde armas diseñadas para la guerra, arquitectura defensiva, traumas esqueléticos, hasta evidencias directas como puntas de proyectil insertas en piezas óseas o asociadas a partes blandas de los cuerpos de las víctimas, muchas de las cuales son indudablemente la causa de muerte de los individuos (Walker 2001; Ostendorf Smith 2003; Knüsel 2005; Birch 2010; Johannesson y Machicek 2010; Neil y Crerar 2010). Otro de los temas centrales de discusión en este campo son los distintos tipos y manifestaciones de violencia desde casos individuales que podrían considerarse asesinatos, duelos, sacrificios o accidentes, hasta casos múltiples o masivos que implican diferentes tipos de enfrentamientos o tácticas de violencia como represalia o venganza, *raid* o ataque sorpresivo, sabotaje, emboscada, escaramuza, invasión, masacre y hasta guerra planificada.

Un tercer tópico de discusión son las causas o motivaciones de las manifestaciones de violencia y si estas son internas o externas al grupo social (Bohem 1993; Jordana *et al.* 2009; Birch 2010; Johannesson y Machicek 2010). Motivaciones posibles son estresores sociales o ambientales, defensa o expansión territorial, resolución de disputas, crecimiento demográfico, conflictos de poder, control o competencia de recursos, entre otros, para lo cual el solo registro material o arqueológico no siempre da respuestas satisfactorias. Sin embargo, las interpretaciones pueden ajustarse mediante el trabajo interdisciplinar, la comparación de casos o el cruce de información etnográfica, etnohistórica o documental (Milner 1999, 2005; Villar y Jiménez 2003; Parker Pearson 2005; Bishop y Knüsel 2005; Aranda Jiménez y Sánchez Romero 2005; Torres Rouff *et al.* 2005; Boccara 2009).

En Argentina se ha comenzado a focalizar el interés en este tema y han surgido casos de evidencias tangibles de violencia en sociedades con distintos tipos de organización social. En este trabajo nos centraremos en aquellas que corresponden a sociedades de cazadores-recolectores, para distintos momentos y en distintas regiones como Pampa, Patagonia y Sierras Centrales. Luego se desarrollará el análisis de dos casos de entierros múltiples con abundantes señales de violencia que corresponden al sitio Chenque I (Lihué Calel, La Pampa, Argentina) y se los comparará con otros casos del mismo sitio, con características disímiles. A partir de ello y en bibliografía de referencia, se hace una propuesta acerca de la diferente significación y tipo de conflicto que representa cada

uno de ellos en el contexto local y regional. El objetivo general de este trabajo es contribuir a la sistematización de estos acontecimientos a escala regional y macrorregional en el marco de los procesos sociohistóricos pre y poshispánicos. Para ello, se considerarán principalmente los datos del registro arqueológico y de las fuentes documentales, así como los análisis realizados desde la etnohistoria y la antropología histórica.

Tabla 1. Entierros con señales de violencia en Pampa y Patagonia

Sitio/ provincia	Unidad/ estructura de entierro	Tipo de inhumación	Sexo	Edad/ rango	Tipo de evidencia	Cronología años AP/ rango	Fuente
Arroyo Seco 2	AS31/ ent. 24	Entierro primario e individual	M	Adulto viejo (60 o + años)	Puntas líticas insertas	7615 ± 90 (AA-9048)	Scabuzzo y Politis 2011
	AS39/ AS36	Entierro primario y múltiple	F/M	Adolescente (15-19 años)/ Adulto joven (20-24 años)		7805 ± 85 (AA-24050)	Escola e.p. Politis, Barrientos y Scabuzzo 2007
	AS24 ent. 17	Primario e individual	M	Adulto joven (25-29 años)		7800 ± 115 (AA-9046)	Politis y Steele 2007
Sierra Colorada. Lago salitroso. Santa Cruz	SAC 20-3	Primario doble (1 con violencia)	M	45-49	Punta lítica inserta	380 ± 40 (UGA10623)	García Guraieb <i>et al.</i> 2007
Paso Alsina. Pcia. de Buenos Aires	varios	Secundario múltiple	M/F	Adolescente y adulto	Punta lítica inserta y traum esqueleto poscraneal	483 ± 20 (media ponderada)	Martínez <i>et al.</i> 2006 Flensburg 2010
Paso Alsina. Pcia. de Buenos Aires	16	Secundario múltiple	M/F	20-35 35-49	Lesiones traumáticas en cráneos	483 ± 20 (media ponderada)	Flensburg 2011
Sitio Chenque I. La Pampa	17	Primario simple	M	16-19	Puntas líticas insertas	990 ± 60 (UGA 02002)	Berón y Luna 2007 Berón <i>et al.</i> 2007 Berón 2010
Sitio Chenque I. La Pampa	19	Primario Simple	M	40-49	Punta lítica asociada	-	Berón y Luna 2007 Berón <i>et al.</i> 2007 Berón 2010
Sitio Chenque I. La Pampa	27	Primario doble (1 c/ violencia)	M	40-49	Punta lítica inserta	370 ± 30 (UGA 02000)	Berón y Luna 2007 Berón <i>et al.</i> 2007 Berón 2010

Sitio/ provincia	Unidad/ estructura de entierro	Tipo de inhumación	Sexo	Edad/ rango	Tipo de evidencia	Cronología años AP/ rango	Fuente
Sitio Chenque I. La Pampa	21/23	Disposición múltiple	M (n= 4) F (n= 1)	40-50 20-29 30-39 40-50 > 60	Puntas líticas insertas	320 ± 30 (UGA 02003)	Berón y Luna 2007 Berón <i>et al.</i> 2007 Berón 2010
Sitio Chenque I. La Pampa	28/31	Secundario / Disposición múltiple	ND	ND	Puntas líticas asociadas	-	Berón y Luna 2007 Berón <i>et al.</i> 2007 Berón 2010
Sitio Chenque I. La Pampa	29	Secundario / Disposición múltiple	M (n= 12)/ F (n= 5)	16-19 (n= 10) 20-29 (n= 3) 30-39 (n= 2) 45-49 (n= 1) Ad. ND (n= 1)	Puntas líticas insertas, asociadas y presentes	390 ± 30 (UGA02004)	Berón y Luna 2007 Berón <i>et al.</i> 2007 Berón 2010
Sitio Chenque I. La Pampa	35	Secundario doble	ND	Ad. Mad.	Punta lítica presente	-	Berón y Luna 2007 Berón 2010
Médano Petroquímica. La Pampa	H4 varios H5?	Secundario múltiple	ND	ND	Puntas líticas insertas	393 ± 41 (AA74041) 378 ± 41 (AA74042)	Amann <i>et al.</i> 2010 Mendonça <i>et al.</i> 2010
La Petrona. Peña de Buenos Aires	LP4	Primario simple	F	35-45	Lesiones traumáticas en cráneo	770 a 250 AP. (AA70564, AA43126, AA43127, AA43124)	Martínez 2008-2009. Flensburg <i>et al.</i> 2011
El Alto 5. Córdoba	Esque- leto 1	Primario simple	M	25-35	Puntas óseas insertas	593 ± 41 AP. (AA92443)	Pastor y Rivero 2010 Pastor com. pers. 2012

Referencias: M: masculino, F: femenino, ND: no identificado, Vs: varios, Ad:
Adulto, Mad.: maduro;
Elaboración propia

Violencia en el registro arqueológico de cazadores-recolectores en Argentina

A partir de la primera década del siglo XXI, y particularmente en los últimos años, se ha incrementado el registro de casos de violencia interpersonal entre cazadores-recolectores de Argentina, particularmente en Pampa y Patagonia. Si bien se habían registrado previamente en la bibliografía algunos casos de registros prehispanicos de violencia (González 1943; Escalada 1949, lam. IV), los estudios sistemáticos publicados sobre evidencias directas son recientes (tabla 1). También se han iniciado estudios de colecciones museísticas para sistematizar estas manifestaciones, más allá de sus problemas de asociación y contexto, lo que ha dado

como resultado el conocimiento de una diversidad de lesiones traumáticas que son consecuencia del uso de diferentes tipos de armas, en contextos pre y poshispánicos, o bien ocasionados por accidentes, producto de actividades o comportamientos de la vida cotidiana (Constantinescu 2003; Barrientos y Gordón 2004; Gordón 2010).

Los registros señalados en la tabla 1 ameritan comentarios y comparaciones. Las manifestaciones más antiguas de violencia entre cazadores-recolectores de Argentina se ubican a comienzos del Holoceno Medio y corresponden al sitio Arroyo Seco 2. Once puntas de proyectil han sido halladas asociadas a cuatro esqueletos humanos, que, en algunos casos, están insertas en diferentes piezas óseas (Escola 2007; Politis *et al.* 2007; Scabuzzo y Politis 2011). Todas estas inhumaciones están localizadas en el componente medio del sitio. El esqueleto AS31 (entierro 24), del cual se posee una datación radiocarbónica (AMS) de 7615 ± 90 años AP presenta cinco impactos, cuatro de los cuales se encuentran ubicados en tórax, brazo izquierdo y coxales. El esqueleto AS36 (datado en 7805 ± 85 años AP) muestra también cuatro impactos localizados en la columna vertebral, en los sectores dorsal, dorsal-cervical y lumbar. El esqueleto AS39, inhumado conjuntamente con el anterior, presenta dos impactos, uno en el sector intercostal y otro en uno de los miembros inferiores. Finalmente, el esqueleto AS24 (entierro 17) solo evidencia un impacto. Este último esqueleto cuenta, además, con una AMS de 7800 ± 115 años AP. En líneas generales, se trata de puntas de proyectil bifaciales, apedunculadas de limbo triangular mediano y largo y contornos simétricos. Los cuatro individuos con puntas de proyectil clavadas pueden ser considerados como pertenecientes al primer período de inhumación (Politis *et al.* 2007).

Pero sin duda la mayor cantidad de casos se concentran en el Holoceno Tardío final, con ejemplos de individuos aislados o primarios simples (Berón y Luna 2007; Berón *et al.* 2007; García Guraieb *et al.* 2007; Berón 2010; Pastor y Rivero 2010; Flensburg *et al.* 2011) y varios de estructuras múltiples con evidencias diversas de violencia que parecen dar cuenta de situaciones de conflicto grupal que habrían tenido por escenario el centro-sur de la región pampeana (Martínez *et al.* 2006; Ammann *et al.* 2010; Berón 2010; Mendonça *et al.* 2010). Entre los casos de individuos con evidencias de violencia correspondientes a entierros simples o dobles, hay variabilidad sobre distintos aspectos que atañen a tipos de armas, de lesiones e interpretaciones de las mismas. Una de las diferencias más destacables es en el tipo de armas utilizadas. En los ejemplos pampeanos y patagónicos se utilizaron proyectiles líticos, mientras que en el caso de Córdoba se trata de múltiples puntas de hueso, como única materia prima, insertas en diferentes partes anatómicas (Pastor y Rivero 2010, tabla 1).

El entierro 4 de La Petrona (LP4) es primario simple incompleto. El cráneo presenta deformación tabular erecta, variedad planolámbdica, en ambos parietales se registraron signos traumáticos, que los autores interpretan que pueden responder a severos golpes producto de accidentes o violencia

interpersonal. Las características de las lesiones indican que se produjeron en un mismo momento y que el individuo habría sobrevivido a algún evento traumático (Martínez 2008-2009; Flensburg *et al.* 2011).

En el caso del individuo correspondiente al lago Salitroso (provincia de Santa Cruz), se trata de un entierro doble con individuos superpuestos, pero solo el individuo 2 presenta señales de violencia. Se trata de lesiones traumáticas concentradas entre la cuarta y séptima vértebra dorsal. Un fragmento de limbo de punta de proyectil se encontró alojado en la séptima dorsal. García Guraieb *et al.* (2007) señalan que todas las lesiones habrían sido causadas por puntas de proyectil ya que las tres restantes se encontraron en los sedimentos próximos a la región dorsal. Por ser un caso único en el área de estudio y dadas las características de las lesiones y los rasgos tafonómicos, los autores interpretan que el individuo fue ejecutado por la espalda y que no murió de inmediato. Según su interpretación, sería un caso de violencia interpersonal en un marco de escasa violencia que se relaciona con un contexto de baja demografía y circunscripción territorial (García Guraieb *et al.* 2007). Los casos de individuos primarios simples y dobles correspondientes al sitio Chenque I serán comentados más adelante.

La mayoría de los casos de estructuras múltiples con varios indicios de violencia se ubican en la provincia de La Pampa. Uno de ellos es Médano Petroquímica, sitio situado en el sudeste de dicha provincia, a la vera del río Colorado. Si bien se han detectado ocho rasgos funerarios, el análisis de eventos de violencia interpersonal está representado por un total de seis impactos con puntas de proyectil líticas, todos correspondientes a los restos óseos inhumados en el rasgo H₄, que tiene un fechado de 393 ± 41 años AP. Los restantes no presentan dichos indicadores. Cinco de los seis impactos se efectuaron sobre vértebras (tres en dorsales y dos en lumbares) y uno de ellos se verificó en el segmento anterior de la epífisis proximal de una tibia derecha. Dado que cada conjunto está integrado por varios individuos dispuestos en modalidad secundaria, es posible que los impactos correspondan a más de un individuo. Sin embargo, hasta el momento no se dispone de mayores detalles o evaluaciones precisas sobre la cantidad de individuos involucrados en este evento de violencia o sobre sus consecuencias e interpretaciones a nivel de los individuos o del grupo (Ammann *et al.* 2010; Mendonça *et al.* 2010).

Flensburg (2011) ha analizado otro caso de estructura múltiple con diversos signos de conflicto. Se trata del sitio Paso Alsina 1 (Martínez *et al.* 2006), en el cual, sobre 56 cráneos presentes, el 28,6% (n= 16) presenta algún tipo de trauma. Se registraron 33 lesiones distribuidas en diferentes proporciones en individuos adultos, tanto masculinos como femeninos, y en dos categorías de edad, adultos jóvenes y adultos medios. Considerando diferentes propuestas teóricas, etnográficas y actualísticas, el autor señala que resulta problemático discriminar cuáles de estas lesiones corresponden a violencia interpersonal y cuáles a accidentes cotidianos o violencia doméstica, aunque puntualiza ciertas tendencias según la ubicación y tipo de traumas analizados. Propone que

los casos de violencia pudieron obedecer a peleas y luchas dentro del ámbito cotidiano-doméstico y, en menor medida, entre grupos corresidentes, en algunos casos a través de duelos. Descarta la idea de guerra tomando en cuenta una serie de variables propias del caso de estudio y de diferentes líneas de evidencia exploradas en el valle inferior del río Colorado (Flensburg 2011). Los casos múltiples con señales de violencia correspondientes al sitio Chenque I son motivo de este trabajo y se los analiza en acápite posteriores.

Violencia en el pasado. Diferentes tipos y escalas

Existen numerosas propuestas acerca de las diferentes formas y patrones que tuvieron las manifestaciones de violencia intra e intergrupala en las sociedades del pasado. El concepto de *conflicto* puede ser considerado a diferentes escalas, desde la individual hasta la agresión organizada en torno a mecanismos ideológicos de control. Como se sintetizó al comienzo, se han realizado tipologías de las contiendas, en relación con la magnitud del conflicto (Bohem 1993; Boccara 1999; Aranda Jiménez y Sánchez Romero 2005; Bishop y Knüsel 2005; Jordana *et al.* 2009). Bishop y Knüsel (2005) consideran que *conflicto* y *guerra* no son sinónimos. De tal manera que una pelea entre dos personas o que involucre a un pequeño grupo de gente, o aun las venganzas o *raids*, no son guerra, sino más bien conflictos episódicos o agresiones materializados a través de elementos especializados como armas, fortificaciones, alianzas, etcétera (Bishop y Knüsel 2005: 209).

El concepto de *guerra* se reserva para un sistema complejo de regulación del conflicto, entendido como la institucionalización de la violencia a través de la consolidación de los guerreros como un grupo social específico, en sociedades de cierta complejidad. Para Thorpe (2005), *guerra* es la agresión organizada entre unidades políticas autónomas, de mayor significación que los actos individuales de violencia, a los que denomina *enemistades*. Keeley (1996) la definió como un rasgo casi constante y ubicuo en sociedades preestatales, diferenciando la lucha entre guerreros como reglada en oposición a la guerra con otros como aniquiladora, mientras que Carman y Carman (2005) consideran que contribuye a los procesos de cambio social y cultural. Asimismo, Kelly (2000) considera que *guerra* es todo conflicto armado de tipo colectivo, organizado, que requiere planificación, con una división de tareas que excede las categorías de edad y sexo y considera que el *raid* es una variante sorpresiva de guerra. Por su parte, Knüsel (2005) toma la definición de dos autores. Ferguson (1984: 5) la define como «acción grupal organizada intencionalmente, dirigida contra otro grupo, que puede o no estar organizado para acciones similares, y que involucra la concreta o potencial aplicación de fuerzas letales»; mientras que Milner (1995: 221) la refiere como «la violencia intencional calculada para avanzar en las ambiciones de distintos grupos políticos, sin tomar en cuenta quién estuvo involucrado, la regularidad de la lucha, el número de participantes o las tácticas específicas de combate» (Ferguson 1984 y Milner 1995 en Knüsel 2005). Knüsel (2005: 50)

comenta que más allá de las similitudes entre ambas definiciones, que ponen énfasis en el accionar de un grupo y en la capacidad implícita de hacer daño, difieren sutilmente en el grado que le atribuyen a la intencionalidad de las acciones: «potencialidad de hacer daño, más allá de si se concreta» (Ferguson 1984) y «negación de esta noción mediante el uso del término *violencia* como más general» (Milner 1995)» (Knüsel 2005: 50).

Elder (2010) toma los datos sobre trauma de 26 cementerios distribuidos entre Europa, el norte de África e Israel, que cubren un rango cronológico que va desde el Pleistoceno Tardío al Holoceno Temprano. No toma en cuenta su etiología pero sí diferentes tipos de trauma, como incisiones, cortes, golpes, fracturas y armas insertas en huesos. Considerando las partes del cuerpo afectadas, el porcentaje de la población involucrada y el sexo de las víctimas, establece cuatro patrones de trauma que tienen significación social según el tipo de conflicto al que obedecen. En el tipo 1 o guerra endémica, el trauma se concentra en la cabeza, cuerpo y miembros superiores, con una alta incidencia de armas insertas en los huesos y una alta proporción de la población total con evidencia de trauma (12% o más), un predominio de hombres y una proporción de una mujer cada cinco hombres. Las heridas se concentran en las áreas más vulnerables y se combinan con heridas defensivas como las fracturas de Parry en los antebrazos. El uso frecuente de proyectiles arrojados sugiere violencia a distancia, lo que conlleva a la despersonalización de la víctima. El tipo 2 o guerra localizada se caracteriza por traumas concentrados en cabeza, cuerpo y miembros superiores, con una alta incidencia de armas insertas en los huesos y una baja proporción de la población total con evidencia de trauma (por debajo del 12%). Sigue habiendo un predominio de hombres sobre mujeres, pero la proporción de mujeres aumenta. Tomando otros autores sugiere que se trata de actividades restringidas temporal y localmente, a diferencia de la endémica. El tipo 3 son accidentes, en los que los traumas se concentran en el cuerpo y en los miembros superiores e inferiores, con una baja incidencia de armas insertas en los huesos (por debajo del 15% de las heridas) y una baja proporción de la población total con evidencia de trauma (por debajo del 12%). La proporción entre hombres y mujeres es más balanceada que en el tipo 1. Las evidencias señalan tendencias hacia accidentes en la niñez, heridas durante la caza y actividades domésticas que involucran estrés en la zona de los hombros y antebrazos de los hombres jóvenes. El tipo 4 son *raids* o masacres. Tiene una baja incidencia de traumas en la cabeza, cuerpo y miembros superiores (menos del 50% de heridas) con una alta incidencia de armas insertas en huesos (15% o más) y una alta proporción del total de la población con traumas (12% o más). Presenta un caso (Jebel Sahara) en el que el 58% de la población presenta heridas con armas insertas en huesos, producto de un solo evento en la vida de los individuos (35% niños, 45% mujeres adultas y 48% hombres adultos), lo cual contrasta con el patrón de guerra delineado en el tipo 1 y se ajusta más a una masacre. Esto coincide con algunas de las características que Bishop y Knüsel (2005) enumeran para los conflictos de este tipo. En las masacres el propósito es la aniquilación del enemigo. Los objetivos son todos los

miembros de una comunidad y el tipo de violencia involucra la despersonalización de la víctima. Por eso suele incorporar el uso de armas como proyectiles, lo que no requiere un contacto cara a cara (Keeley 1996, Elder 2010). Lo destacable del trabajo de Elder es que combina variables bioarqueológicas (heridas, partes esqueléticas afectadas, edad, sexo, porcentaje de la población) con tipos de conflicto en el marco social y demográfico, sin asumir que la sola evidencia directa es sinónimo de conflicto, ya que en varios de los ejemplos analizados se constató que los traumas proceden de accidentes de diverso tipo.

Hasta aquí se ha tratado la tipología de los conflictos en términos generales, aunque orientada a sociedades preestatales. En los siguientes párrafos se sintetizan referencias a tipologías de conflictos en el centro-sur de Chile, en el seno de sociedades próximas espacial y temporalmente a los casos que se analizan en este trabajo y que se ubican en el sitio Chenque I, en la provincia de La Pampa.

Boccaro (2009) distingue tres tipos de conflictos violentos entre los reche centrales, un ámbito probablemente emparentado con los casos aquí tratados: la venganza o *tautulun*, la razia, malón o maloca y la guerra propiamente dicha o *weichan*. Para el caso del *tautulun* el objetivo es vengar una muerte, robo o adulterio y su finalidad es obtener una compensación. En el caso de la maloca o malón el objetivo de la operación es echar mano de la mayor cantidad de bienes poseídos por el grupo atacado (ganado, mujeres), en la medida de lo posible evitando que se genere combate. La meta de estas acciones es el enriquecimiento. Se trata de que las acciones sean sorpresivas, sin derramamiento de sangre, de preferencia durante la noche. Se realiza en contra de un enemigo dominado o simplemente despreciado. Un ejemplo etnohistórico sería el mencionado por Escalada:

Guetchanoche, bisabuelo de doña Agustina (Quilchaman) junto con sus hermanos y su madre, fueron tomados cautivos en Piedra Shótel. Cuentan que los araucanos por la noche robaron los caballos a los enemigos desprevenidos, atacándolos e infligiéndoles una absoluta derrota con las primeras luces del alba (1949: 264).

En el caso de la guerra propiamente dicha o *weichan*, el objetivo del grupo es defender su territorio y su autonomía. Los objetivos de los cona son mostrarse en el combate como guerreros valerosos e intrépidos e «intentar apoderarse de los bienes del enemigo, los que tendrán el valor de trofeos, siendo el éxito supremo capturar a un adversario vivo y traerlo a la comunidad para que sea rápidamente sacrificado o reducido a la esclavitud» (Boccaro 2009: 124-125). Según el autor, tomando como referencia documentos de la época, uno de los objetivos principales del *weichan* es apropiarse de bienes mediante los cuales se puede adquirir prestigio transformado su valor de uso en un valor simbólico. En trabajos previos (Berón 1999, 2006, 2007) se ha caracterizado a este tipo de elementos como «diacríticos de una identidad compartida», en referencia a bienes de uso que aparecen subrepresentados en el registro arqueológico pero cuya carga simbólica implica la existencia de relaciones de interacción social entre grupos cercanos o distantes, en términos de alianzas o inclusión social. En este

caso el tema de la guerra, tratado por Boccara desde la antropología histórica, si bien hace mayor hincapié en la resistencia indígena contra el español, agrega una nueva dimensión a estos objetos o valores.

Volviendo al tema de la guerra y su significación para el pueblo mapuche, Dillehay (2011) afirma que la amenaza de guerra daba mayor sentido a los mapuches, quienes frente a estos estímulos desarrollaron ideas panregionales referidas a un nacionalismo étnico. La significación que ello adquiere para la sociedad se sintetiza en esta frase: «[...] los araucanos logran encontrar la norma dinámica para organizar su sociedad: la guerra» (Leiva 1977: 160 en Dillehay 2011).

Referencias etnohistóricas y etnográficas de violencia y guerra. Una lectura crítica

También el registro etnohistórico y etnográfico refiere a este tipo de situaciones. Etnohistoriadores dedicados al estudio de los cambios sociopolíticos y económicos de las sociedades indígenas de Pampa y Patagonia, en relación con la conformación de los Estados-nación han analizado diversas situaciones y procesos de conflicto y guerra interétnica acontecidos en la Patagonia septentrional, sobre ambas vertientes de la cordillera andina. El análisis de estas contiendas y sus derivaciones se concentra entre los siglos XVIII y XIX (León Solís 1982, 1991; Villalobos 1989; Villar y Jiménez 2000, 2001, 2003). Dichos conflictos se desarrollaron en la Araucanía, se trasladaron a la cordillera y luego a las Pampas, en la medida en que a los líderes involucrados se les hizo necesario buscar aliados en los linajes cordilleranos y transcordilleranos. Involucraron diversas etnias como huiliches, pewenches, puelches, boroganos, tehuelches, ranqueles, etcétera. Según algunas interpretaciones, su principal motivación fue el control de los circuitos a través de los cuales se espacializaban los intercambios (Villar y Jiménez 2003).

Se han registrado los nombres de diversas batallas interétnicas entre tehuelches y mapuches durante el siglo XIX: Senguerr, Shótel Káike, Tellien, Pietrochofel, Bardas Blancas, Cerro Shotel (Escalada 1949; Martínez Sarasola 1992; Vezub 2006). A continuación se reseñan algunas de las referencias sobre estos enfrentamientos. Escalada, quien recopiló información de cronistas (Cox 1863; Musters 1997) y de informantes indígenas, en referencia a los tehuelches, dice que

las luchas intestinas, sin constituir oportunidad de elevar la capacidad bélica en la faz técnica, habían minado las fuerzas de las tribus hercúleas [...]. Los temibles «Chónike» del pasado serían aplastados por los pendencieros rivales trasandinos. Languiño, Barrancas Blancas —en la costa del Senguerr y Shótel Káike fueron los principales campos de Marte de esta contienda decisiva. El primero es conocido clásicamente [como] ‘lugar de los muertos’. [...] nos imaginamos la horrible carnicería de aquellos feroces combates cuerpo a cuerpo en que se practicó [...]—el sistema de la guerra total—[...] (Escalada 1949: 261-262).

Citando a Cox, reproduce la siguiente cita:

alrededor del año 1820, los araucanos del lado occidental de la cordillera pelean contra los tehuelches de Paillacán. [...] Los tehuelches en gran número atacaron a los pehuenches i les quitaron casi todas las mujeres; estos pidieron auxilio a su amigo don Ignacio, quién con unos 50 Huilliches, provistos de armas de fuego, salvó la cordillera y juntándose con ellos, llevó la guerra a los arenales de los Tehuelches; después de veinte i seis días de marcha hacia el sud, los alcanzaron, se batieron durante algunas horas i lograron arrebatarles las cautivas (Cox 1863 en Escalada 1949: 264).

En referencia al mestizaje entre grupos étnicos y españoles menciona que Testau, hijo de madre aoni-kenk y padre «mestizo maragato» peleó junto a los tehuelches. «Los chilenos, provistos de armas de fuego, le perdonaron la vida teniendo en cuenta que era mestizo y hablaba español. Fue tomado prisionero y llevado al Neuquén» (Escalada 1949: 271-272). Merece una reflexión crítica el tema de las adscripciones étnicas tajantes como motivadoras de conflictos, en el que Escalada parece tomar partido definido y que se relaciona con una cierta intolerancia propia de su generación y de una tendencia ideológica de un grupo de intelectuales que continúa tomando nuevas formas y discursos hasta el presente (ver Trentini *et al.* 2010). Un claro ejemplo de esto es la cita que se transcribe de Martínez Sarasola (1992): «En la zona de Chubut, los tehuelches habían resistido, pero son derrotados definitivamente en las batallas de Tellien, Languíneo y Pietrochofel». Y agrega: «La consecuencia de estas derrotas es el comienzo de la dilución de la cultura, acelerada por la mestización, fruto de la unión entre vendedores araucanos y cautivas tehuelches» (Martínez Sarasola 1992: 131). En esta cita, que corresponde a un libro de recopilación acrítica de numerosos autores, escasamente citados, nunca analizados en su contexto de producción, merece una reflexión aparte la única intervención del autor, en la segunda frase, según la cual —y dicho en palabras breves— la mestización *mata* cultura, lo que resulta aún más llamativo siendo una producción antropológica que cuenta ya con nueve ediciones, entre 1992 y 2011. El registro arqueológico, sin embargo, señala que las interacciones entre grupos de ambas vertientes cordilleranas son consuetudinarias, por lo que la mestización y la interacción cultural de ambos pueblos (si es que pueden reducirse a dos únicas etnias) llevaban ya una trayectoria secular cuando ocurren estos acontecimientos bélicos, lo que da como resultado el hallazgo de complejos contextos culturales (Berón 1999, 2006, 2007; Gómez Otero y Dahinten 1999).

Como corolario de esta larga serie de reyertas Escalada concluye: «Las luchas entre los tehuelches y araucanos culminaron a fines del siglo XVIII o a principios del XIX, con las batallas de Senguerr (Barrancas Blancas), Languíneo y Piedra Shotel, con la terrible derrota de los primeros. Como consecuencia de ellas [...] la mezcla de sangre es completa» (Escalada 1949: 317-318). También Vezub (2006) hace referencia a estos enfrentamientos:

Las décadas de 1810 y 1820 marcaron la génesis de la posterior articulación política de la «Gobernación Indígena de las Manzanas», es decir, la hegemonía de los agrupamientos sur neuquinos sobre los linajes tehuelches. Las batallas de Languíneo, Senguerr y Shótel káiike ocuparon un lugar fundacional en la memoria de generaciones, y en la definición del espacio social manzanero[...]. Dos acontecimientos bélicos trascendentes jalonan esta genealogía tehuelche, asumiendo los caracteres de dos momentos estelares en los últimos años de existencia de la raza. El combate de Apeleg [...] constituye el broche de hierro con que se cierra la tragedia de la estirpe autóctona. La lucha de Shótel káiike marca la iniciación del acto final (Escalada 1949: 320 en Vezub 2006: 300).

Justamente la batalla de Apeleg, librada a fines de 1883, fue la última resistencia al ejército argentino llevada a cabo por la confederación de jefes y parientes de la Gobernación Indígena de las Manzanas (Vezub 2006).

Dillehay (2011) recopila la opinión de diferentes historiadores y puntualiza que:

Por al menos los últimos seiscientos años, varias experiencias fronterizas dieron forma a la historia, la identidad y el carácter de los araucanos y sus instituciones. Primero fueron grupos prehispánicos del centro-norte de Chile y del lado este de los andes en Argentina, quienes se involucraron en comercio, intercambio y conflictos armados esporádicos (Dillehay 2011: 115-116).

Según testimonios actuales de dirigentes de organizaciones políticas indígenas mapuches las referencias a batallas entre mapuches y tehuelches son relativizadas, pues argumentan que se las ha utilizado para mostrar al pueblo mapuche como agresivo, invasor y conquistador, estigmatizándolo, de esta manera, en pos de argumentos políticos discriminatorios y de exclusión de ciudadanía, al atribuirles un origen exclusivamente chileno, como se registra frecuentemente en la prensa oral y escrita. Estos discursos distan de ser ingenuos, por eso deben entenderse necesariamente en el contexto en el que tienen lugar y poseen como común denominador desacreditar la preexistencia del pueblo indígena mapuche en la Patagonia argentina. Sin embargo, a partir de procesos dinámicos y contextuales de reactualización identitaria, en la provincia de Chubut, hay una multiplicidad de comunidades y organizaciones indígenas mixtas, mapuche-tehuelche, siendo dos pueblos que las lecturas tradicionales se esfuerzan en presentar como enemigos, ya que supuestamente los mapuches ‘chilenos’ exterminaron a los tehuelches ‘argentinos’, como relatan las crónicas que se reseñan más arriba (Trentini *et al.* 2010).

Por su parte, la jefa espiritual ranquel, Ana María Domínguez Rosas, de la provincia de La Pampa (Argentina) hizo referencia recientemente a una batalla entre ranqueles y huiliches ocurrida hace alrededor de trescientos años. Según este testimonio, que le fue transmitido por tradición oral de sus mayores y que se viene recreando de generación en generación, fue una gran matanza y, como escarmiento para otros, los ranqueles dejaron los cuerpos muertos de los huiliches a la intemperie para que cualquiera que pasara por allí los viera. Después de un

tiempo, los enterraron (Domínguez Rosas septiembre de 2008, comunicación personal). Este relato resulta de particular interés pues enlaza, tanto cronológica como tácticamente, evidencias que nos ofrece el registro arqueológico del sitio Chenque I, que serán desarrolladas en este trabajo.

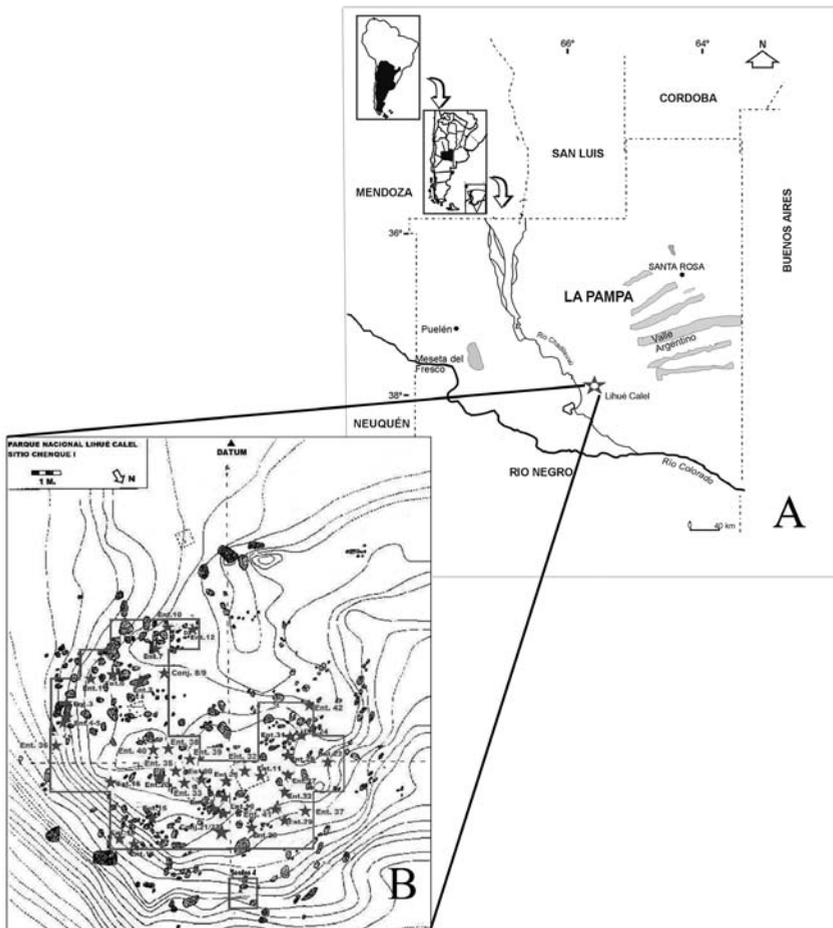
Para este período histórico la evidencia arqueológica más concreta es la del sitio Caepe Malal en la provincia de Neuquén (Argentina), donde se excavaron varias tumbas, tanto femeninas como masculinas, con abundante ajuar, una de las cuales presentaba una coraza y fragmentos de un yelmo, ambos de cuero, como elementos de la vestimenta relacionados con actitudes defensivas o con el rol de guerreros de algunos individuos. La cronología relativa fue adjudicada a tiempos poshispánicos a partir del estudio de cuentas vítreas (Hajduk y Bisset 1996).

Indicadores de violencia entre sociedades de cazadores-recolectores de la Pampa occidental argentina

Como se mencionó al comienzo, son variados y diversos los indicadores arqueológicos de eventos o situaciones de violencia: desde evidencias indirectas, pero contundentes como construcciones defensivas, empalizadas, incendio y destrucción de viviendas, tumbas masivas, equipamiento de guerra, hasta representaciones iconográficas (Parker Pearson 2005), aunque muchas de ellas pueden ser ambiguas y confusas o producto de actividades diversas (Bishop y Knüsel 2005). A su vez, Knüsel (2005) plantea que debido a problemas de identificación, o como consecuencia de paradigmas definidos con mucha rigidez, es probable que muchas de las manifestaciones de violencia y guerra en el registro arqueológico no hayan sido exploradas o hayan pasado desapercibidas. Las más concretas y directas son las evidencias esqueléticas, entre las que se cuentan las traumáticas, como heridas, fracturas, marcas de golpes o de escalpeo. Pero muchas de estas pueden ser producto de otras acciones como accidentes o bien haber sido provocadas *post mortem* (Elder 2010). Sin embargo, la evidencia más contundente e indiscutible de muerte por violencia es la presencia de armas insertas en los huesos y, particularmente, aquellas que causaron heridas letales (Bishop y Knüsel 2005; Parker Pearson 2005).

En el sitio Chenque I, un cementerio de cazadores-recolectores del centro-sur de la provincia de La Pampa (Argentina), se registraron varios casos de violencia interpersonal y grupal representados por armas líticas insertas o asociadas a porciones esqueléticas de un número importante de los individuos allí inhumados (figura 1). El sitio Chenque I es un enterratorio múltiple que fue utilizado durante al menos setecientos años, entre 1050 y 290 años AP. El MNI (Número Mínimo de Individuos) preliminar es de 216 individuos inhumados, de todas las categorías de edad y ambos sexos en el área excavada, que abarca un 23% de la superficie total del cementerio (49 m² sobre un total de 210 m²).

Figura 1. A: Ubicación del sitio Chenque I, La Pampa, Argentina.

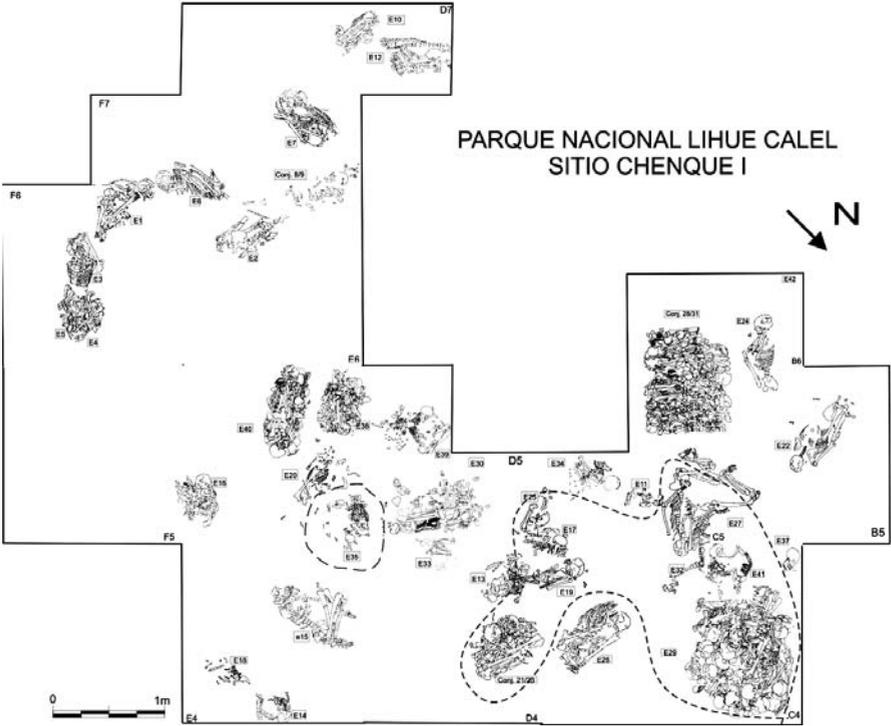


B: Planta de excavación del sitio Chenque I,
con la ubicación de las estructuras de entierro (estrellas)
Elaboración propia

El sitio presenta dos unidades principales: una unidad superior en la que los restos aparecen muy fragmentados y entremezclados en los sedimentos, a veces en concentraciones óseas, como producto de la intensa reutilización del cementerio y una unidad inferior, subdividida en base y cumbre, en la que se recuperaron 42 estructuras de entierro, tanto simples como dobles y múltiples. Este cementerio se caracteriza por una alta variabilidad y una marcada complejidad en las modalidades de entierro (Berón y Luna 2007). No aparecen elementos poshispánicos asociados, si bien en los momentos finales de su uso los conquistadores españoles ya se encontraban hacia el este y oeste de estos territorios. Se ha recuperado un variado acompañamiento (cuentas de collar de diversas materias primas, adornos metálicos, caracoles e instrumentos líticos). En el sector norte se concentra un

conjunto de casos de enterratorios —simples, dobles y múltiples— con señales de violencia interpersonal (figura 2).

Figura 2. Planta del sector excavado del Sitio Chenque I



Sector de entierros con indicadores esqueléticos de violencia .
 En línea punteada, sitio Chenque I, La Pampa, Argentina
Elaboración propia

Los entierros primarios simples con señales de violencia (entierros 17 y 19) son más antiguos (720 y 990 años AP respectivamente) y presentan características que los diferencian respecto de los casos dobles y múltiples (cuya cronología es de ca. 300 años AP), por ejemplo, en los valores de isótopos de oxígeno y en los acompañamientos (tabla 2, Berón *et al.* 2012). Se han registrado 57 casos de puntas de proyectil relacionadas de diferente forma con eventos de violencia: insertas en distintos elementos óseos, asociadas a tejidos blandos en regiones anatómicas articuladas o bien presentes en relación con dichos entierros.

Entierros simples y dobles

El entierro 17 fue inhumado en forma primaria y el esqueleto se encuentra incompleto (figura 3). Las porciones anatómicas presentes son el cráneo, la cintura escapular, la columna vertebral, el tórax y parte de ambos miembros superiores. Estaban completamente ausentes los miembros inferiores y la cintura

pélvica. Ambos miembros superiores estaban hiperflexionados sobre el tórax. El individuo conservaba sobre el parietal derecho un aro de cobre nativo cuyo estilo tecnológico, composición metalográfica y cronología se corresponden exactamente con dos ejemplares encontrados en el cementerio del sitio Labranza (Villa JMC-1), ubicado en los alrededores de Temuco, Chile (Mera y Munita 2008; Berón *et al.* 2010). Sobre el parietal izquierdo se conservó una tinción verde, probablemente producto de la degradación de otro aro. Además, este individuo portaba en la zona del cuello cuatro cuentas de crisocola, una de turquesa, una de valva, dos de hueso y un caracol. La turquesa es de procedencia extrarregional (Berón y Luna 2007; Berón 2012). Un dato a destacar es la presencia de dos puntas de proyectil, una de chert silíceo, alojada en la cara anterior de una vértebra dorsal y la otra de calcedonia, ubicada en contacto con el cuerpo del omóplato izquierdo.

Tabla 2. Entierros con puntas de proyectil insertas o asociadas a porciones esqueléticas

N.º de entierro	Modalidad	Tipo	N.º de individuos	Sexo	Cronología	Puntas insertas	Puntas asociadas	Puntas presentes	Total puntas por entierro
17	Primario	Simple	1	M	990 ± 60 (UGAMS 02002)	1	1	-	2
19	Primario	Simple	1	M	720 ± 20 (UGAMS 7436)	-	1	-	1
21/23	Disposición	Múltiple	5	M	320 ± 30 (UGAMS 02003)	5	-	-	5
27	Primario	Doble	2	M	370 ± 30 (UGAMS 02000)	1	-	-	1
29	Secundario/Disposición	Múltiple	17	M/F	390 ± 30 (UGAMS 02004)	28	9	5	42
28/31	Secundario/Disposición	Múltiple	ND	ND	-	1	3	1	5
35	Secundario	Doble	2	F/ND	-	-	-	1	1
Total puntas 57									

La designación de puntas presentes remite a aquellas armas recuperadas en los sedimentos circundantes a los entierros

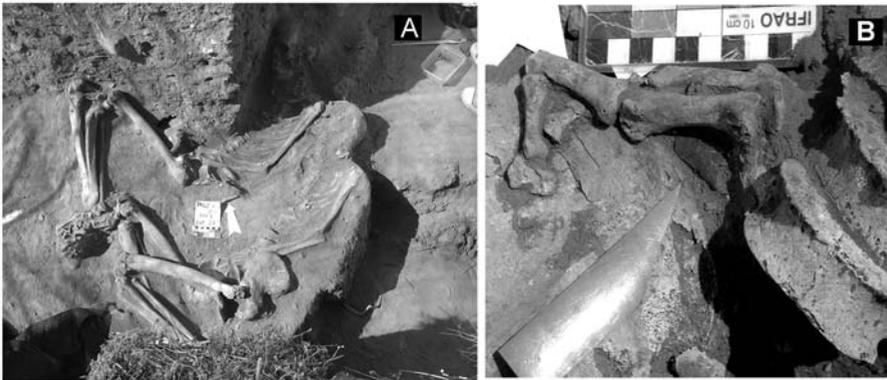
Elaboración propia

Figura 3. Entierros 17 y 19 (primarios simples)



Las medias flechas indican la ubicación de las puntas de proyectil insertas
Fotografía de la autora

Figura 4



A: entierro 27 (primario doble), B: punta de proyectil dentro de la mano del individuo 2. El ápice estaba inserto en una vértebra lumbar del mismo individuo. *Fotografía de la autora*

El entierro 19 estaba completo, con miembros superiores e inferiores hiperflexionados, depositado de cúbito ventral, con ambas manos cerradas a la altura del esplanocráneo. El único elemento cultural asociado es una punta de proyectil apedunculada de sílice ubicada en los sedimentos que rodeaban al tórax, por lo que pudo haber estado alojada en partes blandas de esa porción anatómica. Su ápice presenta una fractura de impacto.

El entierro 27 está compuesto por dos individuos masculinos adultos, uno de entre 25 y 28 años y el otro de 40 a 49 años (figura 4). Ambos individuos están depositados en idéntica posición, decúbito lateral derecho con los miembros inferiores flexionados y el miembro superior derecho extendido. Se evidencia una preparación previa del lugar de inhumación, que intersecta y remociona sectores de entierros previos, como el entierro 32, del cual solo quedaron representadas algunas partes articuladas, como un sector de la columna vertebral y huesos de los pies. Los individuos del entierro 27 presentan diferencias en los elementos culturales asociados. El individuo 1 solo está acompañado por un instrumento compuesto (raspador y RBO de sílice) de morfología extrarregional y cinco cuentas de valva, mientras que el individuo 2 presenta como elemento destacable un tocado compuesto por 116 cuentas adheridas a un soporte de fibras vegetales teñido de ocre rojo en el sector derecho y en la base del cráneo de este individuo. También está acompañado por rastros de un artefacto de cobre sobre el parietal derecho, 11 cuentas de valva, una de turquesa y una punta de sílice sin ápice contenida en el interior de la mano izquierda. Además, presenta un ápice de punta de proyectil de sílice alojada en un cuerpo vertebral lumbar que se corresponde con el limbo arriba mencionado (Berón y Luna 2007).

Con respecto al entierro 35, se trata de un secundario doble, en el que los restos óseos se encuentran muy fragmentados y los individuos están incompletos. Se pudo identificar la presencia de un individuo femenino de 15 a 18 años y otro de sexo no determinado, adulto maduro. La punta de proyectil se recuperó entre los sedimentos circundantes, está fragmentada y es de sílice. Además, tiene seis cuentas de valva, un caracol completo del género *Chilina* y varios desechos líticos de sílice. Sin embargo, el grado de mezcla e incompletitud no permite avanzar mayores definiciones. No se dispone de cronología radiocarbónica.

Entierros múltiples

Se recuperaron tres entierros múltiples con diversas señales de violencia, entre ellas, una importante cantidad de puntas de proyectil. El entierro 29 y el conjunto 21/23 son, cada uno de ellos, eventos sincrónicos de muerte, aunque con cronologías diferentes (320 ± 30 y 390 ± 30 años AP respectivamente, tabla 1), pero el conjunto 28/31 es muy complejo, probablemente corresponda a diferentes eventos de depositación de cuerpos y aún resta completar su inventario, identificación y análisis, por eso no será tomado en consideración para este trabajo (tabla 2). El entierro 29 y el conjunto 21/23 se analizarán comparativamente dado que muestran similitudes y diferencias respecto a la depositación final de los muertos.

El conjunto 21/23 presenta un MNI de 5 individuos adultos maduros y su cronología es de 320 ± 30 años AP (figura 5). Los cuerpos fueron inhumados como entierros secundarios, con la variante disposición, que implica la presencia de partes esqueléticas articuladas (columnas vertebrales, miembros superiores e inferiores). El número de puntas de proyectil insertas en piezas óseas es de 5.

Estaban alojadas en diferentes porciones anatómicas de por lo menos tres individuos (costilla, vértebras lumbares y vértebras cervicales). La estructura de inhumación no presenta indicios de preparación previa, sino que remite a un hoyo cónico practicado azarosamente para contener el conjunto óseo, sin ningún ordenamiento.

Figura 5



A: conjunto 21/23. Nótese el desorden de las piezas esqueléticas.
 B: detalle de punta de proyectil inserta entre la tercera y cuarta vértebra cervical en un conjunto de vértebras articuladas

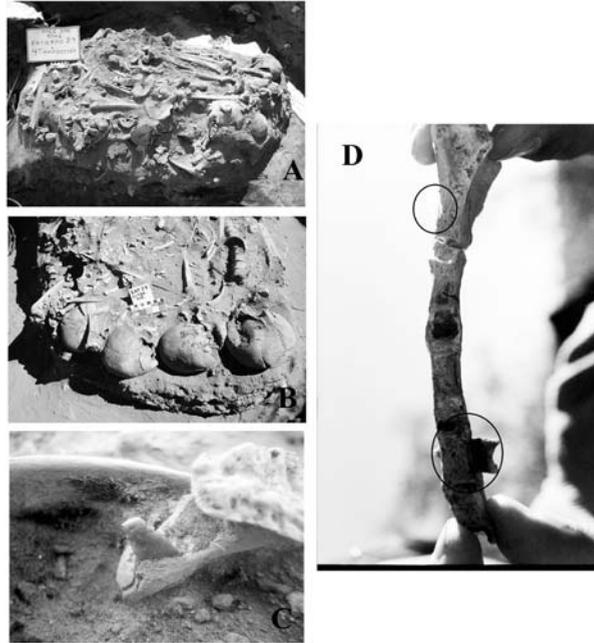
Fotografía de la autora

El otro caso a comparar es el del entierro 29, que presenta un MNI de 17 individuos, la mayoría juveniles de entre 16 y 19 años de edad (juveniles: NMasc= 7 (41,5%); NFem= 3 (17,50%); adultos jóvenes: NMasc= 3 (17,50%); NFem= 0; adultos maduros: NMasc= 2 (11,75%); NFem= 2 (11,75%); Berón *et al.* 2012), y su cronología es de 390 ± 30 años AP (figura 6). Los cuerpos también fueron inhumados como entierros secundarios, con la variante disposición. El número de puntas de proyectil recuperadas es de 42, de las cuales 28 estaban insertas en diversas piezas óseas (vértebras dorsales, lumbares y cervicales, omóplato, clavícula, costillas, esternón, zona pubis-acetábulo, fémur, tibia, peroné, entre otros), 9 se hallaban asociadas (probablemente quedaron insertas en los tejidos) y 5 estaban en los sedimentos circundantes.

A diferencia del caso anterior, la estructura de inhumación presenta claros indicios de preparación previa, ordenamiento interno y límites bien definidos. Los restos esqueléticos se encuentran acomodados y superpuestos en una estructura monticular subcircular de 1,20 m de largo por 0,80 m de ancho, aproximadamente. Hay partes esqueléticas completamente articuladas, aunque seccionadas en la zona articular de las porciones óseas contiguas, en particular columnas vertebrales y miembros superiores e inferiores (antebrazos, manos, pantorrillas y pies). Por otra parte, una gran cantidad de huesos de las extremidades inferiores fueron agrupados y alineados en un sector de la estructura.

Otras piezas óseas fueron acomodadas cuidadosamente, guardando un patrón recurrente que asocia cráneos con huesos planos a sus costados, especialmente coxales, todos ellos en los bordes externos de la estructura de entierro.

Figura 6



A: entierro 29, nótese el ordenamiento de las partes esqueléticas en una fosa subcircular. B: detalle del ordenamiento de partes esqueléticas, cráneos en uno de los bordes de la estructura, miembros en su interior. C: detalle de punta inserta en acromion de escápula. D: detalle de dos puntas insertas en un esternón, la superior proviene del frente del individuo y la inferior de su espalda

Fotografía de la autora

Discusión

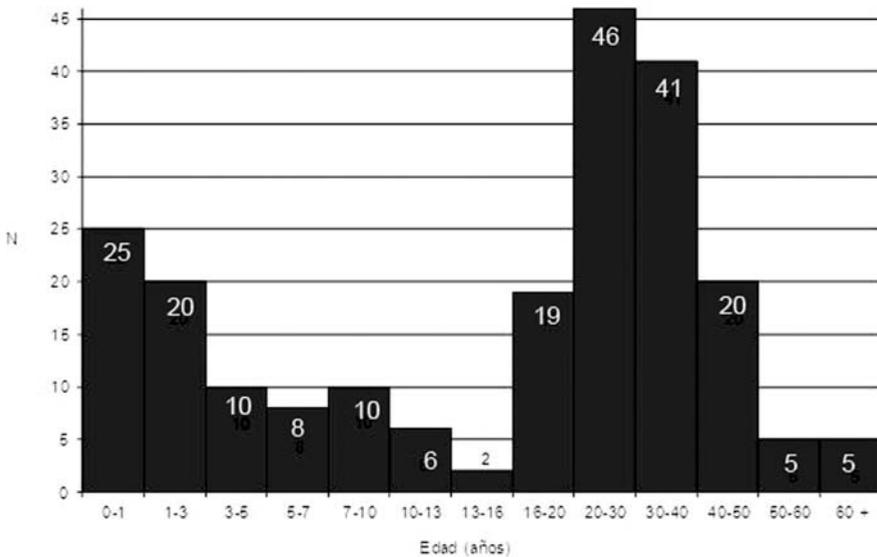
La comparación de los dos últimos casos analizados (conjunto 21/23 y entierro 29) indica algunas coincidencias respecto al origen de estas dos estructuras de inhumación y marcadas diferencias que estarían en relación con los tipos de conflictos de los cuales fueron protagonistas. Entre las coincidencias se señala que ambos son estructuras de inhumación múltiples y con claros indicadores de violencia grupal (Knüsel 2005). En ninguno de los dos casos los individuos tienen acompañamiento. En ambos casos se han detectado factores tafonómicos que indican la presencia de fauna cadavérica (*Dermestes peruvianus*) cuyo ciclo reproductivo se completó en condiciones aeróbicas, lo que implicaría que los cuerpos estuvieron expuestos al menos tres meses

antes de su entierro final en el cementerio (Di Donato 2007, 2010). Es decir, en ambos casos hay muerte violenta, son episodios sincrónicos de muerte de los individuos, presentan un período de exposición seguido de un tratamiento complejo de los cuerpos para seccionarlos en partes anatómicas y depositarlos en el cementerio de Lihué Calel.

Difieren en varios aspectos, uno de los cuales son los rangos etarios. Los individuos del conjunto 21/23 son adultos maduros de entre 20 y más de 60 años, casi todos masculinos (n= 4) y un femenino, mientras que los del entierro 29 tiene un MNI de 17 individuos, de los cuales la mayoría son juveniles de 16 a 19 años (n= 10), siendo los restantes adultos de diferentes edades (n= 5). Predominan los masculinos (n= 12) por sobre los femeninos (n= 5; tabla 1). También se observan fuertes diferencias en la modalidad de inhumación, lo que implicaría conductas y actitudes completamente disímiles por parte de quienes los enterraron. Los individuos del entierro 29 fueron inhumados en un espacio previamente preparado y los restos, acomodados y ordenados con ciertos patrones preestablecidos, sugiriendo algún tipo de ceremonia o ritual. Por ejemplo, se observan varios casos en los que huesos planos, como coxales o cinturas escapulares, rodean cráneos, o bien huesos largos o miembros superiores o inferiores articulados y columnas vertebrales completas están cuidadosamente dispuestos en forma paralela o en ubicaciones centrales de la estructura. Incluso en uno de los extremos del entierro se recuperó una estructura vegetal, posiblemente un entrelazado de gramíneas que habría actuado como elemento contenedor. Por el contrario, los individuos del conjunto 21/23 fueron inhumados desordenadamente en un pozo cónico (de 0,80 m de profundidad aproximadamente), en el cual los elementos óseos y las partes anatómicas aparecen desordenadas y dispersas. El hoyo fue cubierto con rocas. Esto sugiere que los restos óseos podrían haber sido arrojados allí sin mediar ninguna ceremonia o ritual, a diferencia del cuidadoso acomodamiento de las partes esqueléticas del entierro 29 antes descrito. Esta situación, sumada a la ausencia total de acompañamiento o ajuar, sugiere que no se planificó un abastecimiento *post mortem*, tal vez como una negación o desconocimiento de las víctimas, como sugiere Osgood (2005), pero cuyo destino final fue el cementerio sitio Chenque I, dado su carácter de lugar referencial de inhumación para la región. Este caso se encuadraría en lo que Knüsel (2005), tomando a otros autores, considera una fosa común, que se caracteriza por una serie de rasgos como: presencia de masas corporales dentro del espacio de una o varias tumbas; presencia de desorden en la orientación de los cuerpos indicando un aparente descuido en la manera de disponerlos, es decir, fuera de los límites de la práctica normativa; cuerpos que están en contacto unos con otros; presencia de heridas traumáticas y un patrón común en uno o varios rasgos relacionados con la causa y forma de muerte. A su vez, el autor establece claras diferencias con entierros múltiples cuya causa de muerte habría sido una epidemia, por ejemplo (Knüsel 2005: 58).

Esto último señala un marcado contraste respecto a los casos de entierros primarios individuales y dobles con señales de violencia (n.º 17, 19 y 27), que presentan modalidades de entierro con una gran inversión de trabajo en su preparación —enfardamientos en los entierros 17 y 19 y un cuidadoso acomodamiento de los individuos, con preparativo previo de la fosa en el caso del entierro 27— (Berón 2004, 2010, Berón y Luna 2007). Además, los entierros 17 y 27 ostentan un importante acompañamiento (cuentas, elementos metálicos de adorno, tocado complejo), lo que sugiere diferentes tipos de ceremonias de inhumación o estatus de los individuos, con preparativos previos y posibles rituales posenterramiento, como mencionan diversas fuentes etnohistóricas (Latcham 1915; Outes 1915; Vignati 1930; Moreno 1969). Por otra parte, los entierros 17 y 19 tienen valores de $\delta^{18}O$ muy empobrecidos ($< -8\text{‰}$) que corresponden a individuos con una residencia no local. Estos proceden de espacios seguramente caracterizados por precipitaciones empobrecidas, tales como los ambientes de altura en la cordillera de los Andes (Berón *et al.* 2012). Su modalidad de entierro, sumada a las evidencias isotópicas y culturales, sugiere que los individuos fueron trasladados al cementerio desde una distancia considerable, contenidos en fardos funerarios.

Figura 7. Perfil de mortalidad del sitio Chenque I



Fuente: Luna 2008 y Luna *et al.* 2009

Tomando en cuenta la totalidad de la población representada en el muestreo obtenido en las excavaciones realizadas en este cementerio, la consideración del grupo de individuos con señales de violencia da lugar a algunos planteos

particulares. El perfil de mortalidad representa una situación mixta: es un perfil básicamente atricial, pero con aportes de individuos de un segmento de la población que corresponde al rango de 16 a 20 años de edad, que presenta un aumento significativo en el número de individuos, especialmente masculinos (tabla 3, figura 7, Luna *et al.* 2009).

Se interpreta que las actividades de mayor riesgo habrían sido desarrolladas regularmente por los juveniles mayores que fueron tempranamente incorporados al proceso de producción global de la sociedad y a la dinámica de trabajo de los adultos, como tareas de caza y actividades guerreras. La mayoría de ellos murieron en situaciones catastróficas y corresponden a los entierros 29 y conjunto 21/23 (Berón *et al.* 2011). Esta situación es anómala porque no se corresponde con las expectativas relacionadas con perfiles atricionales teóricos de sociedades de cazadores-recolectores, en los que la frecuencia de individuos de ese rango de edad es generalmente muy bajo (Luna 2008, 2010).

Sobre la base de todos estos indicadores y tomando en cuenta la bibliografía referida a tipos de conflictos reseñada anteriormente, se propone que ambos entierros representarían castas de guerreros, de diferentes rangos etarios, muertos en eventos sincrónicos de violencia, seguidos de enterramientos masivos, con tratamientos *peri mortem*, aunque de diferente tipo (Aranda Jiménez y Sánchez Romero 2005; Bishop y Knüsel 2005; Elder 2010). El conjunto 21/23 habría sido un evento más acotado respecto al sector de la población involucrado, de tipo venganza o *raid*, similar al tipo 4 definido por Elder (2010) y equivalente a la venganza o *tautulun*, según Boccara (2009), mientras que el entierro 29 podría corresponder a una guerra planificada, asimilable al tipo 2 definido por Elder (2010) y a la guerra propiamente dicha o *weichan* según Boccara (2009). En este sentido, Aranda Jiménez y Sánchez Romero (2005) postulan que la aparición de la guerra va de la mano de cambios demográficos y complejidad social, entre ellos, el surgimiento de un grupo social de guerreros.

Tabla 3. Discriminación porcentual por sexo y rangos de edad de los individuos con señales de violencia del sitio Chenque I

Sexo y rangos de edad	16,1-20		20,1-30		30,1-40		40,1-50		50,1-60		60 +	
	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F
% con indicadores de violencia	72,73	37,50	18,75	0,00	11,11	4,35	25,00	12,50	0,00	0,00	33,33	0,00

Boccara (2009), para el centro-sur de Chile, toma tres documentos de la segunda década del siglo XVII que refieran a la existencia de un grupo de guerreros como conjunto socialmente diferenciado de los demás grupos sociales entre los reches centrales o mapuches: «un grupo de hombres dedicados específicamente a las actividades guerreras» (Boccara 2009: 121). Uno de dichos documentos brinda detalles del porcentaje de guerreros por cada componente

de un *ayllarewe*² el cual asciende en promedio a un 40% de la población (Boccara 2009). «Sea como fuere, un hecho es seguro: los guerreros representaban un grupo claramente diferenciado en la sociedad reche a comienzos del siglo XVII» (Boccara 2009: 123) y agrega que lo que movilizaba al guerrero reche o *cona*, es la búsqueda de prestigio. Los niños que desean acceder al estatus de guerrero son educados en el ideal, lo que implica hábitos relacionados con la alimentación (Boccara 2009: 160).

Ahora bien, ¿cuál sería la significación de los individuos con señales de violencia enterrados en tumbas simples o dobles antes descriptos? Nuevamente Boccara (2009) destaca que

aunque una gran parte de la población reche se componía de guerreros, algunos eran, por así decirlo, «más guerreros que otros». Pareciera que ya existía un grupo de *cona* dedicado exclusivamente a la carrera de armas. Otro elemento interesante a relevar es que se encuentran a veces referencias a distinciones indumentarias. Algunos guerreros, los más valientes y reputados, llevan colas de zorro amarradas a la cintura. Otros, los principales de los escuadrones, disponen de escudos pintados y ostentan un penacho a modo de cola de zorro (Góngora y Marmolejo: 158 en Boccara 2009: 130).

Y aclara que solamente algunos indígenas enarbolaban lo que Rosales (1674), entre otros, llama el *mañague*. Es decir, que algunos guerreros portaban elementos de prestigio, que los distinguían de entre los demás. Un ejemplo de ello sería el caso del entierro 27, individuo 2, con ápice de punta clavada en una vértebra lumbar y el limbo correspondiente en su mano izquierda. Este individuo portaba un tocado importante, conformado por una ‘vincha’ de fibras vegetales con cuentas de valva imbricadas y adheridas a él, más un adorno de cobre nativo, cuyos restos han quedado en forma de tinción verde en el parietal derecho. Se registra también una cuenta de turquesa, mineral alóctono, relacionado con el valor en la lucha, en términos de la gemología (Berón 2012). Dicho individuo tiene, además, fracturas de radio recuperadas en ambos brazos que se corresponderían con la denominada *fractura de Colles*, generalmente asociada con caídas. Todo ello, sumado a su cuidadosa inhumación junto con otro de menor edad, hace pensar que puede tratarse de un *gran guerrero* o guerrero principal. Algo similar puede decirse del entierro 17, con un importante acompañamiento compuesto, entre otros elementos, por aros de cobre y una cuenta de turquesa, que fuera trasladado desde la cordillera hasta este cementerio para su inhumación final. Dada su corta edad, este individuo puede haber tenido un estatus adscripto —como guerrero—, hecho que se relaciona con observaciones realizadas respecto de algunos subadultos de este cementerio (Aranda 2007). Se trata, además, de la estructura de entierro de individuo juvenil más antigua de todo el cementerio, solo superada en antigüedad por la de un subadulto (entierro 34), pero que se solapan si se consideran las edades calibradas. Esta situación remite, en cierto sentido, a los

2 *Ayllarewe*: unidad social compuesta por varios *rewe*, *lebo* o *lof* (cada unidad sociopolítica) (tomado y modificado de Boccara 2009).

kuels o montículos del valle de Purén, en los que «de acuerdo a la tradición oral, importantes lonkos (jefes) y toki (líderes de guerra) fueron enterrados en ellos» (Dillehay 2011: 251) o bien se generaron a partir de la inhumación de un gran jefe. A partir de relatos etnográficos, etnohistóricos e investigaciones arqueológicas se identificaron distintas funciones para estos montículos:

1. servir como terreno para el entierro de importantes líderes;
2. albergar a los espíritus de las machi;
3. sostener la relación entre los vivos y sus ancestros;
4. transportar el espíritu del cadáver enterrado de famosos líderes al *wenumapu* de las deidades y ancestros;
5. servir como mapas o nodos espaciales de identidad histórica para familias y linajes en comunidades locales y redes parentales;
6. servir como escenario central para las oraciones de la machi y bailes en los *nguillatun* y otros encuentros públicos y
7. guiar el comportamiento de la gente para que siga las costumbres tradicionales (Dillehay 2007, 2011: 260).

De acuerdo con esta información y a los datos arqueológicos consignados en relación con los indicadores de procedencia e interacción de las poblaciones inhumadas en el sitio Chenque I en este y otros trabajos previos (Berón 2006, 2007; Cimino y Pastorino 2007, Berón *et al.* 2010), es posible plantear que el sitio Chenque I haya cumplido funciones similares a las 1) y 5) enumeradas por Dillehay (2007, 2011) en el marco de las interacciones sociales pasadas y recientes que se dan en torno al corredor bioceánico entre los 38° y los 42° de latitud sur.

Conclusiones

Cabe entonces preguntarse cuál es la significación de estos eventos de violencia en el ámbito de estudio, tanto a escala local como macrorregional. Según varios autores (Saxe 1970; Goldstein 1976), la presencia de cementerios está ligada al control territorial y de los recursos. En este sentido, la manifestación de disputas y conflictos de distinta magnitud podría estar ligadas a la defensa de los territorios o al acceso y control de los recursos de subsistencia (Carneiro 1970, Gat 2000), como ha sido sostenido para otros casos de la región (Mendonça *et al.* 2010). Sin embargo, esta interpretación estrechamente vinculada a aspectos económicos ha sido discutida y criticada en reiteradas oportunidades y particularmente por el posprocesualismo, especialmente cuando es la única alternativa considerada (Aranda 2007; Hodder 1981, 1982 en Elder 2010). Como contraparte Aranda Jiménez y Sanchez Romero (2005) postulan que la aparición de la guerra va de la mano de cambios demográficos y complejidad social, entre ellos, el surgimiento de un grupo social de guerreros. Elder (2010) considera que la violencia puede ser un indicador de la transformación de las relaciones intergrupales o bien una estrategia cultural para

articular intereses en conflicto. Se trata de una forma histórica y culturalmente contingente de la acción social que desafía las relaciones desiguales y competitivas y sirve para transmitir significados culturales, incluyendo las ideas de legitimidad (Schroëder y Schmidt 2001: 8 en Elder 2010).

En este sentido, es preciso señalar una serie de procesos ocurridos en la Pampa occidental durante el Holoceno Tardío final:

1. aumento de la densidad poblacional;
2. disminución de la movilidad residencial;
3. intensificación y ampliación de las redes de interacción/ intercambio;
4. diversificación de la dieta;
5. aparición de áreas formales de entierro;
6. estatus adscripto desde la niñez;
7. posibles prácticas de control demográfico;
8. incremento de las actividades rituales o simbólicas —arte rupestre, placas grabadas, uso de ocre, decoración cerámica;
9. cierto grado de especialización tecnológica y artesanal —manufactura de alfarería y cuentas de collar, intensificación en el uso de la técnica de talla bipolar.

Todo ello va de la mano de un proceso de complejización social que se relacionaría con el incremento de los niveles de violencia de distinto tipo (Berón 1997, 2003, 2004, 2006, 2007; Luna *et al.* 2004; Aranda Jiménez y Sanchez Romero 2005; Aranda 2007; Luna 2008, Berón *et al.* 2012).

Según Boccara (2009) la guerra entre los reches centrales «no obedecía a una lógica de conquista y menos aún descansaba en motivos económicos [...] la guerra parece cumplir una clara función identitaria y participar de la dinámica sociopolítica» (Boccara 2009: 170). Y señala que estos eventos no eran tomados a la ligera, eran claramente ritualizados, requerían la consulta de oráculos, de manera que el evento bélico era siempre interpretado. Según este autor la guerra actúa a un doble nivel. «Por una parte participa de la reproducción dinámica de la estructura sociopolítica interna [...]. Por otra se dibuja como la institución clave en la definición identitaria [...]» (Boccara 2009: 175-176), con lo cual concluye que «la dinámica guerrera participa de la reproducción interna y externa de los espacios sociopolíticos, así como de la construcción de una identidad abierta y en perpetua redefinición» (Boccara 2009: 185).

Los marcadores de territorialidad, como puede ser el uso recurrente de un espacio calificado para el entierro de los muertos, según algunos autores (Goldstein 1980; Brown 1985), constituyen una condición de complejidad. Surge la necesidad de asociación con los muertos, lo que confiere continuidad con el pasado y refuerza la pertenencia de las poblaciones al paisaje y la legitimización de sus derechos con respecto a él (Charles y Buikstra 1983; Brown 1985; Price y Brown 1985). Su uso continuo y recurrente ha sido considerado una condición de complejidad, en conjunción con otros rasgos (Arnold 1996, entre otros). Más aun cuando se trata de un uso consuetudinario y en escala amplia,

como es el caso del cementerio de Lihué Calel, en el que se han inhumado cientos de individuos a lo largo de 700 años. La presencia de inhumaciones, tanto simples, dobles como múltiples, con claros indicadores de conflicto a distintas escalas y en diferentes cronologías, podría estar respondiendo a una dinámica de reproducción social y construcción de identidades en redefinición, como seguramente sucedió en la última parte del Holoceno Tardío en la macrorregión. En este marco general, la manifestación de conflictos, ya sea individuales como grupales, son un emergente de los procesos de aumento demográfico, complejización social y cambios organizacionales al interior de las poblaciones de esta región, que se iniciaron en momentos muy anteriores al contacto y colonización europeos. La existencia de un grupo organizado de guerreros, entrenados desde la niñez o adolescencia temprana, sería un claro reflejo de estos cambios, que incluían reconfiguraciones étnicas y culturales.

Justamente, Villar y Jiménez (2003) analizan una secuencia de conflictos que se inician en la segunda mitad del siglo XVIII con un fuerte enfrentamiento pewenche-huiliche centrado, al principio, en el sur mendocino y norte de Neuquén y, luego, extendido al Mamül Mapu y sectores adyacentes a los ríos Colorado y Negro. Dicha secuencia termina con la desarticulación de los borogas, la instalación de Juan Callfucurá en Salinas Grandes y la posterior instalación de una jefatura manzanera en el norte de la Patagonia. En el mismo trabajo, los autores analizan distintos tipos de conductas bélicas, según la propuesta de varios autores, que responden a motivaciones que van desde incidentes aislados hasta contiendas masivas de alta intensidad, gran escala y larga duración. Destacan que los mayores niveles de conflicto se concentran en «el período de más intensa migración de indígenas desde Araucanía y la Cordillera hacia las mesetas y Pampas del este y de mayor número de asentamientos y conformación de nuevos grupos étnicos» (Villar y Jiménez 2003: 133). Mencionan que hacia 1760 algunos linajes huiliches y pewenches favorecidos por vínculos de parentesco con indígenas de la vertiente oriental de los Andes, pasaron a instalarse allí y luego se expandieron hacia la zona interpuesta entre los Andes neuquinos y el actual sistema Atuel-Salado-Chadileuvú-Curacó (Villar y Jiménez 2000, 2003). Destacan que, en algunos casos, en que ciertos caciques no disponían de las relaciones parentales que facilitarían el traslado, debieron abrirse camino a la fuerza, ejerciendo altos niveles de violencia, cometiendo verdaderos genocidios, como es el caso de Ancán Amún en el área de Malargüe (sur de Mendoza). Otro dato interesante para nuestro caso de estudio es la mención de la utilización de malares como estructuras defensivas y la instalación de campamentos estables, a los que relacionan con el desarrollo de estos conflictos, uno de ellos, correspondiente a los Pincheira, sobre el curso medio del río Colorado, cercano a la desembocadura del Curacó, «un lugar privilegiado que constituía un verdadero nudo de itineración» (Villar y Jiménez 2003: 146 y 149-150).

Villar y Jiménez (2001) también se han interesado en aspectos de las relaciones intra e interétnicas previas al contacto y sus cambios en relación con

la organización colonial, particularmente referidas a actividades de rescate de indios y ventas «a la usanza del pays» en Pampas y Araucanía, así como también en el cautiverio intraétnico, es decir, la captura de indígenas por otros indígenas, «seguramente vigente desde antes del siglo XV» (Villar y Jiménez 2001: 32), que luego fue adoptando modalidades diferentes bajo la influencia de los hispano-criollos. A partir del siglo XVI, las relaciones intra e interétnicas en Araucanía y las Pampas y los procesos de intercambio se intensificaron, favorecidos por el uso del caballo, el surgimiento de nuevos intereses y el interjuego de las alianzas y acuerdos con las sociedades estatales, con pugnas por la hegemonía de ciertos segmentos de esos circuitos, al punto de alcanzar altos niveles de conflicto. Pero también debemos considerar manifestaciones más acotadas de agresión personal, violencia interpersonal o conflicto intragrupal, como sugiere la variabilidad de situaciones del registro arqueológico.

El centro-sur de La Pampa posiblemente haya sido uno de los escenarios de estos conflictos, tal como lo atestigua el registro arqueológico del sitio Chenque I y lo sugieren fuentes documentales de momentos posteriores, planteando la existencia de la guerra como hecho social en tiempos prehispánicos. La investigación arqueológica permite profundizar cronológicamente los procesos sociales que acontecieron en la región, permitiendo variar sus marcos de análisis que, en el caso de las fronteras en cuestión, requieren un enfoque multidisciplinar integrado.

Agradecimientos

A Sebastián Pastor por facilitarme generosamente datos de sus investigaciones. A Juan Francisco Jiménez, que me proporcionó bibliografía sobre la temática tratada en este trabajo. A Manuel Carrera por la lectura previa del manuscrito y sus observaciones. Al revisor de este trabajo por sus atinadas recomendaciones que han permitido mejorarlo. Las investigaciones han sido desarrolladas a través de subsidios PICT-ANPCyT 26312, PIP 5167, UBACYT F-042 y F-581 y gracias al apoyo de varias instituciones y personas: Administración de Parques Nacionales, Subsecretaría de Cultura de la provincia de La Pampa, personal del Parque Nacional Lihué Calel, pobladores de Puelches, miembros de la comunidad ranquel de La Pampa representados por Germán Canhué. A este último, Germán, fallecido en octubre de 2011, dedico este trabajo, pues quedará siempre en nuestro recuerdo su abnegada lucha por las reivindicaciones de su pueblo, su entusiasmo y alegría constantes.

Bibliografía

- Ammann, M.; Arrieta, M.; Croatto, M.; Bernardi, L.; Mendonça, O. y Bordach, M. (2010) «Descripción e interpretación de marcadores bioarqueológicos del Sitio Médano Petroquímica, Departamento Puelén, Provincia de La Pampa». En Berón, M.; Luna, L.; Bonomo, M.; Montalvo, C.; Aranda, C. y Carrera Aizpitarte, M. (eds.) *Mamiil Mapu. Pasado y presente desde la arqueología pampeana*, Tomo I. Ayacucho, Buenos Aires. Editorial Libros del Espinillo: 105-112.
- Aranda, C. (2007) «Evaluación de la variabilidad de las formas de inhumación en el sitio Chenque I (Parque Nacional Lihué Calel, provincia de La Pampa)». En Bayón, C.; González, I.; Flegenheimer, N.; Pupio, A. y Frère, M. (eds.) *Arqueología en las Pampas*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología: 109-128.
- Aranda Jiménez, G. y Sánchez Romero, M. (2005) «The origin of warfare: later prehistory in southeastern Iberia». En Parker Pearson, M. y Thorpe, I. J. (eds.) *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory* BAR International Series 1374. Oxford, Archaeopress: 181-194.
- Arnold, J. (1996) «The archaeology of complex hunter-gatherers». *Journal of Archaeological Method and Theory* 3 (2): 77-126.
- Barrientos, G. y Gordón, F. (2004) «Explorando la relación entre nucleamiento poblacional y violencia interpersonal durante el Holoceno Tardío en el noreste de patagonia (República Argentina)». *Magallania* 32: 53-69. Chile.
- Berón, M. (1997) «Mobility and subsistence in a semidesert environment. The Curacó river basin (La Pampa, Argentina)». En Rabassa, J. y Salemme, M. (eds.) *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula*. Vol. 10 (1994): 133-166.
- (1999) «Contacto, intercambio, relaciones interétnicas e implicancias arqueológicas». *Soplando en el viento*. Neuquén. Instituto Nacional de Antropología. Universidad Nacional del Comahue: 287-302.
- (2003) «El sitio Chenque I. Un cementerio de cazadores-recolectores en la Pampa Seca (Parque Nacional Lihué Calel)». *Atekna. En la tierra* 1: 241-272.
- (2004) *Dinámica poblacional y estrategias de subsistencia de poblaciones prehispánicas de la cuenca Atuel-Salado-Chadileuvú-Curacó, Provincia de La Pampa*. Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- (2006) «Relaciones interétnicas e identidad social en el registro arqueológico». En Williams, V. I. y Alberti, B. (eds.) *Género y etnicidad en la Arqueología sudamericana*. Serie Teórica n.º 4. Olavarría, Facultad de Ciencias Sociales, UNICEN: 119-138.
- (2007) «Circulación de bienes como indicador de interacción entre las poblaciones de la pampa occidental y sus vecinos». En Bayón, C.; Pupio, A.; González, M. I.; Flegenheimer, N. y Frère, M. (eds.) *Arqueología en las Pampas*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología: 345-364.
- (2010) «Circuitos regionales y conflictos intergrupales prehispánicos. Evidencias arqueológicas de violencia y guerra en la pampa occidental Argentina». *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo I. Sociedad Chilena de Arqueología, Universidad Austral de Chile. Valdivia. Ediciones Kultrún: 493-503.
- (2012) «Cuentas de collar verdes: materias primas, contextos y significación en un cementerio de cazadores-recolectores de La Pampa (Argentina)». En: Walburga Wiesheu y Gabriela Guzzy (coords.) *El jade y otras piedras verdes: perspectivas interdisciplinarios e interculturales*. Colección Arqueología. Serie Logos, INAH: 197-226. México.

- Berón, M. y Luna, L. (2007) «Modalidades de entierros en el sitio Chenque I: diversidad y complejidad de los patrones mortuorios de los cazadores-recolectores pampeanos». En Bayón, C.; Pupio, A.; González, M. I.; Flegenheimer, N. y Frére, M. (eds.) *Arqueología en las Pampa*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología: 129-142.
- ; Aranda, C. y Luna, L. (2007) «Variabilidad y tendencias temporales de las prácticas mortuorias en el sitio Chenque I». *Revista Pacarina*. Tomo III: 247-253.
- ; Mera, R. y Munita, D. (2010) «Traspassando barreras, interacciones sociales y conflicto allende la cordillera andina». *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Valparaíso. 2010. En prensa.
- ; Aranda, C. y Luna, L. (2010) «Mortuary behaviour in subadults: children as active social actors in hunter-gatherer societies of the Centre of Argentina». *Childhood in the past. Society for the study of childhood in the past Journal* n.º 5: 51-69. (SSCIP). Oxbow Books.
- ; Luna, L. H. y Barberena, R. (2012) «Isótopos de oxígeno en restos humanos del sitio Chenque I: primeros resultados sobre procedencia geográfica de individuos». *Tendencias teórico-metodológicas y casos de estudio en la arqueología de Patagonia*. Malargüe. Mendoza. En prensa.
- Birch, J. (2010) «Coalescence and conflict in Iroquoian Ontario». En Neil, S. y Crerar, B. (eds.) «Violence and conflict in the material record». *Archaeological Review from Cambridge*. Vol. 25 (1). University of Cambridge: 29-48.
- Bishop, N. A. y Knüsel, C. J. (2005) «A palaeodemographic investigation of warfare in prehistory». En Parker Pearson, M. y Thorpe, I. J. (eds.) *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory*. BAR International Series 1374. Oxford. Archaeopress: 201-216.
- Boccard, G. (1999) «Etnogénesis mapuche: resistencia y reestructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos X a XVIII)». *Hispanic American Historical Review* 79 (3): 425-461.
- (2009) *Los vencedores. Historia del pueblo mapuche en la época colonial*. San Pedro de Atacama. Quillqa-Universidad Católica del Norte.
- Bohem, C. (1993) *Blood revenge. The enactment and management of conflicts in Montenegro and other tribal societies*. Philadelphia. University of Pennsylvania Press.
- Brown, J. (1985) «Long-term trends to sedentism and the emergence of complexity in the American Midwest». En Price, T. y Brown, J. (eds.) *Prehistoric Hunter-Gatherers: The Emergence of Cultural Complexity*. San Diego. Academic Press: 435-442.
- Carman, J. y Carman, P. (2005) «War in prehistoric society: modern views of ancient violence». En Parker Pearson, M. y Thorpe, I. J. (eds.) *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory*. BAR International Series 1374. Oxford. Archaeopress: 217-224.
- Carneiro, R. L. (1970) «A theory of the origin of the state». *Science* 169: 733-738.
- Cimino, A. y Pastorino, G. (2007) «De conchas y cordones conchiles: procedencia de las valvas utilizadas para la confección de los elementos de adorno del Sitio Chenque I». En Bayón, C.; Pupio, A.; González, M. I.; Flegenheimer, N. y Frére, M. (eds.) *Arqueología en las Pampas*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología: 385-400.
- Charles, D. y Buikstra, J. (1983) «Archaic mortuary sites in the Central Mississippi drainage distribution, structure and behavioral implications». En Phillips, J. y Brown, J. (eds.) *Archaic hunters and gatherers in the American Midwest*. Orlando. Academic Press: 117-145.
- Constantinescu, F. (2003) «Obsidiana verde incrustada en un cráneo Aónikenk: ¿tensión social intraétnica...o interétnica? We'll never know!». *Magallania* 31: 149-153.

- Cox, G. (1863) *Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia*. Santiago de Chile. Editorial El Elefante Blanco.
- Di Donato, R. M. (2007) «La hora del Dermestes. Aportes de la entomología forense al análisis tafonómico de restos humanos. Sitio Chenque I, Parque Nacional Lihué Calel, provincia de La Pampa». En *Tras las huellas de la materialidad. Resúmenes ampliados del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina III*. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy: 255-261.
- (2010) «*Taphos nomos*: el potencial de la tafonomía en la interpretación de contextos funerarios». En Berón, M.; Luna, L.; Bonomo, M.; Montalvo, C.; Aranda, C. y Carrera Aizpitarte, M. (eds.) *Mamiñ Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana*. Tomo I. Ayacucho, Provincia de Buenos Aires, Editorial Libros del Espinillo: 137-152.
- Dillehay, T. (2007) *Monuments, Empires and Resistance. The araucanian polity and ritual narratives*. Cambridge, University Press.
- (2011) *Monumentos, imperios y resistencia en los Andes. El sistema de gobierno mapuche y las narrativas rituales*. Quilca, serie IIAM, Universidad Católica del Norte, Ocho libros y Vanderbilt University Eds. Traducción al castellano de *Monuments, Empire and Resistance. The Araucanian Polity and Ritual Narratives* (2007), Cambridge University Press.
- Elder, E. (2010) «A road either to safety or to ruin: violence and conflict in hunter-gatherers societies». En Neil, S. y Crerar, B. (eds.) *Violence and conflict in the material record*. Archaeological Review from Cambridge. Vol. 25. 1: April. University of Cambridge: 115-138.
- Escalada, F. (1949) *El complejo Tehuelche*. Estudios de Etnografía Patagónica. Buenos Aires, Coni.
- Escola, P. (2007) «Proyectiles líticos en contexto e Arroyo Seco 2: Algo más que una tecnología para la caza». En Politis, G. y Gutierrez, M. A. (eds.) *Estado actual de las investigaciones en el sitio Arroyo Seco 2 (Partido de Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires, Argentina)*. Serie Monográfica, n.º 4: 281-296, INCUAPA, UNICEN. Olavarría. En prensa.
- Flensburg, G. (2010) «Análisis paleopatológico en el sitio Paso Alsina 1. Primeros resultados sobre la salud de las sociedades cazadoras-recolectoras del valle inferior del río Colorado durante el Holoceno Tardío final». En Berón, M.; Luna, L.; Bonomo, M.; Montalvo, C.; Aranda, C. y Carrera Aizpitarte, M. (eds.) *Mamiñ Mapu. Pasado y presente desde la arqueología pampeana*. Tomo I. Ayacucho, Buenos Aires. Editorial Libros del Espinillo: 165-180.
- (2011) «Lesiones traumáticas en cráneos del sitio Paso Alsina 1. Explorando indicadores de violencia interpersonal en la transición Pampeano-Patagónica Oriental (Argentina)». *Intersecciones en Antropología* 12: 45-59.
- ; Martínez, G.; González, M. y Bayala, P. (2011) «Revisión de los restos óseos humanos del sitio La Petrona (transición pampeano-patagónica oriental, Argentina)». *Magallania*. Vol. 39 (1): 179-191.
- García Guraieb, S.; Goñi, R. y Bossio, L. (2007) «Lesiones traumáticas en un entierro del Lago Salitroso (Santa Cruz, Argentina)». En Morello, F.; Martinic, M.; Prieto, A. y Bahamonde, G. (eds.) *Arqueología de Fuego Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*. Punta Arenas, Chile. Ediciones CEQUA: 375-380.
- Gat, A. (2000) «The human motivational complex: Evolutionary theory and the causes of hunter-gatherer fighting. Part I: Primary somatic and reproductive causes». *Anthropological Quarterly* 73 (1): 20-34.

- Goldstein, L. (1976) *Spatial Structure and Social Organisation: Regional Manifestations of Mississippian Society*. Tesis doctoral no publicada, enviada a Northwestern University.
- (1980) *Mississippian mortuary practices. A case study of two cemeteries in the lower Illinois Valley*. Illinois. Northwestern University Archaeological Program.
- Gómez Otero, J. y Dahinten, S. (1999) «Evidencias de contactos interétnicos en el siglo XVI en Patagonia: informe preliminar sobre el sitio enterratorio Rawson (Chubut)». En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo III. La Plata: 44-55.
- González, A. (1943) «Arqueología del yacimiento indígena de Villa Rumipal (Provincia de Córdoba)». *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y folklore Dr. Pablo Cabrera* IV. Córdoba.
- Gordón, F. (2010) *Dinámica poblacional, conflicto y violencia en el Norte de Patagonia durante el Holoceno Tardío: un estudio arqueológico*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo.
- Grgurich, N. (2010) «Staking a claim: fortified homesteads and their place in Australian settler identity construction». En Neil, S. y Crerar, B. (eds.) *Violence and conflict in the material record*. Archaeological Review from Cambridge. 25 (1): 49-67.
- Hajduk, A. y Bisset, A. M. (1996) «El sitio arqueológico Caepe Malal (cuenca del río Curileuvú, provincia del Neuquén)». En Gomez Otero, J. (ed.) *Arqueología. Solo Patagonia*. Puerto Madryn: 77-87.
- Johannesson, E. y Machicek, M. (2010) «War and peace: a reassessment of the archaeological traces of warfare, inter-personal violence and peace in the material record». En Neil, S. y Crerar, B. (eds.) *Violence and conflict in the material record*. Archaeological Review from Cambridge. 25 (1): 13-28.
- Jordana, X.; Galtés, I.; Turban, T.; Batsukh, D.; García, C.; Isidro, A.; Giscard, P. H. y Malgosa, A. (2009) «The warriors of the steppes: osteological evidence of warfare and violence from Pazyryk tumuli in the Mongolian Altai». *Journal of Archaeological Science* 36: 1319-1327.
- Keeley, L. (1996) *War before civilization. The myth of the peaceful savage*. Oxford, Oxford University Press.
- Kelly, R. (2000) *Warless Societies and the Origin of War*. Ann Arbor. The University of Michigan Press.
- Knüsel, C. (2005) «The physical evidence of warfare—subtle stigmata?». En Parker Pearson, M. y Thorpe, I. J. (eds.) *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory*. BAR International Series 1374. Oxford. Archaeopress: 49-65.
- Latcham, R. (1915) *Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América*. Barcelona. Soc. imprenta-litografía.
- León Solís, L. (1982) «La corona española y las guerras intestinas entre los indígenas de Araucanía, Patagonia y las Pampas». *Nueva Historia. Revista de Historia de Chile*, 11 (5): 31-67.
- (1991) *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y Las Pampas, 1700-1800*. Temuco. Ediciones Universidad de la Frontera.
- Luna, L. (2008) *Estructura demográfica, estilo de vida y relaciones biológicas de cazadores-recolectores en un ambiente de desierto. Sitio Chenque I (Parque Nacional Lihué Calef, provincia de La Pampa)*. BAR International Series 1886. Oxford, Archaeopress.
- (2010) «Avances en la generación del perfil de mortalidad del sitio Chenque I: aportes de la antropología dental». En Bárcena, J. R. y Chiavazza, H. (eds.) *Arqueología*

Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo I. XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Mendoza. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo: 243-246.

- Luna, L.; Baffi, I. y Berón, M. (2004) «El rol de las estructuras formales de entierro en el proceso de complejización de las poblaciones cazadoras-recolectoras del Holoceno Tardío». En Martínez, G.; Gutierrez, M.; Curtoni, R.; Berón, M. y Madrid, P. (eds.) *Aproximaciones contemporáneas a la Arqueología Pampeana. Perspectivas teóricas, metodológicas, analíticas y casos de estudio*. Olavarría. Facultad de Ciencias Sociales, UNICEN: 61-73.
- ; Aranda, C. y Berón, M. (2009) «Perfiles de mortalidad y situaciones catastróficas en el sitio Chenque I». Ponencia presentada en las *IX Jornadas Nacionales de Antropología Biológica*. Puerto Madryn.
- Martínez, G. (2008-2009) «Arqueología del curso inferior del río Colorado: estado actual del conocimiento e implicaciones para la dinámica poblacional de cazadores-recolectores pampeanos-patagónicos». En Mazzanti, D. L.; Berón, M. A. y Oliva, F. W. (eds.) *Cazadores-recolectores del Cono Sur. Revista de Arqueología* 3. Mar del Plata. Editorial Universitaria de Mar del Plata: 73-94.
- ; Bayala, P.; Flensburg, G. y López, R. (2006) «Análisis preliminar de los entierros del sitio Paso Alsina 1 (Partido de Patagones, provincia de Buenos Aires)». *Intersecciones en Antropología* 7: 95-108.
- Martínez Sarasola, C. (1992) *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina*. Buenos Aires. Editorial Emecé, 1.^a edición.
- Mendonça, O.; Aguerre, A.; Bordach, M. A.; Ammann, M.; Arrieta, M.; Croatto, M. y Pera, L. (2010) «Inclusiones funerarias y dimensiones sociales del comportamiento mortuario en el Médano Petroquímica, Departamento Puelén, Provincia de La Pampa». En Berón, M.; Luna, L.; Bonomo, M.; Montalvo, C.; Aranda, C. y Carrera Aizpitarte, M. (eds.) *Mamiül Mapu. Pasado y presente desde la arqueología pampeana*. Tomo I. Ayacucho, Buenos Aires. Editorial Libros del Espinillo: 227-237.
- Mera, R. y Munita, D. (2008) *Informe ejecutivo salvataje sitio «Villa JMC-01-Labranza» (Provincia de Cautín, región de la Araucanía)*. Manuscrito en posesión de los autores.
- Milner, G. (1999) «Warfare in prehistoric and early historic Western Northamérica». *Journal of Archaeological Research* 7 (2): 105-151.
- (2005) «Nineteenth century arrow wounds and perceptions of prehistoric warfare». *American Antiquity* 56 (4): 144-156.
- Moreno, F. P. (1969 [1876-1877]) *Viaje a la Patagonia Austral*. Buenos Aires. Ediciones Solar.
- Musters, G. (1997 [1871]). *Vida entre los Patagones*. Buenos Aires. El Elefante Blanco.
- Neil, S. y Crerar, B. (eds.) (2010) *Violence and conflict in the material record- Archaeological*. Review from Cambridge. 25 (1). Cambridge. University of Cambridge.
- Osgood, R. (2005) «The dead of Tormarton-Middle Bronze Age combat victims?». En Parker Pearson, M. y Thorpe, I. J. (eds.) *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory*. BAR International Series 1374. Oxford, Archaeopress: 139-144.
- Ostendorf Smith, M. (2003) «Beyond palisades: the nature and frequency of late prehistoric deliberate violent trauma in the Chickamauga Reservoir of East Tennessee». *American Journal of Physical Anthropology* 121: 303-318.
- Outes, F. F. (1915) *La gruta sepulcral del cerrito de las calaveras*. Buenos Aires Edición del autor. Imprenta de Coni Hnos.

- Parker Pearson, M. (2005) «Warfare, violence and slavery in later prehistory: an introduction». En Parker Pearson, M. y Thorpe, I. J. (eds.) *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory*. BAR International Series 1374. Oxford, Archaeopress: 19-34.
- y Thorpe, I. J. (eds.) (2005) *Violence and Slavery in Prehistory*. BAR International Series 1374. Oxford. Archaeopress.
- Pastor, S. y Rivero, D. (2010) «Violencia interpersonal y demarcaciones territoriales prehispánicas. Contexto del sitio El Alto 5 (Pampa de Achala, Córdoba)». Comunicación presentada al XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Mendoza. 2010.
- Politis, G. y Steele, J. (2007) «Cronología de Arroyo Seco 2». En Politis, G. y Gutierrez, M. (eds.) *Estado actual de las investigaciones en el sitio Arroyo Seco 2 (Partido de Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires, Argentina)*. Serie Monográfica n.º 4. Olavarría, INCUAPA-UNICEN: 39-50. En prensa.
- ; Barrientos, G. y Scabuzzo, C. (2007) «Los entierros humanos de Arroyo Seco 2». En Politis, G. y Gutierrez, M. (eds.) *Estado actual de las investigaciones en el sitio Arroyo Seco 2 (Partido de Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires, Argentina)*. Serie Monográfica n.º 4. Olavarría. INCUAPA-UNICEN: 297-328. En prensa.
- Price, T. y Brown, J. (eds.) (1985) *Prehistoric Hunter-Gatherers: The Emergence of Cultural Complexity*. San Diego. Academic Press.
- Saxe, A. (1970) *Social Dimensions of Mortuary Practices*. Tesis doctoral. University of Michigan.
- Scabuzzo, C. y Politis, G. (2011) «Entierros secundarios del Holoceno Temprano y Medio en la region pampeana. Nuevos datos del sitio Arroyo Seco 2». *Cazadores-recolectores del Cono Sur. Revista de Arqueología* 4: 135-155.
- Thorpe, I. J. (2003) «Anthropology, archaeology and the origin of warfare». *World Archaeology* 35 (1): 145-165.
- (2005) «The ancient origins of warfare and violence». En Parker Pearson, M. y Thorpe, I. J. (eds.) *Warfare, violence and slavery in prehistory*, BAR International Series 1374. Oxford. Archaeopress: 1-18.
- Torres Rouff, C.; Costa Junqueira, M. y Llagostera, A. (2005) «Violence in times of change: the Late Intermediate Period in San Pedro de Atacama». *Chungara* 37 (1): 75-83.
- Trentini, F.; Valverde, S.; Radovich, J. C.; Berón, M.; Balazote, A. (2010). «Los nostálgicos del desierto: La cuestión mapuche en Argentina y el estigma en los medios». *Cultura y representaciones sociales*, año 4 (8): 186-212.
- Vezub, J. E. (2006) «Lenguas, territorialidad y etnicidad en la correspondencia de Valentín Saygüequé hacia 1880». *Intersecciones en Antropología* 7: 287-304.
- Vignati, A. M. (1930) «Restos del traje ceremonial de un médico patagón». *Notas del Museo Etnográfico* 4: 7-52 y 6 láminas.
- Villalobos, S. (1989). «Guerra y paz en la Araucanía: periodificación». En Villalobos, S. et al. (eds.) *Araucanía. Temas de Historia Fronteriza*. Temuco. Serie Quinto Centenario. Ediciones Universidad de la Frontera: 7-30.
- Villar, C. y Jiménez, J. F. (2000) «Botín, materialización ideológica y guerra en las Pampas, durante la segunda mitad del siglo XVIII. El caso de Llanketur». *Revista de Indias*. Volumen LX (220): 687-707.
- (2001) «Yo mando en este campo. Conflictos intertribales en los Andes meridionales y Pampas durante los años de la Guerra a Muerte». En Bandieri, S. (coord.) *Cruzando la cordillera. La frontera argentino-chilena como espacio social. Siglos XIX y XX*. Neuquén. Serie Publicaciones CEHIR, Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Comahue, año 1, n.º 1: 101-116.

- Villar, C. y Jiménez, J. F. (2003) «La tempestad de la guerra: conflictos indígenas y circuitos de intercambio. Elementos para una periodización (Araucanía y las pampas, 1780-1840)». En Mandrini, R. y Paz, C. (comps.) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX*. Neuquén. UNCPBA y Universidad Nacional del Comahue: 123-171.
- Walker, P. (2001) «A bioarchaeological perspective on the history of violence». *Annual Review of Anthropology* 30: 573-596.

Fuentes

- Domínguez Rosas, A. M. (2008), Entrevista realizada en setiembre de 2008 por M. Guastavino y M. Berón. Santa Rosa. La Pampa.

Aproximaciones teóricas para el estudio de la violencia interpersonal en sociedades de pequeña escala. El noreste de Patagonia (Argentina) durante el Holoceno Tardío

FLORENCIA GORDÓN¹

Resumen

En este trabajo se presentan y se discuten diversas perspectivas desde donde se estudió la violencia en sociedades de pequeña escala. Asimismo, se discuten las tendencias generales observadas en el registro bioarqueológico del noreste de Patagonia durante el Holoceno Tardío en el contexto de la evaluación de la hipótesis que vincula aumentos en los niveles de violencia con modificaciones socioecológicas inferidas para la Anomalía Climática Medieval (ACM) (ca. 1150-600 años AP). En el contexto más amplio de la investigación, se analizó una muestra diacrónica de cráneos (n= 797). Los resultados indican que si bien existe una tendencia hacia el incremento de violencia, esta no es significativa sino hasta momentos de contacto hispanoindígena. Esto da lugar a la consideración de explicaciones alternativas del patrón de violencia. En este trabajo es particularmente relevante destacar la perspectiva poblacional. En este sentido se considera el papel central y dinámico de las colecciones bioantropológicas para la generación de conocimiento.

Palabras clave: violencia interpersonal; sociedades de pequeña escala; noreste de Patagonia; Holoceno Tardío; bioarqueología.

1 División Antropología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), <fgordon2007@gmail.com>.

Abstract

In this paper different perspectives from which violence in small-scale societies was studied are presented and discussed. Also, general trends in bioarchaeological record from Northeastern Patagonia during the Late Holocene are discussed in the context of the assessment of the hypothesis that links increasing levels of violence with socio-environmental changes inferred for Medieval Climatic Anomaly (MCA) (*ca.* 1150-600 yr b. P.). A diachronic sample of skulls was analyzed ($n= 797$). The results indicate that although there is a trend towards increasing violence, it is not significant until Spanish-Indian contact. These results let us to consider alternative explanations of the pattern of violence. In this work is particularly important to stress the population perspective. In this regard it is considered central and dynamic role of the bioanthropological collections for generating knowledge.

Keywords: interpersonal violence; small-scale societies; Northeastern Patagonia; Late Holocene; bioarchaeology.

Introducción

El estudio de la violencia fue objeto de diversas disciplinas y se analizó desde distintas perspectivas. La sociología, la psicología e incluso esferas relacionadas con la biología, incluyendo a la etología, y las ciencias forenses han estado especialmente interesadas en esta conducta (Lorenz 1966; Goodall 1986). Desde la antropología y la arqueología se estudió la variabilidad cultural de su expresión y sus causas (Carneiro 1970; Knauft 1987; Milner 1995; Lambert 2002). Asimismo, en el campo de la paleoantropología y la primatología se hallaron evidencias de conductas violentas (Dart 1925; Berger y Trinkaus 1995; de Waal 2000), sugiriendo su presencia durante la historia evolutiva de la humanidad.

En las últimas décadas, la sistematización de la información disponible permitió corroborar la existencia de elevadas tasas de violencia en sociedades prehistóricas de pequeña escala (Lambert 2002; Milner 1995; Walker 2001). En el sur de Sudamérica, aunque se registraron casos de individuos con evidencias de violencia (Vignati 1947; Politis *et al.* 1992; Barrientos 1997; Gómez Otero y Dahinten 1997-1998; Constantinescu 2003; Barrientos y Gordón 2004; Berón *et al.* 2007a; García Guraieb *et al.* 2007; Gordón 2009a, 2009b, 2009c; L'Heureux y Amorosi 2009; Berón 2010; Scabuzzo 2010; Flensburg 2011) y se identificaron sitios con probable función defensiva (Goñi 1986-1987), no se generaron marcos de referencia que permitan sistematizar e interpretar en una escala poblacional (Sober 1980; Zvelebil y Weber 2012) las observaciones de evidencias de violencia en sociedades de pequeña escala.

En este marco, recientemente se buscó identificar criterios que permitan inferir la existencia de incrementos en los niveles de violencia experimentados por las poblaciones que habitaron el noreste de la Patagonia argentina desde la ocupación del área, hace por lo menos 4500-5000 años (Gómez Otero y Dahinten 1997-1998) hasta el Holoceno Tardío final (*ca.* 400 AP), momento en el que se habrían producido los primeros contactos con la sociedad colonial de origen europeo. Una de las expectativas que motivó a esta investigación se relaciona con posibles cambios en los niveles de violencia en concordancia con modificaciones ecológicas inferidas para la ACM (*ca.* 1150-600 años calendáricos AP) (Stine 1994). Se analizaron diversas líneas de evidencia, con especial énfasis en los estudios bioarqueológicos (Gordón 2011). Cabe mencionar que este trabajo forma parte de la tesis doctoral de la autora. Sin embargo, el objetivo específico de esta contribución es discutir los patrones de violencia del noreste de Patagonia durante el Holoceno Tardío a la luz de diversas perspectivas en un intento de ampliar la comprensión a cerca de las causas de los conflictos en sociedades simples del pasado en general y en las del área de estudio en particular. Interesa especialmente destacar el valor potencial y el uso dinámico de las colecciones bioantropológicas en el proceso de generación de conocimiento.

Perspectivas históricas para el estudio de la violencia

Las posturas más extremas acerca de la interpretación de la violencia en el pasado se relacionan con los mitos griegos del progreso y de la edad dorada (Keeley 1996). En el período moderno, estos fueron elaborados desde una perspectiva filosófica por Hobbes y Rousseau, respectivamente. El primero previó la condición original y natural de la humanidad como una guerra de todos contra todos. Es decir, que la naturaleza de los hombres era violenta. Según la visión opuesta, formulada por Rousseau, la guerra se habría generalizado cuando los hombres se organizaron en sociedades regidas por leyes artificiales. Antes de estas leyes, la humanidad habría sido inherentemente pacífica. La visión de Hobbes prevaleció durante el siglo XIX, momento en el que tuvieron su apogeo el imperialismo y la colonización europea. Sin embargo, después de la segunda guerra mundial, la demonización por parte de Occidente de su propia sociedad hizo que se retomara una versión rousseauniana acerca de los pueblos primitivos tendiente a construir un pasado pacífico. Es decir, que el hecho de que las sociedades primitivas hayan sido calificadas como inherentemente pacíficas o violentas se debió en algunos casos a construcciones filosóficas vinculadas a la sociedad de los investigadores más que a las evidencias etnográficas o arqueológicas.

Con la descripción temprana de los *Australopithecus* como asesinos y con la aparición de *On Aggression* de K. Lorenz en 1966, el origen de la violencia se convirtió en un tema central en los debates de la evolución social humana (Dart 1925). La conducta agresiva fue estudiada como un fenómeno individual más que social (Lorenz 1966). Sin embargo, a partir de la década de 1970 comenzó a interpretarse a las relaciones conflictivas no solo como relaciones negativas, sino también positivas, involucradas en el reforzamiento de lazos sociales. Para estos desarrollos fueron de suma importancia los aportes de campos afines, como la primatología y la paleoantropología. En este marco se discutió el rol de la violencia en el proceso evolutivo y adaptativo de la especie humana. En este sentido, de Waal (2000) propuso que la noción tradicional de agresión como un instinto antisocial fue reemplazándose por una perspectiva que la considera como una herramienta de competencia y negociación. Cuando la supervivencia depende de la asistencia mutua, los individuos se ven obligados a manifestar agresión por la necesidad de mantener las relaciones. Se observó, por ejemplo, que un factor que predice el establecimiento de la paz es el contacto positivo antes de que aparezca el conflicto, sugiriendo una preocupación por la continuidad e integridad de las interacciones. Según de Waal (2000), el conflicto puede comprenderse como una parte integral de la red social.

Las observaciones modernas dentro del campo de la antropología se han desarrollado, en general, dentro del marco de la etología y la sociobiología, que han atribuido esta conducta a propiedades innatas (Lorenz 1966). Según Keeley (1996) el mayor problema de las explicaciones biológicas de la violencia es la plasticidad de la conducta humana. Asimismo, un grupo de investigadores ha postulado que

la predisposición hacia la violencia es aprendida (Otterbein y Otterbein 1965) y que la conducta agresiva se vincula con una socialización severa, con énfasis en el castigo y en la obediencia durante la crianza (Bandura 1973).

El estudio de las variables involucradas en las modificaciones de los patrones de violencia interpersonal en contextos particulares, etnográficos y arqueológicos, genera importante información acerca de sus causas y particularidades en sociedades de pequeña escala.

Las causas de la violencia

Es común encontrar en la literatura la mención de determinados factores como responsables del aumento de la violencia en sociedades humanas (Milner 1995; Walker 2001; Lambert 2002; Barrientos y Pérez 2004; Elliot 2005). Algunos de los más citados son: deterioro ambiental y escasez de recursos, nucleamiento poblacional, aumento de la densidad demográfica, contactos interétnicos, innovaciones tecnológicas, surgimiento de sociedades complejas, competencia por prestigio, venganza, búsqueda de parejas y presencia de contextos coloniales, entre otros. Sin embargo, no se demostró que alguno de estos factores tenga el potencial suficiente para explicar aumentos significativos en los niveles de violencia. Gat (2000) sugirió que lo interesante no es detenerse en la lista de factores sino evaluar la manera en la que estos se integran.

Es frecuente encontrar que ciertos factores se mencionan de manera recurrente en las investigaciones arqueológicas y otros, en las investigaciones etnográficas. Entre los primeros, por ejemplo, Elliot (2005) se refiere, para el valle de Malpaso (Zacatecas, México), al abandono como consecuencia de la competencia y conflictos entre grupos locales por el acceso a los recursos, probablemente provocado o exacerbado por estrés ambiental. Lambert (2002) menciona como causas potenciales a la expansión territorial y a las disputas de frontera para el caso de la zona occidental del Ártico y Subártico. Para la costa noroeste de Norteamérica sugiere que una escasez de recursos habría sido una causa importante en el aumento de violencia. Postula que un número de causas próximas podrían haber estado implicadas (por ejemplo, venganzas, ataques por competencia por esclavos y mujeres, búsqueda de estatus, competencia por el acceso al comercio y a las rutas comerciales). Para la región occidental de la Gran Cuenca y California, Lambert (2002) sugiere que las causas estarían asociadas al tamaño poblacional, disponibilidad de recursos y estructura política. Por otro lado, existen evidencias de condiciones de sequías entre 450-1300 años d. C. que podrían haber sido devastadoras en relación con la escasez de alimentos y agua. Cabe mencionar que las sequías a las que Lambert se refiere corresponden al proceso climático sobre el que se infirieron las modificaciones hidrológicas en la Patagonia (por ejemplo, ACM) y las hipótesis a evaluar en esta investigación. Para el sureste y zonas periféricas, las explicaciones ambientales vuelven a ser las dominantes. Un caso similar es el de las Grandes Planicies, aunque aquí se mencionan también el contacto y

la competencia entre distintos grupos. Lambert (2002: 226) señala una serie de causas para el período histórico (por ejemplo, prestigio, venganza, competencia, introducción del caballo y de las armas de fuego) y otra para el período prehistórico (por ejemplo, sequías, movimientos poblacionales, contactos intertribales y competencia por recursos).

Estas explicaciones arqueológicas contrastan, en general, con las de tipo etnográfico. En relación con este registro, Knauff (1987) observó que entre los gebusi de las Tierras Bajas de Nueva Guinea el contexto más frecuente y legítimo de violencia es la muerte de personas tales como los brujos, acusados de causar enfermedades. En términos sociológicos, estos actos de violencia actuarían como un mecanismo nivelador, excluyendo la emergencia de líderes y reforzando sus normas. El autor propone que los factores culturales locales parecen ser particularmente importantes para explicar este patrón. Postula que la verdadera causa de la violencia tiene su origen en el fuerte sistema de creencias.

En relación con las causas que conducen al conflicto, es interesante la discusión planteada por Keeley (1996). Algunos científicos sociales argumentan que la diferencia fundamental entre la guerra 'primitiva' y la 'civilizada' yace en la esfera de motivos y causas. La guerra civilizada estaría motivada por objetivos económicos y políticos, mientras que el conflicto primitivo estaría dirigido a satisfacer cuestiones personales. El autor señala que a menudo se confunden motivos individuales y colectivos. Los declarados por los participantes a veces difieren de los inferidos por los observadores. Keeley concluyó que el único motivo ausente en la mayoría de las sociedades simples es el de la subyugación y el tributo. El autor identifica a los motivos económicos como los predominantes (para una discusión de las causas de la violencia ver Gordón 2009a, 2011).

Uno de los principales factores recurrentemente aducidos es el incremento de la densidad poblacional. Sin embargo, una serie de estudios señaló que la concentración de población no posee, en sí misma, efectos adversos, sino que bajo determinadas condiciones puede intensificar o exacerbar las reacciones de los individuos ante una determinada situación. En este contexto se sugirió la necesidad de realizar estudios transculturales con el fin de clarificar el significado objetivo (por ejemplo, medido en términos de densidad) y subjetivo (por ejemplo, socialmente percibido) de la concentración poblacional (Kumar y Ng 2001). El antiguo argumento que explica el aumento de violencia apoyándose en la premisa malthusiana ve al incremento en la densidad poblacional como implicando más bocas para alimentar en un territorio limitado (por ejemplo, presión poblacional sobre los recursos críticos). Es decir que, en un punto, Malthus vio la guerra como una consecuencia de la superpoblación. Sin embargo, algunos datos de investigaciones etnográficas no avalan esta proposición. Por ejemplo, entre los !kung (*Ju/'hoansi*) se identificó una tasa de homicidios de 29,3/100.000 habitantes/año. Un índice de 30,3/100.000 habitantes/año se determinó para los semai. Otros casos con tasas similares son los hadza del norte de Tanzania y los pigmeos mbuti del Zaire. Comparativamente, la tasa de

homicidios en sociedades tribales africanas es mucho más baja, con valores entre 2,2 a 5,5/100.000 habitantes/año (Keeley 1996). Dado que están implicados muchos factores (por ejemplo, latitud, lluvias, suelos, cobertura vegetal, biodiversidad, tecnología), hacer comparaciones sobre la base de densidades poblacionales equivalentes puede arrojar resultados incorrectos.

Asimismo, otra de las causas mencionadas, la escasez de recursos por deterioro ambiental, no necesariamente lleva al incremento de violencia, ya que esto depende del espacio de movilidad de los grupos, de la cercanía geográfica respecto de otras unidades, etcétera, lo que, a su vez, se relaciona con otros de los factores mencionados, tales como los contactos interétnicos. Por otra parte, el contexto colonial pudo haber afectado a las poblaciones aborígenes por factores previos al contacto cara a cara. La presencia de epidemias, cambios ecológicos e innovaciones tecnológicas pudieron estar implicados. Otra fuente de conflictos suele mencionarse cuando un grupo posee el control sobre un recurso. Los dos bienes que sirvieron casi universalmente como focos de conflictos fueron las fuentes de materias primas para hacer herramientas y las sales minerales. En el contexto de la presente investigación, existe evidencia que indica que el control de los salares de Norpatagonia tuvo impacto en la red de interacciones sociales entre los grupos (Nacuzzi 1998; Bandieri 2005).

Por otra parte, se sugirió que tanto el comercio como el casamiento pueden conducir a la guerra (Meggitt 1977). Los matrimonios entre grupos no son una garantía de paz. Tanto en el mundo occidental moderno como en las sociedades primitivas quienes comercian e intercambian parejas usualmente se transforman en enemigos (Ember y Ember 1990).

Al priorizar determinados conjuntos de factores y relaciones se han propuesto diversos modelos que intentan explicar la presencia del conflicto intra e intergrupales. Los mismos pueden agruparse en aquellos que ponen el peso sobre:

- a. variables demográficas;
- b. ecológicas; y
- c. de toma de decisiones y organización social.

En el contexto de los determinantes de la ecología y la disponibilidad de recursos interesa mencionar la existencia de zonas amortiguadoras (*buffer*) como mecanismos que pueden disipar las tensiones sociales entre los grupos humanos (Eerkens 1999). Estas son zonas intermitentemente usadas por distintos grupos mientras crean un *buffer* espacial para disipar las tensiones sociales.

En general, todos los modelos reconocen una multicausalidad en relación con los aumentos de violencia. Sin embargo, en muchos casos de estudio, la elección de un modelo u otro parece depender más de cuestiones paradigmáticas que de las escalas y evidencias disponibles. Si bien sobre este tema se volverá en la discusión, se adelanta que en esta investigación se considera que los modelos económicos, en sentido amplio, son los más adecuados para el estudio de la violencia (Gordón 2011).

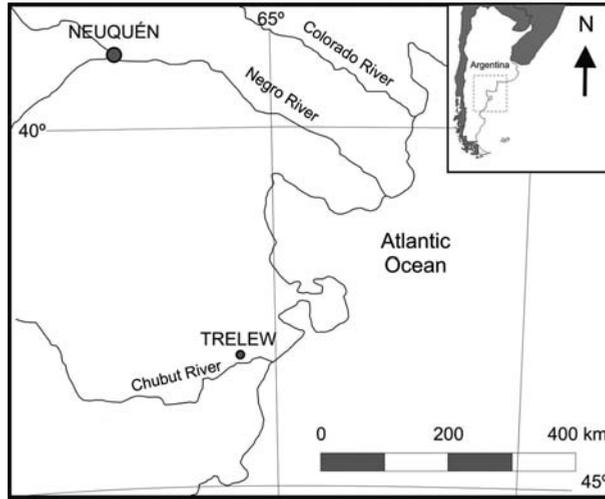
Lesiones traumáticas en el noreste de Patagonia

Muestras óseas analizadas: colecciones bioantropológicas

Con el fin de poner a prueba la hipótesis que plantea incrementos en los niveles de violencia en concordancia con modificaciones socioecológicas inferidas para la ACM se analizó una muestra diacrónica de cráneos ($n=797$) procedente del noreste de la Patagonia argentina (figura 1). Los individuos forman parte de las colecciones bioantropológicas depositadas en la División Antropología del Museo de La Plata (Universidad Nacional de La Plata, UNLP) y del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti (Universidad de Buenos Aires, UBA).

Como se mencionó en la introducción de este trabajo, la inferencia de patrones que, en general, se expresan con baja prevalencia (por ejemplo, señales de violencia interpersonal) requiere el estudio de muestras numerosas. En este sentido, el estudio de colecciones provee la base sobre la cual generar estimaciones en una escala poblacional. Sin embargo, y como fuera notado en trabajos previos (Barrientos y Gordón 2004; Gordón 2011), las muestras que integran las colecciones presentan distintos tipos de sesgos, algunos de ellos desconocidos y por lo tanto difíciles de controlar. En las colecciones conformadas durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, como es el caso de las colecciones que se tomaron de las muestras analizadas, el principal factor no aleatorio que contribuyó a la toma de decisiones referidas a la recolección de las piezas fue su estado de conservación. Solo en casos excepcionales puede sostenerse que el factor más influyente haya sido la presencia de traumas, por lo que es esperable que las frecuencias muestrales de tales lesiones no constituyan una sobreestimación significativa de las frecuencias poblacionales. Antes bien, la no recolección de piezas en función de su pobre estado de conservación debería introducir, si las lesiones contribuyeron de algún modo a aumentar las chances de alteración posdeposicional (por ejemplo, a través de la fragmentación de los cráneos), un sesgo en sentido contrario, esto es, producir una subestimación de las frecuencias poblacionales inferibles a partir de las frecuencias muestrales observadas. Por otro lado, no existen registros en los que conste que una parte significativa de las muestras provengan de entierros producidos por muertes violentas, por lo que no es esperable una sobrerrepresentación de casos con identificación positiva de lesiones. En consecuencia, se considera que las frecuencias muestrales observadas pueden ser utilizadas en forma relativamente confiable para realizar inferencias acerca del impacto de las situaciones de violencia interpersonal a escala poblacional.

Figura 1. El área de estudio



Desde la desembocadura del río Colorado al norte hasta la desembocadura del río Chubut al sur, aproximadamente unos 150 km hacia el interior.

Elaboración propia

Los individuos analizados fueron agrupados de acuerdo a su proveniencia en grupos norte (GN) y sur (GS). Aquellos de las inmediaciones de los valles inferiores de los ríos Colorado y Negro corresponden al GN (54,7%; n= 436). Los de la zona del valle inferior del río Chubut se mencionan como GS (45,29%; n= 361). La determinación del sexo probable se hizo sobre la base de estudios de morfometría geométrica (Pérez 2006). Cuando no se contó con esta información se tuvo en cuenta la expresión de rasgos morfoscópicos del cráneo (Buikstra y Ubelaker 1994) (tabla 1). El sexo de los individuos subadultos no fue precisado. La determinación de la edad se realizó sobre la base del estado de cierre de las suturas del sistema latero-anterior propuesto por Meindl y Lovejoy (1985) (tabla 2). Como se observa en la tabla 2, un porcentaje de individuos (12,42%) corresponde a adultos que no pudieron ser asignados a categorías más específicas y un pequeño porcentaje (1,63%) a individuos indeterminados, debido a elevados grados de fragmentación o meteorización.

Tabla 1. Distribución de la muestra por sexos y grupos geográficos

	Grupo norte	Grupo sur	Totales	% totales
Femeninos	186 (42,66%)	123 (34,07%)	309	38,77
Masculinos	192 (44,03%)	173 (47,92%)	365	45,79
Indeterminados	58 (13,30%)	65 (18,00%)	123	15,43

Elaboración propia

Tabla 2. Distribución de la muestra por categorías de edad y grupos geográficos

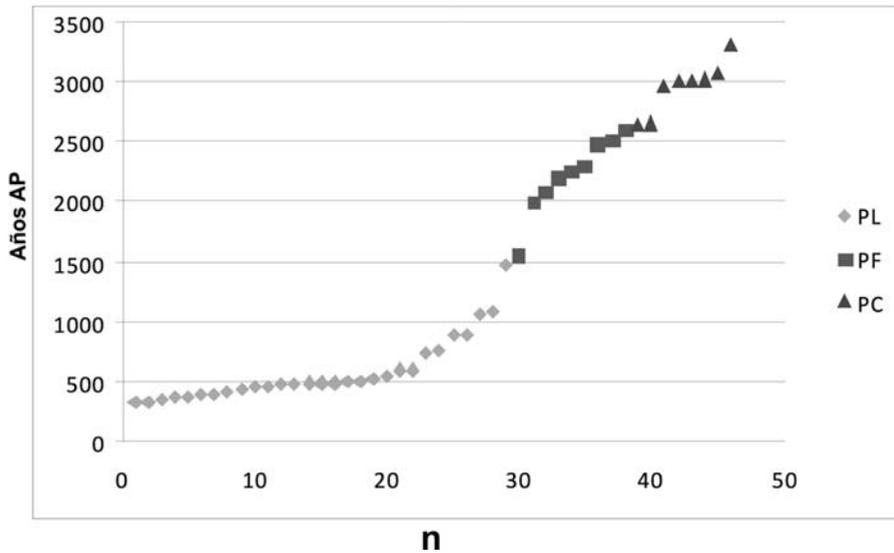
	Grupo norte (%)	Grupo sur (%)	Totales	%
Subadultos	19 (4,35)	46 (12,74)	65	8,15
Adultos jóvenes	62 (14,22)	79 (21,88)	141	17,69
Adultos medios	196 (44,95)	164 (45,42)	360	45,16
Adultos seniles	65 (14,90)	50 (13,85)	115	14,42
Adultos indeterminados	82 (18,80)	21 (5,81)	103	12,92
Indeterminados	12 (2,75)	1 (0,27)	13	1,63

Elaboración propia

La presencia y tipo de deformación artificial del cráneo es un indicador temporal confiable en el área (Bórmida 1953-1954; Baffi y Berón 1992; Barrientos 2001; Barrientos y Pérez 2004; Bernal *et al.* 2008; Berón y Luna 2009, entre otros). Los datos de deformación también fueron tomados de un estudio de morfometría geométrica (Pérez 2006). Cuando no se contó con esta información se determinó de la manera tradicional (Dembo e Imbelloni 1938). Para la evaluación de hipótesis diacrónicas es fundamental conocer la distribución de tales deformaciones. Teniendo en cuenta este rasgo, dataciones radiocarbónicas e información contextual, los individuos analizados se asignaron a tres momentos del Holoceno en función del marco general formulado previamente para el nordeste de la Patagonia (Barrientos y Gordón 2004; Bernal *et al.* 2008): Holoceno Medio-Tardío: *ca.* 3500-2500 años AP (deformación circular/pseudo-circular, n=55; 6,9%); Holoceno Tardío inicial: *ca.* 2500-1500 años AP (deformación tabular erecta plano-frontal, n= 66; 8,28%) y Holoceno Tardío final: *ca.* 1500-400 años AP (deformación tabular erecta plano-lámbdica, n= 287; 36,01%). Además, 348 individuos (43,66%) no presentaron deformación y 5,14% de la muestra (n= 41) presenta deformación indeterminada. Para la evaluación de las tendencias diacrónicas solo se consideró la muestra de individuos deformados. En la figura 2, se grafica la distribución temporal de las deformaciones sobre la base de fechados radiocarbónicos publicados para el área de estudio y regiones vecinas (Politis 1984; Oliva *et al.* 1991; Barrientos 1997; Barrientos *et al.* 1997; Gómez Otero y Dahinten 1997-1998; Madrid y Barrientos 2000; Martínez y Figuerero Torres 2000; Martínez 2002, 2004; Berón y Baffi 2003; Favier-Dubois *et al.* 2007; Bernal *et al.* 2008; Barrientos *et al.* 2009; Berón y Luna 2009; Gordón 2011).

Dado que el objetivo de este trabajo es discutir las tendencias generales del patrón de violencia en relación con perspectivas teóricas, no se profundiza aquí en la presentación de la metodología utilizada para el registro de las lesiones ni en los resultados obtenidos (Gordón 2011). Sin embargo, a continuación se sintetizan los métodos y las tendencias generales relevantes para la discusión que sigue.

Figura 2. Distribución temporal de las deformaciones craneanas en el noreste de Patagonia y sur de Pampa



En el eje Y se representan años radiocarbónicos y en el X se cuantifican casos.

Referencias: PL: plano-lámbdica; PF: plano-frontal; PC: pseudocircular.

Elaboración propia

Síntesis metodológica

Se registró la frecuencia, tipo y distribución por sexo, edad y bloques temporales de lesiones óseas atribuibles a situaciones de violencia. Se relevó la ubicación de los traumas en el cráneo y la existencia de indicadores de cicatrización, un rasgo clave para la discriminación de traumas *ante mortem*. Además, se evaluó la incidencia de factores tafonómicos y la integridad de los cráneos con el fin de asegurar un adecuado nivel de comparabilidad entre las muestras (Gordón 2009b, 2011). Por otra parte, dado que los traumas presentan grados de ambigüedad variables (Ortner 2003) se consideró que solo desviaciones significativas en términos estadísticos son potencialmente interpretables en una escala poblacional. En este sentido, la metodología consistió en la evaluación de frecuencias de señales de violencia en dos niveles de análisis. En un primer nivel se incluyeron todos aquellos casos que potencialmente podían corresponder a violencia, pero no necesariamente, como por ejemplo, las fracturas cicatrizadas. Luego se repitieron las pruebas estadísticas considerando únicamente los casos que presentaban nulo o bajo grado de ambigüedad, como por ejemplo, individuos con puntas de proyectil incrustadas o lesiones múltiples asociadas. Mediante esta serie de pasos se buscó disminuir el nivel de ambigüedad en la determinación de casos positivos.

Tendencias generales: el patrón de violencia en el noreste de Patagonia durante el Holoceno Tardío

Desde un punto de vista geográfico, los individuos del GN exhiben mayores tasas de lesiones traumáticas que aquellos del GS. Esta diferencia fue significativa para el primer nivel de análisis (tabla 3).

Tabla 3. Frecuencias, porcentajes y diferencias estadísticas entre los grupos norte y sur considerando los dos niveles de análisis

	GN (fr.)	GN (%)	GS (fr.)	GS (%)	p χ^2
Nivel 1	95/436	21,78	48/361	13,29	0,002
Nivel 2	19/436	4,35	8/361	2,21	0,142

Elaboración propia

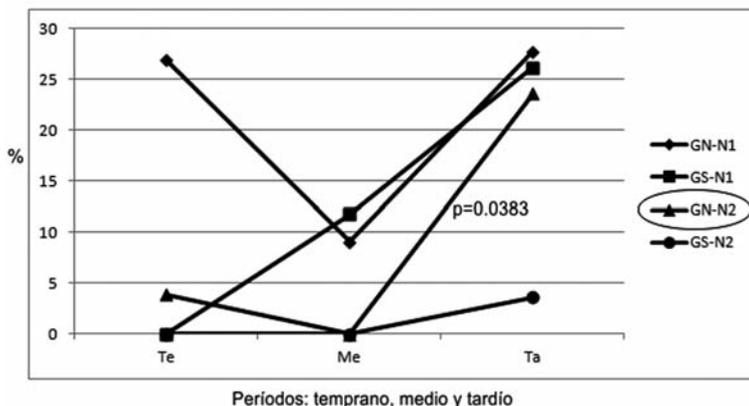
Al comparar a los individuos del mismo sexo entre grupos geográficos, no hay diferencias estadísticas entre los femeninos. No obstante, entre los masculinos, en el segundo nivel existe una diferencia significativa, siendo mayor su frecuencia en el GN ($p= 0,029$). Al evaluar diferencias entre los sexos dentro de cada grupo se identifica una diferencia significativa para ambos niveles de análisis en el GN ($p= 0,010$ en el nivel 1 y $p= 0,011$ en el nivel 2) siendo las frecuencias más elevadas entre los masculinos. No se verificaron diferencias en el GS.

En relación con las categorías de edad, se identifican diferencias cuando se agrupan las tres categorías de adultos y se las compara con los subadultos en el primer nivel de análisis ($p= 0,036$). Sin embargo, en este punto hay que tener en cuenta que la muestra de subadultos presenta diferencias en su tamaño como así también en su integridad respecto de la muestra de adultos, dos factores que pueden influir en las interpretaciones. No obstante, el resultado es el esperado.

En cuanto a los análisis diacrónicos, en el primer nivel se identifica una diferencia que se ubica en el límite de lo que aquí se considera significativo ($p= 0,055$) en la secuencia temporal del GN y una diferencia altamente significativa cuando se toma toda la muestra (GN + GS) ($p= 0,009$). Cuando se comparan los períodos de a pares en el GN se identifica una diferencia significativa entre los períodos medio y tardío. Cuando la muestra se analiza diacrónicamente en el segundo nivel, surge que para el GN existe una diferencia altamente significativa ($p= 0,009$). Al comparar los períodos de a pares la mayor diferencia se detecta al agrupar los períodos temprano y medio y compararlos con el tardío ($p= 0,005$). No se verifican diferencias diacrónicas en términos estadísticos para la muestra del GS.

Cuando se comparan los sexos desde una perspectiva diacrónica no se identifican diferencias significativas dentro de cada bloque temporal para ninguno de los niveles de análisis. Al considerar las muestras de individuos femeninos y masculinos por separado a través del tiempo, se detecta una diferencia diacrónica entre los masculinos en el segundo nivel del GN ($p= 0,038$) (figura 3).

Figura 3. Porcentajes de individuos masculinos con lesiones traumáticas: tendencias diacrónicas en ambos grupos geográficos y niveles de análisis



Elaboración propia

A partir de la identificación de un tipo de lesión particular (por ejemplo, depresiones lineales) se sugirió que las mismas podían corresponder a la acción de armas blancas y, por lo tanto, a momentos de contacto hispanoindígena, dado que la presencia de este tipo de armas no fue registrada en el área hasta el siglo XVII (Bechis 1998). Se llevó a cabo un trabajo experimental en el que se replicaron lesiones con armas blancas sobre cabezas de cerdo. Los resultados sugieren que tales lesiones fueron generadas por un tipo de arma análoga a las utilizadas en la experimentación (Gordón 2009c 2011; Gordón y Bosio 2012). Luego, se repitieron las pruebas estadísticas sin contemplar a estos individuos. En la dimensión geográfica, se detectó nuevamente una diferencia altamente significativa, mayor en el GN, para el primer nivel de análisis, aunque no para el segundo (tabla 4).

Tabla 4. Frecuencias, porcentajes y diferencias estadísticas de individuos con lesiones por grupos y niveles de análisis

	GN (fr.)	GN (%)	GS (fr.)	GS (%)	p χ^2
Nivel 1	84	19,76	44	12,32	0,006
Nivel 2	8	1,88	4	1,12	0,567

No se considera a los individuos con lesiones por armas blancas.

Elaboración propia

Cuando se repiten los análisis diacrónicos surge una diferencia significativa para la totalidad de la muestra, dada fundamentalmente por la comparación de las muestras media y tardía ($p= 0,010$) en el primer nivel de análisis. Cuando se considera el segundo nivel, no se identifican diferencias estadísticas. Tampoco se registraron niveles de significación a través del tiempo en cada grupo geográfico.

En este reanálisis diacrónico en relación con los sexos, no se identifican diferencias significativas dentro de los diversos períodos. Tampoco se detectaron modificaciones estadísticas entre los individuos femeninos a través del tiempo, ni entre los masculinos, un rasgo que había sido detectado en los análisis previos.

Discusión

Para el noreste de la Patagonia argentina se propuso que durante el Holoceno Tardío final se habrían producido cambios en las sociedades cazadoras-recolectoras en concordancia con la ACM (Stine 1994). Este evento se caracterizó por anomalías hidrológicas acompañadas, en algunas regiones, por aumentos en la temperatura y sequías prolongadas. En regiones áridas, como Patagonia, las condiciones de mayor aridez habrían resultado en una mayor concentración de recursos en los lugares con mayor disponibilidad de agua superficial, como los valles fluviales, y con mayor productividad, como el litoral marítimo (Barrientos y Pérez 2004). Para la región se ha planteado que bajo estas condiciones de estrés ambiental sería esperable una reducción de la movilidad residencial, nucleamientos poblacionales en áreas productivas, saturación de espacios requeridos e incrementos en la densidad demográfica (Barrientos y Pérez 2004). Esto habría generado relaciones de competencia y un escenario favorable para el incremento de la violencia interpersonal. Sin embargo, los resultados obtenidos no sugieren aumentos significativos en los niveles de violencia sino hasta momentos de contacto hispanoindígena. Esto no implica la ausencia de una relación entre aumento demográfico y aumento de situaciones de competencia o conflicto (Barrientos y Pérez 2004); de hecho la tendencia general en las señales de violencia es hacia el incremento. Sin embargo, aparentemente no se practicó la violencia más allá de los niveles habituales en las sociedades cazadoras-recolectoras. En efecto, parece verificarse la existencia de un *background* de violencia a través de la secuencia temporal, lo que resulta coherente con el conocimiento actual de los patrones de violencia entre cazadores-recolectores (Keeley 1996; Lambert 2002, entre otros).

Los resultados obtenidos en este estudio sugieren que si existieron tensiones sociales antes del contacto con la sociedad colonial, los grupos debieron resolverlas mediante otros mecanismos. Las poblaciones que se encuentran bajo estrés pueden responder de diversas maneras: emigrar hacia espacios no ocupados o marginales, poner límites al crecimiento de la población o realizar cambios organizacionales o tecnológicos para optimizar la eficiencia en la explotación de los recursos (Rafferty 1985). Algunos investigadores sugirieron que en el noreste de Patagonia, en particular en el área del curso inferior del río Colorado y en la región pampeana, las poblaciones habrían mantenido relaciones de coexistencia, complementariedad e intercambio (Prates 2008; Martínez 2008-2009). Por otra parte, se ha propuesto que el sector inferior del río Colorado hacia el final del Holoceno Tardío podría haber sido parte de una frontera blanda de

territorios permeables, habitados y negociados por grupos sociales de diferentes áreas (Berón 2004, 2007a, 2007b; Curtoni 2004, entre otros). Desde un punto de vista teórico, puede formularse la posibilidad de que hasta los primeros momentos de contacto hispanoindígena esta zona podría haber funcionado como una «zona *buffer*» (Eerkens 1999).

En el área de estudio, si bien durante el siglo XIX tuvo lugar una serie de ofensivas militares por parte del Estado nacional con el objetivo de expandir sus fronteras, los contactos entre ambas poblaciones comenzaron al menos dos siglos antes, aunque las colonias costeras no fueron establecidas hasta el siglo XVIII (Bandieri 2005). Por ejemplo, la fundación del fuerte del Carmen (1779), sobre el río Negro, fue clave en la circulación de bienes con Chile. Con las colonias se habría facilitado el intercambio y el acceso a bienes que se hicieron indispensables para los indígenas. Nacuzzi (1998) propone que el intercambio entre grupos indígenas debió tener raíces muy antiguas. En este sentido, puede haber existido cierta continuidad en una serie de relaciones entre los distintos grupos. Además, se propuso que el comercio y los contactos interétnicos, incluso trasandinos (Nacuzzi, 1998; Villarino 1972[1782-1783]), habrían estado presentes desde momentos tempranos. En este sentido, las diferencias de las frecuencias de señales de violencia, relevadas en este estudio en una escala espacial, se observan para momentos de contacto como así también para momentos previos. No obstante, los incrementos estadísticamente significativos en términos diacrónicos no se registran hasta momentos de contacto con la sociedad colonial y en la zona norte, sitio donde habrían tenido lugar reiterados contactos.

Keeley (1996) señala que el carácter intercambiable del comercio y la guerra se vuelve más claro cuando se consideran sus resultados finales. Tanto el comercio como la guerra, y también el matrimonio, tienen el efecto de mover bienes y personas entre unidades sociales. En la guerra, los bienes se mueven como botín y la gente (especialmente las mujeres), como prisioneras. En el intercambio y en el casamiento entre grupos, los bienes se mueven como bienes de reciprocidad, ítems de comercio, riquezas, mientras que la gente lo hace como esposos. En efecto, se consiguen los mismos bienes por medios alternativos, pero no mutuamente excluyentes. Problemáticas afines han sido también tratadas para el caso de Norpatagonia y Pampa por diversos investigadores (Berón 2004; Curtoni 2004; Gómez Otero 2007; Gordón 2011, entre otros).

Como fuera mencionado, una diferencia clara entre trabajos arqueológicos y etnográficos es la clase de factores enfatizados para explicar las causas de la violencia en sociedades de pequeña escala. Los casos etnográficos raramente mencionan presiones ecológicas como fuentes potenciales de aumentos de violencia. Lo contrario ocurre en algunas investigaciones arqueológicas, en las que se prioriza este tipo de causas. En este sentido, la arqueología tiene la ventaja de contar con métodos que permiten trabajar con una profundidad temporal superior que se traduce en la posibilidad de analizar las soluciones implementadas por las poblaciones en el largo plazo. Los trabajos etnográficos mencionan más

frecuentemente factores que podrían traducirse como soluciones de corto plazo, las cuales son muchas veces difíciles de detectar en el registro arqueológico.

En el marco de esta investigación se tomó a los modelos económicos (ecológicos y demográficos) como los más adecuados para explicar el caso de estudio, dado que se considera que son estos los factores que se encuentran en la base de las situaciones de violencia. Si bien los *motivos* pueden moldear las relaciones, estas serían soluciones a corto plazo y no son susceptibles, en general, de ser evaluadas desde una perspectiva arqueológica. En este estudio, interesa comprender cuáles son las *causas* que subyacen a las motivaciones en el proceso de evolución y adaptación de las sociedades humanas. En este sentido, el registro arqueológico permite la comprensión de los procesos más allá de las explicaciones inmediatas. Aun los casos que priorizan a los motivos pueden leerse de diversas maneras, por ejemplo, un motivo de violencia frecuente son los conflictos por mujeres. Este hecho puede explicarse por una causa inmediata como el adulterio, pero también por el importante rol productivo-reproductivo que tienen las mujeres en sociedades de pequeña escala. Esto no significa que los motivos no tengan importancia, pero se considera que no debe perderse de vista cuál es el papel que juegan en las explicaciones causales.

Conclusiones

Es posible que en el noreste de la Patagonia durante el Holoceno Tardío, ante situaciones de estrés, se hayan generado mecanismos demográficos, tales como movimientos poblacionales para usos estacionales y de intercambio (de bienes, información, materias primas y personas). Estos mecanismos habrían producido mezclas biológicas e intercambios culturales. Estos hechos quedan corroborados por evidencia arqueológica, bioarqueológica y morfológica. En este contexto, puede visualizarse la manera en la cual estos flujos mantienen tanto la paz como los conflictos. Además, cobra sentido el papel de la violencia interpersonal como evolutivamente adaptativa, ya que desempeña un papel importante en el mantenimiento y reforzamiento de lazos sociales (de Waal 2000). En este sentido, el hecho de haber detectado señales de violencia a través de toda la secuencia temporal analizada, sin alcanzar niveles significativamente más elevados durante el período que contiene a la ACM, puede ser interpretado dentro de este marco. Es decir, que las relaciones conflictivas serían un tipo más dentro de la compleja red de relaciones que existe en las sociedades humanas.

Con este trabajo se espera haber contribuido a la discusión teórica sobre el estudio de la violencia interpersonal en sociedades de pequeña escala, como así también al conocimiento sobre la dinámica de las poblaciones humanas del noreste de Patagonia mediante la inferencia de los patrones de violencia. Asimismo, dado que este tema fue abordado desde una perspectiva poblacional y bioarqueológica, interesa destacar el estudio de las colecciones bioantropológicas. Como fuera planteado en trabajos previos (Del Papa *et al.* 2011), se considera

que las colecciones poseen valor potencial y juegan un papel central y dinámico a través del tiempo en el proceso de generación de conocimiento científico.

Agradecimientos

A la División Antropología del Museo de La Plata y al Museo Etnográfico, por permitirme el estudio de una muestra de cráneos de las colecciones a su cargo. A Diego Rindel por la lectura del manuscrito. Al Conicet por el financiamiento de las investigaciones.

Bibliografía

- Baffi, I. y Berón, M. (1992) «Los restos óseos humanos de Tãpera Moreira (La Pampa) y la deformación artificial en la Región Pampeana. Análisis tentativo», *Palimpsesto* 1: 25-36.
- Bandieri, S. (2005) *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bandura, A. (1973) *Aggression: A Social Learning Analysis*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- Barrientos, G. (1997) *Nutrición y dieta de las poblaciones aborígenes prehispánicas del sudeste de la región pampeana*, tesis de doctorado, La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata.
- (2001) «Una aproximación bioarqueológica al estudio del poblamiento prehispánico tardío del sudeste de la región pampeana», *Intersecciones en Antropología* 2: 3-18.
- y Gordón, F. (2004) «Explorando la relación entre nucleamiento poblacional y violencia interpersonal durante el Holoceno Tardío en el noreste de Patagonia (República Argentina)», *Magallania* 32:53-69.
- ; Béguelin, M. y Gordón, F. (2009) «Tendencias cronológicas en el registro bioarqueológico del noreste de Patagonia», trabajo presentado en *IX Jornadas Nacionales de Antropología Biológica*, Puerto Madryn.
- ; Leipus, M. y Oliva, F. (1997) «Investigaciones arqueológicas en la laguna Los Chilenos (Provincia de Buenos Aires)». En: Berón, M. y Politis, G. (eds.) *Arqueología pampeana en la década de los '90*, San Rafael, Museo de Historia Natural de San Rafael e INCUAPA: 115-125.
- y Pérez, I. (2004) «La expansión y dispersión de poblaciones del norte de Patagonia durante el Holoceno Tardío: evidencia arqueológica y modelo explicativo». En: Civalero, T.; Fernández, P. y Guraieb, G. (eds.) *Contra viento y marea. Arqueología de la Patagonia*, Buenos Aires: 179-195.
- Bechis, M. (1998) «Prólogo». En: Nacuzzi, L. R. *Identidades impuestas. Tehuelches, Aucas y Pampas en el norte de la Patagonia*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología: 9-14.
- Berger, T. D. y Trinkaus, E. (1995) «Patterns of trauma among the Neandertals». *Journal of Archaeological Science* 22: 841-852.
- Bernal, V.; González, P. N.; Pérez, S. I. y Pucciarelli, H. M. (2008) «Entierros humanos del noreste de Patagonia: nuevos fechados radiocarbónicos», *Magallania* 36 (2): 125-134.
- Berón, M. A. (2004) *Dinámica poblacional y estrategias de subsistencia de poblaciones prehispánicas de la cuenca del Atuel-Salado-Chadilewvú-Curacó*, tesis doctoral no publicada, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (2007a.) «Integración de evidencias para evaluar dinámica y circulación de poblaciones en las fronteras del río Colorado». En: *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*, Punta Arenas, Ediciones CEQUA: 173-188.
- (2007b.) «Circulación de bienes como indicador de interacción entre las poblaciones de la Pampa Occidental y sus vecinos». En: Bayón, C.; Puppino, A.; González, M. I.; Flegenheimer, M. y Freire, M. (eds.) *Arqueología en las Pampas*, tomo I, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología: 345-364.
- (2010) «Circuitos regionales y conflictos intergrupales prehispánicos. Evidencias arqueológicas de violencia y guerra en la pampa occidental Argentina». *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo I, Valdivia, Sociedad Chilena de Arqueología, Universidad Austral de Chile. Ediciones Kultrún: 493-503.
- Berón, M. y Baffi, I. (2003) «Procesos de cambio cultural en los cazadores-recolectores de la provincia de La Pampa, Argentina», *Intersecciones en Antropología* 4: 29-43.

- Berón, M. y Baffi, I.; Aranda, C. y Luna, L. (2007) «Variabilidad y tendencias temporales de las prácticas mortuorias en el sitio Chenque», resúmenes expandidos del *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, San Salvador de Jujuy: 247-253.
- y Luna, L. (2009). «Distribución espacial y cronológica de la deformación craneana tabular erecta en Pampa y Norpatagonia». En: Salemmé, M.; Santiago, F.; Alvarez, M.; Piana, E.; Vazquez, M. y Mansur, E. (eds.) *Arqueología de Patagonia: una mirada desde el último confin*, Ushuaia, Editorial Utopías: 561-575.
- Bórmida, M. (1953-1954) «Los antiguos Patagones. Estudio de craneología», *Runa* 6: 55-96.
- Buikstra, J. E. y Ubelaker, D. H. (1994) «Standards for Data Collection from Human Skeletal Remains», *Arkansas Archeological Survey Research Series* n.º 44, Arkansas.
- Carneiro, R. L. (1970) «A theory of the origin of the states», *Science* 169: 733-738.
- Constantinescu, F. (2003) «Obsidiana verde incrustada en un cráneo Aónikenk: ¿tensión social intraétnica. o interétnica? We'll never know!», *Magallania* 31: 149-153.
- Curtoni, R. (2004) «Territorios y territorialidad en movimiento: la dimensión social del paisaje», *Etnia* 46-47: 87-104.
- Dart, R. A. (1925) «*Australopithecus africanus*: the Man Ape of South Africa», *Nature* 115: 195-199.
- De Waal, F. B. (2000) «Primates-A natural Heritage of conflict resolution», *Science* 289: 586-590.
- Del Papa, M.; Gordón, F.; Castro, J. C.; Fuchs, L.; Menéndez, L.; Di Bastiano, A. y Pucciarelli, H. (2011) «Cráneo del norte de Patagonia con modificaciones *post mortem*. Aproximación mediante técnicas no invasivas», *Intersecciones en Antropología* 12: 349-354.
- Dembo, A. e Imbelloni, J. (1938) *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico*, Buenos Aires, J. Anesi.
- Eerkens, J. W. (1999) «Common pool resources, buffer zones and the jointly owned territories: hunter-gatherer land and resource tenure in Fort Irwin, Southeastern California», *Human Ecology* 27 (2): 297-318.
- Elliot, M. (2005) «Evaluating evidence for warfare and environmental stress in settlement pattern data from the Malpaso Valley, Zacatecas, Mexico», *Journal of Anthropological Archaeology* 24: 297-315.
- Ember, C. R. y Ember, M. (1990) *Cultural Anthropology*, 6.ª ed., Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall.
- Favier-Dubois, C.; García Guraieb, S.; Borella, F. y Mariano, C. (2007) «Primeros avances acerca del registro bioarqueológico de la costa rionegrina», resúmenes del *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo III, San Salvador de Jujuy: 359-364.
- Flensburg, G. (2011) «Lesiones traumáticas en cráneos del sitio Paso Alsina 1. Explorando indicadores de violencia interpersonal», *Intersecciones en Antropología* 12: 155-166.
- García Guraieb, S.; Goñi, R. y Bosio, L. (2007) «Lesiones traumáticas en un entierro del lago Salitroso (Santa Cruz, Argentina)». En: Morello, F.; Martinic, M.; Prieto, A. y Bahamonde, G. (eds.) *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*, Punta Arenas, Ediciones CEQUA: 375-380.
- Gat, A. (2000) «The human motivational complex: Evolutionary theory and the causes of hunter-gatherer fighting», *Anthropological Quarterly* 73: 20-34.
- Gómez Otero, J. (2007) *Dieta, uso del espacio y evolución de las poblaciones cazadoras-recolectoras de la costa centro-septentrional de Patagonia durante el Holoceno Medio y Tardío*, tesis doctoral no publicada, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

- Gómez Otero, J. y Dahinten, S. (1997-1998) «Costumbres funerarias y esqueletos humanos: variabilidad y poblamiento en la costa nordeste de la provincia de Chubut (Patagonia Argentina)», *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (N. S.) 22-23: 101-124.
- Goñi, R. A. (1986-1987) «Arqueología de sitios tardíos en el valle del río Malleo, provincia del Neuquén», *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (N. S.) 17: 37-66.
- Goodall, J. (1986) *The Chimpanzees of Gombe: Patterns of Behavior*, Cambridge, Harvard University Press.
- Gordón, F. (2007) «Indicadores de violencia interpersonal en poblaciones del norte de Patagonia durante el Holoceno Tardío», resúmenes Ampliados del *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Número especial de la Revista Pacarina*, tomo III, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy: 385-391.
- (2009a) «El estudio de la violencia en sociedades de pequeña escala. Bases conceptuales para la construcción de modelos aplicables a casos arqueológicos». En: Bourlot, T.; Bozzuto, D.; Crespo, C.; Hecht, A. C. y Kuperszmit, N. (eds.) *Entre pasados y presentes II. Estudios contemporáneos en Ciencias Antropológicas*, Buenos Aires, Editorial Fundación de Historia Natural Félix de Azara: 113-126.
- (2009b) «Tafonomía humana y lesiones traumáticas en colecciones de museos. Evaluación de cráneos del noreste de Patagonia», *Intersecciones en Antropología* 1: 27-41.
- (2009c) «Atribución causal a traumas craneofaciales en muestras del norte de Patagonia (República Argentina): una perspectiva experimental», *Magallania, Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 37 (2): 57-76.
- (2011) *Dinámica poblacional, conflicto y violencia en el norte de Patagonia durante el Holoceno Tardío: un estudio arqueológico*, tesis doctoral no publicada, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- y Bosio, L. A. (2012) «An experimental approach to the study of interpersonal violence in Northeastern Patagonia (Argentina), during the late Holocene», *Journal of Archaeological Science*, 39: 640-647.
- Keeley, L. H. (1996) *War Before Civilization*. Nueva York, Oxford University Press.
- Knauff, B. M. (1987) «Reconsidering violence in simple human societies. Homicide among the Gebusi of New Guinea», *Current Anthropology* 28 (4): 457-499.
- Kumar, S. y Ng, B. (2001) «Crowding and violence on psychiatric wards: Explanatory models», *Canadian Journal of Psychiatry* 46: 433-437.
- L'Heureux, G. L. y Amorosi, T. (2009) «El entierro 2 del sitio Cañadón Leona 5 (Región de Magallanes, Chile). Viejos huesos, nuevos datos», *Magallania* 37 (2): 41-55.
- Lambert, P. (2002) «The archaeology of war: A North American perspective», *Journal of Archaeological Research*, vol. 10 (3): 207-241.
- Lorenz, K. (1966) *On Aggression*, Nueva York, Harcourt, Brace and World.
- Madrid, P. y Barrientos, G. (2000) «La estructura del registro arqueológico del sitio Laguna Tres Reyes 1 (Provincia de Buenos Aires): nuevos datos para la interpretación del poblamiento humano del sudeste de la región pampeana a inicios del Holoceno Tardío», *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (N. S.) 25: 179-206.
- Martínez, G. (2002) «Organización y cambio en las estrategias tecnológicas: un caso arqueológico e implicaciones comportamentales para la evolución de las sociedades cazadoras-recolectoras pampeanas». En: Martínez, G. y Lanata, J. L. (eds.) *Perspectivas integradoras entre Arqueología y Evolución*, Olavarría, INCUAPA.

- Martínez, G. (2004) «Resultados preliminares de las investigaciones arqueológicas realizadas en el curso inferior del río Colorado (Partidos de Villarino y Patagones, Pcia. de Buenos Aires)». En: Martínez, G.; Gutiérrez, M.; Curtoni, R.; Berón, M. y Madrid, P. (eds.) *Aproximaciones arqueológicas pampeanas: Teorías, métodos y casos de aplicación contemporáneos*, Olavarría, Facultad de Ciencias Sociales-UNCPBA: 275-292.
- (2008-2009) «Arqueología del curso inferior del río Colorado: estado actual del conocimiento e implicaciones para la dinámica poblacional de cazadores-recolectores pampeano-patagónicos», *Cazadores-recolectores del Cono Sur. Revista de Arqueología* 3: 71-92.
- y Figuerero Torres, M. J. (2000) «Sitio arqueológico La Petrona (Partido de Villarino, provincia de Buenos Aires): análisis de las modalidades de entierro en el área sur pampeana», *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (N. S.) 25: 227-248.
- Meggitt, M. (1977) *Blood is Their Argument: Warfare Among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands*, Palo Alto, CA, Mayfield.
- Meindl, R. y Lovejoy, O. (1985) «Ectocranial suture closure: a revised method for the determination of skeletal age at death based on the lateral-anterior sutures», *American Journal of Physical Anthropology* 68: 57-66.
- Milner, G. (1995) «An osteological perspective on prehistoric warfare». En: Beck, L. A. (ed.) *Regional Approaches to Mortuary Analysis*, Nueva York, Plenum Press: 221-244.
- Nacuzzi, L. R. (1998) *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*, colección tesis doctorales, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Oliva, F.; Moirano, J. y Saghessi, M. (1991) «Estado de las investigaciones en el sitio Laguna de Puan 1», *Boletín del Centro* 2, La Plata.
- Ortner, D. J. (2003) *Identification of Pathological Conditions in Human Skeletal Remains*, San Diego. Academic Press, 2.^a ed.
- Otterbein, K. y Otterbein, C. S. (1965) «An eye for an eye, a tooth for a tooth: a cross-cultural study of feuding», *American Anthropologist* 67: 1470-1482.
- Pérez, S. I. (2006) *El poblamiento holocénico del sudeste de la región pampeana: Un estudio de morfometría geométrica craneofacial*, tesis doctoral inédita, La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Politis, G. (1984) «Investigaciones arqueológicas en el área interserrana bonaerense», *Etnia* 32: 7-52.
- ; Madrid, P. y Barrientos, G. (1992) «Informe de la campaña 1992 al sitio Arroyo Seco 2 (Pdo. de Tres Arroyos, Pcia. de Buenos Aires, Argentina)», *Palimpsesto* 1: 80-85.
- Prates, L. (2008) *Los indígenas del Río Negro. Un enfoque Arqueológico*, Buenos Aires, colección tesis Doctorales, Sociedad Argentina de Antropología.
- Rafferty, J. (1985) «The archaeological record on sedentariness: recognition, development and implications», *Advances in Archaeological Method and Theory* 8: 113-156.
- Scabuzzo, C. (2010) *Actividades, patologías y nutrición de los cazadores recolectores pampeanos*, tesis doctoral inédita, La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Sober, E. (1980) «Evolution, population thinking and essentialism», *Philosophy of Science* 47 (3): 350-383.
- Stine, S. (1994) «Extreme and persistent drought in California and Patagonia during mediaeval time», *Nature* 369: 546-549.

- Vignati, M. A. (1947) «Contribuciones al conocimiento de la paleopatología argentina I-XIII», *Notas del Museo de La Plata: Antropología* n.º 36-48: 19-81.
- Villarino, D. B. (1972 [1782-1783]) «Diario del Piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino del reconocimiento que hizo del río Negro en la costa oriental de la Patagonia». En: *Colección Pedro de Ángelis*, tomo 8 (B), Buenos Aires, Plus Ultra: 967-1138.
- Walker, P. L. (2001) «A bioarchaeological perspective on the history of violence». *Annual Review of Anthropology* 30: 573-596.
- Zvebil, M. y Webe, A. W. (2012) «Human bioarchaeology: group identity and individual life histories-Introduction», *Journal of Archaeological Science*, en prensa.

El fenómeno de la violencia en sociedades cazadoras-recolectoras del semiárido chileno y su articulación al desarrollo de identidades culturales

JOSÉ CASTELLETI DELLEPIANE¹

MARÍA ANTONIETA CAMPANO NÚÑEZ²

VIOLETA ABARCA LABRA³

MARÍA JOSÉ HERRERA SOTO⁴

Resumen

Reinterpretamos la información obtenida en el sitio Arcaico Tardío Museo del Desierto-Conaf (*ca.* 3500-2500 AP), en la costa del semiárido meridional andino, con el fin de contextualizar las evidencias de conflicto y violencia interpersonal observadas en la funebrería del sitio, con relación a la plena utilización del espacio y de los recursos desde este período prehispano regional. Entendemos que dicho contexto es el resultado de procesos de conformación de identidades locales, cuyo fin es la reafirmación de la integridad y modo de vida cazador-recolector-pescador del o los grupos culturales locales frente a situaciones de contacto con grupos biológicos distintos, o intragrupal frente a la desigualdad que habría provocado el control sobre el excedente local y su intercambio.

Palabras claves: violencia interpersonal; conflicto; Arcaico Tardío; cazadores-recolectores; norte semiárido chileno.

1 Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en México, <jcastelleti@gmail.com>

2 Universidad de Chile, <maria.antonietta.campano@gmail.com>.

3 Museo Histórico Arqueológico de Quillota, <viola.abarca@gmail.com>.

4 Instituto de Ecología y Biodiversidad, Departamento de Ciencias Ecológicas, Facultad de Ciencias, Universidad de Chile, <mjherrera@antropologiafisica.cl>.

Abstract

There is a reinterpretation of the information obtained from the Late Archaic site Museo del Desierto-Conaf (ca 3500-2500 AP), in the semiarid coast southern Andean, with the purpose of contextualizing evidences of interpersonal conflict and violence observed in their burial area, in relationship to the full use of the space and resources, from this regional prehispanic period. It is understood that this context is the result of Local Identity processes of conformation, which purpose is to reassert the integrity of Hunter-Gatherer-shellfisher lifemode (local cultural group or groups), in front of contact situations with different biological groups, or intragroup in front of inequality situations, that could have provoked the control over the local excess products and its interchange.

Keywords: Interpersonal violence, conflict, Late Archaic, hunters-gatherers, chilean semi-arid north.

Introducción

Diversos estudios provenientes de las ciencias sociales han intentado explicar el origen y el porqué del fenómeno del conflicto y su materialización en violencia interpersonal. La literatura concerniente a los patrones de violencia en sociedades modernas es abundante (Clastres 2004 [1977]; Boehm 1984; Chagnon 1988; Ember y Ember 1992). Sin embargo, no ocurre lo mismo en el estudio de sociedades prehispánicas, cuyo desarrollo ha sido menor debido a la dificultad que implica la reconstrucción de patrones de comportamiento a través del material cultural y bioantropológico. Esta situación ha cambiado profundamente durante las últimas décadas de investigación arqueológica, donde los conceptos de conflicto, violencia y guerra han adquirido un rol preponderante para el entendimiento de los modos de vida en sociedades pasadas (Lambert 1997; Milner 2000).

El presente artículo reflexiona en torno al conflicto, la violencia interpersonal y sus múltiples aristas en sociedades cazadoras-recolectoras con el objeto de interpretar la evidencia del sitio Museo del Desierto, ubicado en la IV región, Coquimbo, perteneciente al período Arcaico Tardío (*ca.* 5000-2500 AP) del norte semiárido chileno (costa meridional andina).

Sobre la base de las evidencias que presenta el sitio Museo del Desierto y los antecedentes recopilados (Castelleti *et al.* 2008, 2009 y 2010), asumimos en esta investigación que la problemática de la violencia o conflicto intergrupales se desarrolla dinámicamente a través de diversos niveles o categorías culturales (Sugiura 1991), expresándose material y simbólicamente en una red de significados (Geertz 2005 [1973]). Dichos niveles corresponden básicamente a la expresión material del conflicto —como violencia— y a su representación o expresión simbólica (funeraria, identidad), asumiendo entre las evidencias materiales aquellos indicadores directos (restos esqueléticos, armas, etcétera) e indirectos (organización socioeconómica asociada al conflicto) (Gat 2000; Walker 2001; Lambert 2002; Guilaine y Zammit 2005). Cada uno de los niveles fue tratado desde un ángulo crítico, buscando establecer una dialéctica entre los antecedentes teóricos existentes y los hechos de que disponemos, con el fin de generar un modelo inicial (Bourdieu *et al.* 2008 [1973]) que explique el fenómeno de la articulación de la violencia y el conflicto y que pueda ser contrastado en futuras investigaciones en la zona del semiárido andino meridional.

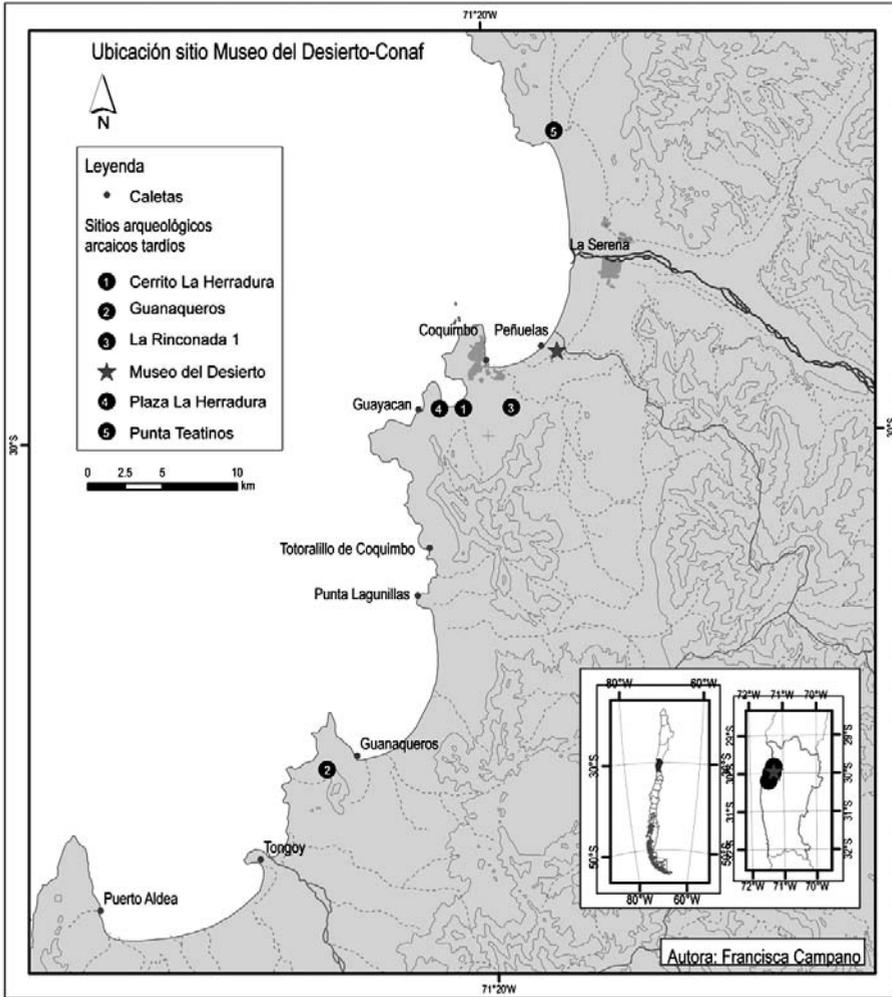
El sitio Museo del Desierto-Conaf

El sitio arqueológico Museo del Desierto corresponde a un conchal que abarca un área de ochenta por cincuenta metros, ubicado en la zona de Peñuelas, al borde de un promontorio rocoso a unos 800 m de la actual línea de costa, en la comuna de Coquimbo, IV región de Chile (Castelleti *et al.* 2010). Los trabajos sistemáticos llevados a cabo en este sitio permitieron datar un período ocupacional principal entre 2590 a 3500 años AP (Beta 249611-249616; concha),

hacia momentos terminales del período Arcaico Tardío (ca 5000-2500 AP), en el cual los grupos humanos se habrían asentado en este punto estratégico, vecino al humedal de Peñuelas, la única aguada bebestible del lugar, como también a otras fuentes importantes de recursos locales ubicados en la costa y el intermareal, probablemente también un punto de control para las rutas de movilidad norte-sur a través de la planicie costera y este-oeste hacia las zonas interiores de Andacollo y Elqui (Castelleti 2008; Castelleti *et al.* 2008, 2009 y 2010) (figura 1).

A partir de los análisis del sitio Museo del Desierto-Conaf, se pudo establecer que el emplazamiento adquirió la funcionalidad de un campamento estacional (probablemente estival) de faenamiento secundario de fauna cazada y pescada en la franja y cordillera costera (*Lama guanicoe*, *Otaria flavescens* y *Trachurus symmetricus*, principalmente) e invertebrados recolectados en el intermareal (*Mesodesma donacium*, *Concholepas concholepas*, *Fisurellas*, *Protothaca thaca* y *Argopecten purpuratus*, principalmente), donde, a su vez, se desarrollaron actividades complementarias de tipo doméstico como retoque y manutención de instrumentos líticos, confección de instrumentos óseos y consumo alimentario. Es importante señalar que se detectó una alta frecuencia de carporestos de quínoa (*Chenopodium quinoa*) en todo el depósito, gran parte de ellos carbonizados, hipotetizando su obtención en zonas aledañas (Biskupovic *et al.* 2010; Castelleti *et al.* 2010).

Figura 1. Ubicación del sitio Museo del Desierto-Conaf y su relación con sitios arqueológicos tardíos

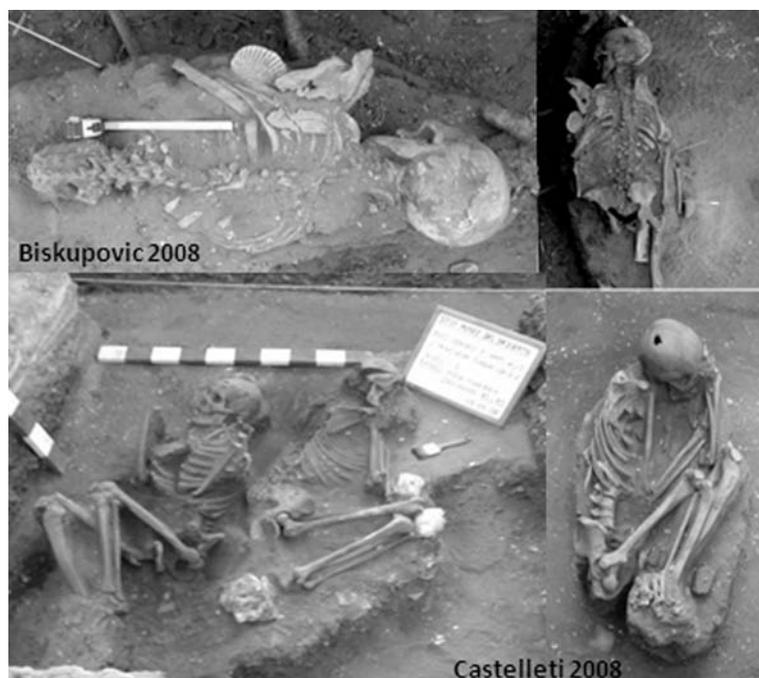


Elaboración propia

Sin embargo, es la funebria del sitio el rasgo cultural que resalta del contexto, con un NMI de 36 individuos humanos distribuidos en fosas simples, dobles y múltiples (Biskupovic 2008; Castelleti *et al.* 2009). Llamam la atención en el sitio, además de la alta frecuencia de esqueletos humanos depositados intencionalmente en el área, los contextos fúnebres homogéneos y la alta frecuencia de individuos masculinos. En particular, destaca un alto porcentaje de huellas directas e indirectas de violencia intergrupar (19,4%) en los restos bioantropológicos, evidenciado en la presencia de puntas de proyectil incrustadas en diversas piezas óseas como vértebras y costillas, además de la alta frecuencia de traumas

en cráneos y huesos largos (Biskupovic 2008; Castelleti *et al.* 2009). El contexto se hace más llamativo al considerar la escasa preparación de las ofrendas detectadas en las sepulturas, observándose solo en algunos casos restos anatómicos de peces y aves articuladas, instrumentos de uso (punzones, molienda) y algunos líticos con pigmento rojo (Castelleti *et al.* 2009) (figura 2).

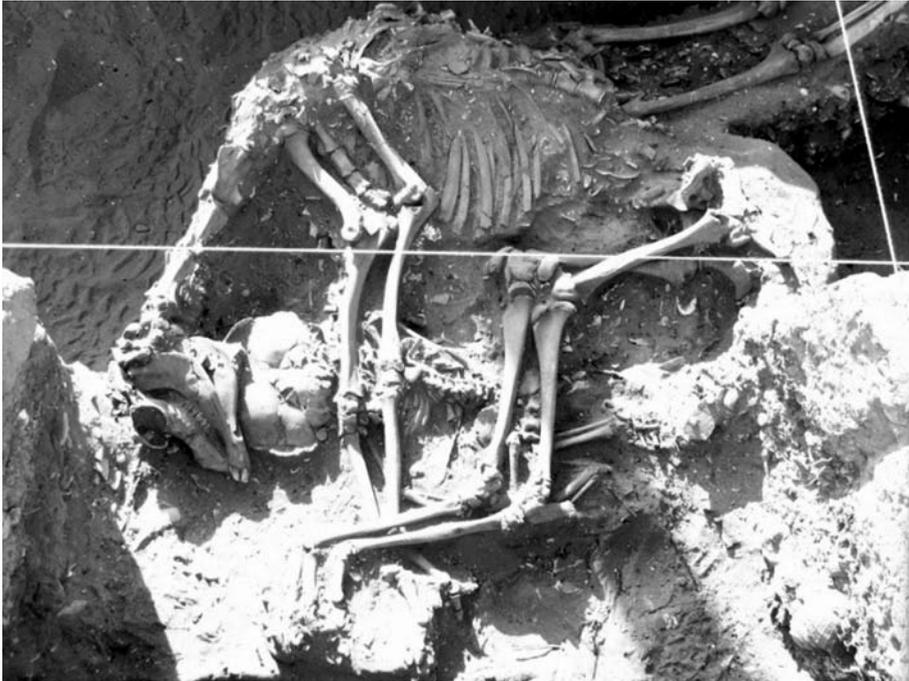
Figura 2. Contextos del funerarios sitio Museo del Desierto



Fuente: Biskupovic 2008 y Castelleti 2008

Un dato que añade mayor complejidad al contexto fúnebre es la intervención del 910 ± 25 AP efectuada sobre una de las sepulturas del grupo de individuos decúbiteo ventral y dorsal, de momentos arcaico-tardíos (Biskupovic *et al.* 2010). Para el momento alfarero fue depositado un infante humano y un guanaco joven sobre el adulto masculino de la fosa original, dejando unos 10 cm de relleno entre ambos momentos. El infante, además, presentó un fragmento de aro de óxido de cobre similar a otros definidos para la zona dentro del período Medio. Finalmente, la cabeza y vértebras cervicales del individuo de la fosa original no aparecen, hipotetizando su extracción en momentos de la intervención alfarera o como parte del contexto sistémico de la inhumación inicial (Castelleti 2008) (figura 3).

Figura 3. Contexto funerario alfarero



Camélido rodea al infante y cubre a un adulto en posición extendida de cúbito ventral. *Fuente: Castelleti et al. 2010*

Evidencias materiales de conflicto y violencia interpersonal en sociedades cazadoras-recolectoras

Durante varias décadas las evidencias de conflicto y violencia no fueron consideradas dentro de los estudios arqueológicos debido, en gran parte, a que los paradigmas imperantes (evolucionismo y funcionalismo) no les dieron mayor importancia durante los siglos XIX y gran parte del XX (Clastres 2004 [1977]). Actualmente, las evidencias materiales han comprobado que el comportamiento conflictivo y violento forma parte del ser humano ya desde sus orígenes y en casi la totalidad de las culturas (Clastres 1977). Según lo observado por Zollikofer *et al.* (2002), existirían evidencias de canibalismo y violencia interpersonal ya en Neandertales (fracturas reparadas en cráneos probablemente provocadas por objetos filosos), permitiendo, con su estudio, otorgar profundidad temporal al comportamiento violento.

Nuestra perspectiva concibe el conflicto como un fenómeno cultural complejo debido a su estructuración como un proceso en el que hay oposición de intereses, necesidades o valores no satisfechos, dinámicas que se dan tanto a nivel interpersonal como intergrupales (Coser 1956; Gordon y Ghidini 2007). Sobre este marco, la violencia es un tipo de manifestación del conflicto dentro

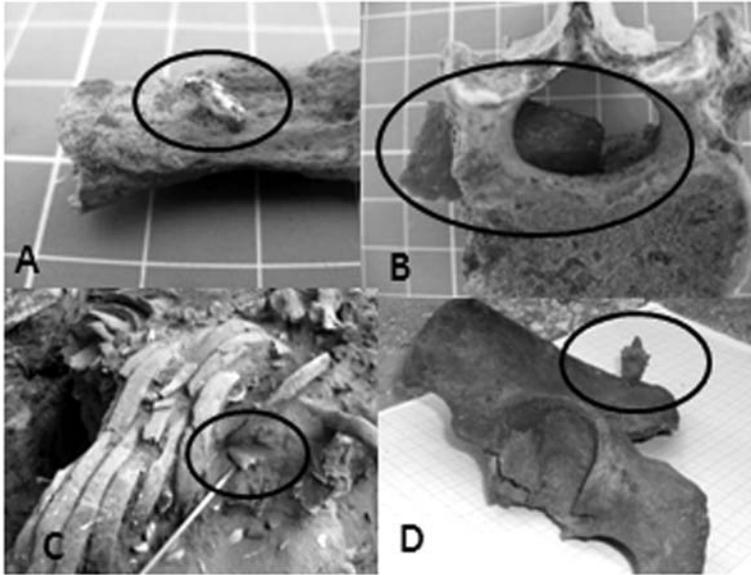
del entramado social, orientada básicamente a dañar o herir a otros individuos ya sea verbal o físicamente, siendo los poderes, en las sociedades, los encargados de definir su magnitud y su dirección (Gordon y Ghidini 2007). Para sociedades preestatales, se ha establecido que la gran mayoría de los eventos que implican daño, o incluso la muerte, se observan asociados a personas o a grupos que están dentro de una posición desvalida frente a grupos de poder (*tupí-guaraníes, yanomamos, mapuches*, entre otros), observándose diferentes formas y tipos de incursiones bélicas asociadas (*raids*, venganzas familiares o personales y emboscadas) (León 1994; Gat 1999 en Gordon y Ghidini 2007). Como consecuencia, el conflicto se materializa en el contexto sistémico mediante el enfrentamiento directo e indirecto de grupos en oposición de intereses, cuyas características específicas serán susceptibles de ser observadas en la dimensión ergológica y corporal humana.

Estudios bioantropológicos realizados en Chile han permitido determinar patrones de huellas de violencia en diversas partes esqueléticas en los individuos depositados en sepulturas a través de la secuencia ocupacional prehispana como, por ejemplo, los eventos de violencia intergrupales interpretados para las Fases Coyo y Yaye en el Salar de Atacama (*ca.* 600-1476 d. C.) (Torres-Rouff *et al.* 2005, Lessa y Mendonça de Souza 2007). Para los períodos Medio e Intermedio tardío de la cuenca del Salar —mencionan tales estudios— se observan altos porcentajes de traumas en cráneo y poscráneo, lo cual permite suponer situaciones de conflicto que van más allá de enfrentamientos rituales (Torres-Rouff *et al.* 2005). Para la costa desértica, por otro lado, algunos autores desde principios del siglo XX (Capdeville 1921; Mostny 1964) mencionan una notable frecuencia de puntas de proyectil incrustadas en vértebras y otras partes esqueléticas de sepulturas arcaico-tardías de zonas como Taltal, datos que constituyen evidencia directa de violencia interpersonal desde el Prececerámico. Quevedo, para la costa del semiárido (1998), destaca que los altos porcentajes de traumas en los cráneos y poscráneos (15-20%) en cementerios del Arcaico Tardío como Punta Teatinos, El Cerrito, La Rinconada y Guanaqueros (zona Elqui-Guanaqueros) y su distribución en todos los rangos de edad y ambos sexos (Quevedo *et al.* 1982) no pueden ser explicados únicamente por accidentes, según el caso de las fracturas por caídas en muñecas o tobillos, sino que requieren una explicación alternativa como violencia perpetrada por terceros, como lo indicarían las fracturas de cráneos o costillas.

En el sitio Museo del Desierto-Conaf, se identificaron cinco individuos con lesiones óseas atribuibles a violencia. Dos presentan traumas contundentes en el frontal, uno de los cuales además exhibe un trauma en el parietal y fracturas reparadas en costillas y fíbula izquierda. Los otros tres presentan traumas por impacto de proyectil: uno en el mastoide, otro en la tercera costilla izquierda y en vértebra lumbar y el último en la cara anterior del ilion izquierdo, además de una fractura reparada en fíbula izquierda y una derecha (Frías 2010). A lo anterior se suman las puntas de proyectil alojadas en el abdomen y tórax en al

menos dos individuos en Museo del Desierto-Conaf, considerados estos como indicadores indirectos de violencia (Lambert 1997) (figura 4).

Figura 4. Evidencias directas e indirectas de violencia interpersonal en Museo del Desierto-Conaf



- (A) punta de proyectil incrustada en tercera costilla izquierda, Biskupovic 2008;
- (B) punta de proyectil en canal medular de vértebra lumbar, Biskupovic 2008;
- (C) punta de proyectil alojada en cavidad torácica, Biskupovic 2008;
- (D) punta de proyectil incrustada en ilion izquierdo, Castelleti 2008

Organización tecnoeconómica y conflicto

Diversos elementos del orden de la organización económica en el sitio Museo del Desierto y su articulación al sistema económico macrorregional meridional andino (Castelleti *et al.* 2010) evidencian de igual manera situaciones de conflicto y violencia intergrupales, añadiendo nuevos elementos de análisis para la caracterización de los grupos culturales locales prehispánicos de la costa semiárida (Biskupovic *et al.* 2010).

De acuerdo a los antecedentes que se disponen sobre el Arcaico Tardío de la costa meridional andina, los patrones organizacionales del sitio Museo del Desierto, en conjunto con sus estrategias económicas, se muestran acordes con aquellos descritos para zonas adyacentes como Taltal y Los Vilos (Castelleti *et al.* 2009), sin duda resultantes de una situación bioclimática similar (aguadas, vegetación de matorral, proliferación de especies terrestres y marinas) altamente estable para esta zona (Luebert y Plischoff 2006). La estabilidad bioclimática que ofreció la costa meridional andina luego del denominado *optimus climaticus* (ca. 6000 AP) (Núñez *et al.* 2005) habría sido la causa de una progresiva mayor

intensidad ocupacional de los grupos humanos sobre sus nichos, generando una mayor presión sobre los recursos que sustentaban el modo de subsistencia regional (Llagostera 1989; Castelleti 2007). Este fenómeno se evidencia en la proliferación de sistemas de asentamiento logísticos, sobre la base de una economía excedentaria de estrategias de pesca y caza marinas. Llagostera (1989) ha venido planteando desde los años setenta la proliferación de un verdadero fenómeno cultural de pesca, un cambio radical de una estratégica técnica de subsistencia que permitió el crecimiento de la sociedad arcaica pos óptimo climático. Este cambio tecnológico habría generado las bases de la economía excedentaria que identificó a la costa arcaica primero y, luego, a la costa semidesértica meridional andina hasta el fin del precerámico y los períodos agroalfareros.

Estudios recientes en torno a la materialidad de sitios costeros arcaico-tardíos en zonas como Taltal y Los Vilos (Méndez y Jackson 2004; Castelleti 2007) dan cuenta de un aumento en la intensidad ocupacional desde el Arcaico Tardío, en asociación a los innovadores procesos de cambio tecnológico antes descritos, a la vez que una ampliación de los sistemas de asentamiento locales, con la articulación de una variada y especializada gama de emplazamientos logísticos en todo el territorio. Es probable, y los datos así lo demuestran, que dicha mayor intensidad ocupacional sobre los respectivos nichos sea la causa de un aumento progresivo de la presión sobre el consumo de los recursos alimenticios locales (Castelleti *et al.* 2009), como lo atestiguan las menores tallas de especies de moluscos básicos en la dieta costera como *Fissurella crassa*, *Fissurella máxima* y *Concholepas concholepas* para el Arcaico Tardío y Formativo en Taltal (Castelleti 2007) (tabla 1), situación similar a lo descrito para el Arcaico Tardío en Los Vilos, donde el recurso *Concholepas concholepas* disminuirá su talla en algunos sitios desde los 100 mm en torno a los 5000 AP a los 60-70 mm hacia los 2200 AP (Jackson *et al.* 2004), rango de talla muy similar (50-60 mm) al descrito para la misma especie en el sitio Museo del Desierto (Castelleti 2007) (tabla 1).

Tabla 1. Rangos de talla del recurso malacológico en sitios estudiados en Taltal a través de la secuencia prehispana (en gris promedios de talla menores)

Sitio	Fecha (AP)	Período cultural	Biomasa (g)	Talla Fis. máxima (mm)	NI Fis. máxima	Talla Fis. crassa (mm)	NI Fis. crassa	Talla Conch. conchol. (mm)	NI Conch. conch.
226-5	10.290	Arcaico Temprano	8320,0	66,5	123	48,5	29	50,4	15,5
226-5	10.040	Arcaico Temprano	25.205,0	66,8	273	46,3	181	49,4	162
182 d	6650	Arcaico Medio	17.290,0	66,1	118	51,1	149	57,8	104
228/230	4840	Arcaico Tardío	2535,0	36,1	18	44,8	80	43,5	22
228/230	5150	Arcaico Tardío	4060,0	40,8	24	45,5	62	44,8	26
183	3320	Formativo Temprano	454,5	28,9	26	43,6	38	41,6	27
220		Formativo Indeterminado	362,5	53,4	29	45,8	57	59	38
Llano	2800	Formativo Temprano	571,0	54,1	25	49,6	14	28	38
Plaza	2670	Formativo Temprano	2121,5	62,4	56	52,9	49	53,8	84
Paso Malo 2	1660	Formativo Tardío	6710,0	65	63	51,8	59	54,4	105
Km 34,860		Formativo Indeterminado	1851,5	61,2	34	51,6	35	54,8	72
226-5 (cer.)		Período Tardío	5810,0	62,4	141	44	77	43,9	22
182 d (cer.)	430	Período Tardío	770,0	38,7	12	46	8	46,7	5

Fuente: Castelleti 2007

Si se asume que la organización económica y política es un elemento clave para entender la formación de identidad cultural de los grupos, tanto a nivel micro como macroespacial, como también a través de su historia (Hernando 2002; Sugiura 1991), es altamente probable que los cambios observados en el patrón de asentamiento local y regional, el desarrollo de nuevas tecnologías y la generación de una economía costera excedentaria (Castelleti 2007) sea el resultado de intensos procesos de conformación de la identidad costera meridional andina.

Conflicto, identidad y simbolismo

La noción de conflicto se estructura básicamente sobre los conceptos de 'nosotros' y 'ellos', una oposición constante que permite la interacción entre diferentes grupos étnicos y culturales, que crea y refuerza la identidad, las relaciones sociales y de parentesco de los grupos humanos (Lévi-Strauss 2009 [1949]; Barth 1969 en Sugiura 1991; Hernando 2002). La identidad como conducta esencial humana (Hernando 2002) es un proceso adaptativo que articula a los grupos a un espacio, tiempo y condiciones culturales específicas, asumiendo peculiaridades

ergológicas, simbólicas y organizacionales específicas para cada grupo. En la prehistoria inicial, el conflicto pudo ser entendido por el acceso y control de un determinado territorio y recursos (Hernando 2002), ya que:

Todos los sistemas sociales con una estructura política reconocible y ciertas autoridades autónomas sobre un área definida, mantienen alguna forma de territorialidad donde existen puntos, líneas o áreas que exaltan la identidad del grupo y refuerzan el sentido de exclusividad de este en contra de los extraños (Sugiura 1991:263).

Con la complejización de la vida social en la prehistoria tardía e historia (Hernando 2002), la articulación de masivos sistemas económicos y políticos y la coexistencia de grupos culturales distintos bajo un mismo territorio (García Canclini 1982; Kuper 2001), la configuración de la identidad grupal fue adquiriendo matices distintos con un marcado énfasis en el individuo (Hernando 2002).

Un aspecto fundamental en los estudios de identidad en las últimas décadas es que han logrado establecer una articulación entre sus conceptos y la materialidad fragmentaria que estudia la arqueología, evidenciables también en estudios de grupos etnográficos (Lévi-Strauss 2009 [1949]; Sugiura 1991). Al asumir que la identidad se ve reflejada directamente en la materialidad y su organización en la vida privada y pública de los grupos humanos, en lo doméstico y masivo de tales grupos, no solo ciertos objetos o símbolos reflejan identificación grupal, sino que en general sus patrones de vida en el espacio y en el tiempo reflejan directamente maneras específicas de adaptación de un grupo humano a un medio ambiente en oposición a otros grupos frente a los cuales configura su identidad (Sugiura 1991).

Para el Arcaico Tardío del semiárido en Chile, Quevedo *et al.* (1982) nos brindan las primeras hipótesis de coexistencia de grupos humanos a partir del análisis de rasgos morfométricos esqueléticos, planteando la coexistencia de al menos dos grupos diferenciados desde el 5500 AP en el área de los valles transversales occidentales andinos. Quevedo define una primera entidad biológica humana desde el sitio La Rinconada 1, en el Arcaico Tardío, que habría originado a poblaciones de Chancoquín (valle del Tránsito, Huasco) en el período Medio y a Peñuelas 21 en el diaguita clásico. Una segunda entidad se habría desarrollado desde La Herradura en Coquimbo (El Cerrito) y Punta Teatinos en el Arcaico Tardío, hacia los emplazamientos alfareros de Pirita y El Torín en la cuenca alta del valle de Copiapó (2080-1380 AP). De esta manera, las poblaciones que habitaron la costa del semiárido de la IV región estaban inmersas dentro de un contexto macrorregional que las obligó a mantener su cohesión mediante la generación de mecanismos que reforzaran su identidad (Quevedo *et al.* 1982).

En el sitio Museo del Desierto ha sido posible distinguir al menos dos patrones fúnebres, los cuales se constituyen como evidencia para inferir pertenencia a determinados grupos diferenciados (Robben 2004). El primero (30,55%) lo constituyen dos fosas múltiples, con individuos preferentemente masculinos

y depositados en forma extendida (ventral y dorsal), con dataciones que van de 3000 a 2600 años AP (Biskupovic *et al.* 2010). Un segundo grupo (30,55%)⁵ lo constituirían la mayoría de los restantes individuos, depositados en fosas individuales o en pares y en posición preferentemente decúbito lateral y piernas flectadas (también algunos en posición decúbito dorsal con piernas flectadas), principalmente adultos masculinos o indeterminados, datados entre 3500-2500 años AP. Ambos grupos presentan evidencias directas de violencia, lo que nos indicaría que estarían participando de las mismas dinámicas de violencia interpersonal en un tiempo y espacio acotado.

Finalmente, el análisis de la distribución espacial de los sitios arcaico-tardíos descritos en la región y de su relación con el sitio Museo del Desierto-Conaf permite plantear que el sitio se ubica en un punto espacial estratégico, pues articula las rutas de movilidad norte-sur a través de la planicie costera y este-oeste hacia las zonas interiores de Andacollo y Elqui (Biskupovic *et al.* 2010). De esta manera, el territorio comienza a configurarse y valorarse mediante una serie de decisiones políticas tomadas por cada uno de los grupos que lo habitaron, lo cual se transformó en un antecedente directo que influyó en la generación de situaciones de conflicto y violencia intergrupales.

Conclusiones

El análisis crítico de las dimensiones simbólicas y materiales del registro arqueológico en el sitio Museo del Desierto-Conaf nos permite entender las causas y formas en que el conflicto se manifiesta, asimismo integrar estas evidencias a las dinámicas macrorregionales durante el Arcaico Tardío (5000-2500 AP). El sitio, interpretado como un campamento de tareas con un importante área de funebria, destaca por su alta frecuencia de evidencias directas e indirectas de violencia nunca antes descritas en la región, donde la presencia de puntas de proyectil incrustadas en piezas óseas de tres individuos (cráneo, costilla e ilión) dan cuenta de la intención de herir al otro y, aún más, su ubicación y escasos signos de reabsorción ósea hace pensar en su asociación con la causa de muerte (Frías 2010). Además, evidencias indirectas de conflicto, por ejemplo, traumas contundentes y puntas de proyectil alojadas en la cavidad torácica y abdomen, en asociación a los patrones funerarios observados en el sitio, como la posición homogénea de los cuerpos, la presencia preferente de individuos masculinos adultos y las escasas ofrendas en la configuración de las sepulturas, refuerzan la hipótesis de conductas de violencia intergrupales entre quienes ocuparon el emplazamiento (Castelleti *et al.* 2009).

Con el fin de explicar este hecho en la costa semiárida meridional andina, nos hemos adentrado en un análisis crítico del contexto en que se emplaza la

5 El 38,9% restante corresponde a fragmentos óseos humanos aislados, contextos disturbados o en precario estado de conservación, siendo imposible distinguir el modo en el que fueron depositados, así como estimar de sexo y edad.

evidencia, enmarcado en las dimensiones socioeconómicas y simbólicas de su sociedad. Por un lado, los patrones fúnebres dan cuenta de al menos dos grupos dentro del sitio Museo del Desierto, los cuales debieron reforzar sus identidades culturales en pos de mantener la supremacía y control de este territorio, aspecto consecuente al observar altos niveles de violencia intergrupala como materialización de dicho conflicto de intereses.

Finalmente, la manera en que las sociedades arcaico-tardías se organizan en el espacio meridional andino y cómo construyen sus formas de organización socioeconómica en torno a los recursos también refleja aspectos significativos y complementarios en la conformación de la identidad cultural de los diversos grupos humanos que interactúan desde momentos precerámicos, observándose la proliferación de amplios sistemas de asentamiento y la plena utilización del territorio y de los recursos disponibles, cuya base económica podría corresponder a la propiedad e intercambio de productos excedentarios. Sobre esta base, es plausible suponer que el conflicto intergrupala no necesariamente debería implicar grupos biológicos o étnicos distintos, ya que el complejo cuadro socioeconómico meridional andino además podría corresponder a la conformación de segmentos sociales diferenciados dentro de la sociedad costera y al manejo desigual del poder.

Bibliografía

- Biskupovic, M. (2008) *Rescate arqueológico sitio Museo del Desierto, Peñuelas IV región*. Informe de avance n.º 2. Ms.
- ; Fuentes, F. y Castelleti, J. (2010) «Interacción costa-interior en el litoral de Coquimbo: el caso del sitio Museo del Desierto-Conaf». En Fuentes, F.; Biskupovic, M.; Retamales, M. P. y Castelleti, J. (eds.) *Tradiciones de tierra y mar: antiguos pescadores, mariscadores y cazadores del semiárido*. Santiago de Chile, Fondart.
- Boehm, C. (1984) *Blood revenge: The anthropology of feuding in Montenegro and other tribal societies*. Lawrence, University of Kansas Press.
- Bourdieu, P.; Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (2008 [1973]) *El oficio de sociólogo*. México, Siglo XXI.
- Capdeville, A. (1921) «Notas acerca de la Arqueología de Taltal». *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. Vol. II n.º 5: 1-13.
- Castelleti J. (2007) *Patrón de asentamiento y uso de recursos a través de la secuencia ocupacional prehispana en la costa de taltal*. Memoria para la obtención del grado de Magister. Universidad Católica del Norte, Chile.
- (2008) *Informe preliminar 4.ª etapa Rescate sitio Museo del Desierto*. Ms.
- ; Delgado, A.; Campano, M. A.; Castillo, C. y Aravena, P. (2008) *Informe preliminar 2.ª y 3.ª etapas Rescate sitio Museo del Desierto*. Ms.
- ; Campano, M. A. y Abarca, V. (2009) «Modelo de adaptación costera durante el Arcaico Tardío en el semiárido: nuevos aportes con el estudio del sitio Museo del Desierto». Ponencia presentada al *XVIII Congreso Nacional de Arqueología chilena*.
- ; Guajardo, Á.; Delgado, A.; Campano, M. A.; Abarca, V.; Alfaro, S.; Castillo, C.; Fuentes, F.; Peralta, P.; Quiróz, L. (2010) *Informe final Rescate sitio Museo del Desierto (2ª, 3ª y 4ª etapas)*. Ms.
- Chagnon, N. (1988) «Life Histories, Blood Revenge, and Warfare in a Tribal Population». *American Association for the Advancement of Science*. Vol. 239, n.º 4843: 985-992.
- Clastres, P. (2004 [1977]) *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Coser, L. (1956) *The Functions of Social Conflict*. Nueva York, The Free Press.
- Ember, C. y Ember, M. (1992) «Resource Unpredictability, Mistrust, and War». *Journal of Conflict Resolution* 36: 242-262.
- Frías, L. (2010) «Hablan los huesos». En Fuentes, F.; Biskupovic, M.; Castelleti, J. y Retamales, M. P. (eds.) *Tradiciones de tierra y mar: antiguos pescadores, mariscadores y cazadores del semiárido*. Santiago de Chile, Andros Impresores: 107-128.
- García Canclini, N. (1982) *Las culturas populares en el capitalismo*. México, Editorial Nueva Imagen.
- Gat, A. (1999) «Pattern of fighting in simple, small-scale, prestate societies». *Journal of Anthropological Research* 55: 563-583.
- (2000) «The human motivational complex: evolutionary theory and the causes of Hunter-gatherer fighting». *Anthropological Quarterly*. Vol. 73 1: 20-34.
- Geertz, C. (2005 [1973]) *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.
- Gordon, F. y Ghidini, G. (2007) «Análisis bioarqueológico de la violencia interpersonal. El valle inferior del Río Negro (República de Argentina) durante el Holoceno Tardío». *Werkén* Vol. 9: 27-45.
- Guilaine, J. y Zammit, J. (2005) *The Origins of War Violence in Prehistory*. Traducido por Melanie Hersey. Barcelona, Ediciones Blackwell Publishing.

- Hernando, A. (2002) *Arqueología de la identidad*. Madrid, Akal.
- Jackson, D.; Báez, P. y Arata, J. (2004) «Composición de conchales, estrategias de subsistencia y cambios paleoambientales en un asentamiento arcaico, norte chico de Chile». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*: 37-48
- Kuper, A. (2001) *Cultura, la versión de los antropólogos*. Madrid, Paidós.
- Lambert, P. (1997) «Patterns of Violence in Prehistoric Hunter-gatherer Societies of Coastal Southern California». En Martin, D. L. y Frayer, D. W. (eds.) *Violence and Warfare in the Past. War and Society*. Vol. 3. Nueva York, Gordon and Breach Publisher.
- (2002) «The Archaeology of War: A North American Perspective». *Journal of Archaeological Research*. Vol. 10, n.º 3: 207-241.
- León, L. (1994) «Guerras tribales y estructura social en la Araucanía (1760-1780)». *Revista de Ciencias Sociales* 39: 91-110.
- Lessa, A. y Mendonça de Souza, S. (2007) «Gestación de un nuevo panorama social en el oasis atacameño: conflictos durante la transición para el período de las autonomías regionales» *Chungara Revista de Antropología Chilena* 39: 209-220.
- Levi-Strauss, C. (1969) *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires, Paidós.
- Llagostera, A. (1989) «Caza y pesca marítima (9000-1000 a. C.)». En Hidalgo, J.; Schiappacasse, V.; Niemeyer, H.; Aldunate, C. y Solimano, I. (eds.) *Culturas de Chile: prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello: 57-79.
- Luebert, F. y Plissock, P. (2006) *Sinopsis bioclimática y vegetal de Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Méndez, C. y Jackson, D. (2004) «Ocupaciones humanas del Holoceno Tardío en Los Vilos (IV región, Chile): origen y características conductuales de la población local de cazadores-recolectores del litoral». *Chungara Revista de Antropología Chilena* 36: 279-293.
- Milner, G. (2000) «Book Reviews, Troubled Times: violence and warfare in the past». *American Journal of Physical Anthropology* 112: 285-290.
- Mostny, G. (1964) *Arqueología de Taltal. Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros*. Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- Núñez, L.; Grosjean, M. y Cartagena, I. (2005) *Ocupaciones humanas y paleoambientales en la Puna de Atacama*. Taraxacum, Universidad Católica del Norte.
- Quevedo, S. (1998) *Punta Teatinos, biología de una población arcaica del norte semiárido chileno*. Tesis doctoral. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- ; Cocilovo, J. A. y Rothhammer, F. (1982) «Relaciones y afinidades entre las poblaciones del norte semiárido (Chile)». *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología*, La Serena: 249-268.
- Robben, A. (2004) *Death, Mourning, and Burial: A Cross-Cultural Reader*. Malden, Blackwell Publishing.
- Sugiura, Y. (1991) «En torno a los problemas étnicos en la arqueología regional: la cuenca del Alto Lerma en el Posclásico (Parte I: consideraciones teóricas)». *Anales de Antropología*. Vol. 28: 241-270.
- Torres-Rouff, C.; Costa-Junqueira, M. A. y Llagostera, A. (2005) «Violence in times of change: The Late intermediate period in San Pedro de Atacama». *Chungara Revista de Antropología Chilena* 37: 75-83.
- Walker, P. (2001) «A bioarchaeological perspective on the history of violence». *Anthropology* 30: 573-596.
- Zollikofer, C.; Ponce de León, M. S.; Vandermeersch, B. y Lève, F. (2002) «Evidence for interpersonal violence in the St. Césaire Neanderthal». *PNAS*. Vol. 99, n.º 9: 6444-6448.

Violencia y conflicto en el Intermedio Tardío tarapaqueño de Chile, reflexiones a partir de indicadores osteológicos y arqueológicos

ARYEL PACHECO¹
RODRIGO RETAMAL²

Resumen

El análisis osteológico de una colección del período Intermedio Tardío del Norte Grande de Chile (cementerio Pica 8, complejo Pica-Tarapacá) reportó una baja frecuencia de lesiones por causas violentas (6,19%; 6/97 individuos), con un solo caso claro de violencia intergrupala. Esto contradice la generalización que durante tal período en los Andes centro-sur habría un aumento de la violencia y descarta la existencia de guerra al sur de Tarapacá. Otras evidencias arqueológicas revisadas descartaron también la guerra en Pica, pero se sugiere la celebración de combates rituales. Este trabajo remarca la necesidad de realizar más estudios regionales dirigidos y específicos que mantengan separados los conceptos de violencia y sus manifestaciones, el de la identificación de la guerra y el del entendimiento del conflicto en las relaciones sociales entre los grupos que poblaron la región, pues lo último comprende una mayor complejidad en su abordaje.

Palabras clave: Intermedio Tardío; Chile; violencia; traumas óseos; conflicto.

¹ Área de Arqueología, Universidad Bolivariana (Chile), <aryel.pacheco@gmail.com>.

² Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, <roretama@uchile.cl>.

Abstract

The osteological analysis of a collection from the Late Intermediate period of North of Chile (Pica 8 Cemetery; Pica-Tarapacá Complex) found a low frequency of lesions product of violent causes (6,19%; 6/97 individuals), with only one certain case of intergrupal violence. This does not support the idea about the increased and generalized violence during that period in Center-South of the Andes and also discard the existence of warfare in Tarapacá. Others archaeological evidences reviewed also discard that warfare occurred at Pica, but celebration of ritual fights is suggested. This study remarks the necessity of conducting more specific research at local levels, which keep separated the concepts of violence and its manifestations from the identification of warfare and the understanding of conflict in the social relationships between communities that lived at the region, because the latter comprehends a more complex approach.

Keywords: Late Intermediate; Chile; violence; bone trauma; conflict.

Introducción

Para el período Intermedio Tardío (o de desarrollos regionales) se ha planteado la existencia de situaciones de conflicto, con variaciones regionales y zonales, en toda el área andina (Arkush y Stanish 2005; Nielsen 2007). Para el Norte Grande de Chile, aunque algunos materiales arqueológicos han sido interpretados como indicadores bélicos (Berenguer 2006: 38; Nielsen 2007) y se han identificado interacciones violentas en el oasis de San Pedro de Atacama (figura 1) (Torres-Rouff *et al.* 2005; Torres-Rouff y Costa 2006) el tema no constituye hasta ahora un aspecto fundamental para la arqueología de este período. Los estudios bioarqueológicos sistemáticos enfocados a la búsqueda de evidencia osteológica de violencia en San Pedro de Atacama demostraron mayor violencia durante el período Intermedio Tardío al constatar que la tasa de lesiones traumáticas resultado de agresiones era significativamente más alta que las cuantificadas para períodos arqueológicos anteriores o posteriores (Torres-Rouff *et al.* 2005; Torres-Rouff y Costa 2006). Sin embargo, hay diferencias en cuanto a la interpretación del espacio de interacción (intragrupal-intergrupar) en el que se presentó la violencia. Por un lado, el alza de lesiones durante el Intermedio Tardío es interpretada como reflejo del aumento de la violencia dentro de las comunidades producto del estrés por los recursos y cambios sociales (Torres-Rouff y Costa 2006: 68-69). Por otro lado, Berenguer (2006) relaciona este aumento con la idea del *Auca Runa* (o edad de los guerreros, según la denominación de Guamán Poma de Ayala para el período anterior a los incas) y por tanto lo considera como evidencia de violencia intergrupar (guerra).

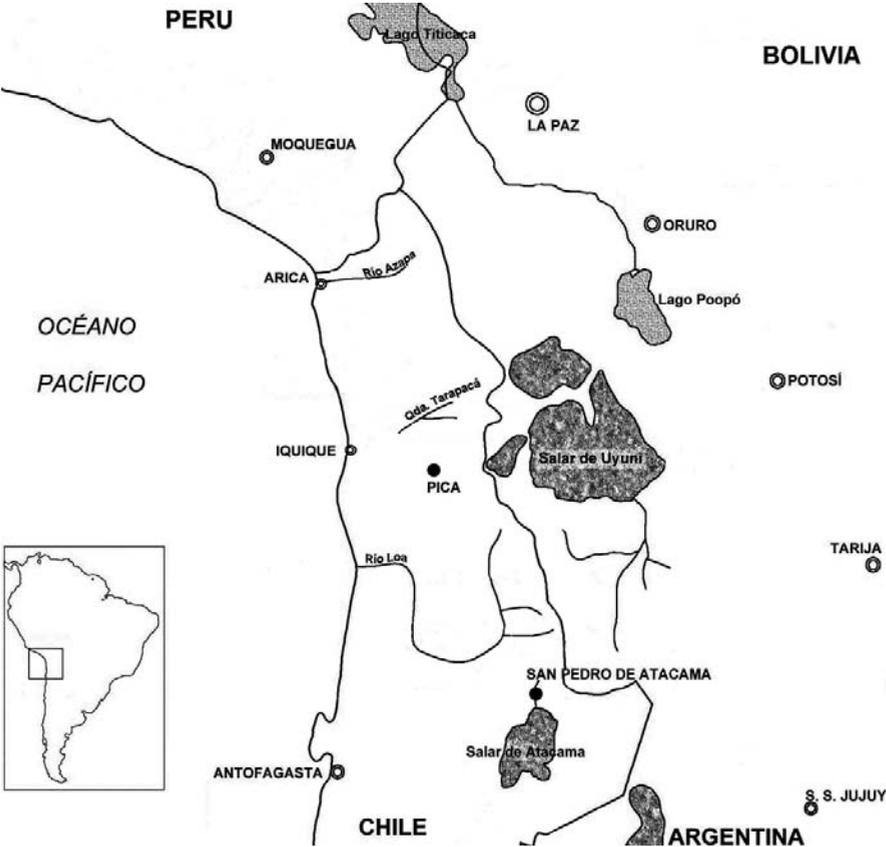
Bioarqueológicamente la *violencia* debe ser entendida como agresión física que es metodológicamente abordable a partir de sus consecuencias (traumas óseos), mientras que la identificación de la *guerra* comprende la consideración de un conjunto de indicadores arqueológicos y osteológicos. Por lo tanto, la supuesta existencia de guerra o agresión organizada entre unidades políticamente autónomas (Thorpe 2003: 146) durante el Intermedio Tardío del norte de Chile solo podrá ser comprobada, refutada o modificada en la medida en que la investigación en este tema progrese.³ Por ello se abordaron las evidencias provenientes y relacionadas con un sitio del área arqueológica de los Valles Occidentales, específicamente de la subregión de Tarapacá, donde el período Intermedio Tardío es denominado complejo arqueológico Pica-Tarapacá. El sitio se denomina cementerio Pica 8, localizado en el oasis de Pica a 1300 m. s. n. m. (figura 1) y los fechados radiocarbónicos de tres muestras de hueso humano indicaron contextos contemporáneos entre el 900 y el 1280 cal d. C. (Catalán 2006: 102-103). Si bien los datos

3 En los Valles Occidentales, existen investigaciones de traumas esqueléticos o de evidencia osteológica de violencia abocadas a períodos tempranos del sector de Arica (Standen *et al.* 1984; Costa *et al.* 2000; Standen y Arriaza 2000), pero los datos para el Intermedio Tardío (Cultura Arica, Fases: San Miguel-Pocoma-Gentilar) están dispersos o no cuentan con adscripciones arqueológicas precisas (Castro y Aspillaga 2004).

de traumas esqueléticos en la muestra de Pica 8 son escasos y parciales (Munizaga 1974; Retamal y Pacheco 2006), se ha especulado que los habitantes del oasis tomaron parte en conflictos violentos intergrupales al suponer que ciertos elementos en las ofrendas y ajuares funerarios (cascos y petos o ‘armaduras’, Berenguer 2006) pertenecieron a ‘guerreros’. Estos guerreros estarían «particularmente bien representados en el cementerio Pica-8 [...] [y] [...] reflejarían un clima bélico que se halla generalizado en esta época a través de gran parte de los Andes» (Berenguer y Cáceres 2008: 143), en donde «las expediciones caravaneras y la propia vida en la región contemplaban la posibilidad de encuentros violentos *con otros grupos*» (Berenguer 2006: 37; las cursivas son nuestras).

Se presentan a continuación los resultados de la búsqueda y la caracterización de la evidencia osteológica de violencia en los individuos recuperados del sitio cementerio Pica 8 perteneciente al complejo Pica-Tarapacá, con el objetivo de aportar con datos empíricos a la noción de violencia generalizada durante el período Intermedio Tardío y a la interpretación del espacio de interacción (intragrupal-intergrupala) en el que las lesiones pudieron haberse producido.

Figura 1. Mapa que muestra la ubicación de San Pedro de Atacama y de Pica



Elaboración propia

Luego se desarrolla una discusión que revisa antecedentes arqueológicos pertinentes a la identificación de la guerra y de la violencia con el objetivo de poner a prueba si estos identifican la existencia de guerra en Pica durante el Intermedio Tardío. Finalmente, se discute cómo, desde la perspectiva del conflicto, se pueden explicar algunos puntos específicos relacionados con la caracterización de las relaciones sociales de esta comunidad.

Material y método

Se estudió una muestra ($n= 97$, tabla 1) de los restos humanos recuperados del cementerio arqueológico Pica 8 (oasis de Pica, figura 1), conservada actualmente en los depósitos del área de Antropología Física de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile (Lemp *et al.* 2008). La muestra analizada incluyó casos inventariados, con sexo y edad estimados (Buikstra y Ubelaker 1994; Schaefer *et al.* 2009) y que, en su mayoría, cuenta con proveniencia espacial dentro del cementerio (sector y tumba) (bases de datos de la Universidad de Chile; para un detalle de la preservación y conservación ver Pacheco 2010: 25-31).

Tabla 1. Composición de la muestra analizada ($N = 97$) por sexo y edad

Niños		Femeninos		Masculinos	
Categoría de edad: años	n	Categoría de edad: años	n	Categoría de edad: años	n
Feto: nonatos	1	Infantes II: 10-15	1	Infantes II: 10-15	2
Perinatos	2	Subadultos: 15-20	1	Subadultos: 15-20	2
Lactantes: 0-5	9	Adultos jóvenes: 20-35	18	Adultos jóvenes: 20-35	15
Infantes I: 5-10	11	Adultos medios: 35-50	19	Adultos medios: 35-50	13
Total	23	Adultos mayores: > 50	1	Adultos mayores: > 50	1
		Total	40	Total	33
		Hay además un ($n= 1$) adulto joven de sexo indeterminado			

Elaboración propia

La muestra se compone de un total de 29 individuos inmaduros (fetos, perinatos, lactantes, infantes y subadultos) y 68 adultos. Cada elemento óseo de estos individuos fue observado macroscópicamente en búsqueda de lesiones traumáticas relacionables con violencia. Es decir, producto de mecanismo directo, debidas a algún tipo especial de elemento o en una localización típica —patrón esquelético— (Merbs 1989; Lovell 1997, 2000, 2008; Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998; Galloway 1999; Walker 2001: 582-584; Ortner 2003). Las lesiones fueron registradas, descritas y fotografiadas. Para un caso además se realizaron radiografías digitales.

Resultados

En total, seis de los 97 individuos analizados (6,19%) presentaron por lo menos un trauma debido a causa violenta. Todos estos traumas afectaron a individuos adultos (8,8%; 6 en 68 individuos adultos) y se clasificaron como *ante mortem* u ocurridos en vida, pues presentan evidencias de reparación ósea en diferentes grados. A continuación se organiza la exposición de los resultados buscando establecer si las lesiones óseas remiten a agresión intergrupal o intra-grupal (tabla 2).

Tabla 2. Traumas por causa violenta identificados en la muestra analizada (N= 6)

Caso	Sexo, edad	Procedencia cementerio, n.º inventario (fechado)	Ubicación de la lesión (es)	Inter	Intra
1	Masculino, 30-40 años	Sector D, tumba 30, Bo796	Costilla, proyectil incrustado	x	
			Pie, pérdida de los dedos	¿?	
			Cráneo: frontal y nasal	¿?	
2	Masculino, 35-40 años	Sector G, tumba 63, Bo493	Cráneo: nasal	¿?	
3	Masculino, 40-45 años	Sector B?, tumba?, Bo440	Cráneo: nasal	¿?	
4	Masculino, 35-40 años	Sector I, tumba 3, Bo447 (Beta 220923, 1030-1230 d. C.*)	Cráneo: frontal	¿?	
5	Femenino, 40-45 años	Sector I, tumba 32, Bo438 (Beta 220924, 1170-1280 d. C.*)	Cráneo: frontoparietal	¿?	
			Cráneo: frontocigomática		x
6	Femenino, 40-45 años	Sector F, tumba 4, Bo442	Cráneo: frontal	¿?	
			Cráneo: arco superciliar		x

*2 sigmas, INTCAL98 (Pacheco 2010: 10)
Elaboración propia

Uno de los individuos (caso 1, SDT30, masculino) presentó una punta de proyectil triangular de lutita o basalto, posiblemente pedunculada con aletas laterales, incrustada en la primera costilla derecha (figura 2), lo que puede considerarse como prueba inequívoca de *violencia intergrupal* (Ferguson 1997: 322; Fisher 1989 en Chapman 1999: 109) pues corresponde a un proyectil de flecha lanzada con arco (Donald Jackson, comunicación personal). Según Retamal *et al.* (2009) la dirección de entrada fue de lateral a medial y de anterior a posterior y luego del impacto el pedúnculo y la aleta ausente pudieron quebrarse al extraerse el astil, lo que sería confirmado por la identificación radiográfica de un pequeño fragmento desprendido del proyectil que quedó alojado dentro del tejido óseo reparado. Posterior al evento, el individuo fue

capaz de recuperarse del trauma como evidencia el periostio, que comenzó una actividad regenerativa, formando hueso alrededor del cuerpo de la punta de proyectil hasta cubrirlo casi completamente.

Este individuo (caso 1) además presentó pérdida *ante mortem* de los dedos del pie izquierdo, pero resulta problemático distinguir si esto último fue producto de algún tipo de amputación (quirúrgica o por castigo) o corresponde a un hecho accidental como plantea Munizaga (1974). En este individuo se identificaron también otros traumas en el cráneo (fractura nasal y depresión en frontal) que indican su exposición a situaciones violentas, pero la interpretación (intragrupal-intergrupala) es compleja si se considera únicamente la evidencia osteológica.

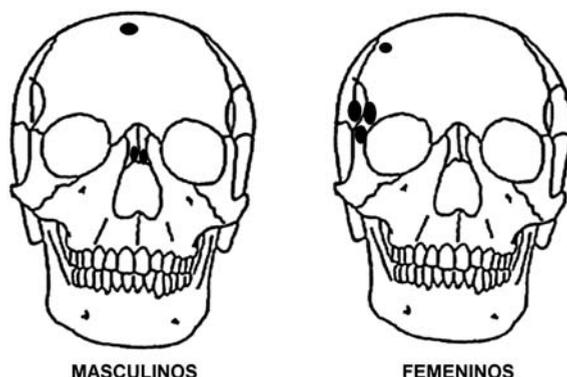
Figura 2. Radiografía digital de la primera costilla derecha del caso 1 (Pica 8, SDT 30)



Radiografía tomada por los autores

Los otros cinco individuos (tres masculinos y dos femeninos) presentaron hundimientos o elevaciones discretas producto de golpes, en la cara o en el frontal, similares a los hallados en el primer caso. Según un criterio de localización específica de las lesiones y atendiendo al sexo de los afectados (figura 3), es posible plantear asociaciones y realizar inferencias acerca de sus causas.

Figura 3. Localización en el cráneo de las lesiones interpretadas debidas a violencia, agrupadas por sexo



Elaboración propia

Entre estos cinco individuos hay dos masculinos (casos 2 y 3) que únicamente presentan fracturas nasales, las cuales se consideran como la manifestación esquelética más común de violencia dirigida a la cara (Walker 1997: 154) y podrían relacionarse con otros reportes de lesiones idénticas halladas en restos humanos de comunidades andinas prehispánicas interpretadas, y debidas a combates rituales —*tinku*— (Lessa e Mendonça 2006; Tung 2007), sugiriendo agresiones institucionalizadas. Arkush y Stanish (2005) indican que estas prácticas son explicaciones más viables donde haya evidencia de combate *sin* evidencia de efectos políticos o demográficos mayores (por ejemplo, altas tasas de trauma esquelético). No podemos saber si estos se dieron en contextos intra o intergrupales.

Otro individuo masculino (caso 4) presenta una lesión en la parte superior de la cabeza (hundimiento sin compromiso de la tabla interna) que indicaría violencia (Walker 1989; Standen y Arriaza 2000; Roksandic *et al.* 2006) que habría sido provocada por una maza o garrote (Chagnon en Walker 1997) o por un proyectil arrojado (por ejemplo, piedra) lanzado con la mano o con una honda. No se puede indicar si fue producto de un combate o de un ataque, ni si se produjo en un contexto intra o intergrupales.

Los últimos dos individuos afectados (casos 5 y 6) corresponden a casos femeninos y ambos presentan dos lesiones craneanas cada uno. Uno de ellos (caso 5, SIT32) presenta un hundimiento en el área frontoparietal derecha que remite al impacto de un objeto dirigido o lanzado hacia la cabeza y un hundimiento ubicado en la zona frontocigomática derecha que remite más bien a un golpe dirigido a la cara (por ejemplo, puñetazo). El otro individuo femenino (caso 6, SFT4) presentó evidencias de periostio hiperactivo o formación ósea heterotrófica de hematomas osificados como reacciones postraumáticas a golpes directos (Eshed *et al.* 2002:224) en lado derecho del frontal y en el arco superciliar derecho. Esta última localización (periorbital) concuerda con la de la lesión facial hallada en

el otro individuo femenino y se diferencian ambas de las halladas en individuos masculinos (nasales). Tomando en consideración estas diferencias, se puede indicar que las lesiones periorbitales son consideradas como prueba del ataque a una víctima pasiva y reflejo de *violencia intergrupala*, incluso interfamiliar o doméstica (Larsen 1999; Jackes 2004). Al contrario, las lesiones nasales observadas podrían ser caracterizadas como debidas a combates, posiblemente rituales, aunque no podemos saber si estos se dieron en contextos intra o intergrupales. Retomando ahora las lesiones craneanas que se identificaron en el caso 1, se observa una concordancia dentro del conjunto, pues este individuo masculino presentó una fractura ubicada en el frontal y una fractura nasal.

En síntesis (tabla 2), al menos el caso de la punta de proyectil remite a violencia intergrupala y las lesiones periorbitales encontradas en individuos femeninos podrían remitir la violencia intragrupal. Los traumas nasales observados en los individuos masculinos indicarían la existencia de combates, pero el contexto de estos es difícil de interpretar, pudiendo haber sucedido a nivel intragrupal, intergrupala o a ambos. Finalmente, no es posible discernir si lesiones frontales presentes tanto en individuos femeninos como masculinos se produjeron en combates-agresiones cuerpo a cuerpo o a distancia y tampoco si fueron en un contexto de lucha intragrupal o intergrupala.

Discusión

Las evidencias arqueológicamente relevantes para la identificación de la violencia y de la guerra son la evidencia osteológica, las características mortuorias o de enterramiento, las armas u otros objetos vinculables a conflicto, la iconografía y los sistemas de asentamiento o construcciones defensivas (Hass 2001; Arkush y Stanish 2005: 15; Nielsen 2007). Teniendo presente que constituye un grupo carente de una formación estatal (Uribe 2006: 96)⁴ se describe y discute a continuación cada una de las evidencias para establecer si constituyen o no prueba de la existencia de guerra en Pica.

Los resultados del presente estudio indicaron la existencia de traumas óseos relacionables con violencia, pero en escasa frecuencia (6,19%) comparado, por ejemplo, con el 35% reportado para el mismo período en San Pedro de Atacama (Torres-Rouff y Costa 2006), lo que descartaría un estado generalizado de violencia en Pica. Atendiendo a que «indudablemente, la osteología ofrece el mejor indicador arqueológico de la magnitud y frecuencia de la violencia física efectiva que acompaña a un tiempo de guerra» (Nielsen 2007: 28), los resultados

4 «In these non state contexts [...] we should expect that war parties would have been smaller, defenses less impressive and attacks more likely aimed at *raiding*, harassment, or the capture of prisoners and trophies rather than the conquest of territory and subjects» («En estos contextos no estatales [...] deberíamos esperar que los bandos guerreros hubiesen sido pequeños, las defensas menos imponentes y los ataques mas orientados al saqueo, hostigamiento o a la captura de prisioneros y trofeos que a la conquista de territorio y de persona», traducción de los autores) (Arkush y Stanish 2005: 7).

también descartan que el grupo estuviera involucrado en la guerra. Si bien se identificó un caso claro de violencia intergrupala (punta de proyectil incrustada), su presencia aislada y la falta de evidencias de lesiones producidas durante encuentros violentos fatales dentro de la colección analizada no permite sugerir guerra. La mayoría de los otros casos registrados no fueron claros de interpretar y aunque las lesiones craneofaciales identificadas bien podrían haber ocurrido durante situaciones de violencia intracomunitaria o intergrupala, sus características no apoyarían tampoco considerarlas como evidencia de guerra. Finalmente, se reitera la sugerencia de que las fracturas nasales encontradas (3 de 6 casos, todos masculinos) podrían remitir a combates rituales.

Con relación a las características mortuorias o de enterramiento es posible enfocarse en dos aspectos básicos. Primero, las características particulares de depositación del cuerpo o los cuerpos y, segundo, la asociación mortuoria entre individuos y elementos relacionables con conflicto («warriors' graves, artifacts such as weapons, armor...», Arkush y Stanish 2005: 15). Con respecto a lo primero, en el caso del cementerio Pica-8 lamentablemente casi no hay información de las excavaciones (Gordon 1964), pero puede indicarse que en general los cuerpos se ubicaron en fosas simples e individuales, lo que descarta entierros masivos simultáneos (fosa común de individuos de distintas edades, muertos por un grupo enemigo; para ejemplos del Mesolítico ver Vencl, 1999: 59), que es un criterio de identificación cuando la guerra afecta a un grupo como un todo (Brothwell; 1999: 25). De acuerdo a lo segundo, un estudio dirigido concluyó que no es posible «identificar» arqueológicamente a los supuestos guerreros de la comunidad a partir de la reconstitución de las asociaciones mortuorias, pues no se dispone actualmente de la información del o los individuos provenientes de las tumbas donde se encontraron los conjuntos de ofrendas-ajuare que incluyen objetos vinculables a conflicto (Pacheco 2010: 84).

El análisis de estos objetos (tabla 3) sugiere, sin embargo, considerar la mayoría como elementos rituales, con excepción de las boleadoras y las hondas, las que pudieron causar algunas de las lesiones observadas en los individuos del cementerio Pica 8.

Por un lado, las descripciones de varias de las posibles armas las descartarían como tales. Por ejemplo, uno de los arcos encontrados es considerado «seguramente simbólico» (Zlatař 1984, n.º inventario 1222), las puntas de flecha únicamente son de madera o de espinas de cactus, no de proyectiles líticos, y hay flechas y astiles de flechas sin ranuras de propulsión (Catalán 2006: 40-41). Esto más que prueba o reflejo de situaciones de violencia efectiva o, en el caso de los últimos, incluso como parte del instrumental utilizado para la caza, sugiere considerarlos como elementos rituales. Al respecto, Catalán indica que podrían representar objetos de combate ritual «quizás practicado por el difunto o sus deudos en festividades comunales» (2006: 100). Pasando ahora a los elementos que corresponden a vestimenta o indumentaria, los cascos y petos piqueños (figura 4) han sido interpretados como en clara asociación con conflictos bélicos (Nielsen

2007), pues señalarían la existencia de «guerreros» (Berenguer 2006), pero, al considerar que las evidencias bioarqueológicas revisadas indican la ausencia de conflictos violentos intergrupales (guerra), proponemos entender estos elementos como representaciones sublimadas del conflicto de dos maneras complementarias que, paradójicamente, en vez de servir *para la guerra* funcionarían para evitarla, sugiriendo un orden que trata de contenerla o controlar sus efectos (Clastres 1978 en Uribe y Adán 2008: 158-159). Una manera es considerar que estos objetos podrían haber sido utilizados por líderes o caudillos (Uribe 2006: 107) en ceremonias, tanto dentro como fuera de su comunidad, para cimentar y representar simbólicamente su liderazgo (Pacheco 2010), y la otra es ponderar que en aquellas ceremonias *pudo* haber situaciones de combates, pero a nivel ritual.

Tabla 3. Número de objetos relacionables con conflictos presentes en las ofrendas y ajuares del cementerio Pica 8

		n
Posibles armas	Arcos o maderos en proceso de convertirse en arcos	12
	Flechas, astiles, venablos	2 flechas, más de 180 astiles y un número indeterminado de fragmentos de astiles (> 60)
	Carcaj (bolsa para el transporte de flechas)	20 (varios conteniendo flechas, astiles y fragmentos de astiles)
	Manoplas	4
	Boleadoras	1
	Hondas	9
Vestimenta o indumentaria	Cascos o maderos en proceso de convertirse en cascos	7
	Petos	4
	Pulseras	1

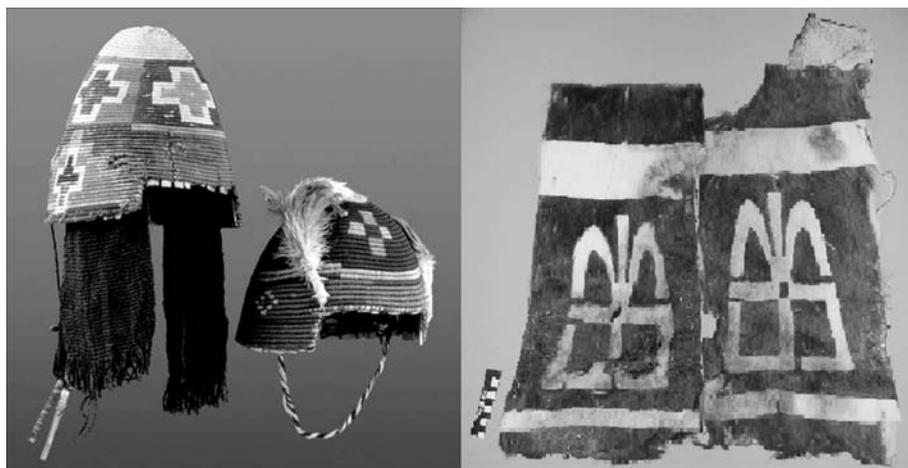
Fuente: Pacheco, 2010

De esta forma se explicarían además las características de varias de las lesiones óseas encontradas y la presencia en las ofrendas de armas que no fueron tales. Con esto nos referimos a que los objetos reflejan la tensión, pero la consagrarían a espacios e individuos. Esta acotación surgiría de posibles situaciones del pasado del grupo y sincrónicas a este. Dentro de las históricas, es posible que los combates rituales constituyan un epifenómeno, es decir, den cuenta de que en el pasado la comunidad —o sus ancestros—estuvieron involucrados en conflictos violentos (Nielsen 2007: 32) y, por tanto, sean resabios o remembranzas separadas temporalmente de los eventos o procesos que las determinaron y configuraron, inclusive donde la celebración cultural de la violencia puede tener una relación inversa con su frecuencia.⁵ La sublimación del conflicto, entonces,

5 Por ejemplo, Robb (1997: 138) concluye que «If cranial traumas reflects the level of interpersonal violence, this trajectory contradicts archaeological evidence, which suggests that

se relacionaría con un particular tipo de liderazgo ejercido por las autoridades étnicas locales, las cuales pudieron haber legitimado su posición mediante la celebración simbólica de la violencia en determinados contextos. Por otro lado, considerando que el grupo habría estado interactuando con otros a nivel comercial, económico y político, aunque manteniendo su autonomía, es esperable que en esta integración de comunidades locales puedan desarrollarse climas de tensión (Uribe y Adán 2008: 156) en donde la reafirmación de identidades locales podría haber generado conflictos intergrupales que pudieron derivar en situaciones de violencia efectiva, en algunos casos, o bien haber sido sublimados simbólicamente. En este último caso es posible que la indumentaria y los objetos relacionados con la guerra formaran parte de las investiduras necesarias para negociaciones, que suponemos que eran frecuentes si relacionamos a la élite piqueña con el control o explotación de vías caravánicas, las cuales habrían convertido a Pica en un sitio de fluido intercambio (Núñez 1984; Briones *et al.* 2005).

Figura 4. Cascos y peto de Pica 8



Fuente: Berenguer 2006: figura 14 y Catalán 2006: figura 4. b, respectivamente

Con respecto a iconografía relacionada con violencia o con guerra, no existen datos específicos en materiales recuperados del cementerio Pica 8, pues los estudios de iconografía en textiles (Agüero 2007; Catalán 2006) no se han centrado en estos aspectos y la cerámica que caracteriza al complejo Pica-Tarapacá es monocroma (Uribe *et al.* 2007: 166). Con respecto a manifestaciones iconográficas

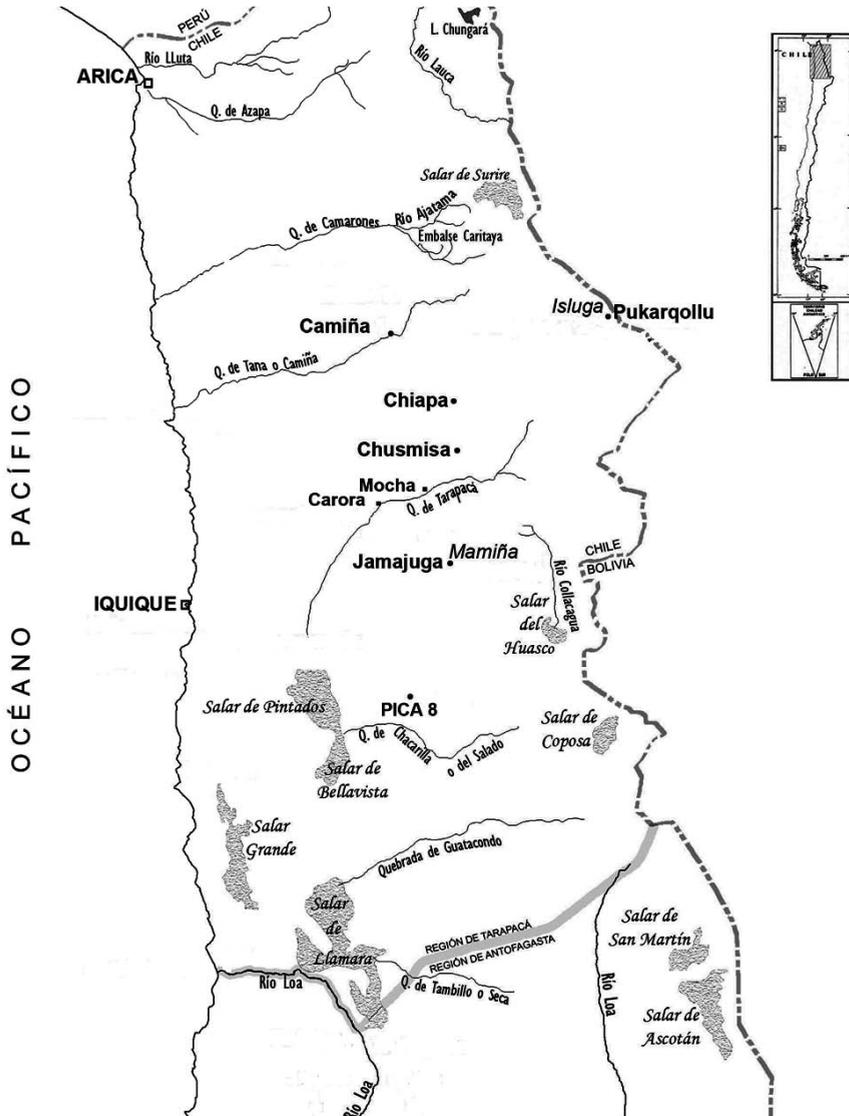
weapons and violence were culturally glorified and socially important from the Cooper Age on, culminating in the Iron Age ideal of the male warrior aristocrat. This apparent contradiction is explicable ethnographically, however. Rates of violence are often high in loosely-structured egalitarian societies and lower in societies with male status hierarchies... In Italian prehistory, weapon symbolism was central to a male prestige system which linked violence and honor as an idiom for male interaction and at the same time incorporated political and economic mechanisms for reducing and containing actual conflict». Para otro ejemplo que señala esta relación inversa, pero en el período anglosajón de Inglaterra, ver Härke 1990.

en técnicas rupestres (geoglifos, pinturas y grabados) durante el Intermedio Tardío, las investigaciones realizadas en las cercanías de Pica (Briones *et al.* 2005) han enfocado las interpretaciones hacia funciones cúltricas o de señalética ligadas al tráfico caravanero, mientras que los estudios en la porción septentrional de la región de Tarapacá han sumado a la discusión un rol también político del arte rupestre: como vehículo de diferenciación social y posiblemente étnica (Vilches y Cabello 2011: 51), pero ninguno menciona o explora posibles relaciones entre las representaciones caracterizadas y el conflicto. Un trabajo que sí fue específicamente dirigido a investigar la existencia de conflicto entre Tarapacá y Atacama (Pimentel y Montt 2008) al sur del complejo Pica-Tarapacá, concluyó, basándose en el análisis de artefactos (como reflejo de intercambio), de imágenes rupestres y del espacio, que habría que desestimar la idea de un conflicto endémico (por ejemplo, guerras, disputas armadas) entre ambas poblaciones.

Pasando ahora al sistema de asentamiento, para Pica no es posible considerarlo para identificar o inferir situaciones de conflicto debido a que allí no se han documentado sitios con arquitectura para los períodos tardíos, posiblemente por lo perecedero de los materiales empleados o porque los asentamientos históricos se emplazaron sobre los prehispánicos (Adán *et al.* 2007). Con respecto a la existencia de construcciones defensivas, dentro del complejo cultural Pica-Tarapacá se ha señalado la existencia de *pukaras* alrededor y al norte de la quebrada de Tarapacá: en la quebrada de Tana o Camiña (pukaras de Troncales), en Isluga (Pukar Qollu, Ilg-2), en la quebrada de Aroma cerca de Chiapa (pukaras Siñaguache), en el valle de Tarapacá (pukaras de Chusmisa, de Mocha —Mo 1— y de Carora) y en Mamiña (pukara de Jamajuga o cerro Gentilar) (Sanhueza 1981; Sanhueza y Olmos 1981; Reinhard y Sanhueza 1982; Moragas 1993; Adán *et al.* 2007). Sin embargo, no hay reportes de ningún pukara en las inmediaciones del oasis de Pica (Berenguer y Cáceres 2008: 125) (figura 5).

En resumen, la revisión indica que no hay evidencia que demuestre la existencia de guerra en Pica. Debe notarse sí que para tres de los antecedentes revisados los datos o la investigación son insuficientes para emitir juicios definitivos. En dos de estos, el sistema de asentamiento y las características mortuorias o de enterramiento, los datos específicos para Pica no existen y no pueden registrarse. En cuanto al tercero, la iconografía, consideramos que los datos no se han enfocado desde una perspectiva específica de la violencia, guerra y conflicto, lo que podría ser promisorio, al incluir no solo los materiales y evidencias cercanas a Pica sino toda el área tarapaqueña. Como evidencias negativas de guerra en Pica se pueden considerar la falta de construcciones defensivas y las características de la evidencia osteológica; la única posible evidencia positiva de conflictos, pero no de guerra, sería la presencia de ciertos objetos posiblemente utilizados como símbolos en ceremonias o vinculables a combates rituales. Esto último, de paso explicaría en parte las características de la evidencia osteológica de violencia (combates rituales).

Figura 5. Mapa que muestra la localización de los pukaras y la ubicación de Pica



Fuente: modificado de Uribe *et al.* 2007: figura 1

El contraste entre datos de Pica 8, donde los ajuares serían abundantes (Zlatar 1984; Catalán 2006), no habría sitios defensivos en las inmediaciones y el trauma violento bordea el 6%, con datos de culturas sincrónicas de San Pedro de Atacama, donde se ha identificado un «empobrecimiento de los ajuares», un cambio en el patrón de asentamiento (reducción y nucleamiento poblacional), construcción de pukaras, y las evidencias de traumas violentos bordean el 30% (Torres-Rouff y Costa 2006); todo esto sugiere dos cosas.

Lo primero es la necesidad de descartar generalizaciones para un período de más de 500 años (900-1450 años d. C.) en un área tan extensa como los Andes centro-sur, en pos de privilegiar el examen de casos de estudio acotados, desde la perspectiva de desarrollos regionales es decir, desde lo local. La violencia y la guerra no corresponden a *respuestas naturales* del ser humano, sino son producto de contextos sociales particulares; primero debe probarse la existencia de ellas para poder estudiarlas a mayor escala o en mayor profundidad. Metodológicamente, el análisis pormenorizado de diversas evidencias arqueológicas no debe equiparar los conceptos de violencia, guerra y conflicto, pues su abordaje arqueológico comprende niveles de complejidad creciente. Mientras es más sencillo identificar la violencia, lo más complejo es abordar el conflicto, al abarcar este motivos, causas, curso y resultados; aspectos que no son directamente observables. Así, las pruebas empíricas de situaciones violentas no serían un punto de término sino el de partida, y la guerra y el conflicto no serían, por tanto, medios explicativos sino objetos de estudio en sí mismos que aportarían al entendimiento de la vida social de la población de estudio y de su desarrollo en el tiempo. Para ello se requiere investigar las circunstancias particulares de cada conflicto —o de períodos pacíficos— durante el Intermedio Tardío según aspectos históricos y contextuales y no simplificar el estudio del conflicto a la influencia de poderes externos como controladores de la violencia y el orden (tiwanaku y luego inca) o constatación de efectos ambientales (por ejemplo, sequía). Ampliar el marco interpretativo del conflicto desde perspectivas que integren las relaciones de poder, reconociendo la participación de aspectos socioeconómicos como factores y no como causas, permitiría problematizar, además, las relaciones políticas dentro de los grupos y entre ellos y generar propuestas que dirijan nuevas investigaciones enfocadas a mostrar la diversidad local y la expresión de distintos comportamientos que, en último término, permitan elaborar hipótesis contrastables acerca de estructuraciones internas e interacciones.

Lo segundo es proponer posibilidades de investigación para explicar las diferencias entre los indicadores de conflicto entre Pica y San Pedro de Atacama, mas allá de un criterio estrictamente económico que las entendería debidas a un período de «pobreza» en San Pedro (Torres Rouff *et al.* 2005) frente a uno de «riqueza» en Pica (Catalán 2006), por ejemplo:

- a. Pica 8 y sus evidencias representan a la primera mitad del Intermedio Tardío, mientras que los indicadores de violencia en San Pedro representarían momentos posteriores. Apoya esta idea que las dataciones de los restos humanos recuperados del cementerio Pica 8 indicaron fechas entre el 900 y el 1280 cal d. C. (Catalán 2006: 102-103), los análisis cerámicos ubican al cementerio Pica 8 dentro de un momento temprano del complejo Pica-Tarapacá (fase Tarapacá, *ca.* 900-1250 d. C.) circunscrito a la Pampa del Tamarugal y la costa (Uribe *et al.* 2007) y que los textiles de Pica 8, que definen el estilo tarapaqueño, se habrían extendido por la costa hasta Arica hacia el norte y hasta Quillagua en el curso inferior del

Loa por el sur, durante la primera mitad del Intermedio Tardío (Agüero 2007). Habría que investigar qué ocurrió durante la segunda mitad del Intermedio Tardío con las poblaciones piqueñas y establecer una cronología fina de la evidencias de violencia o conflicto en San Pedro de Atacama para identificar posibles agrupamientos o asociaciones cronológicas. Esto por cuanto investigaciones en distintos lugares de los Andes centro-sur han demostrado un momento de inflexión que se evidencia en cambios marcados entre el 1200 y el 1300 d. C (Nielsen 2007), como por ejemplo que la mayoría de los *pukaras* fueron construidos después del 1200 d. C (Arkush y Stanish 2005).

- b. Pica 8 representaría un grupo especializado en la producción textil y el tráfico caravanero que no tomaría parte o se vería afectado por conflictos violentos. Esta posibilidad sugerida por Nielsen (2007: 28), aunque no específicamente para Pica, podría considerarse al observar la dispersión de sus textiles (Agüero 2007) y constatar la gran cantidad de bienes foráneos hallados en Pica 8 (Zlatar 1984). Mientras en Pica podría haberse intensificado el tráfico con la interacción y el comercio como fuentes de desarrollo, San Pedro pudo haberse aislado privilegiando la producción agraria y la defensa de territorios y recursos (¿agua, tierra cultivable, lugares de extracción mineral?).
- c. las diferencias entre Pica y San Pedro obedecen a diferentes conducciones sociopolíticas contrastantes (zonas altas/áreas bajas), como también se ha encontrado en otras regiones de los Andes centro-sur.⁶ Mientras en San Pedro se habría perdido la individualidad en función del cooperativismo, en Pica la legitimización del poder y la jerarquía se basaría en el prestigio de «personas» (Catalán 2006). Estas personas, líderes o «caudillos» (Uribe 2006: 110) no habrían estado al mando de una sociedad unificada (señorío) armónica, tanto interna como externamente (Núñez 1984), sino de distintas estructuras sociales articuladas dentro del complejo Pica-Tarapacá. Estos grupos diferenciados, con distintas identidades, pudieron haber concertado negociaciones y ceremonias en

6 Owen (1995: 9-10), comentando los contrastes entre comunidades tardías del sur peruano, plantea la posibilidad: «There may sometimes be an inverse relationship between the reality and the appearance of power and status. When a leader really leads, as in the case of a military leader in times of war or a successful manager during a construction project, he (or she) may be recognized for his abilities and contributions, and may exercise his power and enjoy his status without the need for many archaeologically visible trappings. On the other hand, when a leader is trying to legitimize his role and maintain his status in the absence of a real need for leadership, he may surround himself with symbols of wealth and power, in order to set himself apart by ostentation and pomp» y contrasta la cultura Estuquiña «with leaders effectively coordinating defense and large construction projects» con la Chiribaya la cual «living peacefully and with minimal infrastructural needs, were burdened with a useless, ostentatious elite continually defending their privileged status with ever more outrageous displays of wealth in life and wastefully excessive funerary offerings buried, no doubt with showy ceremony by the survivors, in their unmarked graves at death».

un ambiente de cierta tensión debido al clima de competencia dentro y entre ellos. En esta sociedad, políticamente sujeta a jerarquización y segmentación (Uribe 2006: 96), la celebración de combates rituales pudieron funcionar no como una forma de enfrentamiento sino de integración entre las comunidades, pues el interjuego (combates o ceremonias) en el fondo es otra forma de intercambio que promueve la interacción y reafirma identidades.

Conclusiones

Los análisis osteológicos realizados en una muestra de restos humanos provenientes del cementerio arqueológico Pica 8 demostraron que no existe sustento para señalar que la comunidad tarapaqueña de la cual esta colección esquelética derivó estuviera involucrada o sufriera situaciones de violencia generalizada. Con respecto al tipo, grado y posible intencionalidad de tales lesiones, con excepción de un caso, estas no corresponden a las esperables como resultado de combates intergrupales abiertos o masivos (guerra) y varias remitirían a combates rituales.

La revisión de un conjunto de otros antecedentes arqueológicos también descartó que la comunidad de Pica haya sufrido o participado de la guerra, pero se reconoce que falta información para emitir juicios definitivos. Se discute la posibilidad de que, mediante cierta indumentaria, los líderes hubieran legitimado su poder al tener aquella una connotación simbólica vinculada con el conflicto y de que pudieran estar involucrados en combates, pero rituales. Se hace hincapié en la necesidad de mantener separados los conceptos de *violencia*, *guerra* y *conflicto*, pues, como se sugiere en este trabajo, la falta de evidencia de guerra no es sinónimo de ausencia de conflictos.

Este trabajo no buscó dilucidar las causas del conflicto durante el Intermedio Tardío sino que se enfocó en el análisis y revisión de sus manifestaciones y consecuencias tomando como caso de estudio, en particular, un ejemplo del complejo Pica-Tarapacá donde la existencia de violencia-guerra hasta ahora solo se había tratado de manera especulativa, asumiendo la existencia de *guerreros* y de *armas* y derivando de ello la existencia de guerra, mediante enfoques limitados a lo económico y funcional. Por ello desde un enfoque basado en la contingencia histórica donde toman preponderancia aspectos político-sociales, este trabajo, sugiere que aquellos objetos sobre los que se han especulado eran parte de la indumentaria de guerreros, formaban parte de los atuendos utilizados en ceremonias como símbolos del liderazgo ejercido por autoridades étnicas locales. En estas ceremonias no se descarta la existencia de combates, pero dentro de marcos institucionalizados (rituales), los cuales podrían ser vistos no como una forma de enfrentamiento sino de integración entre las comunidades.

La guerra y el conflicto son problemáticas complejas que requieren avanzar en aproximaciones basadas en diferentes líneas de evidencia que ofrezcan una

idea de su naturaleza. De esta forma, se podría contribuir a la interpretación y al debate acerca de las condiciones sociales durante el período Intermedio Tardío en el norte de Chile, las que al estar más ampliamente caracterizadas podrán permitir inferencias a mayor escala, ya sea desde la temática de la violencia, la guerra y sus manifestaciones, como de las relaciones sociales entre los grupos. Indudablemente queda pendiente encontrar asociaciones mortuorias que prueben quiénes usaron efectivamente los cascos y petos, si efectivamente estos son exclusivos de Pica 8 y varias preguntas más, como, por ejemplo: ¿qué efectos tuvieron las manifestaciones de conflicto en las relaciones de producción en y entre las comunidades (división del trabajo, distribución y consumo)? ¿Qué relaciones ayudaron a mantener? ¿Qué nuevas relaciones configuraron o ayudaron a configurar? En esta línea, el presente trabajo constituye una invitación para otros estudios que avancen en la investigación de la evidencia material del conflicto en el Intermedio Tardío para identificarlo y, sobre todo, para evaluar su naturaleza en la región.

Agradecimientos

Este trabajo fue parcialmente financiado por el proyecto Fondecyt 1030923 (investigador responsable, Mauricio Uribe). Agradecemos a Donald Jackson, quien contribuyó al análisis lítico de la punta aquí reportada y al Departamento de Antropología de la Universidad de Chile por facilitar el acceso y estudio de esta colección.

Bibliografía

- Adán, L.; Urbina, S. y Uribe, M. (2007) «Arquitectura pública y doméstica en las quebradas de Tarapacá: asentamiento y dinámica social en el norte Grande de Chile (900-1450 d. C.)». En Nielsen, A.; Rivolta, C.; Mercolli, P.; Vásquez, M. y Seldes, V. (eds.) *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*, Córdoba, Editorial Brujas: 183-206.
- Agüero, M. (2007) *Acerca del rol vestuario en el surgimiento, desarrollo y consolidación del «Complejo Pica-Tarapacá», Período Intermedio Tardío*. Tesis inédita, Antofagasta, Universidad Católica del Norte.
- Arkush, E. y Stanish, C. (2005) «Interpreting Conflict in the Ancient Andes: Implications for the Archaeology of Warfare». *Current Anthropology* 46(1): 3-28.
- Aufderheide, A. y Rodríguez-Martín, C. (1998) *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Berenguer, J. (2006) «La Edad de los Guerreros». En Cornejo, L. (ed.) *Catálogo exposición «Gorros del desierto» (Exposición, octubre 2006/mayo 2007)*, Museo Chileno de Arte Precolombino: 34-51.
- y Cáceres, I. (2008) «Los Inkas en el altiplano sur de Tarapacá: El Tojo Revisitado». *Chungará* 40 (2): 121-143.
- Briones, L.; Núñez, L. y Standen, V. (2005) «Geoglifos y tráfico prehispánico de caravanas de llamas en el desierto de Atacama (Norte de Chile)». *Chungará* 37 (2): 195-223.
- Brothwell, D. (1999) «Biosocial and Bio-Archaeological aspects of Conflict and Warfare». En Carman, J. y Harding, A. (eds.) *Ancient Warfare: Archaeological Perspectives*, Stroud, Sutton Publishing: 25-38.
- Buikstra, J. y Ubelaker, D. (eds.) (1994) «Standards for data collection from human skeletal remains». *Arkansas Archaeological Survey Research Series*, n.º 44, Fayetteville, Arkansas.
- Castro, M. y Aspillaga, E. (2004) «Paleopatología de las poblaciones prehistóricas». En Rothhammer, F. y Llop, E. (eds.) *Poblaciones chilenas, cuatro décadas de investigaciones bioantropológicas*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria: 37-55.
- Catalán, D. (2006) *Una aproximación a las expresiones simbólicas e ideológicas tarapaqueñas a partir del ritual funerario de Pica-8 y la Costa de Iquique (Período Intermedio Tardío)*. Memoria de Título inédita, Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Chapman, J. (1999) «The origins of warfare in the Prehistory of Central and Eastern Europe». En Carman, J. y Harding, A. (eds.) *Ancient Warfare: Archaeological Perspectives*, Sutton Publishing: 101-142.
- Costa, M.; Cocilovo, J. y Quevedo, S. (2000) «Patologías óseas, traumas y otros atributos en el grupo arcaico de Morro de Arica, Norte de Chile». *Chungará* 32 (1): 79-83.
- Eshed, V.; Latimer, B.; Grenwald, C.; Jellema, L.; Rotschild, B.; Whish-Baratz, S. y Hershkovitz, I. (2002) «Button Osteoma: Its Etiology and Pathophysiology». *American Journal of Physical Anthropology* 118: 217-230.
- Ferguson, R. (1997) «Violence and War in Prehistory». En Martin, D. y Frayer, D. (eds.) *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past*, Toronto, Gordon & Breach: 321-355.
- Galloway, A. (1999) *Broken Bones. Anthropological analysis of blunt force trauma*, Springfield, Illinois, Charles Thomas Publisher.
- Gordon, A. (1964) «Método de excavación aplicado en el cementerio Pica 8». *Boletín Sociedad Amigos de la Arqueología de Santiago* 2: 11-20.

- Haas, J. (2001) «Warfare and the evolution of culture». En Feinman, G. y Price, T. (eds.) *Archaeology at the millennium*, Nueva York, Kluwer Academic Publishers: 329-350.
- Härke, H. (1990) «Warriors graves? The background of the Anglo-Saxon weapon burial rite». *Past and Present* 126: 22-43.
- Jackes, M. (2004) «Osteological evidence for Mesolithic and Neolithic violence: problems of interpretation». En Roksandic, M. (ed.) *Evidence and meaning of violent interactions in Mesolithic*, BAR International Series S1237, Oxford, Archaeopress: 23-39.
- Larsen, C. (1999) *Bioarchaeology: Interpreting Behaviour from the Human Skeleton*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lemp, C.; Rodríguez, M.; Retamal, R. y Aspíllaga, E. (2008) «Arqueología del depósito: manejo integral de las colecciones bioantropológicas en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile». *Conserva* 12: 69-96.
- Lessa, A. y Mendonça de Souza, S. (2006) «Broken noses for the gods: ritual battles in the Atacama Desert during the Tiwanaku period». *Mem. Inst. Oswaldo Cruz, Rio de Janeiro*, Vol. 101 (Supl. II): 133-138.
- Lovell, N. (1997) «Trauma analysis in paleopathology». *Yearbook of Physical Anthropology* 40: 139-170.
- (2000) «Paleopathological Description and Diagnosis». En Katzenberg, M. y Saunders, Sh. (eds.) *Biological Anthropology of the Human Skeleton*, Nueva York, Willey-Liss: 217-248.
- (2008) «Analysis and Interpretation of Skeletal Trauma». En Katzenberg, M. y Saunders, Sh. (eds.) *Biological Anthropology of the Human Skeleton*, 2.^a edición, Nueva York, Willey-Liss: 341-386.
- Merbs, C. (1989) «Trauma». En Iscan, M. y Kennedy, K. (eds.) *Reconstruction of Life From Skeleton*, Alan Liss, Nueva York: 161-189.
- Moragas, C. (1993) «Antecedentes sobre un pukara y estructura de cumbre asociada a un campo de geoglifos en la quebrada de Tarapacá, área de Mocha, I Región». *Boletín del Museo Regional de la Araucanía* 4 (2): 25-39.
- Munizaga, J. (1974) «Paleopatología chilena (Informe Preliminar)». *Antropología (Nueva Época)* 1: 35-39.
- Nielsen, A. (2007) «Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico». *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1): 9-41.
- Núñez, L. (1984) *Tráfico de complementariedad de recursos entre las Tierras Altas y el Pacífico en el área centro-sur Andina*. Tesis doctoral inédita, Tokio, Universidad de Tokio.
- Ortner, D. (2003) *Identification of Pathological Conditions in Human Skeletal Remains*. 2.^a edición, Oxford, Smithsonian Institution, National Museum of Natural History, Academic Press.
- Owen, B. (1995) «Warfare and Engineering, Ostentation and Social Status in the Late Intermediate Period Osmore Drainage». *Society for American Archaeology 60th Annual Meeting*, Minneapolis.
- Pacheco, A. (2010) *Bioarqueología del conflicto: Lesiones esqueléticas en la Colección Pica 8 y su relación con situaciones de violencia interpersonal durante el Período Intermedio Tardío (Región de Tarapacá, Chile)*. Memoria de Título inédita, Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Pimentel, G. y Montt, I. (2008) «Tarapacá en Atacama. Arte Rupestre y relaciones intersociales entre el 900 y 1450 d.C.». *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (1): 35-50.

- Reinhard, J. y Sanhueza, J. (1982) «Expedición arqueológica al altiplano de Tarapacá y sus cumbreres». *CODECI* 2 (2): 19-42.
- Retamal, R. y Pacheco, A. (2006) «Perfil de salud y modo de vida de los individuos de la Colección Pica 8 (Período Intermedio Tardío, Complejo Pica-Tarapacá)». *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 71-81.
- ; Pacheco, A. y Pinares, J. (2009) «Un caso de punta de proyectil incrustada en esqueleto de la colección Pica 8 (PIT, Complejo Pica-Tarapacá)». *Panel presentado en el XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*.
- Robb, J. (1997) «Violence and gender in early Italy». En Martin, D. y Frayer, D. (eds.) *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past*, Toronto, Gordon & Breach: 111-144.
- Roksandic, M.; Djuric, M.; Rakocevic, Z. y Seguin, K. (2006) «Interpersonal Violence at Lepenski Vir Mesolithic/Neolithic Complex of the Iron Gates Gorge (Serbia-Romania)». *American Journal of Physical Anthropology* 129: 339-348.
- Sanhueza, J. (1981) «Antecedentes preliminares y dos fechas de radiocarbón del sitio Pukar Qollu o Pukara de Isluga, Altiplano de Iquique, I Región-Norte de Chile». *Documentos de Trabajo* 8: 32-44.
- y Olmos, O. (1981) «Usamaya I, cementerio indígena en Isluga, altiplano de Iquique, I Región-Chile». *Chungará* 8: 169-207.
- Schaefer, M.; Black, S. y Scheuer, L. (2009) *Juvenile Osteology: A Laboratory and Field Manual*, Elsevier, Academic Press.
- Standen, V.; Allison, M. y Arriaza, B. (1984) «Patologías óseas de la población Morro-1, asociada al Complejo Chinchorro: Norte de Chile». *Chungará* 13: 175-185.
- y Arriaza, B. (2000) «Trauma in the preceramic coastal populations of northern Chile: violence or occupational hazards?». *American Journal of Physical Anthropology* 112 (2): 239-249.
- Thorpe, I. (2003) «Anthropology, archaeology, and the origin of warfare». *World Archaeology* 35 (1): 145-165.
- Torres-Rouff, C.; Costa, M. y Llagostera, A. (2005) «Violence in times of change: The Late Intermediate Period in San Pedro de Atacama». *Chungará* 37 (1): 75-83.
- y Costa, M. (2006) «Interpersonal violence in prehistoric San Pedro de Atacama, Chile: Behavioral Implications of Environmental Stress». *American Journal of Physical Anthropology* 130: 60-70.
- Tung, T. (2007) «Trauma and Violence in the Wari Empire of the Peruvian Andes: Warfare, Raids, and Ritual Fights». *American Journal of Physical Anthropology* 133: 941-956.
- Uribe, M. (2006) «Arqueología de Pica-Tarapacá (Norte de Chile): Reflexiones acerca de la complejidad y desigualdad social en los Andes Centro Sur (1000-1450 d.C.)». *Estudios Atacameños* 31: 91-114.
- ; Sanhueza, L. y Bahamondes, F. (2007) «La cerámica prehispánica tardía de Tarapacá, sus valles interiores y costa desértica, norte de Chile (ca. 900-1450 DC): Una propuesta tipológica y cronológica». *Chungará* 39 (2): 143-170.
- y Adán, L. (2008) «Evolución social a través de la prehistoria tardía de Pica-Tarapacá (Norte Grande de Chile)». En Jackson, D.; Salazar, D. y Troncoso, A. (eds.) *Puentes hacia el pasado. Reflexiones teóricas en Arqueología*. Serie Monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología, n.º 1, Santiago de Chile: 147-168.
- Vencl, S. (1999) «Stone Age Warfare». En Carman, J. y Harding, A. (eds.) *Ancient Warfare: Archaeological Perspectives*, Sutton Publishing: 57-72.
- Vilches, F. y Cabello, G. (2011) «Variaciones sobre un mismo tema: el arte rupestre asociado al Complejo Pica-Tarapacá, norte de Chile». *Chungará* 43 (1): 37-52.

- Walker, P. (1989) «Cranial injuries as evidence for the violence in prehistoric Southern California». *American Journal of Physical Anthropology* 80: 313-323.
- (1997) «Wife Beating, Boxing, and Broken Noses: Skeletal Evidence for the Cultural Patterning of Violence». En Martin, D. y Frayer, D. (eds.) *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past*, Toronto, Gordon & Breach Publishers: 145-179.
- (2001) «A Bioarchaeological Perspective on the History of Violence». *Annual Review Anthropology* 30: 573-596.
- Zlatar, V. (1984) *Cementerio prehispánico Pica 8*, Antofagasta, Facultad de Educación y Ciencias Humanas, Universidad de Antofagasta.

La materia de la violencia: apuntes para la investigación arqueológica de la violencia

HENRY TANTALEÁN¹
ALEX GONZALES PANTA²

Resumen

La violencia es un concepto utilizado comúnmente. Sus diversas concepciones nos remiten a situaciones tan variadas que es casi imposible explicar la génesis, las formas en las que este fenómeno social se expresa y los objetivos que se resguardan en la elección de algún concepto que la describa y explique, más aún si consideramos las valoraciones subjetivas que esto implica. Por tal motivo, hemos considerado que antes de enfrascarnos en la discusión sobre el concepto en sí mismo para definir estas prácticas quisiéramos presentar unos apuntes o reflexiones que nos puedan ayudar a investigar la violencia en su concreción, sin caer en el reduccionismo de la descripción misma. Antes bien queremos tratar este fenómeno social desde su propia materia, emprendiendo un camino que la describa y la explique en cada una de sus principales materializaciones históricas, enfocándonos en casos concretos documentados en los Andes centrales y centro sur, aunque sin desvincularla de su universalidad.

Palabras clave: violencia, conflicto, guerra, arqueología andina.

1 Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima, <henrytantalean@yahoo.es>.

2 Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, <alexgonzal@gmail.com>.

Abstract

Violence is a commonly used concept. Its various concepts refer us to such varied situations that is almost impossible to explain the genesis and the ways in which this social phenomenon is expressed and the goals that are sheltered in the choice of a concept that describe and explain, especially given the subjective assessments that implies. Therefore, we have considered that before engage us in the discussion of the concept to define these practices, we would like to present some notes or «reflections» that can help us to investigate violence in its concreteness, without falling into the reductionism of the description itself. Rather we want to address this social phenomenon from his own field, embarking on a path that describe and explain each of its major historical embodiments, focusing on specific cases documented in central and south central Andes but without moving away from its universality.

Keywords: violence, conflict, war, Andean archaeology.

Introducción

En el escenario cotidiano en el que nos desenvolvemos observamos de manera directa e indirecta acontecimientos a los cuales solemos denominar como *violentos*. La gama de estos actos así llamados es muy variada. Los tenemos desde aquellos que califican alguna acción natural como violenta (un terremoto, por ejemplo) hasta los acontecimientos bélicos más intensos (las guerras entre países o de facciones dentro de estos). Esto ha generado que conceptos como *violencia*, *guerra* y *conflicto* hayan cobrado características polisémicas y multivalorativas, también debido a las complicaciones políticas, jurídicas y hasta éticas que implican. Incluso hemos observado, algunos con más indignación que otros, cómo esta característica del concepto *violencia* ha servido para justificar objetivos económicos en nombre de la paz, la democracia y el orden social mundial.

Consideramos que un debate que abarque solamente discusiones academicistas, en donde el origen y el fin último de las investigaciones sea el afán de ontologizar a la violencia, no tiene sentido en cuanto no tiene un valor real y social en los ámbitos en los que nos desarrollamos y (re)producimos socialmente. Del mismo modo, consideramos que sería un despropósito seguir enfocándonos en la recreación mental de las características «exóticas» de las expresiones de violencia en las sociedades no occidentales, precapitalistas o paracapitalistas.

Más allá de lo anteriormente señalado, creemos que tiene mayor significancia, dada la simplicidad nada inocente con la que se presenta y se representa la violencia (sobre todo en los medios de comunicación en los actuales sistemas de poder), superar la dicotomía simplificadora y maniquea a la que se reducen la acciones humanas, a saber, las ‘buenas’ o las ‘malas’, lo cual, a su vez, reduce la abundancia de formas históricas producidas en las sociedades humanas y entre ellas las que se pueden vincular con la violencia. Dentro de esta forma de reduccionismo es donde se encuentra cotidianamente la representación de la violencia, la cual está presente implícita o explícitamente en muchas de las investigaciones desarrolladas en la arqueología contemporánea. Es por ello que, y sobre todo en los Andes, muchos investigadores han revestido a esta práctica social de un velo de sacralidad o ritualidad, evitando reconocerla como violenta y, al hacerlo de esta manera, se ha otorgado una valoración positiva en tanto mecanismo cohesionador de las sociedades.

En ese sentido, a diferencia de otros lugares del mundo,³ el estudio de la violencia en los Andes prehispánicos (quizá porque nunca se reconoció como

3 Existe una extensa literatura sobre la violencia y el conflicto en diferentes partes del mundo (por ejemplo, ver Vencl 1984; Walker 2001; Arkush y Allen 2006; Nielsen y Walker 2009, entre otros). Incluso, desde el 2005 existe el *Journal of Conflict Archaeology*, publicación periódica, donde se pueden encontrar trabajos que cubren diferentes épocas históricas y prehistóricas en diversas áreas del mundo. Interesantemente, hasta el momento de publicar este texto no se había publicado ningún artículo referido al conflicto en los Andes prehispánicos.

tal) ha tenido un lugar restringido⁴ en la arqueología a lo largo de su trayectoria. Afortunadamente, en estos últimos diez años existen trabajos cada vez más sistemáticos que dan cuenta de su presencia. Sin embargo, la mayoría de estos son de carácter descriptivo (Vega-Centeno *et al.* 2006; Verano *et al.* 1999) y solo en algunos casos tratan de explicar la naturaleza de esta práctica (Topic y Topic 1997; Nielsen 2007; Ghezzi 2007; Verano y Toyne 2011). De esta forma, la mayoría de los estudios con los que se cuenta tienen que ver más con la identificación anecdótica de estos actos y casi todos son explicados como actos rituales (por ejemplo, Benson y Cook 2001).

Además, debemos añadir que en la investigación arqueología andina existe la inclinación a justificar las prácticas violentas asignándoles una suerte de esencialismo metafísico andino que se contrapone a lo ocurrido en el mundo occidental. Así, las prácticas violentas no tienen la misma carga negativa que sí se le reconoce a muchas prácticas que acontecen, por ejemplo, en la realidad social contemporánea, quizás porque las primeras se encuentran más distantes de nuestro tiempo. De esta manera, se puede reconocer, en ciertos ambientes académicos y comunes vinculados con la prehistoria e historia andina, una resistencia a ver a las sociedades andinas desde una perspectiva universalista y, por el contrario, se persiste en una suerte de particularismo histórico que, por medio de la concepción de *lo andino*, ha tratado de explicar a las sociedades prehispánicas como sociedades en las cuales las prácticas que se podrían relacionar con la violencia más bien se tratan de relacionar con lo ritual o lo ceremonial (para una discusión ver Arkush 2012). De este modo, esta racionalización que ya se habría dado en épocas prehispánicas tendría su origen y explicación en una cosmovisión que habrían tenido y compartido estas sociedades, que, sobre todo, se aplica a la sociedad inca más cercana temporalmente a nosotros, pero que se constituye en un ‘puente analógico’ para interpretar sociedades mucho más antiguas. Así, por ejemplo, el entierro de niños o adolescentes de ambos sexos en las montañas andinas en época inca que se conoce como la *Capac Cocha*, tendría sentido no como acto violento sino como parte de la religión incaica, como una ofrenda, y en el que las personas emparentadas directamente con dichos sujetos ofrendados, incluso, estarían de acuerdo con que sus hijos o parientes fuesen sacrificados a los *apus*, puesto que el ser depositados en dichos lugares aseguraría su trascendencia en el tiempo.

Asimismo, resulta interesante señalar que esta visión no ha sido particular de la arqueología, sino que otros ámbitos académicos como la antropología o la historia, en el Perú, han explicado casos como la violencia política acontecida en el Perú en los años ochenta y noventa del siglo pasado de manera muy similar (Vargas Llosa *et al.* 1983; Ponciano 2001). Sin embargo, dicha visión ha comenzado a ser cuestionada. Por ejemplo, la relativamente reciente publicación de los

4 Existen pocos trabajos que intenten explicar las prácticas violentas. Lo más común que se ha generado son trabajos en donde se señalan descripciones de actividades violentas e interpretadas como actos rituales (la arqueología moche y nazca son buenos ejemplos de ello).

informes de la *Comisión de la verdad y de conciliación* dan cuenta de muchas situaciones y acciones violentas por diferentes frentes políticos que tuvieron lugar en el Perú desde los años sesenta del siglo pasado, situación similar por la que han pasado muchos de los países sudamericanos (Cohen Salama 1992; Stern 1998). No obstante, creemos que no se ha reflexionado lo suficiente como para entender cómo es que las prácticas consideradas como violentas se producen y se re-producen, cómo es que tuvieron lugar y, más importante aún, qué objetivos perseguían.

Por lo anteriormente señalado es que creemos que la investigación objetiva⁵ de la violencia nos puede (de)mostrar cómo es que esta práctica tiene lugar realmente y, sobre todo, cuáles son sus fines específicos. En este sentido, podríamos plantearnos problemas que recientemente se vienen discutiendo en el ámbito de la arqueología: temas como la violencia doméstica en sociedades supuestamente igualitarias, patrones de asentamiento que privilegian lugares topográficamente estratégicos para la defensa del sitio en desmedro de localizaciones más fértiles para la agricultura o la ganadería o investigaciones en el ámbito de lo ideológico que tienen que ver especialmente con las representaciones iconográficas que no solo transmiten información en tanto prácticas sociopolíticas sino que también buscan intimidar a los receptores de dicho discurso materializado, etcétera. Creemos que todos estos tópicos y otros abordados en este volumen pueden ser relevantes para entender el accionar de los usuarios de la violencia o de los que la padecen en las diferentes sociedades humanas. De esta manera, existen variados temas desde los cuales se puede abordar la investigación de la violencia y obtener conocimiento sobre su origen, su desarrollo y, por qué no, su valoración a la hora de contrastarla con otras prácticas sociales como, por ejemplo, la cooperación o la solidaridad. De este modo se demuestra que la investigación de la violencia no solo es posible sino, sobre todo, necesaria.

La esencia de la violencia: buscando un concepto útil para la arqueología

Definir conceptos tan polisémicos como *violencia*, *conflicto* y *guerra* son tareas muy complicadas. La búsqueda de un concepto universal que pueda abarcar todas las manifestaciones de la violencia ha sido y es una tarea muy difícil y en casi todos los casos una tarea imposible (Blair 2009).⁶ Por eso mismo, en este trabajo no se busca presentar un concepto que abarque todas las formas que

5 Entendemos por *investigación objetiva* aquella en donde la investigación esté sustentada sobre y por los materiales (la materia), dejando de lado presupuestos teóricos que corroborar sin una reflexión propia que parta de los materiales recolectados.

6 Solo para poner un ejemplo extraído del ciberespacio, en la entrada *violencia* de *Wikipedia* podemos leer: «Se trata de un concepto complejo que admite diversas matizaciones dependiendo del punto de vista desde el que se considere; en este sentido, su aplicación a la realidad depende en ocasiones de apreciaciones subjetivas».

consideramos violentas y mucho menos su materialización en todos los escenarios posibles de la historia humana.

Al inicio de este texto hemos señalado que la investigación de la violencia que perseguimos no busca de ninguna manera recaer en una abstracción sin sentido. Es por ello que hacemos explícito que la búsqueda de un concepto que abarque todas las manifestaciones concretas de violencia podría resultar una tarea inútil si no reparamos en que la violencia, al igual que otras prácticas sociales, obedece a situaciones históricas específicas. Por ello, sin ánimos de caer en un relativismo extremo, consideramos que la investigación de la violencia debe contener o tener presente diversos factores como: la situación histórica en la que esta práctica se desencadena, los objetivos que persigue y los órdenes políticos y económicos que oculta y busca reproducir y mantener.

Consideramos que una investigación de la violencia tiene que presentar un marco teórico-metodológico originado en situaciones concretas e históricas y que no se la debe enfrentar desde enunciados, conceptos o categorías extraídas de otros espacios y tiempos donde la presencia o ausencia de algún elemento del modelo inicial confirme o refute la existencia de la violencia. Si obramos de esta manera la investigación estará limitada a un mero cotejo de los materiales arqueológicos reconocidos y relevantes para un marco teórico establecido a priori, muchas veces recogidos de espacios y tiempos ajenos al objeto de estudio al que se aplican. Creemos que esta forma de investigar se limita a reducir la realidad social a unas cuantas formaciones sociales conocidas y soslaya el compromiso con el objeto de estudio (los objetos arqueológicos) y más aun con el objeto de conocimiento (las sociedades humanas) mediante un proceso cognitivo idealista, ahistórico y mecanicista.

De esta manera, y dada esta problemática ontológica y epistemológica: ¿cómo enfrentar la investigación de la violencia desde la arqueología? Para responder a esta primera interrogante deberemos responder a estas otras: ¿cuándo es que podemos considerar un acto como violento? Y, más aún: ¿cuál es la génesis de este acto? ¿Qué factor o factores lo desencadena? Y, por último y más importante, ¿con qué fines se realiza un acto violento?

Estas últimas son preguntas de orden ontológico y según qué conceptualización se elija, elabore o maneje esta guiará las diferentes líneas de investigación al respecto de la violencia. De este modo, tenemos, por un lado, las concepciones que explican estas prácticas otorgándoles un sentido de esencialismo metafísico, biológico, geográfico y cultural y, por otro lado, las que reniegan de estas prácticas, tildándolas de salvajes, incivilizadas y, sobre todo, en nuestros tiempos, de terroristas.

Para evitar esta situación que, sobre todo, polariza la discusión y la explicación de los datos arqueológicos, lo que se plantea aquí es no seguir ahondando más en dicha discusión de orden ontológico, pues al final siempre habrá una elección de un concepto más o menos adecuado a nuestro interés subjetivo, de tal modo que, una vez elegido algún concepto, este precederá y recubrirá al

hecho, haciendo que el efecto se anteponga a la causa. Por el contrario, lo que aquí se plantea es que para salir de esta paradoja ontológica debemos regresar a las realidades concretas de estudio, en nuestro caso a la materialidad social consecuencia de las prácticas sociales de cada sociedad y proceso histórico, es decir, debemos regresar a la observación e investigación de las consecuencias de estos actos, antes de juzgarlos o valorarlos en el presente. Obviamente, siempre arrastramos nuestras propias experiencias y sesgos teóricos, pero esto no puede ser tomado como una justificación o excusa para tratar de alejarnos de los lugares comunes o teorías o modelos arqueológicos no adecuados a la realidad por conocer.

En este *intento deconstructivo* es que nos parece útil revisar sintéticamente la universalidad de la violencia y su encubrimiento en las sociedades humanas. Como, por ejemplo, hacen patente Foucault (1980) y Bourdieu (1997) en sus respectivos estudios, la violencia está presente en muchas de las actividades que desarrollamos, incluso algunas veces instalada en instituciones y prácticas que aparentemente están lejos de su manifestación y reproducción. Cada uno de estos investigadores ha analizado cómo la violencia se disfraza y reproduce en medios aparentemente imparciales o inofensivos, por ejemplo, en las escuelas, en la televisión o en los discursos. En general, lo que plantean estos autores es que la violencia se inscribe como un medio por el cual los grupos de poder ejercen y perpetúan el orden establecido. Estas formas de violencia se disfrazan en órdenes *no violentos* e, incluso, en instituciones que llaman a la paz.

No obstante, para entendernos y delimitar el fenómeno de la violencia, incluso a riesgo de caer en la ontologización que recusamos: debemos partir de una generalidad universal que sirva como partida para la investigación de la violencia. Así, consideraremos a la violencia como toda acción encaminada a impedir la libre expresión y manifestación de un individuo o colectivo y, al mismo tiempo, su condicionamiento para actuar de la forma que crea conveniente según el parecer del que procura tal violencia (Lull *et al.* 2007; Blair 2009). Esta violencia se manifiesta fundamentalmente de forma física y luego puede ser elevada a una violencia simbólica, pero siempre justificada o garantizada por la primera. Con este concepto podemos ubicar a la violencia como un medio para conseguir un objetivo concreto, ya sea este político, económico o ideológico. Además, contempla, como mínimo, dos elementos firmemente especificados para que se ejerza la violencia:

1. la necesaria existencia de dos individuos o colectivos, uno que ejerza la violencia y otro que la sufra, para lo cual necesita de:
2. los medios y condiciones objetivas para que se complete el conjunto de materiales requeridos para llevar a cabo un acto violento.

Ahora bien, la violencia puede ejercerse sin que se remita necesariamente a la violencia física directamente. Los discursos y los símbolos sirven de manera muy eficiente para mantener el orden del poder establecido y, así, la violencia, al no manifestarse explícitamente, se mantiene y se reproduce sin la necesidad

de su presencia efectiva. De este modo, esta se constituye en una forma de violencia sutil y sofisticada, ya que pasa desapercibida e incluso puede ser negada por los mismos que la padecen (dentro de un proceso de alienación que puede comenzar desde la niñez misma). En ese sentido, hay que considerar que todas las relaciones humanas se instauran socialmente, y muchas veces estas se generan y ordenan unidireccionalmente por los grupos políticos dominantes generando hábitos, normas de conducta, tabúes e ideologías que son prácticas en un sentido determinado que soslayan la violencia y que se manifiesta dramáticamente en los individuos que la padecen, la reproducen y aceptan conflictiva o pasivamente.

A pesar de ello, la manera en la que se hace más explícita la violencia ha sido y es el conflicto, que se desencadena cuando los que sufren la violencia se resisten, se dan cuenta de su presencia y tratan de subvertirla. Es ahí cuando la violencia se hace explícita. Como sabemos, en nuestra historia la guerra ha sido y es la máxima expresión de un conflicto social.

Es importante también establecer la diferencia entre la violencia como práctica institucionalizada de un grupo o colectivo social hasta formas de organización sociales (desde comunidades autárquicas hasta Estados) y la violencia como reacción espontánea por un hecho fortuito. Esclarecer esta diferencia es clave en la investigación, pues la orientará hacia la búsqueda de formas organizadas de violencia; esto supone todo un correlato material destinado a este fin exclusivo, lo que posibilita una investigación materialista de la violencia.

Ahora bien, con respecto a la violencia, un caso que merece especial atención es su vinculación con las prácticas sociales relacionadas con los rituales, ya que es la forma más representativa de investigación de actos de violencia en los Andes. La mayoría de estos trabajos, sustentados en teorías antropológicas, remiten estos actos, los rituales, a manifestaciones fenoménicas de constructos metafísicos (religiones), los cuales se reproducen con la intención de mantener el orden social establecido (Durkheim 1968; Rappaport 2001). En este caso, la concepción de la violencia no tiene cabida en tanto las posiciones de jerarquía social desaparecerían en los momentos en los que se desarrolla el ritual y, por consiguiente, estaríamos ante formas de cohesión social y no de coerción social (Rappaport 2001). Resulta interesante que estas perspectivas que ven al ritual como una especie de cemento social han sido continuamente reproducidas y asumidas implícitamente en la arqueología andina. Al respecto, los trabajos de René Girard (1998) son reveladores al desnudar la violencia presente en todos estos actos. Así, para este autor, los ritos de sacrificio están orientados a reproducir la violencia con la finalidad de refundar los mitos de origen, pero organizados en prácticas legítimas; así, «la víctima sacrificial» es el culpable simbólico —(el otro) ajeno en el escenario ritual— que ocupa el lugar del culpable de la crisis y, a la vez, salvador del mismo. Esto nos lleva a una interrogante antropológica muy antigua, la violencia como esencia de la humanidad, en algunos casos a partir de una entidad metafísica o un ordenamiento metafísico como la religión (Durkheim 1968; Malinowski 1986; Rappaport 2001) y, en otros casos,

como una suerte de innatismo humano (Girard 1998⁷; Balandier 1988) y, por supuesto, nunca faltan las explicaciones de la violencia como parte de nuestra herencia genética.

Sin embargo, no es el propósito de este trabajo discutir la trayectoria de las diferentes propuestas desde donde abarcar la investigación de la violencia y, en particular desde la arqueología, pues esto significaría una revisión más exhaustiva de los trabajos y, como ya dijimos, este no es un espacio destinado a este objetivo. Por ello, nos detenemos aquí para pasar a ver cómo es que podríamos reconocer esta violencia en los restos materiales.

La materialidad de la violencia: una propuesta para su investigación en arqueología

Como hemos señalado existen correlatos materiales a ser investigados para tener una aproximación a la práctica de la violencia. Atendiendo a lo expresado líneas arriba, como componentes mínimos o básicos para la existencia de la violencia se pueden plantear tres conjuntos de elementos que nos pueden ayudar a identificar la existencia de prácticas violentas dentro de una sociedad o entre ellas:

1. Medios para ejercer o rechazar la violencia (armas, cascos, escudos, murallas, artefactos con representaciones iconográficas con carga coercitiva, cadáveres humanos expuestos o desmembrados, etcétera).
2. Espacios de ejercicio de la violencia (instalaciones como fortalezas, campos de batalla, lugares de ejecución, fosas comunes, arquitectura, sobre todo la que incorpora símbolos coercitivos, etcétera).
3. Sujetos de la violencia, en tanto sea posible reconocer las consecuencias de la violencia en sus propios cuerpos (traumatismos, heridas, mutilaciones, partes del cuerpo, etcétera).

Ha de señalarse que la violencia, como toda práctica social, deja restos (léase evidencias arqueológicas) susceptibles de ser investigados objetivamente dentro del contexto social en el que tuvo lugar, a pesar de que pretendan o intenten ocultarse o quieran ser justificados ideológicamente. Por eso, desde la arqueología, planteamos que la violencia debe ser entendida desde las consecuencias concretas que implica esta práctica social, y que tiene que ver con la relación asimétrica que unos sujetos establecen sobre otros mediante diferentes medios, especialmente físicos.

Asimismo, es necesario entender que, si bien algunas prácticas violentas pueden haber sido racionalizadas en el pasado, esto no significa que su ejecución no traiga las mismas consecuencias (y tenga los mismos correlatos objetivos) para la vida social: por ejemplo, si bien algunos rituales se han aceptado como parte de la cosmovisión andina (por ejemplo, *Capa Cocha*) nadie puede negar que para la producción de un sujeto sacrificado se invirtió trabajo social y esto supone,

7 En el caso de Girard, este innatismo se puede rastrear a partir de su teoría mimética, en donde el deseo de lo ajeno es lo que desencadena la violencia.

además, la imposibilidad de que este sujeto pueda recrear su mundo y el de sus semejantes (la vida social del sujeto es cancelada).

A continuación reseñamos como es que se podría emprender la pesquisa vinculada con lo material para la búsqueda e identificación de las prácticas sociales violentas a partir de lo esbozado previamente.

Medios para ejercer o rechazar la violencia

Claramente, los artefactos u objetos que se pueden identificar como armas han sido el mejor y más utilizado indicador para identificar la existencia de prácticas violentas. Estos medios de violencia han sido constituidos históricamente y, por tanto, solo pueden ser comprendidos en su mismo contexto de operación. Asimismo, queda en muchos casos definir qué elementos, además de los artefactos, pueden haber sido utilizados como armas. Muchas veces simples elementos arrancados de la naturaleza como rocas o troncos pueden ser artefactos ofensivos o, por otro lado, elementos de la naturaleza pueden ser empleados para repeler la agresión.

Es importante señalar, además, que muchos objetos que han sido generalmente asumidos como rituales o religiosos pueden contener mensajes que reproducen la violencia, si se quiere, de forma simbólica. Si bien se ha asumido que la religión tiene como principal objetivo la cohesión (Durkheim 1968) también es necesario señalar que a lo largo de la historia además ha tenido una faceta coercitiva y hasta punitiva.

La asociación directa de estos medios con un sujeto, por ejemplo en una tumba, identifica a un sujeto con la práctica de la violencia. En algunos casos se han hallado individuos que claramente podrían haber sido los usuarios de dichos artefactos ofensivos, aunque también es necesario reconocer que algunos ejemplos presentan artefactos sobredimensionados, inútiles o no usados. Sin embargo, como hemos visto arriba, es posible que su simbolismo reproduzca la violencia latente en ellos y las prácticas que se representan a través de ellos.

Espacios de violencia

Los lugares donde acontecen estas prácticas violentas pueden ser construidos, pero también pueden ser espacios abiertos utilizados espontánea o consensuadamente. En el caso de las instalaciones preparadas para ello, pueden ser más fácilmente rastreables, empezando con lugares como *templos* hasta llegar a las grandes plazas en los sitios arqueológicos en donde se realizan actividades rituales de sacrificio. Quizá estos son los lugares más evidentes en nuestra investigación arqueológica, pero también hay que recordar que, como la historia nos lo demuestra, los conflictos muchas veces estallan en los lugares menos esperados. Los campos de batalla en las afueras de las ciudades son los mejores ejemplos de esto. La identificación de estos espacios es muy difícil (Verano y Toyne 2011: 451), sin embargo podemos considerar, por ejemplo, que no se conoce un campo de batalla identificado arqueológicamente para el caso de los incas, pero sí sabemos que las batallas y las guerras fueron recurrentes como

práctica institucionalizada. Lo que queremos señalar aquí es que la ausencia de la identificación arqueológica de campos de batalla no necesariamente niega que estas hayan existido. Quizás la negación de esta práctica se deba más a problemas metodológicos que a la inexistencia de tales evidencias.

Por otro lado, tampoco se ha considerado que debieron existir espacios donde las personas destinadas a los *sacrificios rituales* aguardaron su *destino final*, pues estos *rituales* deben realizarse en fechas más o menos específicas y contar con el elemento primordial: el sujeto a sacrificar. Al contrario que en la arqueología prehistórica, en la arqueología histórica este tema cobra relevancia donde, por ejemplo, se han estudiado espacios de tortura (por ejemplo, Doval y Giorno 2010).

Sujetos de la violencia

Gracias al avance de la bioantropología es factible recuperar en los mismos individuos las huellas dejadas por la violencia. Incluso ha sido posible encontrar asociadas a los mismos individuos los medios con los que ellos fueron violentados o asesinados. En este punto, retornamos a indicar que casi siempre se ha pretendido que estos indicadores serían más rituales que actos violentos, como se entiende en diferentes contextos arqueológicos e históricos. Por otro lado, las marcas de ejercicio de violencia no solo deben estar presentes en los individuos sacrificados en actos rituales sino también en individuos que pudieron haber sobrevivido a batallas, por ejemplo, en los cementerios, donde muy pocos individuos han sido estudiados a profundidad, pues lo más importante para estas investigaciones se desarrolla en el campo de los ajuares y no en una caracterización general de los individuos en una muestra amplia e intrasocial de un cementerio. La existencia de fosas comunes también es un tema que no se ha investigado como sería necesario debido a:

1. su difícil identificación espacial; y
2. su respuesta a espacios no institucionalizados o formalizados de entierro.⁸

Asimismo, tres aspectos fundamentales de la violencia, la escala, la intensidad y la frecuencia con la que esta se da, son rastreables desde la materialidad arqueológica, lo que ayuda a mejorar nuestras explicaciones con relación a su origen y sus consecuencias sociales.

Para que los indicadores arriba señalados no queden en otra abstracción queremos presentar, de manera sucinta, a los lectores y lectoras de este texto algunos ejemplos emblemáticos de los Andes centrales y centro sur que nos pueden ayudar a observar objetivamente estos elementos en las prácticas sociales

8 En el caso de fosas comunes de la historia reciente, sobre todo en Sudamérica existe una bibliografía interesante y cada vez más importante (por ejemplo, ver Funari y Zarankin 2006). Aquí me gustaría también incluir el texto de Ricardo Uceda (2004) que, aunque escrito desde el periodismo de investigación, me parece un documento importante para entender la lógica y la forma en la que actúan los victimarios y organizadores de las desapariciones, en este caso en el Perú de la década de los ochenta y comienzos de los noventa del siglo pasado.

prehispánicas. No es nuestro deseo agotar estos casos ni, mucho menos, proceder al cotejo exhaustivo de nuestros indicadores, aquí solo esbozados, sobre el registro arqueológico disponible, sino más bien, invitar a sus respectivos investigadores y a otros a discutir su pertinencia o no.

Un panorama de la violencia en los Andes prehispánicos

Se ha reconocido que durante el período Precerámico Temprano (12.000 a. C.-4000 a. C.)⁹ una de las principales actividades que se desarrollaron, aparte de la recolección y de la pesca, fue básicamente la caza, lo cual ha sido argumentado sobre todo por la gran cantidad de puntas líticas encontradas, especialmente en los sitios de la costa norte y central y en el altiplano de la sierra central y sur. Sin embargo, también podríamos reflexionar sobre otras funciones —aparte de la caza— para estas puntas. Claramente, la concepción del *buen salvaje* que persiste en las interpretaciones del pasado para este período, ha hecho que no se considere que estas puntas también pueden haber sido utilizadas para el ejercicio de la violencia, quizás en casos de apropiación de recursos o áreas para la caza o la recolección (al respecto para el caso europeo ver Guilaine y Zammit 2002). A esto se suma que no contamos con mayores evidencias a este respecto, sobre todo las que tienen que ver con los efectos que pudieron causar estos medios. En general, en los Andes centrales, salvo contados estudios importantes, el período Precerámico Temprano se encuentra a la saga de los estudios arqueológicos y, en general, siguiendo el paradigma descriptivo europeo paleolitista, no se ha ingresado a explicar temas relacionados con la violencia (para una buena síntesis de este período ver León 2007).

Más adelante, en el período Precerámico Tardío (3000 a. C.-1800 a. C.), se pueden señalar un contexto arqueológico relacionado con un evento violento. Un individuo sacrificado en el edificio denominado *templo mayor* en el sitio de Caral (2800 a. C.-1800 a. C.) fue hallado en un contexto de renovación del edificio, según la investigadora principal a modo de *sacrificio* (Shady *et al.* 2009). Sin embargo, gracias al análisis de antropología física realizado al sujeto se han podido determinar algunas características muy particulares, las cuales nos hablan de una salud precaria, derivada de una dieta baja en hierro, y de una probable anemia, osteoporosis precoz de la columna dorsal baja y lumbar asociada a un trama crónico de origen laboral (Shady *et al.* 2009: 31).¹⁰ En pocas palabras, este individuo en particular nos sugiere que las personas sacrificadas no son,

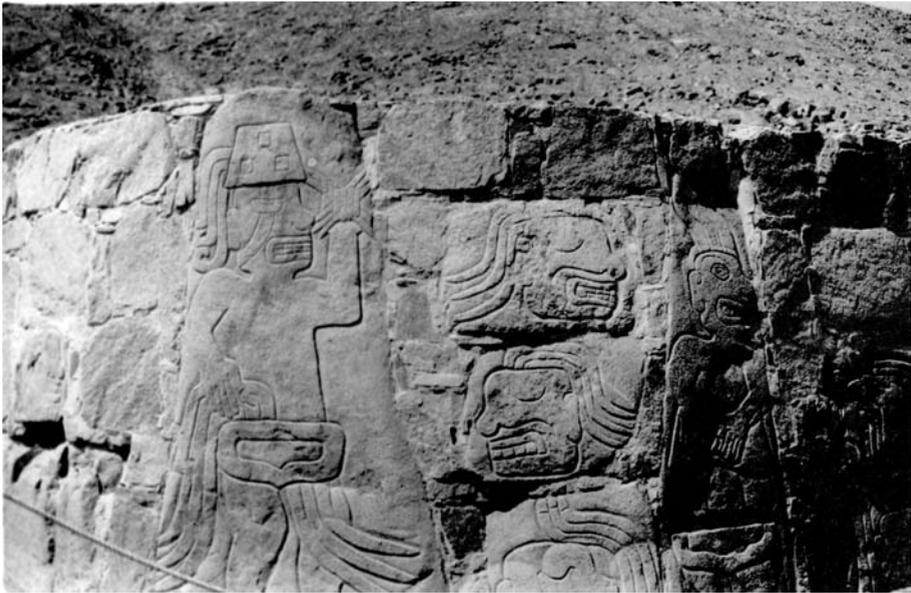
9 Aquí utilizamos la periodificación de John Rowe, pues, nos parece la menos apriorística de las existentes y es una de las más difundidas. Claramente, esta también posee diferentes problemas y sería mejor referirse a fechas concretas de fenómenos sociales concretos pero este no es lugar para solucionar este problema de profundo calado en la arqueología andina (por ejemplo, ver Ramón 2005).

10 Si bien para determinar que este individuo corresponde a un grupo diferencial dentro de la comunidad necesitamos muestras comparativas, es significativo que las características que presenta son indiscutiblemente de una persona que se dedica a una producción primaria (de alimentos) y no necesariamente de un especialista.

necesariamente, aquellas que tienen un cuidado especial en su mantenimiento y ya que van a ser sacrificados a los dioses, no necesitan de un enterramiento formal acompañado de algún tipo de ajuar. Si a esto le sumamos que el individuo presenta los brazos atados hacia atrás, podríamos inferir que este puso resistencia previamente y en el momento de su sacrificio. Todo lo anterior nos indica el ejercicio de la violencia, tal vez de orden político-religioso, puesto que el edificio en el que fue hallado era uno de los principales del sitio de Caral.

Posteriormente, al norte del valle de Caral, un caso bastante conocido y que se ha relacionado con la violencia (aunque también con el ritual) son las famosas estelas grabadas, colocadas en la pared exterior del edificio de cerro Sechín (2100 a. C.-1800 a. C.) en el valle de Casma (figura 1).

Figura 1. Vista de la esquina este del muro externo del sitio arqueológico de cerro Sechín, valle de Casma



Se aprecian las estelas líticas con bajo incisiones. En esta toma, izquierda a derecha, se aprecia un ser antropomorfo con tocado, tres cabezas seccionadas y un ser antropomorfo seccionado a la altura de la cintura.

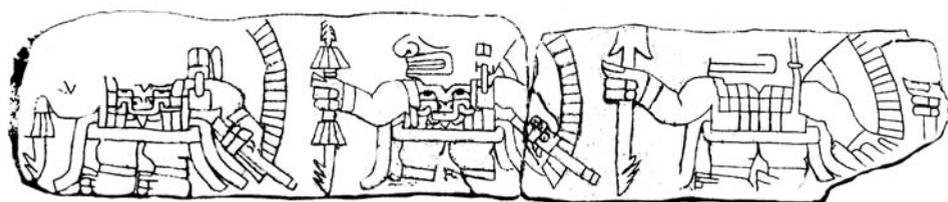
Fotografía de Henry Tantaleán

Estas estelas componen un tema en el que sobresalen personajes ataviados con vestidos y ornamentos, que portan artefactos que han sido interpretados como bastones y que claramente contrastan con los individuos desnudos o las partes de cuerpos humanos. Justamente es significativo que Shelia y Thomas Pozorski (2008: 621) se refieran a este y a otros edificios de ese valle como la concreción de un primer estado en la zona. Fuera de este caso particular tenemos pocos indicios de contextos arqueológicos relacionados con violencia

o resistencia, por ejemplo, contextos funerarios con individuos con señales de violencia, armas físicas o estructuras arquitectónicas como fortificaciones.

Posteriormente, en el Horizonte Temprano, y, específicamente en el sitio de Chavín de Huántar (1200 a. C.-500 a. C.), se puede ver claramente que la iconografía religiosa Chavín también incluye el tema de personajes con armas y cabezas trofeo (figura 2). De hecho, según Tiffany Tung (2007) hay indicios que la producción y el uso de cabezas trofeo ya existía en el período denominado Formativo (Tung 2007). Además, hay que recordar que, como Lumbreras (1993) nos informa, uno de los principales elementos que habría sido componente del festín que se infiere de los objetos de la *galería de las ofrendas* en el mismo Chavín de Huántar serían las mejores presas tomadas de cuerpos humanos, que posiblemente fueron consumidos allí, una antropofagia que no es ajena a otros lugares del mundo andino y a otras partes del mundo en general. Por otro lado, dentro del edificio principal de Chavín de Huántar existe también un espacio denominado *galería de los cautivos* —denominación recibida por las características que presenta (Lumbreras y Amat 1965-1966; Kembel 2005)—, un posible espacio para la inmovilización de sujetos dentro de espacios restringidos.

Figura 2. Dibujo del diseño del borde de un bloque lítico (cornisa) descubierto en 1998 en Chavín de Huántar



Se aprecian seres antropomorfos portando lanzas.

Fuente: Rick 2008: figura 1.15

Asimismo, vale la pena señalar que casi contemporáneamente y aún después de la máxima expansión del sitio de Chavín de Huántar, en la costa norcentral se construyeron, por primera vez, asentamientos fortificados como el de Acaray (900 a. C.-200 a. C.), en el valle de Huaura, en el que se evidencia claramente una necesidad de refugio y defensa de los constructores y usuarios de estos poblados fortificados (Brown 2009).

Según estudios recientes como los de Vincent Chamussy (2009) —que pueden ser cotejados con los de Richard Burger (1992) o Iván Ghezzi (2008), entre otros—, para la costa peruana, es a partir del denominado período Intermedio Temprano (200 a. C.-600 d. C.) o específicamente tras la extinción o influencia del fenómeno localizado en Chavín de Huántar en la costa prehispánica, cuando se inicia una época en la cual se comienza a experimentar la producción de espacios que uno podría definir como asentamientos fortificados; por el momento,

uno de los indicadores más significativos para hablar de defensa, invasión y grupos de personas atacando o resistiendo invasiones. Según las características también definidas por Arkush y Stanish (2005) para los *pukaras* o asentamientos de cumbre de cerros y amurallados del Altiplano del Titicaca, esas fortalezas de los inicios del período Intermedio Temprano ya cubren las características propias de asentamientos fortificados (Ghezzi 2007; Chamussy 2009) (figura 3). Asimismo, estos sitios poseen un control del espacio circundante y se hallan ubicados en lugares que controlan los movimientos humanos de un valle o un área extensa. Además, podemos encontrar amontonamientos de piedras que posiblemente fueron utilizadas para hondas, la principal arma a distancia del mundo andino, tan conocida y extendida en el mundo andino hasta la época inca y que es incluso ilustrada por Guamán Poma de Ayala.

Figura 3. Vista de una muralla de bloques de piedra del sitio arqueológico de cerro Oreja, valle de Moche



Esta muralla correspondería a los comienzos del Intermedio Temprano.
Fotografía de Henry Tantaleán

Es así que durante el período Intermedio Temprano diferentes sociedades de los Andes como las moche, lima, nasca, pukara y otras (Arnold y Hastorf 2008), hacen de la obtención, confección y acumulación de cabezas trofeo una práctica que, si bien pudo haber tenido un origen más bien ritual para épocas precedentes, se transforma en algo que claramente excede a una práctica social doméstica. En este período, dicha práctica convierte a las cabezas humanas en un elemento

que podía otorgar *prestigio* a sus poseedores pero, más importante para nuestra perspectiva, materializaría la capacidad para mutilar y acumular partes de sujetos violentados. Un contexto hallado en Nazca con unas 36 cabezas trofeo (Browne *et al.* 1993) nos ilustra claramente esta situación (figura 4).

Figura 4. Foto del hallazgo de las 48 cabezas trofeo en el sitio de Carapo



Fuente: Browne *et al.* 1993: figura 10

Asimismo, es necesario referirnos a la cuestión de los sacrificios moches, que han ocupado muchas publicaciones las cuales, mayoritariamente, asumen la propuesta de que los encuentros de grupos de individuos con armas representadas en algunas vasijas serían *batallas rituales*. Como hemos señalado previamente, este planteamiento está ciertamente inspirado en los trabajos antropológicos que estudian la práctica del *tinku* y que la utilizan para darle sentido a las prácticas en esta sociedad. Sin embargo, independientemente de que hayan existido batallas rituales o bélicas (ambas podrían muy bien haber ocurrido), lo que sí es reconocible en los contextos funerarios es que hay sujetos que pueden disponer de la vida de otros, no necesariamente del mismo grupo social, los que son sacrificados e incluso desmembrados o seccionados antes de ser enterrados¹¹ o simplemente descartados. Un fenómeno similar también es evidente en otros sacrificios humanos contemporáneos a los moches, como los hallados en la sociedad lima en los que, por ejemplo, en la Huaca Pucllana del valle del Rímac, se eligieron sobre todo mujeres para ser enterradas completamente o mutiladas como parte de los eventos de construcción de los diferentes edificios del complejo arquitectónico (Flores 2005: 72).

Posteriormente, en los Andes centrales se reconoce que el fenómeno wari (600 d. C.-1000 d. C.), con su origen en el área de Ayacucho, tuvo serias implicancias e influencias en las formaciones sociales de la sierra y de la costa. A pesar

11 Los trabajos que tienen que ver con la identificación de la distancia existente entre grupos genéticos podrán dar luces sobre quiénes fueron los sacrificados. Trabajos recientes de Sutter y Cortez (2005) y Shimada *et al.* (2006) son pioneros en esta línea de investigación.

de que el modelo de un imperio militarizado propuesto por Lumbreras (1975) y otros ha sido fuertemente criticado, es importante reconocer que espacios íntimamente relacionados con arquitectura y estilos cerámicos conocidos en la misma ciudad de wari, como el asentamiento de Conchopata, reunía prácticas sociales en las cuales la cabeza trofeo era un elemento relevante y que se puede encontrar en algunos de sus principales espacios arquitectónicos (Tung y Knudson 2008). Quizá, una de las evidencias más claras que se puede relacionar con violencia en esta sociedad también sea la existencia de una importante industria lítica que utilizó la obsidiana para producir puntas como las halladas en cerro Baúl, un enclave wari en el valle de Moquegua, que ocupa un lugar prominente en el valle y que lo convierte en una fortaleza natural (figura 5).

Figura 5. Vista de cerro Baúl, en el valle de Moquegua



En la cima del cerro se encuentra el principal asentamiento wari de la zona.
Fotografía de Henry Tantaleán

Reforzando el argumento de la existencia de este tipo de actividad bélica, recientemente se ha reportado iconografía en la que se representan personajes con armas con puntas posiblemente hechas con este material (Ochatoma y Cabrera 2000: figura 10) (figura 6). Tal vez el par de wari en el área de la cuenca del lago Titicaca, tiwanaku, sea más pródigo en ejemplos sobre la violencia cuando, por ejemplo, en la pirámide de Akapana se hallaron sacrificios humanos en diferentes sectores de la pirámide (Manzanilla 1992). Posiblemente el pobre estado de conservación de los restos humanos en la sierra haya creado una falsa

imagen de escasez de sujetos con indicadores de violencia. Por el contrario, en la costa, a pesar de que los waris y tiwanakus establecieron pocos enclaves en esta área, la mejor conservación de restos humanos posibilita una mejor observación de los indicadores de violencia.

Figura 6. Reconstrucción del diseño de un fragmento de una vasija wari encontrada en Conchopata



Fuente: Ochatoma y Cabrera 2000: fig. 10a.

Durante el período Intermedio Tardío (1100 d. C.-1470 d. C.) muchas sociedades, especialmente la chimú de la costa norte del Perú, habían establecido claramente prácticas socioeconómicas y sociopolíticas en las cuales el control de la sociedad se hallaba bien organizado. Entre estas prácticas que reproducían el poder político, una de las más relevantes estaba relacionada con el entierro de los señores chimú en la ciudad de Chan Chan, que sabemos que consumía tiempo y recursos de la sociedad muy por encima del resto de la sociedad e incluso de la misma elite. Así, por ejemplo, en un hallazgo singular, el entierro de un señor chimú en la plataforma de Las Avispas, en la ciudadela Laberinto se asoció con la muerte de al menos 93 individuos,¹² la mayoría de ellos mujeres jóvenes de entre 17 y 24 años de edad (Pozorski 1980). Asimismo, nos encontramos ante sociedades que necesariamente tuvieron que ejercer una violencia regular para poder ampliar sus fronteras, como se ve claramente en los estudios de Melissa Vogel (2003) con relación a la frontera sur chimú. Un caso que refuerza lo anterior es la ejecución masiva de sujetos que posiblemente se enfrentaron a los chimúes en

¹² Incluso Thomas Pozorski (1980: 241) plantea que la cantidad de mujeres jóvenes enterradas en la plataforma funeraria de Las Avispas podría llegar a hasta las trescientas.

su expansión hacia el sur y que fue recuperado en el sitio de Punta Lobos en el valle de Huarmey (Verano y Toyne 2011). De esta manera, resulta interesante que diferentes sociedades preincas, según sus posibilidades, generaran una defensa y expansión de su territorialidad bastante importante para la época, tanto dentro de espacios regionales, como se evidencia por los poblados fortificados como los de la sierra centro sur, como los chankas (Bauer *et al.* 2010) o los de la ceja de selva como los chachapoyas (Kauffmann y Ligabue 2003).

Si bien, alejándose de la perspectiva ampliamente utilizada que reconocía que en el altiplano del Titicaca los poblados fortificados pertenecían a un conflicto dentro de las comunidades del Intermedio Tardío, Elizabeth Arkush (2008) basándose en fechados radiocarbónicos, plantea que muchos de los asentamientos fortificados más bien serían una respuesta a la amenaza de invasión de los cusqueños a partir del siglo XIV (figura 7). Sin embargo, todavía no queda claro como una sociedad supuestamente de tipo jefatura o, como ella plantea, comunitaria, pudo haberse organizado tan rápidamente y, sobre todo, movilizar tal cantidad de fuerza de trabajo para la construcción de asentamientos fortificados con enormes murallas que rodeaban los asentamientos.

Figura 7. Vista desde el norte y fondo del valle de Tintiri del asentamiento de cumbre amurallado de Condoriri, Azángaro, Puno



Se aprecian las murallas que circundan al asentamiento.

Fotografía de Henry Tantaleán

Finalmente, para acabar esta apretada síntesis es obligado hablar de los incas (1470 d. C.-1532 d. C.), quienes claramente utilizaron la violencia de forma fáctica de diferentes formas, sobre todo mediante ejércitos multitudinarios que conquistaron y mantuvieron bajo control los territorios ocupados (figura 8). Diversas referencias etnohistóricas hablan de ocupaciones, exterminios de poblaciones, movilizaciones de grupos humanos y espacios de coerción que fueron generados por los incas en diferentes lugares del mundo andino. Si bien todo ello estuvo altamente ritualizado y racionalizado por la religión inca, justamente en esos mismos lugares no deja de llamar la atención la ejecución de personas en actos públicos o privados.

Figura 8. Vista panorámica tomada desde el oeste del sector principal del sitio inca de Inkawasi, valle de Cañete



Fotografía de Henry Tantaleán

Uno de los contextos arqueológicos más antiguamente estudiados es, quizá, el de las mujeres sacrificadas en el Templo del Sol de Pachacamac (Uhle 1991 [1903]) las cuales habían sido sacrificadas mediante el ahorcamiento. Regresando al ejemplo inicial de la *Capa Cocha*, creemos que más allá de la racionalización de este asunto, para una sociedad como la andina, donde la vida era relativamente corta comparada con la nuestra, la educación familiar suponía un esfuerzo colectivo y los niños eran productores (de productos y de otros sujetos) en potencia para el futuro, resulta extraño que se diese el sacrificio de individuos jóvenes, excediendo a todas luces una necesidad básica o natural de las comunidades implicadas. A propósito de esto, en una reciente reunión sobre temas incas, un colega, Alejo Rojas, refiriéndose a los mecanismos de control social en el imperio inca, señalaba que el *Capac Hucha* o *gran castigo*, tenía diferentes manifestaciones, siendo una de ellas el sacrificio punitivo, y que era ofrecido a las montañas o a las islas. Asimismo, Rojas enfatizaba que este era el principal

castigo por no acatar las normas del inca, y que había toda una serie de castigos físicos que se infligían a los individuos, siendo todas estas normas y sus formas de mantenerlas en la sociedad una institución en el imperio inca y que el encargado sería un funcionario denominado *Ocha Camayoq*. Por eso, si bien muchos de esos espacios de *Capac Ocha* posiblemente eran y son vistos como lugares de culto hay que recordar que la ideología oficial tiene un objetivo clave que, finalmente, es la reproducción del mismo estado. De esta manera, la *Capac Ocha* no sería una práctica espontánea en que las sociedades, por consentimiento o aprobación popular, se daban el lujo de cancelar la vida de algunos miembros de su propia comunidad. Por el contrario, estamos hablando de individuos que claramente habían sido seleccionadas previamente, o en el momento, para una ejecución. Si estaban o no preparados para su muerte, es algo que quizá nunca podamos saber. Lo que sí podemos conocer es a quiénes beneficiaba esta violencia y si realmente esta era parte de una cosmovisión o parte de un ejercicio político que suponía la utilización de los miembros de la comunidad para intereses particulares.

De esta manera, podemos decir que, por lo menos en los Andes centrales y centro sur, a lo largo de su historia, las sociedades han generado una violencia espontánea y en el momento en que las sociedades generaron prácticas socioeconómicas y sociopolíticas complejas, y sobre todo estatales, estas prácticas violentas llegaron a institucionalizarse.

Conclusiones

En este texto hemos querido abordar la forma en que la violencia sobre todo institucional se materializó, pues, como arqueólogos, necesitamos hablar de la violencia como algo que se produjo y se hizo realidad sobre sujetos mediante objetos y espacios construidos. De esta manera, nuestra discusión quiso dejar de ser filosófica, ontológica, valorativa o relativista para pasar a ser fáctica, metodológica, objetiva y universal, pues la violencia se ha dado en diferentes partes del mundo y es un componente de la historia de la humanidad que en momentos, como en los que vivimos en la actualidad, vale la pena comprender para que no terminen en contra de la misma sociedad que la posibilitó.

Asimismo, hemos realizado una invitación a nuestros colegas para que tomen en cuenta la materialización de la violencia como una práctica social que también se ha generado y realizado en los Andes, nuestro espacio de estudio y de praxis. Esperamos que estos apuntes nos ayuden a ver esta faceta de las prácticas sociales que, aunque ocasionaron sufrimiento, padecimiento, dolor y exterminio de individuos, también merecen ser explicadas como parte de su propia historia.

Agradecimientos

En primer lugar, queremos agradecer a Mónica Berón y a Pepino López Mazz por la excelente iniciativa de convocar al simposio sobre violencia en Mendoza. Asimismo, Henry Tantaleán quiere agradecer a Charles Stanish por haber apoyado económicamente su investigación en el altiplano circun-Titica-ca. También quiere agradecer a Vicente Lull por su apoyo durante y hasta después de sus estudios de doctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona. Alex Gonzáles quiere agradecer a Andrea Torres y Michiel Zegarra por las discusiones sobre el tema. Como ya es de costumbre, eximimos a todos ellos de nuestros errores.

Bibliografía

- Ansión, J. (1985) «Violencia y cultura en el Perú». En *Siete ensayos sobre la violencia en el Perú*, Lima, Fundación Friedrich Ebert: 59-77.
- Arkush, E. (2012) «Violence, Indigeneity, and Archaeological Interpretation in the Central Andes». En Chacón, R. y Mendoza, R. (eds.): *The Ethics of Anthropology and Amerindian Research. Reporting on Environmental Degradation and Warfare*, Nueva York, Springer: 289-309.
- (2008) «War, Chronology, and Causality in the Titicaca Basin». *Latin American Antiquity*, 19 (4): 339-373.
- y Allen, M. (eds.) (2006) *The Archaeology of Warfare. Prehistory of Raiding and Conquest*, Gainesville, University Press of Florida.
- y Stanish, C. (2005) «Interpreting Conflict in the Ancient Andes. Implications for the Archaeology of Warfare». *Current Anthropology*, 46 (1): 3-28.
- Arnold, D. y Hastorf, C. (2008). *Heads of State. Icons, Power, and Politics in the Ancient and Modern Andes*, Walnut Creek, Left Coast Press.
- Balandier, G. (1988). *Modernidad y poder. El desvío antropológico*, Madrid, Júcar Universidad.
- Bauer, B.; Kellett, L. y Aráoz, M. (2010). *The Chanka: Archaeological Research in Andahuaylas (Apurimac), Peru*. Los Ángeles, Cotsen Institute of Archaeology, UCLA.
- Benson, E. y Cook, A. (eds) (2001) *Ritual Sacrifice in Ancient Peru*, Austin, University of Texas Press.
- Blair, E. (2009) «Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición». *Política y Cultura*, 32: 9-33
- Bourdieu, P. (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.
- Brown, M. (2009) «Prehispanic Warfare during the Early Horizon and Late Intermediate Period in the Huaura Valley, Peru». *Current Anthropology*, 50 (2): 255-266.
- Browne, D.; Silverman, H. y García, R. (1993) «A cache of 48 Nasca trophy heads from Cerro Carapo, Peru». *Latin American Antiquity*, 4 (3): 274-294.
- Burger, R. (1992) *Chavin and the origins of andean civilization*, Londres. Thames & Hudson.
- Chamussy, V. (2009) «Les débuts de la guerre institutionnalisée dans l'Aire Andine Centrale: vers la formation de l'État, du Formatif à la Période Intermédiaire Ancienne (2000 av. J. C.-500 apr. J. C.)». *Paris Monographs in American Archaeology* 24. Oxford, British Archaeological Reports.
- Cisneros, L. y Lumbreras, L. (1980) *Historia general del ejército peruano. Los orígenes de la guerra y el ejército en el Perú*. Lima, Comisión permanente de historia del ejército peruano.
- Cohen Salama, M. (1992) *Tumbas anónimas. Informe sobre la identificación de restos de víctimas de la represión ilegal. Equipo Argentino de Antropología Forense*, Buenos Aires, Catálogos Editora.
- Doval, J. y Giorno, P. (2010) «La arqueología como herramienta judicial». *Revista de Investigaciones del Centro de Estudiantes de Arqueología-UNMSM*, 7: 73-90.
- Durkheim, E. (1968) *Las formas elementales de la vida religiosa*, Buenos Aires, Shapire.
- Flores, I. (2005). *Pucllana: Esplendor de la Cultura Lima*, Lima, Instituto Nacional de Cultura.
- Foucault, M. (1980) *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- Funari, P. y Zarankin, A. (eds.) (2006) *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina. 1960-1980*, Córdoba, Encuentro.

- Ghezzi, I. (2007) «La naturaleza de la guerra prehispánica temprana. La perspectiva desde Chankillo». *Revista Andina*, 44: 199-226.
- Ghezzi, I. (2008) «Los primeros tambores de la guerra». En Makowski, K. (ed.): *Señores de los reinos de la Luna*, Lima, Banco de Crédito, pp. 39-54.
- Girard, R. (1998). *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama.
- Guilaine, J. y Zammit, J. (2002) *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, Barcelona, Ariel.
- Kauffmann, F. y Ligabue, G. (2003) *Los Chachapoya(s). Moradores ancestrales de los Andes Amazónicos Peruanos*, Lima, Universidad Alas Peruanas.
- Kembel, S. (2001) *Architectural sequence and chronology at Chavín de Huantar, Peru*. Tesis doctoral. Department of anthropological sciences. Palo Alto. Stanford University.
- León, E. (2007) *Orígenes humanos en los Andes del Perú*. Lima. Universidad de San Martín de Porres.
- Lull, V.; Mico, R.; Rihuete, C. y Risch, R. (2007) «La investigación de la violencia: una aproximación desde la arqueología». *Cypsela*, 16: 87-108.
- Lumbreras, L. (1975) *Las fundaciones de Huamanga. Hacia una prehistoria de Ayacucho*, Lima, Club Huamanga.
- y Amat, H. (1965-66) «Informe preliminar sobre las galerías interiores de Chavín (primera temporada de trabajos)». *Revista del Museo Nacional*, 34: 143-197.
- Malinowski, B. (1986) *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Barcelona, Planeta Agostini.
- Manzanilla, L. (1992) *Akapana: una pirámide en el centro del mundo*, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nielsen, A. (2007) «Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico». *Boletín del museo chileno de arte precolombino*, 12 (1): 9-41.
- y Walker, W. (eds.) (2009) *Warfare in cultural context: practice, agency, and the archaeology of violence*. Tucson, University of Arizona Press.
- Ochatoma, J. y Cabrera, M. (2000) «Arquitectura y áreas de actividad en Conchopata». *Boletín de Arqueología PUCP*, 4: 449-488.
- Ponciano, H. (2001) «Uchuraccay: memoria y representación de la violencia política en los Andes». En seminario internacional, *Memoria y Violencia Política en el Perú*, 11 y 12 de octubre del 2001: 1-31.
- Pozorski, T. (1980) «Las avispas: plataforma funeraria». En Ravines, R. (ed.): *Chanchan. Metrópoli Chimú*, Lima. IEP: 231-242.
- Pozorski, S. y Pozorski, T. (2008) «Early Cultural Complexity on the Coast of Peru». En Silverman, H. y Isbell, W. H. (eds.): *The Handbook of South American Archaeology*, Nueva York, Springer: 607-631.
- Ramón Joffré, G. (2005) «Periodificación en arqueología peruana: genealogía y aporía». *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 34 (1): 5-33.
- Rappaport, R. (2001). *Ritual y religión en la formación de la humanidad*, Madrid, Cambridge University Press.
- Rick, J. (2008). «Context, Construction, and Ritual in the Development of Authority at Chavín de Huántar». En Conklin, W. y Quilter, J. (eds.): *Chavín: Art, Architecture and Culture*, 3-34, Cotsen Institute of Archaeology, University of California at Los Angeles, Los Angeles.
- Shady, R.; Cáceda, D.; Crispín, A.; Machacuay, M.; Novoa, P. y Quispe, E. (2009) *Caral, la civilización más antigua de las Américas; 15 años develando su historia*. Proyecto Arqueológico Especial Caral-Supe, Lima, Instituto Nacional de Cultura.

- Shimada, I.; Shinoda, K.; Alva, W.; Bourget, S. y Uceda, S. (2006) «Estudios arqueogenéticos de las poblaciones prehispánicas Mochica y Sicán». *Arqueología y Sociedad*, 17: 223-254.
- Stern, S. (1998) «De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia un recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)». Seminario *Memoria colectiva y represión: perspectivas comparativas sobre el proceso de democratización en el Cono Sur de América Latina* organizado por el SSRC, Montevideo, 16-17 de noviembre.
- Sutter, R. y Cortez, R. (2005) «The Nature of Moche Human Sacrifice. A Bio-Archaeological Perspective». *Current Anthropology*, 46 (4): 521-549.
- Tantaleán, H. (2011) «Chavín de Huántar y la definición arqueológica de un estado teocrático andino». *Arqueología y Sociedad*, 23: 47-92.
- Topic, J. y Topic, T. (1997) «Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina». En Varón, R. (ed.): *Arqueología, antropología e historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski*, Lima, IEP: 567-590.
- Tung, T. (2007) «From Corporeality to Sanctity Transforming Bodies into Trophy Heads in the Pre-Hispanic Andes». En Chacon, R. y Dye, D. (eds.): *The Taking and displaying of human body parts as trophies by Amerindians*, Nueva York, Springer: 481-504.
- y Knudson, K. (2008) «Social Identities and Geographical Origins of Wari Trophy Heads from Conchopata, Peru». *Current Anthropology*, 49 (5): 915-925.
- Uceda, R. (2004) *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del ejército peruano*, Bogotá, Planeta.
- Vargas Llosa, M.; Guzmán, A. y Castro, M. (1983). *Informe de la Comisión Investigadora de los sucesos de Uchuraccay*, Lima, Editora Perú.
- Vega-Centeno, R.; Vega, M. y Landa, P. (2006) «Muertes violentas en tierras de ancestros: Entierros Tardíos en cerro Lampay». *Arqueología y Sociedad*, 17: 255-272.
- Vencl, S. (1984) «War and Warfare in Archaeology». *Journal of anthropological archaeology*, 3: 116-132.
- Verano, J.; Uceda, S.; Chapdelaine, C.; Tello, R.; Paredes, M. I. y Pimentel, V. (1999) «Modified Human skulls the urban sector of the pyramids of Moche, northern Peru». *Latin American Antiquity*, 10 (1): 59-70.
- Verano, J. y Toyne, M. (2011) «Estudio bioantropológico de los restos humanos del sector II, Punta Lobos, valle de Huarmey». En Gierz, M. y Ghezzi, I. (eds.): *Arqueología de la costa de Ancash*, Varsovia-Lima. Andes, 8. Centro de Estudios Precolombinos/ IFEA: 449-474.
- Vogel, M. (2003) *Life on the frontier: Identity and sociopolitical change at the site of Cerro la Cruz, Peru*. Tesis doctoral inédita.
- Walker, P. (2001) «A bioarchaeological perspective on the history of violence». *Annual Review of Anthropology*, 30: 573-596.

Indicadores antropológicos y arqueológicos de violencia política en Uruguay (1973-1985)

JOSÉ MARÍA LÓPEZ MAZZ¹

ALICIA LUSIARDO²

XIMENA SALVO³

Resumen

La investigación sobre la violación de los derechos humanos en el Uruguay durante la última dictadura cívico-militar (1973-1985) ha sido objeto de especulaciones y son pocas las respuestas sobre lo que realmente aconteció. La evidencia material producto de las intervenciones forenses del Grupo de Investigación en antropología forense del Uruguay (GIAF), combinando la antropología y la arqueología, ha permitido la inclusión de una prueba jurídica que resiste la especulación orientada ideológicamente, fortaleciendo y avalando los testimonios orales. Esta nueva materialidad de la historia reciente permite reforzar el accionar de la justicia y responde a la interrogante de la opinión pública y de los familiares de las víctimas sobre la reclusión y destino final de los detenidos desaparecidos. El hallazgo de enterramientos clandestinos y el análisis de los indicadores de violencia de diversa índole, y claramente manifiestos en los restos óseos y evidencias asociadas, han proporcionado respuestas concretas y pruebas materiales contundentes.

Palabras clave: antropología forense, prueba jurídica, indicadores arqueológicos de violencia, violencia política, Uruguay.

1 Instituto de Antropología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE), Universidad de la República, <lopezmazz@yahoo.com.ar>..

2 Grupo de Investigación en Antropología Forense del Uruguay (GIAF), Instituto de Antropología, FHCE, Universidad de la República, <nibya@yahoo.com>.

3 GIAF, FHCE, Universidad de la República, <giafuruguay@yahoo.com>.

Abstract

Research about violation of human rights in Uruguay during the civil-military dictatorship (1973-1985) has been the subject of speculation and few answers about what really happened were given. The material evidence produced by forensic fieldwork of the Research Group of Forensic Anthropology from Uruguay, combining anthropology and archaeology, has allowed the inclusion of a legal evidence that resists ideologically driven speculation, strengthening the oral testimony. This new materiality of the recent history reinforces the actions of justice and responds to the demands of public opinion and of the families of the victims about imprisonment and ultimate fate of the detained disappeared persons. The discovery of clandestine burials and analysis of indicators of violence of various kinds, clearly manifest in the human remains and associated evidence, have provided concrete answers and compelling physical evidence.

Keywords: forensic anthropology, legal evidence, archaeological signs of violence, political violence, Uruguay.

Introducción

Los procesos de revisión política posdictadura en el Cono Sur han afrontado el desafío de resolver una serie de problemas pendientes en relación con la violación de los derechos humanos. La vía política ha negociado visiones históricas de tipo jurisdiccional para este pasado reciente (Nadal y López Mazz 2012). Las narrativas históricas tienen el sello del gobierno de turno y a menudo han quedado ancladas en la «teoría de los dos demonios», funcional a un amplio espectro de resortes y mecanismos políticos (López Mazz 2012).

La vía científica, sin embargo, ha debido trabajar en la producción de un conocimiento desde la materialidad de los hechos en cuestión: buscando lugares, cuerpos y trazas. El desafío ha sido producir a partir de esa materialidad, que sigue resistiendo la especulación orientada ideológicamente, una versión de lo que realmente pasó que pueda dar certezas a los familiares de los desaparecidos, a la justicia y a la opinión pública.

La formación de una antropología y arqueología forenses a la medida de las necesidades sociales del presente uruguayo ha debido adaptar los protocolos científicos internacionales, aplicarlos a una realidad específica latinoamericana. El origen de esta línea de trabajo se encuentra en la actividad de diferentes equipos de antropología forense que en los años ochenta y noventa sistematizan una rutina de trabajo al servicio de la identificación de los restos de víctimas de violencia política en Centroamérica y Sudamérica.

La actividad del Equipo Argentino de antropología forense (EAAF), pionero de todos estos equipos, ha tenido particular significación en el inicio del estudio de la violencia política de Uruguay. Este equipo apoyó la búsqueda e identificación de uruguayos desaparecidos, asesoró en diversos temas forenses y colaboró en la formación de recursos humanos (EAAF 2007, 2008).

La antropología forense en el contexto latinoamericano, poco a poco se ha consolidado y ha contribuido a un cambio cualitativo en las instancias legales y sociales, vinculadas a la resolución de problemas concretos de violaciones de los Derechos Humanos. Este campo disciplinario emergente es tributario, en Uruguay, de las experiencias locales en Antropología Biológica y en Arqueología de las tierras bajas.

En nuestro país, esta actividad se inició en 2005, a través de un acuerdo de trabajo entre la Presidencia de la República y la Udelar. En ese contexto surge el Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) de la FHCE (López Mazz *et al.* 2007, 2011). Su agenda comienza con la búsqueda en predios militares de los detenidos desaparecidos, producto de diferentes episodios represivos.

Los objetivos de este equipo son buscar, localizar, recuperar, identificar y contribuir al esclarecimiento de las causas de muerte de los detenidos desaparecidos. En ese sentido, al dar respuestas concretas y pruebas materiales a las interrogantes planteadas, se apoya el funcionamiento de la justicia, las demandas de

los familiares y la producción de una memoria histórica, hasta ahora pendiente en estos aspectos.

Además de los peritajes estrictamente técnicos, por tratarse de un equipo universitario, la producción de conocimiento original pretende, en instancias futuras, apoyar una reflexión de corte antropológico más general al respecto de la violencia en diferentes niveles e instancias del devenir histórico y cultural. La diversidad de experiencias y de escenarios violentos tienen en común la confirmación de que el estudio de la violencia política merece una aproximación, y que se trata de un fenómeno donde se intercalan dimensiones sociales y culturales de la represión con otras de carácter estrictamente técnico.

Los hechos sociales violentos son en efecto hechos sociales «totales» (Goldman 1976) en los que conviven elementos de índole económica, social, psicológica y política. La aproximación científica, en nuestro caso, pretende desarrollar opciones metodológicas específicas para cada problema. Para esto hay que buscar el equilibrio epistemológico y elegir las técnicas analíticas necesarias. Esto implica diseñar estrategias para diagnosticar e identificar episodios concretos de violencia política, así como discutir su interpretación histórica y cultural, en el marco de una coordinación represiva regional denominada Plan Cóndor.

El trabajo de antropología forense no termina con el hallazgo y la identificación de los restos. El desafío ha sido producir un conocimiento original vinculado a una demanda social precisa y por ese camino contribuir con vocación universitaria a resolver un capítulo aún abierto de la historia reciente.

La antropología forense

La antropología forense, definida por Stewart, es «la rama de la antropología física, que para propósitos forenses, trata de la identificación de restos esqueletizados que se sospecha sean humanos». Clyde C. Snow la define, con mayor amplitud, como «una práctica para resolver problemas de jurisprudencia médica» (Ubelaker 2006).

El contexto latinoamericano de violencia política provocó una profundización del quehacer antropológico forense determinando que se configure como una práctica amplia, multidisciplinaria y comprehensiva de las ciencias antropológicas que documenta e investiga las violaciones de los derechos humanos.

El primer paso del trabajo lo constituye la aplicación de la metodología de la antropología social, entrevistándose a testigos y familiares, relevándose archivos de época e investigando la historia de los sitios denunciados. La búsqueda, localización y recuperación de restos humanos y otras evidencias se lleva a cabo mediante la adición de la criminalística a la arqueología, configurándose así el accionar de la arqueología forense. El análisis de ese producto implica la aplicación de técnicas que permiten reconstruir un perfil biológico, documentar patologías y lesiones traumáticas y establecer una probable causa de muerte.

Esta aplicación de lo social, lo arqueológico y lo biológico al contexto forense y de derechos humanos, acompañado de un rol social y ético, definen la práctica de la disciplina en América Latina.

Los indicadores antropológicos y arqueológicos de violencia

Los indicadores de violencia diagnosticados a través de estudios antropológicos pueden reagruparse en dos grandes categorías. Por un lado, aquellos indicadores contextuales que permiten inferir la violencia y sus circunstancias. Nos referimos a cementerios clandestinos, fosas, proyectiles, ligaduras, elementos de tortura, etcétera. Por otro lado, tenemos indicadores directos de violencia, tormentos y muerte que pueden reconocerse en los propios restos óseos. En este caso nos referimos a lesiones *peri mortem*, orificios de bala, etcétera.

El trabajo realizado en Uruguay ha tenido un itinerario particular, producto del reconocimiento de los patrones de violencia implementados en diferentes momentos de la represión política. Si bien existe un relato y diferentes narrativas al respecto de la cronología represiva, el propio trabajo arqueológico y antropológico produjo una línea de evidencias independiente. Esta lectura integral se establece a través del reconocimiento de identidades recíprocas entre elementos aparentemente autónomos. Por este camino, un trauma óseo atribuido a un hecho violento, a través de su diagnóstico antropológico y con un contexto material elocuente, se puede transformar en una «prueba jurídica» y por ese camino desencadenar una nueva interpretación de los hechos sociales.

Estos indicadores contribuyen a categorizar los hechos sociales violentos por su carácter social o interpersonal, por sus aspectos técnicos o por los mensajes y simbolismo que pretendieron enviar. Como en toda pericia que se pretende exigente y objetiva, el cruzamiento de datos históricos, documentales, orales o materiales plantea la necesidad de una estrategia interdisciplinaria. Esto permite ordenar el razonamiento y fortalecer la base empírica en los procesos de demostración.

Entre los indicadores antropológicos y arqueológicos de violencia podemos mencionar: a) los enterramientos clandestinos y el surgimiento de áreas formales de enterramientos; b) las fosas; c) las operaciones de ocultamiento de los cuerpos; d) los elementos asociados a la situación de detención clandestina; y e) los elementos asociados a las circunstancias de la muerte y determinación de causa y manera de muerte, los indicadores óseos.

Los enterramientos clandestinos

Un primer elemento que un trabajo de este tipo debe hacer frente es el reconocimiento e identificación de los lugares de enterramientos clandestinos. Esta instancia es clave pues obliga a desarrollos exploratorios singulares de terreno. En segundo lugar, se encuentra el hallazgo y el estudio de las fosas clandestinas, que por su parte instalan un cambio cualitativo en las técnicas arqueológicas empleadas.

En Uruguay existen testimonios de diferente naturaleza que señalan predios militares y predios civiles como lugares de enterramientos clandestinos. Los trabajos iniciados en 2005 se focalizaron en predios del Batallón n.º 13 de Infantería y del Servicio de Material y Armamento (SMA) del Ejército, reconocido Centro Clandestino de Detención (CCD), donde se torturó, asesinó y desapareció a decenas de presos políticos. Para este predio los testimonios eran abundantes y señalaban diferentes lugares de enterramiento. Según estos, las personas allí asesinadas durante las sesiones de torturas, eran incidentalmente enterradas en el fondo del predio, en unas ‘islas de árboles’ que existían próximas al arroyo Miguelete. Son numerosos los testimonios a este respecto (López Mazz *et al.* 2007). La violencia sistemática de las torturas impuso, poco a poco, la formalización de áreas para el entierro recurrente de los cuerpos de las personas asesinadas. Esta circunstancia parece haber dominado la actividad represiva entre los años 1973 y 1977.

En este predio, utilizado para entrenamiento militar, fue localizado un enterramiento clandestino primario recubierto con cal, encontrándose por encima una estructura de hormigón. En otra zona de esta misma unidad militar, se localizó un fragmento óseo de radio correspondiente a un segundo enterramiento. Lo fragmentario del hallazgo y su alterado contexto estratigráfico sugerían fuertemente que se trataba de un elemento residual, de otro enterramiento primario previo, hecho que no se pudo confirmar dada la imposibilidad de aislar ADN, a pesar de la intervención de tres laboratorios. En diferentes áreas del predio militar se identificaron alteraciones estratigráficas que planteaban la eventualidad de actividades de búsqueda desarrolladas por parte de los propios militares, ubicadas por varios testimonios entre los años 1983 y 1985. Según diversos testimonios, aislados o agrupados episódicamente, unas decenas de enterramientos humanos clandestinos habrían ocurrido en el fondo de ese predio militar (López Mazz *et al.* 2007, 2011).

En 2005 fue localizado otro enterramiento clandestino, en una chacra próxima a la ciudad de Pando. Este predio, que perteneció a la guerrilla hasta mediados de los años setenta, pasó a la administración de la Fuerza Aérea durante la dictadura, oportunidad en la que se realizaron enterramientos clandestinos de presos políticos que habrían sido detenidos y torturados en la base aérea de Boiso Lanza (figura 1).

Figura 1. Intervenciones arqueológicas realizadas por el GIAF en la Chacra de Pando, Canelones, Uruguay



Arriba: fotografía aérea donde se señala en blanco los restos óseos humanos hallados. Abajo: detalle de las excavaciones manuales.

Fotografía del Grupo de Investigación en Antropología Forense

De acuerdo a la información proporcionada por la Fuerza Aérea en el informe al presidente de la República (2005), el enterramiento localizado estaba en un pequeño bosque próximo a la casa. Un segundo enterramiento que no se pudo ubicar habría estado bajo la casa en un escondrijo de la época de la guerrilla que habría sido retirado entre los años 1983 y 1985.

El Batallón n.º 14 de Paracaidistas siempre estuvo envuelto en testimonios al respecto de la existencia de un cementerio clandestino en el que se hallarían múltiples enterramientos. Allí habrían sido enterrados numerosos detenidos desaparecidos provenientes de diferentes contextos y circunstancias violentas.

Según diversos testimonios, hubo al menos un vuelo clandestino con varias decenas de personas traídas desde CCD en Buenos Aires (Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos 2004; Rico *et al.* 2007, 2008). Asimismo, el *Informe de las Fuerzas Armadas al Presidente de la República* (2005) lo señalaba como destino final de los restos. De acuerdo a algunos testimonios, a partir de 1977, cuando el Ejército adquiere este predio, detenidos desaparecidos asesinados en diferentes lugares comienzan a ser trasladados a este lugar para su enterramiento clandestino.

Existe información de enterramientos clandestinos para otros lugares. Los trabajos de campo realizados en torno al antiguo CCD de La Tablada y en otros predios (Grupo de Artillería Antiaérea n.º 1, Batallón n.º 4 de Laguna del Sauce, Brigada n.º 1, chacra de Pajas Blancas) no dieron resultados positivos (López Mazz *et al.* 2007, 2011). No se puede descartar que el número de personas asesinadas impuso una organización progresiva (sobre la marcha) de los espacios en los que ocurría la violencia represiva, con la emergencia de algunos lugares «especializados» como el Batallón n.º 14, señalados como verdaderos cementerios clandestinos.

Las fosas

Las fosas de los enterramientos son en términos generales, para los antropólogos, reservorios de información cultural, social y política. La fosa integra un conjunto de informaciones relativas a la identidad social del individuo enterrado. En el caso de los enterramientos clandestinos la situación es diferente, ya que las relaciones sociales del enterramiento no involucran a familiares ni a pares. Por el contrario, es obra de un colectivo profesional, anónimo y en el marco de una actividad militar, con la deliberada intención de ocultar.

La estructura de las fosas localizadas muestra un mismo patrón en cuanto a que son individuales y poseen similares dimensiones: el largo promedia 1,85 m; el ancho 0,75 m y la profundidad, 1,10 m. En algún caso se llegó a excavar unos 0,30 m en la roca para alcanzar la profundidad buscada. Los restos humanos articulados ubicados en las fosas no presentan patrones en cuanto a su disposición.

Un elemento recurrente y que también constituye un patrón es el uso de cal para sepultar los cuerpos al interior de las fosas. En algunos casos la cal cubre totalmente el esqueleto y casi siempre se han localizado las bolsas (papel y plástico) en la que fue transportado hasta ese lugar. Esta situación, y contrariamente a la intención de los perpetradores, ha colaborado en conservar los huesos en buen estado. En las dos fosas localizadas en el Batallón n.º 14, restos de piedra fueron incorporados deliberadamente a la cal buscando dar mayor solidez a esa matriz. Esto ha demandado un trabajo singular de recuperación a través del uso de complicadas técnicas de percusión para la remoción de la cal consolidada.

Las operaciones de ocultamiento de los cuerpos

Todo crimen tiene la ineludible instancia de gestionar el cuerpo de la víctima, ocultándolo y en algunos casos destruyéndolo. Con relación a esto último, se puede citar el caso concreto de los vuelos de la muerte, en los que los cuerpos se arrojaban al mar desde el aire. Estas prácticas fueron usadas en Argentina y en Chile. En Uruguay no se descartan, ya que existen testimonios de un vuelo con detenidos desaparecidos trasladados desde el Batallón n.º 5 del Ejército que partieron de la base n.º 1 de la Fuerza Aérea en 1977 sin destino conocido.

Diferentes testimonios calificados sugieren que existió un «pacto» entre políticos y militares a la salida de la dictadura que, en vísperas del retorno a la democracia, habría estimulado el reocultamiento y la destrucción sistemática de los restos óseos. Esta operación, que habría alcanzado a diversos lugares con enterramientos clandestinos, es conocida en el ambiente militar con el nombre de Operación Zanahoria (Rico *et al.* 2007).

La eliminación o destrucción de los cuerpos representa una de las tantas maneras de ocultamiento. En las investigaciones de campo se han podido reconocer diferentes operaciones de ocultamiento de alcance territorial. Estas parecen haber tenido el objetivo de desnaturalizar la geografía, de modo de dificultar el reconocimiento de los lugares y evitar la localización de los restos. Esta estrategia fue sistemática y alcanzó, además de los lugares donde había enterramientos clandestinos, a lugares que habían tenido particular importancia durante la dictadura. Nos referimos a salas del Hospital Militar, centros de reclusión y CDD que fueron deliberadamente alterados en su fisonomía para dificultar su reconocimiento durante el período de restauración democrática.

Las forestaciones ocupan un lugar de privilegio entre las operaciones de ocultamiento, realizadas en los predios donde habrían existido enterramientos clandestinos. En el Batallón n.º 13 a proximidad del arroyo Miguelete (Montevideo), donde en la época de los enterramientos los testimonios señalan «islas de árboles» (pequeñas concentraciones) (Fotografía SGM 1982 1:40.000) aparecerá una forestación masiva y homogénea. De esta manera, la existencia de un señalador espacial, discreto y concreto como las «islas de árboles» se verá disuelto en una forestación sistemática del área.

Según múltiples testimonios, las construcciones y reformas edilicias realizadas en los predios militares entre el período 1983-1985 habrían sido utilizadas para re enterrar (enterramientos secundarios) los esqueletos recuperados durante la Operación Zanahoria. También indican el enterramiento primario de presos políticos en el piso de algunos galpones en el SMA y el Batallón n.º 13, en los años setenta.

Los elementos asociados a la situación de detención clandestina

La evidencia arqueológica puede corroborar los testimonios de los sobrevivientes en relación con los lugares, fechas (indicadores cronológicos), prácticas de apremio físico, torturas, etcétera. Al confirmar esos testimonios con evidencia física el propio testimonio adquiere un valor de mayor peso y se constituye como una prueba sólida. Las ligaduras en manos y pies y las vendas en los ojos han probado ser elementos valiosos a la hora de establecer relaciones entre los sitios de ejecución, fosas primarias y fosas secundarias. Además son prueba de inconsistencia con muertes en combate, del poder ejercido sobre las víctimas y de una planificación por parte de los victimarios (Tyers 2009).

Figura 2. Enterramiento clandestino primario en fosa



La flecha blanca señala cordel de nailon alrededor del cuello, la flecha negra muestra fractura *peri mortem* en húmero izquierdo.

Fotografía del Grupo de Investigación en Antropología Forense

La presencia de restos humanos en una fosa no es prueba fehaciente de violaciones de los derechos humanos. Para ello es necesario documentar y recuperar contextualmente aquellos elementos que proporcionan información sobre dichas violaciones (ligaduras y vendas), que corroboran los testimonios sobre el tipo de apremio físico al que fueron sometidas las víctimas (Blau y Skinner 2005).

Figura 3. Enterramiento clandestino primario con presencia de ligadura en textil en zona de las manos



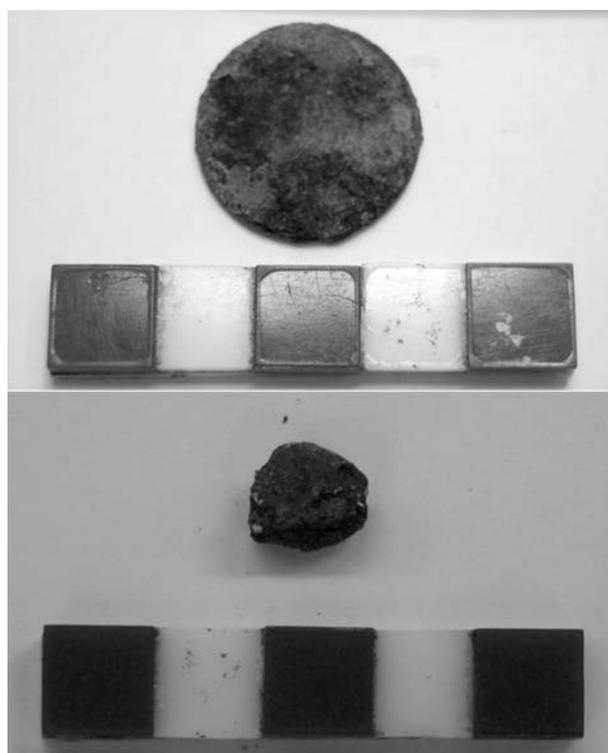
Fotografía del Grupo de Investigación en Antropología Forense

En el caso de las investigaciones llevadas a cabo en Uruguay, se ha documentado y recuperado una variedad de evidencias que aportaron información vital sobre las circunstancias de detención de las víctimas, que se constituyeron como pruebas de violación de los derechos humanos y que validaron testimonios de sobrevivientes. En los enterramientos hallados en los predios militares en los que el GIAF intervino, así como en la chacra de Pando (Canelones), se recuperaron ligaduras, evidencia de vendaje en los ojos, cordeles que portarían la numeración asignada a los detenidos, que sumadas a la carencia de vestimentas, la lesiones *peri mortem* y la posición de las manos, permiten reconstruir las condiciones de detención y muerte de las víctimas (figuras 2 y 3).

Aun cuando no se recuperen evidencias de ligaduras, ya que puedan no haber perdurado por las condiciones de preservación de los materiales y el tiempo transcurrido, su posición ha sido interpretada por otros autores como evidencia

de que las víctimas fueron enterradas maniatadas (Komar 2008). Otro de los hallazgos relevantes tiene que ver con los elementos relacionados a la fecha de la desaparición y de la muerte. Objetos encontrados en la fosa, asociados a los restos y vestimentas (papeles, documentos, monedas, billetes, etcétera) permiten establecer una cronología relativa de los hechos (figura 4).

Figura 4. Moneda y plomo recuperados en contexto de enterramiento clandestino primario



Fotografía del Grupo de Investigación en Antropología Forense

Los elementos asociados a las circunstancias de la muerte y la determinación de causa y manera de muerte

La identificación de traumatismos óseos depende de la recuperación, en la fosa, de los propios restos óseos, así como de la evidencia física asociada (proyectiles y vainas). Es necesario distinguir aquellas lesiones que sean producto de alteraciones tafonómicas y fracturas *postmortem* de manera de poder diagnosticar el mecanismo que puede haber contribuido con la muerte de un individuo (Kimmerle y Baraybar 2008).

Las fracturas que no exhiben evidencia de cicatrización y que se establecen como *peri mortem* son consecuencia de un episodio de violencia cuya ocurrencia tuvo lugar alrededor del momento de la muerte. Las características que

permiten distinguir una lesión de carácter *peri mortem* de una *post mortem* tienen que ver con la coloración y la morfología de la fractura. Los cambios en la coloración del hueso son atribuibles a los propios fluidos de la descomposición, la sangre, los sedimentos, etcétera. La diferencia en la coloración entre la superficie ósea de la fractura y la superficie cortical interna y externa del hueso es una de las características diagnósticas. Si todas son homogéneas en color, la fractura será de carácter *peri mortem* ya que la coloración que presenta se explica por la pigmentación de los fluidos y sedimentos. La morfología de la fractura está relacionada con la respuesta del material óseo, ya sea que esté fresco o seco. El hueso fresco, que aún se encuentra rodeado de músculos, piel y periostio, a diferencia del seco, posee una considerable resistencia a la tensión, mostrando fracturas de tipo irregular con bordes astillados que, por lo general, conforman fracturas en tallo verde, concéntricas, circulares, en espiral, mariposa y oblicuas (Wieberg y Wescott 2008).

Los proyectiles y vainas recuperadas en la fosa son evidencias que por sí solas no proporcionan información de peso, pero si hay evidencia de lesiones por proyectil de arma de fuego en los restos óseos y en la ropa, aumenta su valor de prueba jurídica. Si a esa evidencia se suman señales de tortura hay un grado de brutalidad adicional que es importante registrar que, al igual que los objetos que incapacitan a las víctimas, son testimonio de la brutalidad y degradación a la que fueron sometidas (Jessee 2003).

Los casos estudiados por el GIAF en Uruguay son claros ejemplos del grado de crueldad al que fueron sometidas las víctimas durante su detención, no solo por el hallazgo anteriormente mencionado de ligaduras y vendas, sino por las evidencias óseas de traumatismos *peri mortem* y proyectiles asociados. Dentro de las lesiones *peri mortem* se han podido constatar traumatismos contundentes y por armas de fuego.

Indicadores antropológicos para la identificación

Si bien la identificación positiva de un individuo se debe llevar a cabo mediante comparación de perfiles genéticos o registros dentales, la reconstrucción de la osteobiografía de los restos proporcionará una hipótesis de identidad que ayuda a limitar el número de comparaciones que debe hacerse. Por osteobiografía se entiende la determinación del perfil biológico (edad, sexo, estatura y ancestralidad) y el análisis del grado de robustez, patologías, rasgos individualizantes y marcas de estrés ocupacional (Krenzer 2006).

El universo de posibles identidades a cotejar se reduce notoriamente al producir la información concerniente al perfil biológico de los restos bajo análisis. Si a ello se suman todas aquellas variantes normales, pero individualizantes, que puede presentar un esqueleto (huesos extra numerarios, rasgos epigenéticos, enfermedades que dejen huella en los huesos e inserciones musculares robustas) la hipótesis de identidad se construirá con mayor precisión.

La robustez y los marcadores de estrés ocupacional proporcionan información valiosa sobre algunos antecedentes de la vida de un individuo (Jordana *et al.* 2007). Toda actividad repetitiva y sostenida en el tiempo deja una huella en el esqueleto y es pasible de ser cuantificada e interpretada. Si bien este tipo de análisis no permite inferir la actividad exacta que el individuo realizaba, el conjunto muscular que presenta mayor desarrollo posibilita la descripción del tipo de movimiento reiterativo involucrado como actividad ocupacional, recreativa o deportiva de la persona. En otras ocasiones, el desarrollo muscular puede tener una relación con una patología o peculiaridad ósea, de manera que se debe tomar en cuenta toda la información que pueda estar relacionada con el individuo, para poder emitir una hipótesis. La reconstrucción de la osteobiografía de los esqueletos recuperados en fosas clandestinas en Uruguay ha permitido guiar los estudios genéticos con fines de identificación, proporcionando datos concretos sobre sexo, edad, estatura, patologías y actividades ocupacionales de las víctimas.

Discusión y conclusiones

La violencia parece haber estado presente en las sociedades desde el principio de los tiempos. Los seres humanos se han posicionado frente a ella desde diferentes perspectivas, pero generalmente, y con la aparición del Estado, invocando razones del bien común. No obstante, la violencia resulta un medio de disputar el poder político y posicionar hegemónicamente a grupos corporativos y oportunistas de represores.

La geopolítica y la estandarización regional de los «modos de violencia» permiten identificar fácilmente la coordinación represiva del conocido Plan Cóndor. Se trata de un ejemplo más en el que la violencia configura un espacio en el que ocurre y adquiere significación.

La expresión territorial del sistema represivo permite entender y explicar aspectos del estudio comparativo de la represión en cada uno de los países. Por el contrario, una fina lectura de los procedimientos empleados y de los enterramientos clandestinos, permite entender mejor los orígenes y los derroteros de las prácticas ejecutadas. Los tormentos a los que fueron sometidos los detenidos desaparecidos antes de su asesinato, ya sean causales de su muerte o producto de torturas, pueden leerse en los huesos de las víctimas bajo la forma de fracturas óseas *perí mortem*.

Un lugar especial lo presentan los elementos asociados a los enterramientos, que prueban las condiciones de reclusión. Nos referimos a ligaduras, elementos para inhibir la visión, despojo de vestimentas y demás elementos degradantes de su condición humana.

La muerte de los detenidos desaparecidos aparece en algunos testimonios como un conjunto de hechos eventuales que ocurre de manera imprevista durante las sesiones de tortura. Sin embargo, los cuerpos muestran pruebas de ejecuciones sumarias. El ocultamiento y la destrucción de los cuerpos se constituye

como una práctica sistemática y se presenta como una estrategia en diferentes momentos del ciclo represivo (tanques, aviones, incineración, etcétera).

Durante las investigaciones desarrolladas por el GIAF, fueron estudiados en diferente medida e intensidad 21 lugares: nueve pertenecen al Ministerio de Defensa Nacional (MDN), uno al Ministerio del Interior (MI) y siete a predios particulares, más cuatro cementerios. Estos lugares tienden a concentrarse en la región metropolitana, pero en su conjunto muestran que el escenario represivo cubrió gran parte del país. Hasta la fecha el equipo ha recuperado y restituido los restos de cuatro personas detenidas desaparecidas en Uruguay. Asimismo, un quinto caso lo constituiría el radio humano que no pudo ser identificado.

La historia oral, único testimonio que daba cuenta de detenciones, degradación y tortura, muerte y ocultamiento de las víctimas de la violencia política en Uruguay, se reescribe, se precisa, se valida y se construye con cada hallazgo arqueológico. La prueba jurídica material proporcionada ha transformado el conocimiento que se tenía sobre la virulencia represiva y los testimonios vertidos por los represores, esclareciendo lo acontecido en el período 1973-1985.

Bibliografía

- Blau, S. y Skinner, M. (2005) «The use of forensic archaeology in the investigation of human rights abuse: Unearthing the past in East Timor». *The International Journal of Human Rights*, 9 (4): 449-463.
- Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) (2007) *Mini Annual Report. Covering the period January to December 2006*. Nueva York. Editado por Doretti y Carson, EAAF.
- (2008) *Latin American Initiative for the Identification of the Disappeared. Genetics and Human Rights*. Nueva York. Editado por Doretti y Pettit, EAAF.
- Goldmann, L. (1976) *Las ciencias humanas y la filosofía*, Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión.
- (2007) «Informe de las Fuerzas Armadas al Presidente de la República» (2005). En Rico, Á. (coord.) *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos*, Montevideo, Impo.
- Jessee, E. (2003) *Exhuming Conflict: Some Recommendations for the Creation of a Series of Experimental Mass Grave and Mass Grave-related Test Sites*, Ottawa, Simon Fraser University.
- Jordana, G.; García, C. y Malgosa, A. (2007) «Marcadores de actividad en restos óseos». *Cuadernos de Medicina Forense*, 13 (48-49): 179-189
- Kimmerle, E. H. y Baraybar, J. P. (2008) *Skeletal trauma : identification of injuries resulting from human rights abuse and armed conflict*, Boca Ratón, CRC Press, Taylor & Francis Group.
- Komar, D. (2008) «Patterns of Mortuary Practice Associated with Genocide: Implications for Archaeological Research», *Current Anthropology*, 49 (1): 123-133.
- Krenzer U. (2006) *Compendio de métodos antropológico forense para la reconstrucción del perfil osteo-biológico*. Serie de Antropología Forense, Guatemala. Centro de Análisis Forense y Ciencias Aplicadas (CAFCA).
- López Mazz, J. M. (2012) «Historias desaparecidas y re-aparecidas; El caso de Uruguay». En Zarankin, Salerno y Perosino (comps.), *Memorias desaparecidos; Arqueología, memoria y violencia política*, Cap. III, Córdoba, Editorial Brujas. En Prensa.
- (coord.) et al. (2007) *Investigaciones arqueológicas sobre detenidos desaparecidos en la última dictadura cívico-militar*. Tomo V: Informe final 2005-2006, Montevideo, Impo-Presidencia de la República-Universidad de la República.
- (coord.) et al. (2011) *Investigaciones arqueológicas sobre detenidos desaparecidos en la última dictadura cívico-militar. Informe de actividades 2007-2011*, Montevideo, Presidencia de la República-Universidad de la República, disponible en <<http://www.presidencia.gub.uy/wps/wcm/connect/presidencia/portalpresidencia/comunicacion/informes/investigacion-historica-sobre-detenidos-desaparecidos>> (noviembre de 2011)
- Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos (2004) *A todos ellos*, Montevideo, Caligráficos.
- Nadal, O. y López Mazz, J. (2012) «Arqueología y Multivocalidad Histórica. El pasado reciente en construcción en Uruguay». En Menezes, L. (ed.) *Arqueología y multivocalidad*. En prensa.
- Rico, A. (coord.) et al. (2007) *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos*, Tomos I a IV, Montevideo, Impo, Presidencia de la República-Universidad de la República.
- (coord.) et al. (2008) *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*, Tomo I, Montevideo, Universidad de la República.

- Tyers, C. A. (2009) *Hidden Atrocities: The Forensic Investigation and Prosecution of Genocide*, PhD diss., University of Tennessee, <http://trace.tennessee.edu/utk_graddiss/66>.
- Ubelaker, D. H. (2006) «Introduction to Forensic Anthropology». En Aurore Schmitt, E. C., y Pinheiro, J. (eds.) *Forensic anthropology and medicine: complementary sciences from recovery to cause of death*, Nueva Jersey, Humana Press Inc.
- Wieberg, D. A. M. y Wescott, D. J. (2008) «Estimating the Timing of Long Bone Fractures: Correlation Between the Postmortem Interval, Bone Moisture Content, and Blunt Force Trauma Fracture Characteristics», *Journal of Forensic Science* 53 (5): 1028-1034.

José M. López Mazz es doctor de tercer ciclo por el Instituto de Altos Estudios de América Latina de La Sorbona, París III. Es docente de Arqueología y de Antropología en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE) y en el Centro Universitario Regional Este de la Universidad de la República, así como de la Universidad Católica, y —fuera de Uruguay— de las universidades Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires, Autónoma de Barcelona, de San Pablo y Federal de Río de Janeiro. Es investigador de la Dirección de Innovación, Ciencia y Tecnología para el Desarrollo y de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación del Ministerio de Educación y Cultura (MEC).

Ha participado en la conformación del Departamento de Arqueología de la FHCE de la Universidad de la República y del Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF).

Mónica Alejandra Berón es doctora en Arqueología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), docente de la UBA y de la Universidad Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires, Argentina. Desarrolla sus investigaciones sobre el tema de cazadores-recolectores pampeanos, con lugar de trabajo en el Museo Etnográfico «Juan B. Ambrosetti» de Buenos Aires, Argentina. Ha dirigido diversos proyectos de investigación de reconocidas instituciones académicas de su país. Es presidenta de la Sociedad Argentina de Antropología.

ISBN: 978-9974-0-1062-8



9 789974 101062 8